ASESINATO EN LA ESTACIÓN ESPACIAL

EL PRIMER CRIMEN COMETIDO EN EL ESPACIO

RUBÉN AZORÍN ANTÓN
con la valiosa colaboración de Juan Vicente Azorín

Una nueva estación espacial orbita la Luna. Es el mayor logro científico de nuestra era… hasta que uno de sus integrantes aparece muerto.

¿Accidente? ¿Sabotaje? ¿Asesinato?

Para contener el escándalo, las potencias espaciales imponen un apagón informativo. Dos investigadores, de distintas nacionalidades, son enviados a resolver el caso. Su misión: descubrir la verdad antes de que la tensión escape de la órbita y amenace el futuro de la colonización lunar.

En un entorno hostil, donde cada error puede ser mortal, la carrera por encontrar respuestas revelará secretos enterrados en la historia de la conquista espacial.

¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar para proteger el destino de la humanidad?

Rubén Azorín Antón

Asesinato en la Estación Espacial

El primer crimen cometido en el espacio

ePub r1.0
Titivillus 31.10.2025

Título original: *Asesinato en la Estación Espacial*
Rubén Azorín Antón, 2025

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

A José Azorín Gil.

1
John Loss

Nadie te ve, John; nadie te espera.

Nadie te oye, John; estás mudo bajo el agua.

No hay luz, estás solo en el fondo de la sima.

No hay aire, queda solo tu voluntad.

¿Estás muerto, John?

John Loss abre los ojos en un espasmo que le recorre el cuerpo hasta los talones. Jadea, cambia de postura y el *smartcolchón* acompaña sus movimientos con suave vaivén. Se deja mecer durante unos segundos mientras recupera el fondo de los pulmones. «Estoy en la superficie. Flotando sobre el agua». Ese pensamiento le tranquiliza.

Siempre llega al límite y despertar es una liberación. Una pesadilla recurrente le sumerge a gran profundidad en una apnea infinita y solo le permite, inerte entre burbujas, buscar la superficie sin poder usar las extremidades. Es corcho inarticulado en el centro de una inercia ascendente. Una sensación agradable y en cierta forma liberadora, pero, según transcurren los minutos sin tener la garantía de salir del agua, todo se complica. John rula sobre las olas de la cama y llena sus pulmones al límite, mitigando la claustrofobia de no alcanzar el aire.

Salta y se arrellana sobre la cama de agua, cómoda, tremendamente espaciosa y con un punto de calor excesivo para un sueño frágil. Podría dar hasta tres volteretas sobre ella sin caer por un costado.

¿Podría?

En la tercera vuelta cae al suelo de moqueta sin notar apenas el impacto gracias a la propia bondad del acolchado.

El peligro está solo en su mente.

Se pone en pie y se asoma al gran ventanal de la *suite*. Apoya las palmas contra el vidrio y deja caer su peso. Si se rompiera, caería veinte pisos al vacío. Instintivamente da un paso hacia atrás y toma otra profunda inhalación. El peligro está solo en su mente, pero odia las alturas.

Desde la perspectiva de una reina, observa el enjambre de la ciudad al atardecer. Miles de luciérnagas saturan tierra, mar y aire en todas direcciones y se dejan la vida en frenéticos viajes a ningún sitio. Todas siguen siendo sus rivales, ávidas de consumo, guerra y traición.

Ahí están, a sus pies.

La inmensidad que se abre ante él contradice su propia pequeñez y le otorga una sensación de poder inmediato y efímero. Eligió esa planta porque en ella se encontraba la mejor *suite*.

John consulta la hora. El Rolex, obsequio del bufete de la consultora internacional tras ganar su caso número cien, es, junto con el *slip*, su única ropa de cama. Cien victorias consecutivas, merecedoras del lujoso reloj, homenaje en su gran día y vanagloria indecente en cada mirada que le lanza. No se lo quita nunca.

El ventanal le devuelve su reflejo. Sin dejarse sorprender, lanza con el puño izquierdo tres directos al vidrio que le separa del vacío. Precisos, rápidos, sin llegar a rozarlo. Al límite. Repite la serie con el puño derecho y se retira danzando, girando en guardia, mientras esquiva golpes de puñalada y lanza directos por sorpresa.

Le gusta el entrenamiento. Necesita sentirse preparado para devolver cualquier ataque con fuerza y furia.

Dedica veinte minutos a sombra, flexiones, comba y trote por una *suite* de dimensiones casi obscenas. Apoya por fin las palmas contra el suelo y, a pulso, levanta en vertical su peso. Se desafía en equilibrios imposibles y, cuando sus músculos se vacían, se impulsa hacia arriba y gira para caer en pie. Lleno de energía, lanza contra la pared los cojines del sofá esquinero con dos patadas laterales y queda de nuevo mirando de cara a su reflejo.

Justo en ese instante, empiezan a resonar timbales y una columna de luz y agua emerge del inmenso estanque que parecía reposar a orillas del hotel. A esta le siguen otra, otra y mil más que

atrapan sus ojos ejecutando un soberbio espectáculo al compás de música y luces épicas. La música ambiental de la habitación le aclama también siguiendo los mismos acordes. Levanta los brazos aceptando la gloria. Cien victorias consecutivas, merecedoras de esa magnífica ovación. El espectáculo de agua, como imaginaba, es el de la sesión de las 19:00 horas. Eso quiere decir que ha dormido casi cuatro. Todo un récord. En los últimos veinte años de trabajo, apenas tenía tiempo para comer.

Cuando la fuente termina su coreografía, se sienta sudoroso en el suelo durante unos minutos. La sensación de ser dueño de su tiempo es nueva para él. Aunque, en realidad, su presencia allí tiene un objetivo muy claro. Se levanta decidido. Necesita desandar los veintidós pasos y subir un pequeño escalón para llegar al aseo. El hidromasaje le reconforta el cuerpo, la cuchilla le rasura la cara y el espejo de la pared frontal le felicita. Balancea el cuello poderoso y levanta los codos para ensanchar los hombros. Hincha el grueso pecho, marca subpectorales y sonríe. Luego se coloca su traje de la suerte. Cuando su reflejo le guiña un ojo, sabe que está preparado.

Abre el armario ropero y teclea la combinación 0728 en la caja fuerte empotrada. El fruto de los últimos veinte años de su vida cabe en una pequeña caja de apenas 60×30 centímetros. Concretamente, en dos tarjetas doradas de plástico que deja caer con cuidado en el bolsillo delantero de la chaqueta, a la altura de su corazón. Las acaricia con suaves palmadas para asegurarse de que están allí.

Sale de la *suite* y entra en el ascensor que le llevará directo a enfrentarse con su destino. Los pisos caen a toda velocidad en el panel, aunque sabe que el vértigo que siente en esta ocasión nada tiene que ver con la velocidad.

Las puertas se abren a otro mundo. A un mundo de luz y sonido en continua locura. A un mundo que enerva esperanzas y eclipsa fracasos. De gloria en una jugada y de perdición en dos. De éxito en muchedumbre y suicidio en soledad. Intenta difuminar sus pasos y su presencia en el ambiente enfebrecido. Quisiera pasar inadvertido, pero siente todas las miradas puestas sobre él: la señora del taburete con un vaso lleno de calderilla, las azafatas, hasta los crupieres parecen abandonar por un instante su concentración para mirarle…

¿Acaso saben por qué está allí? ¿Qué le delata? No importa, interpretará su papel en el grandioso escenario que hay a su alrededor. Para eso está allí.

—¿Qué puedo ofrecerle, caballero? —le pregunta una atractiva azafata fingiendo una sonrisa inocente.

—Bulleit 8 sin hielo, por favor.

—Disfrute mientras se lo preparo. Le buscaré por la sala. Soy Janine.

Así lo hace. Mientras espera la bebida espirituosa se lleva la mano al pecho de la chaqueta y se arranca el corazón. Lo exhibe en forma de dos relucientes tarjetas doradas, que atraen de nuevo las miradas, y busca el hado que determinará si se transformarán en pesado oro o en algo tan liviano y carente de valor como una pluma. Los egipcios, tras el umbral de la muerte, ansiaban que su corazón fuese como una pluma en la balanza del destino, pero él, quizá contagiado de esta versión extrema del capitalismo, prefiere el oro. Se acerca a cuatro de las seis mesas de la sala que sirven para su propósito y estudia el ronroneo del giro de la bola antes de saltar en brazos del destino. Elegirá una que vibre en la misma frecuencia que su alma.

—Aquí lo tiene, caballero.

La azafata le lleva una bandeja de plata con su consumición en el centro. Le ofrece una mirada no tan inocente incapaz de evitar mirar de pasada su otra mano con las tarjetas. No la culpa, su corazón está expuesto en ella.

—Le deseo mucha suerte, caballero.

—Gracias, Janine.

John se decanta por la tercera mesa que ha escuchado. Elige los números 7 y 28. Toda una vida repartida en dos números. A priori, sus probabilidades de éxito son de dos entre cuarenta, una entre veinte. Así se cotizaría su futuro si esta no fuese su noche.

—No va más —informa el crupier pasando la mano sobre el tapiz verde de la mesa.

Acto seguido, la bola gira de nuevo impulsada con indiferencia y destreza por el mismo hombre. John inspira lenta y profundamente. Siente de nuevo que flota, como si su cuerpo levitara sobre los que le rodean. Desde esa posición privilegiada se siente el centro de

atención para los curiosos de mesas cercanas. Su elevada apuesta ha llamado la atención. Escucha los cuchicheos y las risas nerviosas. Parecen saber que va su vida a todo o nada. Pronto llega la sensación agobiante del sueño. Recuerda que puede ahogarse mientras asciende. La bola salta entre los números. Según donde se detenga, John saldrá a la superficie o se ahogará en el intento. Arrastrado por las corrientes de sus propios anhelos, se siente tan liviano como el corcho. Es como si el tiempo se hubiese parado y pudiera contemplar, desde lo alto, como un rey, el detalle de la escena. Las miradas ya no se centran en él. Se alternan entre la bola y el brillo de las dos mitades de su corazón de plástico, yacente sobre la mesa.

John, concentrado, exhala muy lentamente con el vaso a la altura de la frente siguiendo las últimas vueltas de la ruleta. En el momento crucial, traga con fuerza y aprieta los ojos para escuchar el desenlace. La joven de su lado representa su coronación. Le abraza y le da un beso que roza la comisura de sus labios. Hasta el crupier simula quitarse el sombrero. La bola se aferra al número 28, todavía girando en la ruleta.

—Veintiocho negro, par y pasa —confirma la mesa, ajena al bullicio.

John respira por fin y se da cuenta de que ha estado conteniendo la respiración. Ahora su cabeza está fuera del agua y satura toda su sangre con el oxígeno viciado de azar de la sala.

Los aplausos arrecian.

Se pone en pie sobre el taburete y levanta un puño, aceptando la gloria. Nunca imaginó que acabaría haciendo algo tan vulgar, pero es lo que exige un público que sueña con hacer saltar la banca. Ahora es el vencedor. La ovación atrae las pocas miradas que quedaban dispersas. Levanta la copa en honor a la diosa Fortuna mientras oye corear su nombre, que no recuerda haber dicho a nadie. La escoba barre ágilmente las apuestas de la mesa, incluidos sus cien mil dólares del número 7. Solo deja sus otros cien mil que hay sobre el número 28 y el crupier coloca una pieza de cristal encima de la tarjeta. Parece dudar.

—¿Y mi pleno? —pregunta John.

—Me temo que tendrá que esperar, caballero. Ha excedido el

límite y no hay equivalencia en fichas.

—¿Excedido el límite? Elegí precisamente el casino Bellagio porque me garantizaron que podía cubrir mi apuesta.

—Tranquilícese, señor Loss, me refiero al límite de esta mesa. No en todo el casino.

2
Loser

John regresa a la *suite*. Cuelga la chaqueta, se desabrocha un par de botones de la camisa y coge un botellín de *bourbon* del minibar. Necesita el caramelo de la última copa en el paladar. Se sienta en el amplio sofá de piel y deja sobre la mesa el certificado que sustituye a las tarjetas doradas. Lo examina mientras se toma un sorbo: es un simple papel no muy diferente a la factura de un supermercado. En nada se parece al pesado fardo de oro que debería acompañar al triunfador, se asemeja más a la liviana pluma. Coge de nuevo el resguardo del premio y se lo enseña a su reflejo, que le vuelve a observar desde el espejo de la pared frontal. Tampoco parece impresionarle. No es la sensación que esperaba tras su gran éxito. Descuelga el teléfono y marca el cero.

—¿En qué podemos ayudarle, señor Loss?

—Con John basta.

—Muy bien. ¿En qué podemos ayudarle, John?

—Quiero canjear mi recibo por oro.

—¿Oro?

—Por dinero contante y sonante.

—Claro. Puede hacerlo en las siguientes entidades bancarias…

—Creo que no me ha entendido bien. Quiero canjearlo ahora mismo. Aquí, en mi habitación.

—Me temo…

—No pretendo asustarle, amigo. Solo quiero que consiga el dinero.

—Permítame que lo consulte…

—No hay nada que temer ni nada que consultar. El señor Dalton Weis me garantizó que el casino contaba con una cantidad de efectivo muy superior al importe del posible premio. Él mismo me

gestionó el alojamiento y me canjeó las tarjetas doradas.

—Tengo que…

—Les doy una hora. Ah, y lo quiero en billetes inferiores a cien dólares. Quiero manosear la victoria.

John cuelga el auricular y se centra en la bebida y en su reflejo. Busca en él la imagen del éxito. La imagen de un ganador. Pero sabe que no la encontrará hasta que se sienta por encima del Bellagio. Suena el teléfono un par de veces, pero no se molesta en contestar. Si no tiene el dinero en la habitación dentro de una hora, Dalton sabe que demandará al casino. Es parte del juego. Un contrato verbal tiene plena validez y él nunca pierde un caso. Aplazará su renuncia en el bufete y ganará su caso ciento cuarenta y ocho, en el que actuará como abogado y demandante. Fantasea con la idea. John Loss contra el todopoderoso Bellagio. Sería un desafío interesante. Y la prensa le aclamará vencedor.

Llaman a la puerta. El Rolex dice que han pasado cincuenta minutos desde que colgó al temeroso chico de recepción, y el Rolex es el único que no miente. Abre.

Dos sonrisas del calibre de la de Janine le esperan al otro lado. La morena, exótica, de tez oscura y largas trenzas, desliza ligeramente una pierna para dar paso a la rubia, piel de porcelana y elegante vestido de fugaz y casual descuido.

Hay cuatro maletas con ruedecillas, idénticas a las que se ven en las terminales interminables de los aeropuertos. Las jóvenes toman con esfuerzo una en cada mano.

—¿Estáis de viaje, chicas? —sonríe y termina de abrir la puerta.

Se aparta a un lado y, divertido, las invita a entrar. Seguro que se manejan mucho mejor sin esas sandalias de tacón de aguja, pero ahora están representando el papel de dos modelos desvalidas que necesitan un hombre.

Las ayuda gentilmente —cómo no seguir el juego— a bajar las maletas por el escalón que divide las alturas de la *suite*. Le esperan de pie mientras elige algunos botellines más del minibar y vuelve al sofá.

—Sentaos, por favor. Si no tenéis mucha prisa, estaría bien que me echaseis una mano. Seguro que tenéis buena mano…

Las dos jóvenes se ríen tímidamente y simulan sonrojarse. Sin

duda, el dueño del casino ha sabido elegir y le ha mandado a la *crème* de la *crème*.

—Me refiero a mano con el dinero.

Se sientan una a cada lado. John, sin preguntar, les sirve una copa y abre una de las maletas. Exactamente lo que esperaba y como lo esperaba. Derrama su contenido sobre la mesa de cristal. Los billetes se esparcen y las chicas fingen sorpresa y admiración. Educadas e inteligentes —se nota que están habituadas a contar dinero— juegan a hacer uno, dos y una infinidad de paquetes de mil dólares. Ya no hay espacio en la mesa y abren la segunda maleta dejando caer montones de billetes en el sofá. La morena de las trenzas es la que vacía la tercera maleta y lo hace sobre su compañera, que se deja bañar en billetes adoptando posturas insinuantes. En ambiente festivo, las chicas no dejan de contar dinero, como salidas de la fantasía de John. Al terminar, la rubia levanta la cuarta maleta y la vuelca hasta que cae el último billete, sin importarle que le caiga también el escote del vestido. Ya no hay espacio tampoco en el sofá y apilan fajos por el suelo. La habitación es muy amplia.

Cuando terminan, cada uno lleva contado algo más de un millón de dólares. La suma, en efecto, es de tres millones doscientos cincuenta mil dólares. John se levanta y extiende los brazos.

—¿Os parezco un perdedor, chicas?

Le miran sin responder.

—¿Creéis que un perdedor podría jubilarse con cuarenta años?

La rubia le pone una mano en el pecho y le susurra al oído.

—Si usted fuese un perdedor, nosotras no estaríamos aquí.

John sonríe. Lo que imaginaba. Primera división. Su antiguo cliente y director del hotel, el señor Dalton, le conoce bien y sabe que no es un hueso fácil de roer.

—Hace un poco de calor, ¿verdad? —suspira la morena.

Se desabrocha tres botones de la blusa verde esmeralda a juego con sus ojos. Después, le quita la chaqueta con una caricia. Tiene la prudencia de colgarla en el armario. Si la hubiese dejado caer en el suelo, se habría acabado el juego. John no tontea con su traje de la suerte.

—Estamos en el desierto y, para ser una noche de fiesta, hemos

trabajado mucho… ¿No nos ofreces nada más? Probar el *jacuzzi* no vendría mal…

—A mí también se me ocurren un par de cosas —insinúa la rubia.

Las dos le miran con picardía.

—¿Es mucho pedir?

John acepta con la cabeza y sonríe. Las dos jóvenes se dirigen directas al gran cuarto de baño sin necesidad de indicaciones; conocen bien la *suite*. John se recrea contemplando las torres de dinero mientras escucha las risas y cuchicheos de sus invitadas. Le llaman. John se asoma a la puerta entreabierta del aseo. Están dentro del *jacuzzi* dejando entrever caricias entre las burbujas nacaradas por los focos del fondo.

—¿Nos acompaña? —pregunta la rubia.

—Hay sitio para uno más —insiste la morena.

—No quiero ser aguafiestas, pero no tengo intención de pasar la noche aquí y tampoco voy a volver a la sala de juegos. Lo siento.

—¿Acaso tiene prisa, John?

—He venido en busca de dinero… y ya tengo lo que quería. Así que me retiro. Es tan importante saber ganar como saber retirarse.

—¿Está acostumbrado a ganar?

John respira profundamente antes de contestar. Algo se remueve en su interior y su semblante se torna serio.

—Tomaos el tiempo que necesitéis. Y no os preocupéis, le diré a Dalton que lo habéis hecho genial.

John vuelve al sofá. Las chicas no tardan en salir vestidas y se despiden desde el escalón.

—Podríamos haber pasado un buen rato.

—Vámonos, Clarice.

—Un segundo.

John se levanta y les da un fajo de mil dólares a cada una.

—Tenéis el resto de la noche libre y mañana os dais un capricho por mí.

Led Zeppelin y *Stairway to heaven* acompañan el último trago para cerrar la noche.

3
Liz

John usa todo el peso de su cuerpo para conseguir cerrar la última maleta. Ya está todo listo. Sus intenciones son sencillas: terminar con su rutina de ejercicios y adiós a Las Vegas. Ha alquilado un mítico Mustang Bullit y se dejará llevar por la corriente. Nada de agendas ni obligaciones ni planes. Solo el presente.

El timbre interrumpe sus pensamientos y su entrenamiento. ¿Quién llama a las tantas de la madrugada? No tiene tiempo para nadie. Ha completado cien abdominales y está tumbado en las series de hipopresivos. Vuelven a llamar y golpean la puerta. John suelta la respiración y desiste tras el quinto embate. Se seca el sudor de la cara con una toalla con aroma a madera y se la anuda a la cintura antes de abrir la puerta. Al otro lado hay una mujer con traje oscuro y mirada dura. ¿Dalton vuelve a la carga? No se rinde fácilmente. Nadie levanta un imperio como el suyo rindiéndose fácilmente. Se da unos segundos para inspirar con fuerza por la nariz mientras analiza la escena.

—Dígale al señor Dalton que, si tiene algo que decirme, lo mejor es que venga en persona. Las mujeres no tienen poder alguno sobre mí.

La mujer frunce el ceño y, con indiferencia, le aparta de la puerta para entrar en el cuarto. Es atractiva sin llegar a azafata del casino. Da un vistazo rápido a la habitación y se sienta en el sofá con los brazos extendidos sobre el reposacabezas.

—¿Cuál era su plan si esa maldita bola no hubiese caído en el 28 y tampoco en el 7? ¿Suicidarse?

John la observa con más detalle. Es joven, treinta y pocos, y de piel bronceada. Pero aquella mirada azul celeste, severa e

inteligente, ya la había visto antes.

—Usted estaba en la mesa de la ruleta antes de que hiciese la apuesta. Se recogía el pelo con el pañuelo beis que ahora lleva anudado en la muñeca.

—Veo que hace honor a su fama. ¿Alguna deducción más, Sherlock Loss?

—Ahora que lo dice, sí. Se encontraba en las máquinas tragaperras cuando he entrado en la sala de juego. Por lo tanto, su interés en mí era previo al premio, incluso previo a mostrar mi corazón en forma de dos tarjetas valoradas en doscientos mil dólares. ¿Me equivoco?

—Va muy bien, Loss.

—Respondiendo a su pregunta inicial he de confesar que no tenía ningún plan. Ni plan si perdía, ni plan si ganaba.

—Y si le dijese que yo sí tengo un plan para usted.

—Le respondería respetuosamente con un «no gracias». Si se trata de trabajo, acabo de dejar el despacho de abogados y mi empresa de investigadores privados ya está a nombre de mi socio. Podría decirse que acabo de jubilarme. Si se trata de algo más íntimo, le diré que no me va el rollo de boda imprevista a lo Elvis y Madonna.

—No sueñe, John. Los planes para usted los tiene su país, no yo.

—¿Mi país?

La mujer saca una placa y la deja sobre la mesa. Su experiencia le basta para saber de un vistazo que es verdadera.

—Basta de juegos, John. No vengo a pedirle opinión. Tiene solo cinco minutos para ponerse algo y acompañarme.

—El dinero es legal. Todo está reflejado y ante notario…

John le enseña la copia del resguardo del premio.

—No estoy aquí por el dinero.

—¿Ah, no?

—No. Y algo me dice que usted no ha encontrado lo que buscaba en ese premio.

John inspira profundamente y se sienta en la otra parte del sofá.

—¿Me está psicoanalizando o me está secuestrando? Esa placa sin una orden no sirve de nada. No tiene derecho a estar aquí.

—¿Va a echarme, John? ¿Es eso?

John no responde. Simplemente escruta su mirada, pero no descubre nada.

—Lo que imaginaba. Hay dos formas de hacer esto: por las buenas, usted me acompaña de buena voluntad, o por las malas, al cabo de unos minutos algunos compañeros le harán una visita menos agradable.

—Si hubiese un por las malas, creo que se hubiesen ahorrado las cordiales.

La mujer se pone en pie.

—Usted decide. Tiene solo dos minutos para pensárselo. ¿No siente curiosidad?

—Si me decanto por acompañarla, ¿las maletas vendrían conmigo?

—Las maletas se quedan, señor Loss, pero las recuperará, no se preocupe.

—Usted gana, señorita…

—Agente, es suficiente.

John se levanta y se mete en el cuarto de baño. Abre el grifo de la ducha y se mira frente al espejo. Nada ha cambiado. No tiene por qué hacer lo que la agente le exige, pero se había prometido dejarse llevar y esta inesperada visita le atrae más que le desagrada. Quizá sea una oportunidad. Termina de ducharse y se da cuenta que no tiene la ropa. La puerta se abre ligeramente y se cuela la mano de la agente que sostiene el traje y la ropa interior. John la coge y se viste en tres minutos. La agente está junto a la puerta de salida. Abierta. John mira las cuatro maletas.

—Las maletas se quedan, John. Como le he dicho, el dinero le será devuelto con intereses y entonces podrá disfrutar de su jubilación anticipada.

—¿Me lo puede poner por escrito? —pregunta mientras la sigue hasta el rellano del ascensor.

Ella presiona el botón sin molestarse en responder.

—No pienso dejar el dinero y bajar con usted sin una orden de detención, a no ser que me ofrezca alguna garantía de que recuperaré el dinero.

—Nadie ha hablado de bajar, John. Solo puedo decirle que se trata de algo confidencial. Desconozco los detalles. Ahora soy una

transportista que lleva un paquete del punto A al punto B. ¿Sabe quién es el paquete?

John entra en el ascensor sin entender muy bien por qué. La mujer ha ignorado su petición, pero John está convencido de que Dalton se lo guardará. La agente usa una llave en el panel y, efectivamente, no bajan, suben una planta. Luego una escalera angosta los lleva hasta la azotea. Está oscuro, solo se ven unas balizas que delimitan un helipuerto, lo sabe por el dron que hay en el centro. Las cuatro hélices empiezan a moverse. La agente federal tira de él hacia el vehículo volador. Va dándole indicaciones que el zumbido que les rodea no le deja escuchar.

4
Nellis

El zumbido de las hélices va disminuyendo poco a poco hasta que cesa por completo. El altavoz de la cabina les comunica que ya pueden desabrocharse los cinturones. Unos segundos después se abren de forma automática las dos puertas de la cabina. Fuera les esperan tres militares que les rodean y, con un saludo de cabeza, empiezan a andar.

No pueden hacer otra cosa que acompañarlos. La agente también parece algo perdida. A pocos metros les espera un todoterreno militar. El soldado más joven abre la portezuela trasera y sube con ellos. Se sienta en el banco de enfrente y apoya el arma automática sobre sus rodillas. No parece un acto amenazador. El vehículo arranca y se dirige a lo que deben ser unos barracones cercanos. La iluminación es escasa, así que no puede distinguir más que oscuros bloques rectangulares cada vez más grandes. Cuando el vehículo se detiene, el joven abre la portilla trasera y les ayuda a bajar. Las luces de sus compañeros al maniobrar para marcharse iluminan por un segundo una construcción sólida con un gran «8» en un lateral. La oscuridad regresa según se aleja el vehículo.

El joven abre una discreta puerta y les conmina a que entren. La intensa luz eléctrica entre blanco y verde del interior le obliga a entornar los ojos hasta acostumbrarse. Frente a ellos hay un largo pasillo de paredes desnudas. Según avanzan, las luces se van encendiendo por tramos, cada uno réplica del anterior. Se detienen en un espacio donde el corredor se ensancha un par de metros y toman asiento en dos bancos laterales pegados a la pared. El soldado les acerca dos recipientes de plástico similares a los de los aeropuertos.

—Por favor, introduzcan todos los objetos personales —les pide

antes de seguir por el pasillo y dejarles allí solos.

John echa un puñado de monedas, un paquete de chicles de menta en pastillas, un paquete de clínex y el cinturón. La agente Liz Donovan —tuvo tiempo de leer su nombre en la placa cuando la mostró en la *suite*— deja la bandeja vacía sobre la mesita que acompaña los bancos. Apenas han cruzado un par de palabras desde que abandonaron el casino Bellagio. John deja la suya y cada uno se refugia en su móvil como dos adolescentes.

Los tramos de luces anuncian el regreso del joven soldado. Inspecciona las bandejas y chasquea la lengua.

—He dicho todos los efectos personales. Eso incluye: armas, móviles, placas, relojes… Todo. Después, podrán recuperarlo.

—Disculpe —dice Liz—. Creo que ha habido algún tipo de confusión. Yo ya he terminado mi trabajo y debo marcharme.

—Solo cumplo órdenes —replica el soldado, al tiempo que le acerca la bandeja correcta a John.

John mira de reojo a Liz antes de dejar el móvil.

—Como ya habrán comprobado, aquí no hay cobertura. Así que no se lo piensen. Ahora el reloj.

John obedece y deja también el Rolex. Se frota la piel blanca de la muñeca que no había visto la luz ni la sombra desde que se lo entregaron. Luego, el joven militar se planta delante de Liz con la otra bandeja vacía. Esta resopla y acaba por obedecer con un gesto de resignación. Deja una cadena con un colgante de una paloma dentro de un círculo, el móvil, unas llaves, un anillo que lleva en el dedo meñique, el pañuelo beis y un cinturón con un arma escondida en la espalda. El soldado no se mueve hasta que ella deja la placa.

—Muchas gracias. Esperen aquí.

La agente se levanta y empieza caminar de un lado a otro del pasillo. Está visiblemente enfadada, así que la deja en paz. John aprovecha esos minutos para hacer una composición de lugar. Deben estar en algún punto del desierto. Mientras volaban solo había oscuridad bajo sus pies, ni rastro de las inevitables luces de algún núcleo urbano. Solo podía tratarse de desierto o mar y, teniendo en cuenta que el vuelo ha durado menos de una hora, aseguraría que desierto. Después han aterrizado en lo que parecía una gigantesca pista en forma de flecha apuntando al sur,

delimitada por unas balizas de luz verde y tenue. La escasa iluminación de estas parecía buscar discreción. Y, finalmente, el personal militar esperándoles. Todo ello le lleva a concluir que deben encontrarse en la Base Área de Nellis, situada en Nevada, al noroeste de Las Vegas. Y la pregunta del millón es: ¿qué narices hace en la Base de Nellis? Si quería huir de la rutina y lanzarse a la aventura, la realidad se ha impuesto a la oportunidad.

—Aún no me ha contado por qué renunció a su vida y se jugó todos sus ahorros a dos números de la ruleta. Usted no tiene pinta de ese tipo de idiotas.

Es Liz la que rompe el pesado silencio. John, en su otra vida, no hubiese respondido o lo hubiese hecho con una evasiva. En esta ocasión prueba a decir la verdad, aunque sabe que muy pocos le entenderían.

—Fue por un caso.

—¿Un caso? En el informe que me pasaron sobre usted ponía que los había ganado todos.

—Y así es.

—¿Entonces?

—Es por un caso que no me asignaron.

—Un caso que no le asignaron…

—Así es. Era el caso más importante del bufete y se lo dieron a otro…

Liz se queda pensativa durante un rato. Cuando cree que no va a decir nada, habla.

—No hay lugar para el segundo, ¿verdad? Usted lo considera peor que una derrota.

John asiente.

En ese momento, el militar abre la puerta.

—Acompáñeme, señor Loss.

Liz le anima con un gesto de cabeza y pronto está marcando los pasos por el pasillo sin fin hasta una puerta con la etiqueta de «Coronel Jackson R. Cole». El joven militar da dos golpes con los nudillos y se retira brevemente.

—Adelante —se escucha una voz áspera desde el interior.

John abre la puerta con la esperanza de obtener respuestas al otro lado. Se trata de un despacho amplio y casi diáfano. Está

escasamente iluminado y el ambiente es espeso. Los dos grandes ventanales que deben dar al exterior están prácticamente cerrados por persianas que solo filtran unos débiles rayos anaranjados sobre el suelo. Debe estar amaneciendo. El techo es alto y lo domina un viejo ventilador cuyas aspas emiten un monótono quejido al girar, seguramente por estar demasiado tiempo en funcionamiento. También hay una vieja máquina de aire acondicionado. Debe ser un lugar caluroso. Sentado tras una mesa robusta hay un tipo grueso vestido de militar con una gran colección de insignias de colores en la solapa. Le clarea la coronilla y él trata de ocultarla con un forzado peinado hacia atrás. Los mofletes caídos le dan el aspecto de un bulldog afable. Está claro que hace tiempo que ha dejado el servicio activo, si es que alguna vez lo ha conocido. Le hace un gesto para que se acerque y se siente. John obedece.

Sobre la mesa hay una fina caja de puros. Lo deduce por el cortador que abre y cierra continuamente el militar, como si se tratase de un aparato antiestrés. La etiqueta sobre la madera es ilegible, pero por la vitola diría que cubanos.

—Bienvenido, señor Loss.

—Con John es suficiente.

—Yo soy el coronel Jackson Cole.

—No puedo decir que sea un placer coronel.

El coronel suelta una carcajada y se sienta.

—¿Le importa que fume?

—Es su despacho y sus pulmones.

El coronel abre la caja y elige con cuidado uno de los puros. Se lo pasa con rapidez por la nariz y luego usa el instrumento que blande entre los dedos para seccionar ligeramente un extremo. Se echa atrás en la silla y se lleva el puro a la boca sin encenderlo.

—Disculpe mi descortesía. ¿Quiere uno? —pregunta acercándole la caja abierta.

John lo rechaza con un movimiento de mano.

—¿Sufre de almorranas, cadete?

John usa el reflejo del cristal de un título que cuelga en la pared para estudiar con más detenimiento al hombre que hay sentado detrás y que ha visto fugazmente al entrar en el despacho. Ha permanecido en pie pensando que se presentaría, como ha hecho el

coronel. Viste traje oscuro y tiene pinta de intelectual. No ha levantado la mirada de la tableta en todo el rato. John toma asiento.

—¿Sabe por qué está aquí?

—No tengo ni la menor idea.

El coronel le atraviesa con la mirada como para determinar si miente. Luego, da un golpe en la mesa y suelta otra carcajada.

—¡Genial! Un tanto para los chicos del servicio secreto.

—No tienen derecho a retenerme. Es consciente de ello, ¿verdad?

—Tenía entendido que había venido por su propia voluntad. De todas formas, se trata de un asunto de seguridad nacional. Digamos que en estos casos los derechos individuales menguan considerablemente… ¿Es usted un patriota, John?

John no responde.

—¿Qué le parecería un último trabajo?

—Lo siento. Acabo de retirarme.

Cole se ríe.

—Nadie se retira con cuarenta años, John.

—Hay tres millones doscientos mil dólares que dicen que sí.

—Ya me han informado de su gesta. Una jugada memorable y me quito el sombrero. Sin embargo, no se puede jubilar de las obligaciones contraídas al nacer en EE.UU. Debe entender que no todo son ventajas. Esta nación otorga muchos derechos, demasiados a mi juicio, pero en ocasiones reclama obligaciones. Al igual que esos tres millones que ha ganado, ahora usted también nos pertenece.

Cole hace una pausa y corta otro centímetro de boquilla mordisqueada del puro.

—Es posible que mi bufete no esté de acuerdo en eso, coronel.

—¿Se refiere al bufete del que ya no forma parte? Pero alegre esa cara, cadete. En esta ocasión el deber y el placer puede que vayan de la mano. Quizá le pueda ofrecer las vacaciones que tengo entendido que busca. ¿Qué me dice de un destino exótico alejado de todo y de todos?

John no mueve ni un músculo. El coronel se pone en pie y rodea la mesa.

—Pero antes permita que repasemos su historial. Si me equivoco, o me dejo algo, no dude hacérmelo saber.

John se fija que calza zapatillas oscuras en lugar de botas mientras pasea a su alrededor enumerando sus logros.

—Doctorado con honores en derecho por la Universidad de Harvard, especialidad penal. Licenciado en Criminología. Trabajó como fiscal del estado con innegable éxito hasta que fue reclutado por el prestigioso bufete J&J para el que ahora trabaja, mejor dicho, trabajaba. En él ha ganado ciento cincuenta casos consecutivos. No satisfecho con eso constituyó una oficina de detectives privados con su socio Bale. El sonado caso del asesino de medianoche lo resolvieron ustedes y aparecieron en las portadas de todos los informativos. Habla con fluidez cuatro idiomas: inglés, español, alemán y ruso… ¿Me dejo alguno? Por si fuera poco, es todo un atleta. Campeón de triatlón en dos estados y tiene dos medallas olímpicas en natación cuando era más joven. Todavía conserva un récord. Actualmente se mantiene en excelente forma física y compite en CrossFit como cabecilla de su gimnasio. ¿Me dejo algo?

John podría añadir un par de cosas, como el tamaño que calza de zapatos, pero prefiere guardar silencio. El tipo silencioso que hay a su espalda, que hasta el momento no ha variado su posición y parece ajeno a la conversación, se pone en pie. Se atusa el traje y se acerca.

—John Loss…, ¿tiene usted alguna experiencia en pilotar aviones?

John lo niega.

—Entre los múltiples deportes que practica, ¿alguno es extremo? Tipo ala delta, barranquismo, kitesurf…

John vuelve a negar con la cabeza.

El hombre maniquí se inclina y formula una nueva pregunta junto a su oído.

—¿Paracaídas? ¿Algo relacionado con la velocidad?

John niega por tercera vez.

—¡Maldita sea! Al menos tendrá el carnet de conducir o ¿va en un jodido coche autónomo?

—Ahora que lo dice, tengo algo de experiencia en volar con dron.

—Algo es algo. ¿Horas de vuelo?

—El tiempo que se tarda en llegar hasta aquí desde el casino Bellagio de Las Vegas como secuestrado. ¿Hora y media?

—Muy gracioso, John.

El hombre apoya las dos manos sobre la mesa del coronel Cole.

—Esto es una locura, coronel. Cualquiera de mis chicos está mucho mejor preparado.

—No necesitamos un astronauta, Bob. Necesitamos un detective.

John, al escuchar las palabras astronauta y detective, vuelve a prestar atención.

—Tenga presente el acuerdo que firmamos con el resto de los países colaboradores, Bob. NASA, federales y militares quedan excluidos.

—No costaría demasiado infiltrar a uno de nuestros astronautas o a un agente encubierto. Además, no podemos ignorar el completo currículum del candidato ruso.

—Cierto, pero es ajeno al gobierno y a Roscosmos. Yo no pongo las normas, señor Harris. ¿Recuerda?

—Incluso entendería que optásemos por uno de nuestros ingenieros, pero un picapleitos ludópata… A lo mejor conviene volver a mandar un chimpancé.

El coronel Cole corta otro trozo de puro y, al percatarse de que le queda menos de la mitad, lo tira a la papelera y selecciona otro de la caja.

—¿Les importa que fume?

—A nadie le importa que fume —se apresura a contestar Bob Harris—. Lo que sí me importa es responder a la pregunta impertinente de por qué jamás los enciende…

—Cuidado, señor Harris. No olvide con quién está hablando. Nos enfrentamos a una situación urgente y de extrema gravedad.

Se hace un tenso silencio. El hombre trajeado parece calmarse e intenta disculparse bajando las palmas de las manos. El coronel toma de nuevo la palabra.

—Por cierto, ¿quién es la señorita que espera fuera? ¿La secretaria del señor Loss?

—Se trata de la agente especial que lo ha traído hasta aquí en un tiempo récord —responde el coronel por él.

—Su niñera… Nuestro hombre todavía necesita que le cambien el pañal. Es una completa locura. Si el señor Loss no supera las pruebas suspenderé la misión. No pienso poner un cadáver en órbita.

Bob Harris da un golpe en la mesa y sale del despacho.

—La gente de la agencia espacial, siempre tan quisquillosa —se disculpa el coronel mientras mordisquea el nuevo puro.

John acaba de asistir en silencio a una pelea. Es evidente que su candidatura para lo que quiera que fuere no es del agrado de todo el mundo. De momento le seguirá la corriente al coronel. Muchas cosas que han dicho en la discusión han incrementado su curiosidad. Además, el hecho de que el coronel conozca tan bien su currículum le ha gustado. Quizá se han tenido en cuenta sus méritos para su selección.

—¿Podría alguien explicarme de una vez por todas por qué narices me han traído aquí?

El coronel se quita el puro de la boca y le señala con él.

—¿Qué sabe de la Estación Espacial Lunar?

—¿La Estación Espacial Lunar?

El coronel asiente en silencio, se acomoda en el sillón y simula tirar la inexistente ceniza golpeando el puro con el dedo índice.

—Lo que sabe todo el mundo. Sé que viene a ser como la versión 2.0 de la Estación Espacial Internacional, pero que ahora orbita la Luna en lugar de la Tierra. Sé que el coste se debía repartir entre varios países, pero el nuestro es el que más aporta para cumplir las promesas del político de turno. También sé que en la Luna no hay nada más que polvo y rocas y que se lleva gran parte del presupuesto de nuestro país y…

—Suficiente —Cole le interrumpe.

Se echa hacia adelante y apoya los codos en la mesa.

—Ahora viene la parte confidencial. La parte que no sabe todo el mundo. Este es un punto de no retorno, John. Y tiene que decidir si quiere apuntarse a unas vacaciones pagadas en el espacio o prefiere volver a huir.

—¿Puedo negarme?

—Puede intentarlo.

A John no le ha gustado lo de «volver a huir», supone que se

refiere al hecho de haber dejado sus dos trabajos.

—Acepto —susurra John.

El antiguo John jamás hubiese aceptado nada sin leer con lupa la letra pequeña del contrato y, en esta ocasión, ni siquiera hay contrato. Siente que la adrenalina inunda su espíritu y una contracción en el estómago, como si acabase de saltar al vacío. Es el primer paso para confirmar su nueva forma de afrontar la vida. Inspira profundamente.

—Acepto, pero con una condición.

El coronel da un golpe en la mesa y suelta una carcajada.

—No creo que esté en situación de imponer condiciones. Pero he de reconocer que siento curiosidad.

—Quiero una niñera a mi lado durante el tiempo que me retengan aquí.

—¿Una niñera?

—Así ha llamado el tipo del fondo a la agente que me ha traído hasta aquí, que por cierto no parece muy contento con que sea yo el ganador del viaje al espacio con los gastos pagados.

El coronel queda pensativo durante unos segundos. Entorna los párpados hasta que parecen cerrados y se acentúan las arrugas en la frente y la cara. Ahora es idéntico a un bulldog. Mastica con ansia los últimos centímetros del puro.

—Trato hecho —dice, tendiéndole la mano.

John la acepta. Acaba de firmar un viaje a lo desconocido. Un apretón de manos es tan válido como un contrato firmado, como la palabra de Dalton, o como un cadáver en el desierto. Quería un cambio radical en su vida. Quería dejarse llevar por el viento, pues el viento le ha traído hasta aquí. Puede que sea una oportunidad para demostrar su valía.

—Soy todo oídos, coronel Cole.

—Lo que no sabe, John Loss, es que ha habido un asesinato en la Estación Espacial Lunar.

—¿Un asesinato? —pregunta realmente interesado.

—En efecto. Estamos ante el primer crimen perpetrado en el espacio. Hasta ahora solo habíamos sufrido bajas en la temeraria carrera espacial y algún accidente puntual. Ahora nos encontramos ante una situación nueva que podría degenerar en un conflicto

internacional, e incluso una guerra. No hay un manual o un procedimiento de actuación para la presente situación. Por el momento, se ha restringido cualquier tipo de comunicación con la estación. El presidente quiere enviar el controvertido Ejército Espacial. Supongo que también habrá oído hablar de este ejército en la prensa. Sería la primera misión para esta suerte de ejército de astronautas recién creado y una importante propaganda y una buena oportunidad para justificar el dinero destinado a su creación. Esta idea no ha sido muy bien acogida por ninguno de los socios que participan en la EEL. Los rusos, especialmente molestos, amenazan con impedirlo por la fuerza. Puede ser el momento más delicado desde el despliegue de los misiles en Cuba. Tras una reunión secreta al máximo nivel, se ha acordado con las otras naciones que participan en la EEL un corto periodo de tiempo para resolver el misterio de una forma más civilizada. Para ello se ha aprobado el envío de dos investigadores pertenecientes a las naciones que más recursos han aportado al proyecto, es decir, uno ruso y otro estadounidense. Como ya ha escuchado en mi conversación con Bob Harris, estos candidatos no pueden pertenecer ni a la NASA ni al ejército ni a los servicios de inteligencia.

»Este crimen no ha trascendido aún y es imperativo resolverlo antes de que se haga público. Mejor dicho, usted tiene que resolverlo antes de que eso suceda. Y lo más importante, tiene que resolverlo antes que el investigador ruso. No se confunda, esto es una nueva carrera.

—¿Por qué yo?

—Su currículum y su impecable trayectoria profesional le convierten en el candidato ideal. Además, sus veinte años en el sector privado le dejan fuera de duda de cualquier vínculo con el gobierno.

—No tengo formación ni preparación para ir al espacio. En eso tiene razón su amigo de la NASA.

—No haga demasiado caso a Bob. En esta misión no necesitará pilotar la nave ni realizar las maniobras para acoplarse a la estación ni nada por el estilo. Lo realmente importante son sus dotes detectivescas. También es imprescindible una excelente forma física

que nos consta que posee.

»Desde este momento no debe preocuparse de nada más allá de su cometido. Todas sus pertenencias estarán a buen recaudo, incluidas las cuatro abultadas maletas del Bellagio, que le serán devueltas cuando cumpla la misión. Como comprenderá, el tiempo es un factor clave. Solo disponemos de seis días de preparación y de una semana máximo allí arriba. Durante ese tiempo desaparecerá del mapa. John Loss dejará de existir para el mundo. Así que puede hacer una única llamada para que no se preocupen sus seres queridos. Una buena historia inventada es el mejor remedio.

»Insisto, todo lo que le he contado es estrictamente confidencial. Nada de lo que vea o escuche puede salir de aquí. ¿Lo ha comprendido? Ni siquiera la agente Liz Donovan conocerá los detalles de su verdadera misión. Solo será informada de que usted viajará a la EEL. Ella tampoco podrá salir de la base hasta que termine la misión.

—¿Y cuándo finalizará la misión?

—Cuando regrese de su excursión al espacio. No se preocupe por ella, dos semanas en la base pueden ser muy divertidas.

Ambos sonríen.

—Con respecto a esa llamada… Creo que, si me la ahorrase, nadie la echaría en falta.

—¡Perfecto! Ese es otro de los motivos de su elección.

—¿Qué ocurriría si se lo contase a alguien?

—Haríamos desaparecer a ese alguien.

—¿En serio? Creí que eso lo habíamos superado ya.

—He dicho desaparecer, no liquidar. Al menos hasta que termine la misión y se hagan públicas las conclusiones.

El coronel se pone en pie.

—Eso es todo por el momento, cadete. Puede salir fuera con la agente Donovan y darle las noticias —dice con un guiño de complicidad—. Seguro que estará encantada de quedarse con usted. En breve los acompañarán a sus alojamientos en la base, aunque me temo que no son tan lujosos como la *suite* Caroline del Hotel Casino Bellagio de Las Vegas.

5
Área 41

John sale del despacho del coronel y se encuentra con la interrogante mirada de la agente Liz. El azul de sus ojos no da tregua.

—¿Tiene algún plan para las próximas dos semanas, agente Donovan?

—No comprendo…

—¿Y si le dijese que yo tengo uno para usted? Mejor dicho, que su país tiene un plan para usted.

—No pueden…

—¿Está segura de que no pueden?

—No sea estúpido, John. Tengo cosas importantes que hacer.

—Ya suponía que la importante agente especial Liz Donovan tendría una vida ajetreada y emocionante; al contrario que yo, que podría pasar meses en este maldito desierto sin que me afectase lo más mínimo. Pero no se preocupe, creo que le dejan hacer una llamada para que pueda informar a su marido de sus nuevas vacaciones.

—No estoy casada y dudo que algún día lo esté. Le hablo de trabajo, algo muy diferente a habitaciones lujosas y ruletas. Tengo casos importantes que resolver. No todo el mundo puede jubilarse a los cuarenta años.

Los pasos del joven militar interrumpen la conversación.

—Vengan conmigo, les mostraré sus alojamientos —dice con un gesto.

—Ya le he dicho que cometen un error conmigo. Exijo hablar con su superior.

—Mis órdenes son claras, agente Donovan. —Liz, al escuchar su apellido en boca del soldado, parece que empieza a aceptar su

situación—. El propio coronel Cole ha dicho que hablará con usted en cuanto esté instalada.

Vuelven al todoterreno que les ha traído. El joven les abre el portón trasero y después sube al volante. No hay rastro de los otros dos compañeros. John, con las luces del amanecer, distingue con claridad la enorme pista de aterrizaje que intuyó desde el aire. Ahora queda a la izquierda de la carretera por la que transitan. A la derecha hay una sucesión de construcciones modulares simétricas. Casi al final de la pista giran a la derecha y se detienen frente a una zona delimitada por elevadas vallas. En las dos grandes puertas que les bloquean el paso se puede leer «Área 41» en un cartel. El mismo conductor baja del vehículo y las abre para continuar. Al final del camino, algo alejada del resto de barracones, hay una gran parcela lisa con un solo edificio en forma de cubo en el centro.

Tardan poco en entrar en él. El interior es muy similar al del anterior edificio. Techos altos, paredes desnudas y luz nuclear. Hay ciertos detalles de la instalación eléctrica que evidencian que está inconclusa y John deduce que se encuentran en una zona nueva que todavía no se ha usado. Sus celdas están en la segunda y última planta. Les asignan dos consecutivas. La 4107 y 4108.

—Tienen el día libre hasta mañana a primera hora. Así que pueden instalarse y descansar. Comprobarán que la vida en la base es muy amena. Justo al final del pasillo hay una cantina que estará a su disposición durante las 24 horas. Pueden comer, cenar o tomar algo. Están invitados.

El militar abre las dos puertas y les entrega las tarjetas. Liz entra y cierra de un portazo. El joven se encoge de hombros y se despide con un amago de saludo. John entra también. La habitación es austera: cama, mesita de noche, escritorio con silla y teléfono. Eso es todo. No hay aseo, seguramente sea compartido y se encuentre en el mismo pasillo. A los pies de la cama hay un macuto que contiene una especie de mono militar plegado y un sobre. Se acerca a la ventana. Las cortinas ocultan unas bonitas vistas al desierto. Tierra anaranjada y rocas. ¿No estarán ya en Marte? Dentro del sobre hay un horario de comidas y la fecha de mañana con una hora resaltada: las 7 a.m.

Suena el teléfono en la habitación de al lado. John deja el papel

sobre el escritorio y aguza el oído. Liz habla con frases cortas y voz severa. Apenas puede entender palabras sueltas, más que suficiente para deducir la causa de su enfado. Escucha con claridad el golpe seco del auricular con el que ella zanja la discusión. John espera que pasen unos minutos antes de salir y tocar la puerta de su vecina. Insiste un par de veces.

—¿Bajamos a tomar algo como ha sugerido el militar?

—Maldito idiota. Todo esto es por su culpa.

Parece haber olvidado quién ha traído a quién. John desiste y decide dar un paseo. Deshace el recorrido que han seguido para llegar hasta la puerta de salida. En el trayecto descubre los aseos comunitarios al inicio del pasillo. El exterior le recibe con una bocanada de aire caliente. A pocos pasos del solitario bloque donde se alojan está la verja que los aísla del resto de la base. Se aferra a ella con ambas manos y clava la vista en el horizonte rojizo y humeante. El polvo ocre que sus pasos han levantado se le adhiere a las botas y los pantalones. Camina bordeando el perímetro. Al sureste divisa la agrupación de construcciones sobrias de hormigón sin apenas ventanas. Tampoco deben tener más de dos alturas. Aquellos barracones rectangulares se asientan sobre suelo pavimentado y se identifican por números que cubren gran parte de la fachada. Sigue caminando junto a la verja. Tiene la impresión de estar en una cárcel dentro de una maldita base militar. En un extremo está la carretera que conecta el Área 41 con el resto de la base. Las puertas por donde han accedido están ahora custodiadas por dos militares con sendos subfusiles automáticos que apuntan al suelo con una inclinación de 45 grados. Se acerca.

—¿Qué tal, chicos?

No recibe respuesta. Hace mucho calor y no parecen de humor. Quizá estén allí por su culpa. Algo le dice que no le dejarán pasar, así que ni lo intenta. Vuelve al barracón y va directo a la cantina. Hay un total de ocho mesas, cinco de ellas con las sillas patas arriba sobre el tablero. También hay una barra sin comida y sin nadie detrás, solo filas de botellas en las vitrinas. Al poco aparece un joven alto y desgarbado. Manga corta y un delantal recién estrenado.

—¿Qué tal, amigo? La cena se servirá en un par de horas,

podemos subirla a su habitación si lo prefiere.

—Por el momento tomaré un *bourbon*.

—Lo siento, no le puedo servir alcohol. Órdenes del coronel.

—Nos ofrecieron «tomar algo» y esto no es un parvulario. Póngame una pinta y déjeme la carta.

—El menú es único.

—Márchelo entonces.

—¿Y su compañera?

—Prepárelo también. Yo mismo se lo subiré.

John se sienta en una mesa y espera. El barman tarda una eternidad en traerle su cerveza.

—¿Ha tenido que ir hasta el otro bloque a pedir permiso al coronel? Pregúntele también si está permitido leer algo.

Al poco cae sobre su mesa una vieja revista para pilotos. Ojea su interior. Modelos de aviones y comparativas de prestaciones y prototipos. Podría resultar interesante si fuese más actual. Casi una hora y otra pinta después, le trae el menú en una bandeja con departamentos, como las de los hospitales. Fijo que no hay cocina, al menos no operativa. Cada vez tiene más claro que han habilitado aquella área exclusivamente para ellos dos.

Vuelve a la habitación con las dos bandejas. Toca a la puerta de Liz. No hay respuesta.

—Traigo la cena.

—No tengo hambre. Lárgate.

—La dejaré en el suelo.

John deja una bandeja junto a la puerta. Ya en su habitáculo, abre la suya y un vapor de comida precocinada se cuela en su nariz. Hay algún tipo de consomé y pechuga de pollo con guarnición de verduras. De aspecto no muy atractivo, pero de aceptable sabor. El postre consiste en un lácteo y una barrita de cereales.

Registra a fondo la habitación. Hay ropa interior en los cajones de la mesita y toallas en el armario ropero. Sale a darse una ducha. La bandeja de Liz sigue en el suelo. Vuelve a tocar tímidamente a su puerta y se aleja por el pasillo sin respuesta. Se da una ducha rápida con agua fría —caliente no hay o tarda mucho en salir— y regresa a la habitación. Se tumba en la cama y los muelles se quejan. Las sábanas están limpias y huelen a naftalina, pero el colchón le llega

hasta los tobillos. No está preparado para su metro noventa de estatura. En cuanto a comodidad, dista mucho de la cama de agua del Bellagio, pero es aceptable. Mira hacia el muro que le separa de la habitación contigua. Comprende el enfado de Liz. En otra etapa de su vida él también lo habría estado por encontrarse retenido contra su voluntad. Cada segundo parecía importante, pero ahora es diferente. Incluso contempló pasar una temporada en un retiro voluntario. Además, el hecho de que el coronel haya enumerado los triunfos cosechados a lo largo de su vida podría significar que su estancia allí es un reconocimiento a toda su carrera. Quizá le hayan propuesto una labor realmente importante, mucho más que el maldito caso de su bufete que le robó el lameculos de Tim Spike. Esto puede ser algo gordo. Resolver el primer asesinato en el espacio y evitar un conflicto internacional puede tener una repercusión mediática y su bufete se vería obligado a rogarle que volviese, pero no lo haría ni aunque le suplicasen. Por otro lado, es cierto que está solo. En su absoluta ausencia de vida social han acertado. Desde que se graduó, siempre ha estado solo, incluso estando rodeado de gente. Cualquiera de sus psicólogos afirmaría que no ha conseguido superar el hecho de que su novia, la reina del instituto, le traicionara esa misma noche. Todavía le quema el enfado con ella. Desde entonces ya no confía en nadie. Quizá por eso es tan bueno como abogado y como detective. Duda de todos. Para él todos son culpables. Todos esconden algo. Todos podrían convertirse en su peor enemigo.

John se tumba en la cama y cierra los ojos. Nota un cosquilleo en el vientre y la sensación de ascenso, muy similar a la del sueño en la *suite* de Las Vegas en la que se elevaba más y más. Luego volvió a sentirla en la ruleta. Es curioso, ahora, en la realidad, tendrá que ascender hasta el mismísimo espacio. Acaso aquel sueño era una especie de premonición. ¿Está predestinado a emprender aquel viaje? Antes de dormirse, sus últimos pensamientos son para la agente Liz. Ella le llevó hasta aquella base siguiendo órdenes. No fue más que la transportista, como le dejó claro. Por un instante se siente algo culpable por haberla arrastrado con él como venganza por haber cumplido con su trabajo. Él quizá esté predestinado a estar allí, pero ella no. Él la ha predestinado. Se duerme.

6
Steel

John despierta sobresaltado por un ruido. Todo está oscuro. Aguza los sentidos y percibe movimiento. Alguien ha entrado en la habitación. Tantea bajo el colchón, pero no encuentra lo que busca. En su casa esconde un arma, pero enseguida recuerda que no está en su casa. Escucha un chirrido y un juego de luz penetra en la habitación. La oscura figura que se perfila frente a la ventana se vuelve hacia él con los brazos en jarras.

—¿No querrá llegar tarde en su primer día, John?

Es la agente Liz. Relaja los puños y trata de consultar la hora, pero el Rolex ya no está en su muñeca.

—¿Cómo pretenden que sepa la hora si me han quitado el reloj y el móvil?

Las aspas del ventilador se mueven lentamente sobre él. Agradece estar cubierto con una sábana, al parecer los cambios de temperatura son bruscos y por la noche refresca. Poco a poco la figura de Liz va cobrando nitidez. Viste con un mono del ejército similar al que le han dejado también a él y lleva el cabello recogido bajo la gorra, por eso no la ha reconocido de inmediato en la penumbra.

Liz estira de un extremo de la sábana hasta destaparlo por completo. Después, se gira y busca en el armario ropero. Lanza el mono y un par de toallas sobre la cama. John usa una de ellas para cubrirse, duerme en calzoncillos. A nadie debe importarle.

—Dese una ducha y póngase el uniforme de trabajo. Le espero aquí.

John sale de la habitación y se dirige a los vestuarios. El agua fría tan temprano exige un esfuerzo mayor. Al volver a la habitación ella sonríe, seguramente se deba al mono militar. Liz se

pone delante y de puntillas, por un momento piensa que va a darle un beso, pero la maniobra es para ajustarle una gorra.

—¡Perfecto! Solo le faltan las condecoraciones en el pecho.

—Muy graciosa.

—Coma algo, John. Me temo que va a ser un día largo.

Sobre la mesa hay ahora dos zumos de naranja y tostadas de pan de molde. Ella coge uno de los zumos y lo bebe a sorbos mientras le observa tomarse las dos tostadas.

—Sígame —dice en tanto le ve masticar el último bocado.

Se dirigen directamente al exterior, donde les esperan el todoterreno y el militar. La agente se adelanta y cruzan unas palabras. Ella sube al asiento del copiloto y desde el coche le hacen un gesto para que se acerque. El portón trasero está abierto, así que John tiene claro su lugar. Llegan a la verja y los dos militares que la custodian los reciben con un saludo militar antes de abrirlas.

—Gracias, chicos —grita Liz mientras avanzan.

Hay un cambio radical en su actitud. El malhumor parece haberse esfumado por completo. John tiene que haberse perdido algo durante la noche. Circulan en paralelo a la pista de aterrizaje. Ahora hay movimiento. Pueden verse varios modelos de aviones fuera de los hangares y pelotones de soldados que corren por los extremos. En el interior de uno de los hangares que dejan a mano derecha reconoce los aviones antirradares en forma de punta de flecha. En esta ocasión se detienen frente al barracón número 6. Liz se despide de Jimmy. ¿Desde cuándo sabe el nombre del joven militar? John nota cierta complicidad entre ellos.

—¿Se puede saber adónde vamos? En la circular que dejaron en mi celda no ponía absolutamente nada.

—Yo le iré informando, John. Es lo que usted ha pedido.

La sigue por el interior del edificio sin hacer más preguntas. Liz llama a una de las puertas antes de abrirla. Se aparta y le hace un gesto para que pase.

—Su turno, John. Estaré aquí fuera cuando termine.

En el despacho encuentra al hombre trajeado de la NASA que permaneció mudo durante parte de la reunión con el coronel. Bob Harris, así lo llamó Cole. Está apoyado en la cabecera de la mesa con la vista clavada en la tableta que lleva en las manos. John

carraspea, no piensa esperar ahí plantado. Bob levanta la vista, se incorpora y deja las gafas de vista sobre la mesa.

—Usted no debería de estar aquí. Y haré lo que esté en mi mano para que no suba a esa nave. Pero quiero dejar claro que no es nada personal. No le conozco. ¿Acaso leer el currículum de un hombre ambicioso como usted es conocer a una persona? Pues no, no lo es. Pero tengo la absoluta certeza de que el espacio no es lugar para un abogado. ¿Comprende lo que le quiero decir?

—Alto y claro.

—Muy gracioso, John. Supongo que no debo resultarle muy simpático, pero cumpliré con mi parte. Disponemos de seis días para preparar la misión. ¿Cree que en seis días podrá recibir una preparación similar a la que alcanzan pilotos experimentados y astronautas durante toda una vida? La respuesta es no. No es posible.

—El coronel me dijo…

—El coronel no tiene ni idea… del espacio —añade—. Aunque es cierto que no tendrá que pilotar ni realizar ninguna EVA.

—¿EVA?

—Sí, EVA, actividad extravehicular. No tendrá que abandonar la estación espacial para nada, o por lo menos, eso esperamos. Con todo, es una tremenda irresponsabilidad. Salta a la vista su buen estado físico y reconozco que los resultados de los entrenamientos en su gimnasio son impresionantes.

—Pensaba que eran confidenciales.

—Muy gracioso. Estoy empezando a pensar que vamos a mandar un payaso al espacio. ¿Algún chiste más?

John se encoge de hombros.

—Bien. Comenzaremos con un reconocimiento médico completo para comprobar que todo funciona a la perfección en su organismo. Después haremos unas pruebas físicas para corroborar los datos de su entrenador. La agente Liz Donovan le llevará su plan del día. —Bob hace una pausa—. Por cierto, curiosa petición la de solicitar una niñera y una nueva irregularidad del coronel Cole por acceder. ¿Acaso le gusta la agente Liz, John?

—¿Y a usted, Bob?

—Muy gracioso. Ya puestos, pídale al coronel Cole que Liz vaya

al espacio con usted. Hay ciertas necesidades corporales en las que la asistencia de una niñera sería de gran ayuda.

—Lo propondré. Descuide.

—Es todo por el momento. Mañana volveremos a vernos.

—Contaré los segundos.

John abandona la sala algo molesto con la actitud de aquel hombre. Liz está sentada leyendo algunos documentos. Al percatarse de su presencia, cierra la carpeta y se pone en pie.

—¿Todo bien? El tal Bob Harris tiene pinta de ser un encanto —ella se responde a sí misma con una sonrisa—. Ahora, a nuestra siguiente parada.

Siguen el pasillo hasta el final. Termina en una sala amplia con tres hileras de butacas, muy similar a la sala de espera de su dentista. Sonríe. Liz abre un pequeño bolso, que antes no llevaba, y saca tres pequeños recipientes precintados por plásticos. Los levanta a la altura de sus ojos y agitándolos dice:

—Pipí, popó y semen.

—¿Semen?

—No me pida que le eche una mano. La cantinela de que cuatro manos mejor que dos no funciona conmigo —dice mientras le guiña un ojo y señala lo que parecen los servicios.

—No será necesario.

John coge los recipientes y entra en lo que, efectivamente, son los aseos. No hay distinción entre sexos. Mientras se esfuerza en conseguir lo que le han pedido piensa en la agente Liz. Más bien en sus palabras: «… echar una mano… cuatro manos mejor que dos». Ha parafraseado lo que él mismo les dijo a las jóvenes del hotel Bellagio que le ayudaron a contar el dinero. Sin duda, la agente los podía escuchar y es posible que ver también. Llaman a la puerta y acto seguido se escucha la voz de Liz.

—Tómese su tiempo…

Tres minutos después, John sale.

—Misión cumplida, agente.

—Genial. Ahora solo tiene que entregárselos al doctor en aquella puerta.

John obedece. Allí le espera un hombre de unos sesenta años, calvo y con bata blanca. Le hace un gesto para que deje los

recipientes sobre una mesita auxiliar y después le pide que se quede en ropa interior y se siente sobre una litera. Le hace una inspección rutinaria de oídos y garganta y le toma la tensión. Luego le pide que lo siga para tomar el peso, altura y algunas radiografías. Vuelven a la litera. Le coloca electrodos en cabeza y torso y le pide que se tumbe y controle la respiración durante unos veinte minutos. Después hace una prueba de esfuerzo en una bicicleta estática y para finalizar le toma una muestra de sangre.

Liz le está esperando fuera.

—¿Todo bien?

—Genial —repite.

Le lleva hasta una pequeña cantina ubicada en el mismo edificio. Todavía es muy temprano y no hay nadie, pero se nota que está operativa. Las paredes están decoradas con fotos de militares sonrientes, la mayoría en grupo, y algunas de ellas firmadas. Con toda seguridad se trata de inquilinos de la base. En la barra hay vitrinas con comida preparada y sobre cada mesa un bote de servilletas y una carta. Hasta hay un viejo tocadiscos en un rincón con una estantería llena de vinilos.

—Sí que te has aprendido rápido la base.

—Me tomo en serio mi trabajo, John. Elige una mesa.

Liz se acerca a la barra y cruza unas palabras con el barman que acaba de salir a atenderles. John se sienta y ella no tarda en hacerlo a su lado con un bol de frutos secos y dos zumos. Los frutos secos no tienen nada de sal. Al poco, el barman se acerca con una bandeja y deposita frente a cada uno tres vasos, que parecen probetas porque llevan las medidas. Todos están llenos hasta los doscientos mililitros. El primero con un líquido transparente que parece agua, el segundo un líquido rosa y el tercero morado, claramente más denso. Luego deja sobre la mesa unos sobres que parecen de sal y azúcar y unas cucharillas largas. John interroga a Liz con la mirada. Esta sonríe y aboca tres de los sobres blancos sobre su vaso de agua. Después los remueve con la cucharilla. Levanta la mirada y le dice:

—No tenemos todo el día, John.

John la imita. Es evidente que no es sal ni azúcar. Ella lo apura de un trago prolongado. John hace lo propio. Tiene un ligero sabor a cordero. Le cuesta acabarlo de un trago. Liz coge el vaso con

líquido rosa, otra cucharilla y vacía un sobre rosado antes de apurarlo sin pestañear.

—¿Puede saberse qué leches es esto?

—Comida deshidratada. Es necesario que se acostumbre a ella y que seleccione su menú allí arriba.

Liz empieza con el tercer vaso de líquido morado sin añadirle nada. John niega con la cabeza.

—No sea crío. Tiene que coger fuerzas, le aseguro que en breve las va a necesitar.

—¿Ah, sí? —dice John preparándose el segundo potingue—. ¿Qué toca ahora? ¿Una sesión de acupuntura?

Ambos se terminan los tres vasos, el último es solo un zumo de mora natural. Salen por la parte trasera del edificio. Una carretera vertical de unos ocho metros de ancho les separa de otra tanda de barracones idénticos. La cruzan y pasan entre dos de los edificios casi de perfil. Al otro lado el suelo está sin asfaltar y las vistas son más amplias. Se encaminan hacia una especie de campo de béisbol en el que un grupo de diez soldados corren por el perímetro. Se dirigen al centro, allí hay un hombre vestido con pantalones cortos y gafas de sol estilo aviador. Al llegar a su lado les habla sin desviar la mirada de los corredores.

—Así que tú eres el abogado.

—John.

—¿John picapleitos?

—John a secas.

—Muy bien, John a secas. Yo soy el teniente Steel. ¿Ves a mis chicos? —dice con orgullo. En estos momentos están justo enfrente, a mitad de la recta más larga.

John asiente.

—¿Crees que podrás seguir su ritmo?

—La pregunta es si podrán seguir el mío…

Liz se tapa la boca para ocultar su risa. El instructor se vuelve hacia él y se levanta las gafas.

—Así que tenemos un gallito. Cuando termine contigo, me temo que no serás más que un polluelo buscando el ala de su mamá.

Con el pie le acerca una bolsa de deporte que hay en el suelo.

—Cámbiate y únete al grupo en la siguiente vuelta. Asegúrate de

no quedarte atrás.

John abre la bolsa. Dentro hay un traje de vestir. Pantalón oscuro, camisa de manga larga, cinturón y chaqueta. El instructor está de espaldas con los brazos cruzados y la vista puesta en los corredores. John mira a Liz, que se encoge de hombros. Se pone el traje, incluida la chaqueta. El calor empieza a apretar. Por lo menos los zapatos son cómodos, seguramente no quieren que se lesione. John hace un par de sentadillas y se prepara para unirse al grupo cuando están cerca. En el último momento, y sin girarse, el instructor dice:

—Te falta la corbata. ¿Qué imagen quieres trasmitir en tu primer día?

John busca dentro de la bolsa y, efectivamente, hay una corbata con grandes lunares de llamativos colores. Como la de un payaso. Liz vuelve a ocultar su sonrisa con el dorso de la mano. John se pone la corbata, hace el saludo militar al instructor y le guiña el ojo a Liz antes de correr en busca del grupo. Ya le han sacado ventaja. Puede escuchar las risas de los corredores al verlo entrar en la pista. A mitad de vuelta consigue alcanzarlos y durante las dos siguientes mantiene la formación en el último puesto. Suda copiosamente y la chaqueta es un estorbo. A lo largo de la tercera vuelta empieza a ganar posiciones. Todos aceleran el ritmo para no dejar que se adelante. Al final de la quinta vuelta está entre los cuatro primeros, que se han separado unos metros del pelotón. No le permiten escapar, si corre más, más corren ellos. Cuando pasan cerca, el instructor oculta su mirada bajo las gafas y mantiene su pose inmutable. Al completar la vuelta número veinte, John calcula que habrá corrido unos treinta kilómetros. El instructor les hace el alto. Todos se detienen, pero a él le ordena que siga hasta completar las diez vueltas que los otros ya llevaban. John duda que sea cierto, pero acata la orden.

Los soldados descansan sentados en el césped mientras corre. Las risas se han borrado de sus rostros. En cuanto completa la vuelta número cuarenta, Steel los pone a hacer flexiones y abdominales en rápidas series de cien. El teniente las va contando mientras pasea a sus pies. John nota que algunos de los soldados se van retirando después de la décima. Simplemente se tumban. Unos minutos

después solo quedan los mismos cuatro que en la carrera se han separado del pelotón. El instructor sigue paseando y contando. John cree escuchar un gruñido del instructor cuando se retira otro de sus soldados. A John le duele todo. El sol es muy fuerte y parece que se va a desmayar dentro de aquel incómodo traje. Los tres aguantan hasta que Steel da el alto. Están completamente empapados. Liz se acerca, le ayuda a incorporarse y le da una bebida isotónica.

—Necesita ayuda, abogado —pregunta Steel al ver el gesto de Liz—. Puedo llevarle en brazos si quiere…

Caminan hasta una zona de entrenamiento anexa al campo de béisbol. En un lateral destacan unos postes altos con gruesas cuerdas. Nada más entrar en el recinto el instructor se pone a dar palmas y todos salen disparados. John los sigue hacia la pista americana. Primero obstáculos, luego ruedas para meter los pies, barras de hierro, zona tumbados y las cuerdas altas. John sube y baja sin problema. Al principio le cuesta, pero no tarda en adaptarse. Cumple y se mantiene entre los primeros hasta que el instructor les hace el alto.

—Terminaremos el entrenamiento de hoy en este circuito de obstáculos —grita el teniente señalando a un lateral—. Con una novedad, los que acepten el reto competirán hasta que solo quede uno. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—¿Entendido?

—Sí, señor.

—González. Miller. Glen.

Todos dan un paso al frente. Dos son los mismos que estaban los primeros en la carrera y las abdominales. Se quitan las camisetas. Después, el teniente le mira a él bajo esas gafas de reflejo azulado.

—No caiga en su juego —le susurra Liz.

—Si me busca, me encontrará.

—Para usted todo es una competición, ¿verdad? —insiste Liz.

—La vida es una competición.

—Ya ha demostrado que está en mejor condición física que la mayoría. Es más que suficiente. ¿Tiene que ser el primero?

—Créame, no hay reconocimiento para el segundo. Pregúntele a Buzz Aldrin.

—Maldito idiota. Todo o nada… Como en la ruleta del Bellagio…

—Todo o nada, agente Liz.

—¿Se apunta, John? —pregunta Steel con tono desafiante—. Esta prueba no es obligatoria. Además, podrá retirarse cuando quiera.

John da un paso al frente y se coloca junto a los otros tres.

—¡Adelante! —grita Steel acompañando sus palabras con más palmadas.

Empiezan a dar vueltas. Los otros tres contrincantes empiezan a gran velocidad y le sacan algo de ventaja. Puentes, tirolinas, cuerdas, redes, fosos de barro, muros, barras de escalada. Según van completando vueltas John se adapta y empieza a recortar. Todos bajan el ritmo y les acaba alcanzando.

—¡Malditos gandules! ¿Vais a dejar que un marica picapleitos os gane? —grita el instructor Steel quitándose las gafas y corriendo durante un rato junto a ellos.

Los tres soldados vuelven a acelerar la marcha. John siente un pinchazo constante en el lateral y sabe que los calambres que amenazan en las piernas le pueden paralizar en cualquier momento, pero continúa. El análisis de sangre también le pasa factura. En las barras cae e hinca la rodilla en el suelo. No da tregua a los músculos; se levanta y sigue. El más corpulento de los tres rivales se retira. El instructor corre hacia él y le atiza con la gorra.

—Desaparezca de mi vista —aúlla.

El resto de los soldados se encuentran ahora al borde de la pista, pendientes de ellos tres. A John se le engancha la chaqueta en los alambres y tira hasta que se desgarra y continúa reptando con brazos y rodillas. Animan a los otros dos. Ve a Liz taparse los ojos cuando pasa a su lado. Lucha por mantenerse firme. Otro de sus rivales se retira. Ahora solo quedan dos. John está al límite de sus fuerzas, pero no puede perder. No hay gloria para el segundo. No piensa quedar segundo.

Cuando rebasa la curva que lleva a la salida, ve a la agente Liz encarándose al instructor con aspavientos y gritos, pero no consigue entenderla. En la siguiente vuelta el teniente Steel para la carrera. Le da dos palmadas en la espalda a su chico y luego se planta

delante suya.

—Le ha salvado su amiguita.

John se acerca a Liz y trata de mantener la compostura. Ella le ofrece de nuevo bebida isotónica, pero no puede tragar. John tose y después lo intenta a pequeños sorbos. No se siente capaz ni de andar. Se queda allí hasta que se retiran todos. Solo se apoya en ella cuando nadie puede verlos. El camino hasta su edificio es agónico, los calambres en isquios y sóleos le paralizan las piernas. Al entrar en el cuarto se desploma sobre la cama.

Cuando abre los ojos está oscuro, no sabe si se ha quedado dormido o ha perdido el conocimiento. Liz está sentada y hay una bandeja sobre la mesa. Le ayuda a incorporarse y le pone unos cojines en la espalda.

—Es un idiota, John.

Se esfuerza en comer algo.

—Quítese esa ridícula camisa.

No puede. Liz le ayuda a despegársela literalmente del cuerpo. Después, le pasa una gasa húmeda por el pecho para quitarle el sudor y polvo. Lo tumba boca abajo y se sube a horcajadas sobre su espalda. Utiliza paños calientes para limpiarle y le va dando concienzudos masajes locales que logran aliviarle de las contracturas.

—No se haga ilusiones conmigo. Usted les dijo a aquellas dos chicas que no le interesaban las mujeres; pues a mí no me interesan los hombres. Y menos un tipo como usted.

—Dije que no tenían poder sobre mí. No que no me interesasen.

—No se haga el macho conmigo. Eso guárdeselo para el teniente.

Ella le aprieta los músculos para demostrar el poder que tiene y John se retuerce de dolor.

—¿A usted no le gustan los hombres? ¿Prefiere las mujeres?

—Ni lo uno ni lo otro. Descanse John, mañana seguiremos.

Liz se levanta. John se da la vuelta con esfuerzo. La sensación de hormigueo le recorre la columna electrizándole desde los hombros hasta la planta de los pies. Niega con la cabeza.

—No creo que pueda, Liz. Si mañana vamos a la pista, el instructor ganará y yo no puedo perder.

—Y eso no lo podía haber previsto antes de reventarse el primer día. Maldito idiota.

—Todo o nada, como en la ruleta —John trata de esbozar una sonrisa.

—Por fortuna, mañana es otro tipo de entrenamiento. Pero eso no quita lo temerario, imprudente e imbécil que ha sido.

John suspira aliviado. Y se duerme de nuevo.

7
Caballo de troya

Todavía está oscuro cuando la agente Liz entra sin molestarse en llamar. John ya está preparado. El mono se le ajusta a la perfección. Ha leído el escueto dosier que le deben haber dejado por debajo de la puerta en algún momento de la noche. Solo contiene el menú del día y una hora. Ella, al verle, sonríe entre complacida y aliviada.

—Es usted terco, John.

Abajo, en la cantina, solo encuentran dos mesas preparadas. John se sienta en una de ellas y Liz le acompaña. El camarero abandona su espera tras la barra y metódicamente les sirve cinco variantes de frutos secos, leche y un par de sobres para mezclar con agua. Fuera les espera el mismo todoterreno, con el mismo militar joven. Este abre la puerta trasera y John, resignado, sube mientras ellos toman asiento en la parte delantera.

Saludan a los soldados que custodian las puertas y visitan de nuevo al hombre de la NASA. Liz le invita a pasar y se queda en la puerta.

—Suerte con tu amigo.

Bob Harris, luciendo el máximo apresto en su traje, está de pie apoyado en el canto de la mesa. Se incorpora en cuanto John entra y se le acerca dando palmadas cada vez más lentas hasta que fuerza una situación incómoda. Solo entonces habla.

—Ya me he enterado de su espectáculo de ayer en la pista de entrenamiento. Pero que usted sea un payaso no convierte esto en un circo. ¿Eso lo entiende?

—¿Lo dice por la corbata que me obligaron a ponerme? Solo cumplí las órdenes del instructor Steel lo mejor que pude. ¿Esforzarme me convierte en un payaso?

—Tiene que tomarse esto en serio, John. Nos enfrentamos a una

situación de extrema gravedad que afecta a su nación y a todo el mundo.

John asiente.

—El objetivo de las pruebas físicas consistía en superar unos mínimos. Con eso era más que suficiente para nosotros, aunque quizá no lo sea para usted. —Bob deja caer un informe sobre la mesa—. Ha superado con creces el examen médico y las pruebas físicas. He de reconocer que me ha sorprendido. Así que este capítulo lo damos por resuelto y nos centraremos en cosas más importantes. El tiempo apremia y es el momento de familiarizarse con la estación espacial.

—Liz me ha informado que empezaríamos con una prueba de capacidad pulmonar.

—Ya no será necesaria.

—Quiero hacerla.

—Quiere hacerla…

—Así es.

—¿Qué quiere demostrar, John? ¿Que yo estaba equivocado?

—Con el debido respeto, no me importa lo que usted piense. Quiero demostrármelo a mí mismo. Esa es la diferencia entre usted y yo.

—Muy bien.

Bob y Liz le acompañan hasta el laboratorio del mismo doctor. Allí, sobre la mesa, hay un tubo de cristal de unos setenta centímetros de alto y cuatro de diámetro. En un lateral tiene conectada una especie de boquilla, que le recuerda a una cachimba. El doctor, sin mediar palabra, lo llena de agua hasta casi el borde. Separa la silla y le pide a John que tome asiento. El señor Harris introduce por la parte superior una especie de bola de pimpón amarilla.

—Muy bien. La prueba consiste en soplar por esta boquilla y mantener la bola el máximo tiempo posible entre las dos franjas marcadas en rojo.

La teoría es sencilla. John toma aire y empieza a soplar. Las burbujas hacen que la bola de pimpón ascienda y, manteniendo una expulsión de aire constante, es sencillo sostener la bola entre las franjas rojas. De joven pertenecía al equipo de natación y sabe que

su capacidad pulmonar es buena. Sopla hasta que siente perder el conocimiento.

—¡Sesenta segundos! —exclama Bob Harris deteniendo el cronómetro—. Un digno segundo puesto si lo comparamos con los resultados de los primeros siete astronautas escogidos para la misión Mercury.

—Quisiera repetir —susurra John.

Bob Harris mira a Liz, esta se encoge de hombros y busca con la mirada a John cubriéndose la boca. A John le da la impresión de que empieza a caerle bien.

—Déjese de idioteces, John —dice Bob—. No tenemos tiempo que perder.

—Dígame una cosa: los astronautas de la misión Mercury, ¿hicieron un único intento?

—Repitámoslo si tanto lo desea.

A la tercera, John iguala el récord que ostentaba el astronauta de la misión Mercury. Ahora es John quien busca a Liz con la mirada, pero ya no está en la sala.

—Tranquilo —dice Bob—. Le estará esperando cuando terminemos el siguiente orden del día.

Sigue a Bob hasta su despacho. La estancia se oscurece y se proyecta una imagen global de la Estación Espacial Lunar. Bob Harris se apoya en el frontal de la mesa, a poco más de un metro de la pantalla. John se coloca a su lado y cuida de no interrumpir la proyección. Podrían retirar las cuatro sillas de ese despacho y nadie las echaría de menos, no parece que tenga intención de usarlas.

—Me consta que ya conoce gran parte de lo que le voy a contar, así que trataré de ser breve. En 2025, como se tenía previsto, se clausuró la Estación Espacial Internacional. En su lugar se concibió un proyecto mucho más ambicioso: una nueva estación que orbitaría alrededor de nuestro satélite. Aunque las dos estaciones son proyectos de colaboración internacional, no había recursos suficientes para sostenerlas a ambas y la EEI ya se quedaba obsoleta. La idea original era lanzarla al vertedero espacial, pero gracias al nuevo proyecto gran parte se reutilizó. La EEL, mucho más ambiciosa, no solo sirve de laboratorio en condiciones de microgravedad, también es la primera piedra para la creación de

una base lunar y el punto de partida para futuros lanzamientos a Marte.

»La EEI orbitaba a unos cuatrocientos kilómetros de la Tierra y lo hacía a una velocidad de 28.000 km/h, la EEL orbita a ciento veinte kilómetros de la superficie lunar a una velocidad 6.000 Km/h. Esto quiere decir que se encuentra a unos trescientos ochenta mil kilómetros de la Tierra, unas mil veces más lejos que la antigua EEI. Esto hace que todo sea mil veces más complicado.

»Colaboran dieciséis países en este colosal proyecto, siendo EE.UU., Rusia, Japón, Europa, Canadá y Brasil, y, en ese orden, los que más aportan.

Bob cambia la imagen con un pequeño mando que lleva en la mano y aparece de nuevo la EEL, pero con todos los módulos que la componen separados unos centímetros. Con un láser apunta al que se encuentra en la parte central.

—El primer módulo, el americano llamado Unity 2, despegó de la Tierra en 2026. Es una versión mejorada del Unity 1 de la EEI. Cinco días después, el módulo ruso Zarya 2 despegaba desde el cosmódromo de Siberia. Dos astronautas, uno ruso y uno americano, se encargaron de ensamblarlos mediante caminatas espaciales.

»A estos les siguió el módulo Life, diseñado para alojar a la tripulación. Desde su acoplamiento, los astronautas ya pudieron permanecer en la Estación.

»El cuarto módulo fue el ruso Vitalis. Es imprescindible hacer ejercicio diario en condiciones de microgravedad para evitar que los músculos se atrofien.

»El quinto módulo fue el Columbus, un laboratorio ideado para realizar experimentos en microgravedad y encontrar la forma de obtener energía. Básicamente, una versión mejorada del de la EEI. A este le siguió el módulo de investigación japonés Kibo.

Bob Harris va señalando en la imagen los módulos según los enumera. Ahora cambia a una diapositiva en la que se aprecia la Luna ampliada.

—En paralelo a los módulos de investigación, se lanzaron también, y con éxito, dos cohetes con el único objetivo de depositar

en la superficie lunar el material necesario para construir la futura base. Actualmente, este material, se encuentra esparcido en un radio de diez kilómetros del lugar elegido. —El puntero láser hace un círculo cerca del polo norte—. Una zona cercana a un cráter con hielo en su interior, pero lo suficientemente alejada del polo para evitar las temperaturas extremas. El primer envío de material se produjo a finales de 2026. Incluía un rover lunar y grúas robóticas para montaje de las construcciones modulares previstas.

Bob se acerca a la pizarra y cambia de diapositiva.

—Volvamos a la EEL. El séptimo módulo, llamado Esperanza, fue también japonés. Consistía en una terraza abierta al espacio con un gran brazo mecánico para ayudar con el ensamblaje de los módulos y realizar experimentos en el exterior. Este brazo incorpora un carril que mejora el usado en la EEI al conseguir muchos más movimientos.

»El octavo módulo fue el americano Science; un laboratorio destinado al estudio de la formación, resistencia y comportamiento de materiales en microgravedad. Esencial para la construcción de la base lunar permanente, prevista en una segunda fase. En él se testearán materiales lunares mediante pruebas de conductividad térmica, coeficiente de dilatación, porosidad, etc.

»El noveno fue el europeo Conocimiento. Principalmente para estudiar comportamiento del cuerpo humano sometido a largos periodos de microgravedad.

»Después se usaron varias naves italianas Leonardo para transportar material entre la Tierra y la Estación Espacial Lunar. Desechables. Misión acotada a proveer material y combustible y llevarse los desperdicios.

»El décimo fue el Gravity, una enorme rosquilla que permitirá emular las condiciones de gravedad lunar en su interior. Han colaborado varias naciones en su desarrollo y por el momento se ha instalado la mitad de dicha rosquilla. En pocos días está previsto ensamblar su otra mitad.

»La primera cápsula para futuros descensos a la superficie lunar se acopló a la estación en 2027. Gracias a ella se puede hacer llegar a la superficie tanto a astronautas como equipo sensible de un modo más controlado. El descenso de dos astronautas para ensamblar los

primeros módulos lunares tuvo lugar pocos meses después.

»También se acoplaron dos cápsulas de evacuación a la EEL con un sistema de navegación que solo necesita apretar un botón para la vuelta automática a la Tierra.

Bob cambia de nuevo la imagen y hace una pausa.

—Las cápsulas semiprivadas de Space X y de Boeing son las que se usan para enviar astronautas hasta la EEL. Mucho más modernas que las viejas Soyuz, más rápidas y con capacidad para cinco astronautas en lugar de dos. Desde el primer lanzamiento hay un contingente de astronautas permanente allí arriba con estancias medias de nueve meses. Los tres primeros inquilinos fueron dos rusos y un americano. En la actualidad, hay seis astronautas, cuatro hombres y dos mujeres. En los próximos meses también estaba previsto acoplar un segundo módulo tipo Life para ampliar la habitabilidad hasta doce personas.

»En resumen: hasta la fecha hay dieciséis países colaborando en el proyecto. Se han realizado una treintena de lanzamientos para llevar equipo y personal. Han llegado más de diez millones de piezas individuales y se han realizado varios paseos espaciales para acoplar los módulos. La EEL ya tiene el tamaño de un gran rascacielos, superando a la antigua EEI, y sigue en continuo crecimiento. Se han realizado cuatro descensos tripulados a la superficie de la Luna y está en marcha el montaje de la base lunar con la ayuda de robots. Uno de los módulos cuenta con energía y está prácticamente operativo para poder permanecer durante días en él.

»Para dentro de cinco días, estaba programado el lanzamiento de una cápsula Dragon de Space X con material necesario para proseguir con el montaje. Y ahí es donde entramos nosotros con la misión denominada Caballo de Troya. Un ciudadano ruso y otro americano, supuestamente usted, viajarán de incógnito infiltrados entre el material. No levantaremos sospechas porque, como he dicho, el lanzamiento estaba previsto y anunciado desde hace meses. Eso nos deja un margen de 118 horas para completar su preparación. Por fortuna, el viaje y el acoplamiento serán totalmente automáticos.

Bob Harris hace una pausa, niega con la cabeza y detiene la

proyección.

—Debe ser plenamente consciente de la importancia y la dificultad de su misión. Por el momento, la EEL es el mayor éxito de colaboración internacional. Todo funcionaba a la perfección. Y, ahora, todo queda en suspenso debido a este desagradable asunto del asesinato.

—Precisamente de eso quería hablarle —interviene John por primera vez—. Todo lo que me ha contado es muy didáctico e interesante, pero del asesinato no me ha dicho absolutamente nada. Preciso saber si hay algún sospechoso entre los seis residentes. Necesito conocer cuál fue la causa de la muerte y las circunstancias por la que estamos seguros de que es un asesinato y no un accidente.

Bob levanta la palma de la mano y pide calma.

—Lamento informarle que ese asunto no está dentro de mis competencias y sé exactamente lo mismo que usted. Es decir, nada. No sea impaciente, John. Por el momento necesito que se centre al máximo en esto.

Bob se pasea de izquierda a derecha en actitud reflexiva frente a la pantalla. Finalmente usa el mando para mostrar una nueva imagen. En la parte superior aparece un módulo visto desde el exterior y, en el centro, la ampliación de una sección abierta que permite ver su interior.

—Ahora analizaremos en profundidad cada uno a los módulos que integran la EEL —continúa Bob.

—¿Todos?

—¿Acaso tiene prisa, John? Si es por Liz, no se preocupe; no se irá a ninguna parte.

John niega con la cabeza y hace un gesto para que prosiga.

—Tiene que familiarizarse con ellos porque mañana los visitará *in situ* mediante una visita virtual hiperrealista. Usará los visores VR más avanzados y un simulador llamado Ícaro. Debe acostumbrarse a la sensación de ingravidez y a la forma de moverse por el interior de la estación. Todo esto lo haremos en la otra base.

—¿Otra base?

—Así es, en el Centro Espacial Johnson de la NASA en Houston, Texas. Mañana a primera hora partiremos los tres en un prototipo

muy veloz. Llegaremos en un visto y no visto.

John aprieta de forma inconsciente los puños hasta que se hace daño. Debe haberse puesto lívido por la siguiente pregunta de su interlocutor.

—¿Se encuentra bien, John?

—Perfectamente.

Después de darle aquella noticia, Bob Harris le explica los módulos uno a uno y con detalle. Su función principal, su contenido y las funciones que realizan habitualmente los astronautas que los operan. Les lleva algo más de dos horas. Después, Bob continúa con la ficha de cada uno de los astronautas que hay allí arriba. Cuando termina el monólogo, apaga la proyección y se despide.

—Encontrará en su habitación una copia digitalizada de toda esta información para poder estudiarla. Ahora tiene el resto del día libre.

—¿Libre? Querrá decir prisionero en el área 41.

—Lo importante es descansar y repasar los documentos. También puede ir con su amiga a la cantina.

John sale del despacho. Liz le espera con una sonrisa, no puede descifrar si es sincera o sarcástica. Fuera está oscureciendo; debe haber pasado unas cinco horas en el despacho de Bob. Se dirigen directamente de vuelta a sus habitaciones. En la mesa de su escritorio hay ahora un monitor en el que aparece un sobre anaranjado rebotando por la pantalla a la espera de ser abierto con una identificación por huella. John acerca el pulgar y se muestran los documentos que le ha dicho Bob. Liz sugiere que los repasen juntos, pero John está cansado. A regañadientes la agente especial le acompaña hasta la falsa cantina y allí dejan correr el tiempo con un tablero de damas, sin beber y en un silencio incómodo.

Cuando están a punto de retirarse, irrumpe un grupo de cuatro pilotos. Dos de ellos son sus rivales en la carrera de obstáculos. ¿Qué hacen allí? Quizá el señor Harris les ha dado permiso para que usen la nueva cantina tras haberse quejado de que se encuentran aislados. Pero al cruzar la mirada con los cabecillas, John cambia de suposición. Parce cosa del instructor Steel. Miran a su alrededor y, entre comentarios despectivos, se sientan en la otra mesa que está preparada. Se quitan las chaquetas y dos de ellos se arremangan

también las camisas. Golpean la mesa y piden alcohol. Parece que la prohibición no cuenta para ellos. Cuando llega el camarero con la bandeja, el soldado de color pide una copa más y se levanta para añadir una silla vacía a la mesa.

—¡Eh!, picapleitos, únete a nosotros.

John se tomaría un *bourbon*, pero no sabe qué pueden estar bebiendo aquellos indeseables.

—No me está permitido… —dice para intentar evitarlos.

Los cacareos de gallina y burlas son inmediatos.

—Si no te está permitido, que nos acompañe tu novia.

—No es mi novia…

—Mejor me lo pones —replica poniéndose en pie de nuevo.

El resto se ríe. El tipo se acerca y le tiende la mano a Liz. Esta se pone en pie y le escupe en las botas antes de dirigirse a la salida. John se levanta también y le aparta la mano de un manotazo. El grandullón le empuja con fuerza y John cae sobre una de las mesas recogidas. Tras la pelea, mientras se apoya en Liz de vuelta a la habitación, solo recuerda que el primer golpe lo conectó él.

—¿Qué narices te pasa, John?

—Empezaron ellos y yo no podía esconderme.

—Has caído en su trampa. Te están provocando para que fracases. Si se entera el coronel Cole de tu comportamiento te pueden relevar. Uno de ellos era el sustituto que propondrá Bob Harris.

—A qué adivino quién es… —al forzar la sonrisa le duelen los labios y nota la sangre por la comisura.

—¿No tuviste bastante con el espectáculo del entrenamiento y con lo de soplar la dichosa bolita esta mañana?

—Lo siento, pero no puedo quedar segundo.

—¿Por qué no puedes?

—En la Universidad de Harvard fui el segundo de mi promoción. El segundo.

A John le cuesta hacer esta confesión. Liz suelta una carcajada, pero se disculpa al percatarse de que habla en serio.

—Hay muchas cosas que no sabe de mí, agente Liz.

—Soy toda oídos. Es parte de mi trabajo actual. Por si no lo sabía, las niñeras son en gran parte psicólogas.

John se incorpora.

—¿Por qué la eligieron a usted para traerme hasta aquí? Parece ajena a todo este tinglado.

—Esa noche estaba trabajando en el casino Bellagio. Desde la última pandemia muchas organizaciones criminales se han interesado por las armas biológicas. Un asunto muy feo y peligroso. Llevábamos meses detrás del traficante y todo estaba preparado para pillarle con las manos en la masa.

—Por eso había escuchas y demás en la *suite*.

Ella asiente.

—Supongo que les vine muy bien. Estaba en el lugar oportuno y con el equipo adecuado. La rapidez era primordial para ellos.

—¿Quiénes son ellos?

—Lo desconozco… —responde Liz, señalando hacia arriba.

—Una última cosa… ¿Por qué ahora está tan volcada en este asunto? ¿Qué ha sido de su enfado? Lo lógico es que siguiese enfadada conmigo por solicitar que permaneciese a mi lado, y con ellos por mentirle y obligarla a hacerlo. Además, imagino que su pájaro habrá volado o que el mérito de la detención se lo ha llevado otro.

—Soy una profesional, John, trabajo para mi país. Si creen que aquí soy más necesaria, aquí estaré. En mi caso particular, no me asusta el segundo puesto.

—¿Necesaria…? Quizá lo sea más de lo que ambos imaginamos. Lamento haberla involucrado.

—No importa.

—¿Sabe lo que está ocurriendo realmente?

—Sé que usted tiene algo importante que hacer y yo debo asegurarme de que lo haga. Con eso es suficiente. No necesito saber nada más.

—¿No siente curiosidad?

—No perdamos el tiempo y hablemos sobre lo que desconozco de usted. De lo que ha evitado hablar en la cafetería cuando estábamos a solas.

—Usted tampoco se rinde, Liz Donovan.

Ella niega y le interroga con la mirada.

—Mañana nos vamos al Centro Espacial de Houston para

continuar con este extraño y acelerado entrenamiento.

—Lo sé.

—Pero no sabe que tengo pánico a volar —John casi lo susurra.

—¡Ja! Esa sí que es buena.

John no se ríe y le sostiene la mirada. Ella levanta las palmas de las manos.

—En realidad es miedo a la velocidad. Odio la velocidad. Y mañana volaremos con un prototipo muy veloz.

—¿Me toma el pelo, John? Si es cierto lo que acaba de confesar, toda la misión puede estar comprometida. ¿Es consciente de que el viaje hasta la estación lunar durará dos días?

—Nadie debe saberlo. Puedo hacerlo.

—¿Está seguro, John?

—Puedo hacerlo.

8
Ícaro

A la mañana siguiente, es John quien toca a la puerta de Liz a las 05:15 de la madrugada. Está preparado, incluso ha repasado el resumen que le ha preparado Bob Harris de lo que vieron en su despacho. Los diferentes módulos que componen la EEL y el perfil de los astronautas que actualmente están en órbita. De poca utilidad, la mayor parte del informe son datos técnicos y currículos que en poco pueden ayudar en su verdadero cometido. Resolver un crimen. Lo único interesante son los perfiles médicos y cuadros psicológicos de los astronautas, pero es muy pronto para ahondar en ellos. Ni siquiera sabe cuál de los seis ha muerto. Algo muy sospechoso de entrada.

Liz abre la puerta.

—Adelante, John. Huele bien —añade, sonriente—. Permítame arreglarme y al cabo de cinco minutos estoy aquí.

La agente especial coge una toalla y un hato y abre la puerta.

—Es un fastidio no tener aseos propios, ¿verdad? Cinco minutos.

Liz cierra la puerta y John se queda solo. La habitación es idéntica a la suya. En el escritorio hay cuatro gruesas carpetas que parecen contener la misma información que le han enviado encriptada. También se fija en algunos papeles ordenados al lado de la cama y una tableta todavía encendida bajo una prenda íntima que difícilmente iría incluida en el uniforme femenino de la base. Es evidente que ya estaba despierta y trabajando cuando ha tocado a su puerta. John no quiere fisgar, pero se distinguen claramente mapas de la base en la que se encuentran y otros con la cabecera del Centro Espacial de Houston.

Escucha pasos y se separa de la cama. John no tiene el Rolex, pero está seguro de que no han pasado los cinco minutos. Liz lleva

el pelo mojado y un vestido discreto incapaz de ocultar su esbelta figura. Nada de uniformes y gorras. Los ojos son de un azul profundo y le cuesta escapar de ellos cuando cruzan la mirada. Ella pliega inconscientemente la sugerente ropa de cama, arrastra con un pie el montón de papeles y se muestra dispuesta a salir metiendo la tableta en un bolso bandolera que tiene toda la pinta de un portapistolas.

—¿Vamos? —ordena con la naturalidad de quien se sabe fuerte.

Fuera todavía está oscuro. Su amigo Jimmy, el joven militar que tienen asignado, los lleva hasta la gran pista de aterrizaje. Las balizas del contorno están encendidas, aunque sin mucha intensidad, como si también estuvieran despertando. No hay ni un alma y todos los hangares están cerrados. Solo distingue el que debe ser su avión cuando el todoterreno se detiene y la luz interior de la aeronave se enciende y escapa por los ojos de buey. El joven militar se despide y el fuselaje se recorta verticalmente para ofrecerles una escalerilla descendiendo, también iluminada. El avión es de tamaño mediano con el morro largo y afilado. El ángulo de las alas le parece demasiado cerrado. John inspira profundamente al sujetar el pasamanos de la escalerilla. Liz apoya con delicadeza una mano en su hombro. Aprieta. Es una caricia de ánimo, no de urgencia. Finalmente, John empieza a subir. Cada paso que le aleja del suelo es una tortura. Dentro les espera Bob Harris, el hombre de la NASA. No hay rastro del coronel Cole. Bob está apoyado en un largo asiento lateral. Tiene un brazo extendido sobre el reposacabezas y una copa en la otra. Las piernas cruzadas.

—Pónganse cómodos y disfruten, que el viaje será corto. Visto y no visto.

John prefiere sentarse en una fila al uso de butacas de a dos y no en los asientos lujosos. Lo hace junto a la ventana y Liz le acompaña. Siente que todo tiembla bajo sus pies cuando se encienden los motores y, de forma inconsciente, se aferra con fuerza al reposabrazos. Liz se percata.

—¿Todo bien? —susurra.

—Perfectamente.

Bob nota cómo ella coloca una mano sobre la de John y este, sin querer demostrar inferioridad, la acepta de buen grado. Ese

contacto es un bálsamo durante el despegue. Todo su ser le pide levantarse y huir de la aeronave antes de que empiece a moverse. Se alegra de no haber tomado absolutamente nada. Ni el zumo que Liz ha insistido a primera hora ni la copa en el despegue. Tiene un nudo en el estómago. John supone que debe sentirse algo similar en una montaña rusa. No lo sabe con seguridad porque nunca ha subido en una. Se centra en su respiración y mira un punto fijo, en concreto, un cartel que informa sobre las salidas de emergencia fantaseando con la idea de utilizarlas a la desesperada. Así permanece mientras el avión toma velocidad y empieza a elevarse. El vacío inunda su interior y por mucho que aumente la presión de sus manos siente que necesita sujetarse a algo más.

—¿Se encuentra usted bien? —pregunta Bob.

Liz se adelanta a responder.

—¿Y cómo espera que se encuentre? La escena en la cantina fue lamentable. Una provocación innecesaria. ¿Fue usted el que mandó a esos matones?

Bob niega con la cabeza.

—El teniente Steel tiene un sentido del humor muy peculiar.

John agradece el cable de la agente. No está seguro de poder articular palabra y permanece mudo durante las tres horas de vuelo. El golpe del tren de aterrizaje con el suelo es más de alivio que de sobresalto. John espera a que salga Bob antes de ponerse en pie. Las extremidades le tiemblan, pero su karma le mantiene la consciencia y se niega a mostrar debilidad. Descienden del avión con las primeras luces del alba. Un Suv Lexus les conduce directamente al Centro Espacial Johnson de la NASA. Aprovecha el trayecto para reponerse. El *shock* debe haberle causado una palidez mortal. Atraviesan tres controles de seguridad para acceder a las instalaciones. La furgoneta los deja frente a un edificio rectangular con amplios ventanales. Acceden y siguen las indicaciones hasta las Instalaciones de Simulación de Vehículos Espaciales. Se trata de una sala amplia y casi diáfana preparada para dividirse en varias estancias mediante mamparas. Dos técnicos les esperan en el interior. Tras cruzar unas palabras con Bob, le hacen un gesto para que los acompañe. Corren dos cortinas que lo aíslan de Liz y Bob y queda en un espacio de unos diez por diez metros cuadrados en el

que solo hay un armario metálico estrecho y alto con un monitor y equipo informático. En el resto de la sala hay dos asientos, una curiosa estructura metálica circular y algunos cables.

Allí le piden que se quede en camisa interior y le ayudan a colocarse una especie de buzo negro con puntos de luz distribuidos por todo el cuerpo. Se refieren a él como traje háptico. Luego le enfundan unos calcetines y unos guantes fosforescentes antes de ayudarle a montar en la curiosa máquina formada por tres anillas concéntricas que al desplegarse forman una gran esfera metálica con una especie de asiento en el centro. Una vez sujeto en el interior, se siente el hombre de Vitruvio de Leonardo, con la salvedad de que su cuerpo queda como volando en horizontal y no en vertical. Al mínimo movimiento todo el cuerpo oscila al compás de las anillas. En varias ocasiones es preciso que lo sujeten para evitar que gire a la deriva. Ambos técnicos insisten en que mantenga el equilibrio con el cuerpo relajado y realizando movimientos suaves. Como si fueran tan sencillo. Una vez estable, le colocan un visor de realidad virtual que le rodea la cabeza por completo.

—¿Puede escucharme, John? —escucha por los cascos integrados en el visor al hombre de la NASA.

—Alto y claro, Bob.

—Bien. Yo le guiaré durante toda la experiencia. Es importante que siga mis instrucciones.

John de momento lo ve todo negro. Espera hasta que, de pronto, se ve en el interior de una sala completamente blanca. Estrecha, tubular. Está flotando en el centro y puede verse las manos y el cuerpo. El escenario se va pintando a su alrededor y enseguida se percata de que se encuentra en el módulo americano Unity 2.

—Muy bien. Se encuentra en el módulo al que accederá poco después de acoplarse a la Estación Espacial Lunar.

—El americano Unity 2.

—Exacto.

—Preste atención. El ejercicio consiste en abrir la escotilla que da acceso al módulo anexo. Para ello debe presionar el botón verde del panel que pone «Energy». ¿Puede verlo?

John mira a su alrededor y descubre el panel con el botón

claramente iluminado. Alarga el brazo, pero no lo alcanza. Intenta impulsarse haciendo el gesto de nadar y lo único que consigue es desestabilizarse y acaba rotando sobre sí mismo como una peonza.

—Recuerde lo que le han dicho los técnicos. Movimientos suaves y acompasados. Se encuentra en el vacío y para iniciar cualquier movimiento considere el principio de acción reacción. Evite el impulso natural de nadar en el aire, pues no le servirá de nada.

John consigue estabilizarse. Siente angustia, pero domina el mareo de inmediato. La velocidad es mucho peor. El nudo en el estómago ha vuelto, pero sabe que va a poder con esto y se anima. Mira a su alrededor. Localiza una especie de grapa cerca de su mano izquierda. La coge y entonces puede atraer su cuerpo hacia ella.

—Bien hecho, John. Todo lo que ve es una simulación virtual. Los objetos y paredes no existen, pero sí pueden usarse para la experiencia. Ahora debe impulsarse y mantener el equilibrio. Es muy importante mantener el equilibrio.

John se pega a la pared. Calcula la distancia y la inclinación a la que se encuentra el panel. Estira las piernas y se empuja con ellas. Es consciente de que no ha tocado nada, pero el movimiento seco de la máquina y la vibración que siente en los pies dan una sensación de realismo casi perfecta y, para completar el engaño, su cuerpo se desplaza hacia el botón. Parece que realmente esté flotando. Al alcanzar el techo la máquina simula un golpe y se para. Es impresionante estar flotando e interactuando con objetos que no existen. John queda suspendido cerca del panel y presiona el botón con facilidad. Después, usa dos agarraderas más que hay en el techo para acercarse a la escotilla y trata de abrirla según le indicó Bob Harris en su despacho. Sale una alerta en rojo que dice «Energía insuficiente».

—Lamento comunicarle que ha habido una caída de tensión. Necesita restablecer la energía.

Donde aparece el aviso hay un hueco del tamaño de una botella con un símbolo alarmante de batería en rojo. John mira a su alrededor y trata de mantener el equilibrio. No es sencillo darse la vuelta. Se mueve por la estancia usando las grapas y, finalmente, encuentra algo parecido a un termo de proporciones similares al

hueco. Lo coge y lo examina moviéndolo en tres dimensiones. Incluso tiene la sensación de que pesa. La cara inferior indica un voltaje. Se empuja orientado y trata de encajarlo mientras se acerca. Falla por unos centímetros, la batería rebota y sale despedida. Rebota con las paredes mientras gira sobre sí misma hasta que pierde aceleración. John frena con un golpe brusco y también queda flotando. Necesitas unos largos segundos para conseguir estabilizarse. Se impulsa de nuevo con la pared más cercana y vuelve a las agarraderas. Recupera la batería y esta vez la encaja. La luz se pone en verde y la compuerta se abre.

De forma similar recorren todos los módulos de EEL. A John le llaman la atención los diferentes objetos que se encuentran flotando a la deriva. Portátiles, linternas, herramientas y toda clase de utensilios. Los puede coger, lanzar o empujar y sencillamente se deslizan hasta chocar con las paredes. En cada módulo se enfrenta a pruebas como la del módulo Unity 2. Son sencillas una vez conocido el movimiento. John aprende a desplazarse, a abrir escotillas, a manipular objetos y a saber dónde se encuentran las cosas. Hasta hacen una simulación de prepararse algo de comer. Uno de los módulos parece un gimnasio en miniatura dedicado en su mayor parte a máquinas de ejercicios. Bob habla de nuevo:

—En condiciones de microgravedad los músculos se debilitan y atrofian, los huesos pierden fuerza y el calcio se disuelve. Aunque solo vaya a estar ahí arriba una semana el perjuicio puede ser grave. Así que, al igual que el resto de los inquilinos de la EEL, hará un mínimo de dos horas diarias de ejercicio.

John empieza tratando de usar algo parecido a una bicicleta elíptica. Sirve tanto para ejercitar las piernas como los brazos. Le cuesta bastante adoptar la postura idónea para usarla, pero finalmente lo consigue. En el último módulo se encuentra con un juego. Hay una pelota blanca, un guante y un bate de béisbol. El desafío consiste en coger el guante con una mano, el bate con la otra, lanzar la pelota contra la pared de enfrente y batear cuando rebote. No más complicado de lo que parece. Tiene que estabilizarse y lanzar calculando muy bien el ángulo de rebote de la bola para luego poder golpearla. John lo consigue al segundo intento.

Para terminar, practican la forma de salir al exterior. La cámara

intermedia y la descompresión. La simulación del espacio exterior ofrece una vista completa de la estación desde fuera. En esta parte no puede hacer nada más, salvo sentir que se aleja. Todo se funde a negro y acaba la experiencia.

Los dos técnicos le retiran el visor, los calcetines y los guantes y le ayudan a bajar del ingenioso artefacto llamado Ícaro. Agradece quitarse el buzo, el sudor empieza a ser molesto. Al abrir unas de las cortinas se encuentra con Bob y Liz sentados frente a dos grandes monitores. Al parecer han seguido toda su aventura viendo en uno de ellos una visión general y en el otro lo que él veía. Bob agradece a los técnicos la colaboración y, luego, le pide a Liz que acompañe a John hasta las nuevas dependencias en el Centro Espacial para que descanse y pueda estar preparado para mañana. Todo apunta a que será un día complicado. John no pregunta por los detalles, prefiere que sea Liz quien se los diga.

9
Flotación neutra

Liz, como suponía, irrumpe en su habitación a primera hora de la mañana para asegurarse de su puntualidad. Hace rato que la espera. Este complejo de Houston está mucho mejor acondicionado. Las habitaciones son más amplias y cuentan con camas más cómodas y, principalmente, aseo propio. Mientras desayunan la agente le detalla los pormenores del día. Al parecer el agua será la atracción principal. John practica esnórquel y ha pasado gran parte de su juventud compitiendo en el interior de una piscina olímpica, así que se lo toma con calma y casi disfruta del sabor a leche de lo que debe ser un batido de proteínas, muy diferente al desayuno americano del Bellagio.

Hay bastante ajetreo en los pasillos y las salas que atraviesan para salir al exterior. Este ambiente de trabajo es casi reconfortante y le aleja de la sensación de aislamiento de la base de Nellis. A la hora prevista les recoge una furgoneta con Bob Harris de copiloto y un conductor que, con un saludo frío, les ayuda a acomodarse en la parte trasera. Liz se nota algo agitada.

—Nos dirigimos a la joya del complejo. Si le soy sincera…, me muero por ver la piscina.

—Yo no estoy tan seguro de querer verla —bromea John.

—No hay nada de qué preocuparse —afirma Liz y añade con un susurro—: Ayer lo hiciste realmente bien, pude leerlo en el rostro del estirado de Bob. Además, tanto en el agua como en el espacio los movimientos son lentos. Nada de velocidad.

La gran nave a la que se dirigen se encuentra muy cerca. Aparcan y acceden por una discreta puerta de servicio. Siguen a Bob por las escaleras hasta una sala bastante común en la segunda planta.

—Aguarden unos minutos —dice Bob Harris antes de dejarlos solos. Es la primera vez que habla. Se nota que aquel es su ambiente. Sin duda debe trabajar, o haber trabajado, en estas instalaciones.

La estancia es similar a una pequeña aula con pizarra y unos veinte pupitres. A la espalda destacan unos amplios ventanales. Se asoman y Liz no puede contener una exclamación de asombro. A sus pies hay una piscina gigantesca con lo que parece una nave espacial en su interior. Sería incapaz de afirmar si está sumergida bajo agua tan serena y cristalina como el aire. En el borde opuesto hay cuatro grúas amarillas de grandes dimensiones y sobre ellas otro edificio rectangular con las banderas de quince países en la fachada y un cartel: Laboratorio de Flotación Neutra.

—Impresiona, ¿verdad?

Se giran al escuchar la voz grave de Bob a sus espaldas. Le acompaña otro hombre de mediana edad con piel de acusado color cetrino y también con el traje reglamentario. Es este último el que toma la palabra.

—Están contemplando la piscina más grande del mundo. Mide sesenta y dos metros de largo por treinta y uno de ancho. El tanque contiene veinticuatro millones de litros de agua y unas cuatro plantas de profundidad, doce metros para ser exactos. Lo llamamos NBL, las siglas de Laboratorio de Flotación Neutra. Es el lugar del planeta donde se experimenta de forma más real la sensación de ingravidez prolongada; en su interior se reproducen a la perfección las condiciones de flotabilidad del espacio. Incluso más fidedignas que en la simulación VR que me consta que hizo usted ayer.

»Lo que se aprecia en su interior es una réplica a tamaño real de algunos módulos de la antigua EEI. Se distinguen con tanta claridad porque se le añade mucho cloro para que la visibilidad sea excelente al trabajar en su interior. Actualmente estamos trabajando para recrear la nueva estación espacial. En este laboratorio simulamos las actividades extravehiculares con todo detalle.

»En la EEL estos paseos espaciales duran entre cinco y ocho horas. Todas las EVA previstas en el espacio se entrenan previamente en la Tierra con todo lujo de detalles.

—Como bien dice el doctor Ashteshan —interviene Bob

Harris—, todos los astronautas deben entrenar durante siete horas en la piscina por cada hora de paseo espacial programado. Además de las salidas previstas, hay que estar preparados para cualquier emergencia. Nunca se sabe lo que puede suceder allí arriba.

Es evidente que el señor Harris no quiere desvelar su inminente misión. El doctor Ashteshan continúa:

—La temperatura del agua es de 21 grados y a cierta profundidad se experimenta la ausencia de peso. Usamos las grúas de enfrente para bajar el material y a los astronautas.

—En este caso será un abogado el que baje —interviene de nuevo Bob.

—Un abogado en un traje espacial entonces —concede el compañero—. En la segunda planta del edificio de enfrente, donde hay varios monitores iluminados, se encuentra el Centro de Control. Desde ahí le guiaremos y le monitorizaremos en todo momento durante su inmersión. No tiene nada de qué preocuparse.

Tras la breve explicación bajan a pie de piscina. Las dimensiones abruman y el agua es tan transparente que parece que esté cubierta solo por un cristal azulado. La bordean y acceden a una sala en la que, en lugar de buzos y aletas, hay trajes espaciales que cuelgan de la pared.

—Los trajes que usamos aquí son reales. Exactamente los mismos que se encuentran en la EEL. Son muy diferentes a los que se usan durante el lanzamiento y la reentrada. Su nombre técnico es EMU o Unidad de Movilidad Extravehicular, precisamente porque se usan para salir de la estación y funcionan casi como una nave espacial individual. Cuentan con una unidad de soporte vital y están presurizados. Disponen de un sistema de refrigeración que protege al astronauta de los cambios extremos de temperatura que se producen según esté o no al alcance de los rayos solares. Aportan oxígeno para respirar, agua para beber y son un escudo frente a las diminutas motas de polvo espacial que, a las velocidades que alcanzan allí arriba, se convierten en letales. También aíslan de la radiación y los cascos cuentan con unas viseras para proteger los ojos de la intensa luz solar.

»Son bastante pesados, aunque menos que los que se usaron en las misiones Apolo. Estos nuevos trajes tienen un sistema de gestión

de residuos a largo plazo. Es decir, un baño integrado, que solo se usa en caso de emergencia. Lo que se pretende es que estas unidades de movilidad extravehicular, además de utilizarse para los paseos espaciales, sirvan como plan B de supervivencia durante días en caso de que la cápsula se despresurice y los astronautas tengan que recurrir a ellas.

El interlocutor descuelga una especie de mono blanco con tubos que salen de los brazos y se cruzan en la espalda.

—Lo primero es colocarse el traje LCVG —continúa el doctor mientras le ayuda a colocárselo.

Es bastante ajustado. Cuando termina, solo quedan al descubierto cabeza, manos y pies.

—El agua corre por esos tubos que tanto le estorban para mantener la temperatura del astronauta durante el paseo espacial.

En ese instante entran dos ayudantes más jóvenes y, sin mediar palabra, comienzan a colocarle el verdadero traje espacial. Está dividido en varias partes y es mucho más voluminoso. Liz y Bob se limitan a observar. El torso superior es bastante rígido y el inferior cubre hasta los pies. Los brazos y los guantes se los acoplan con un giro. Para terminar, le encajan el casco con el visor integrado con un último giro. Los ayudantes hacen una revisión general y realizan pequeños ajustes. El doctor de la India conecta una manguera al traje para presurizarlo y continúa con sus explicaciones. Debe creer que se trata de un alumno aspirante a astronauta.

—La mochila integrada en la espalda es el subsistema primario de soporte de vida. Ya no se necesita estar conectado a la nave con el incómodo cable conocido como cordón umbilical, muy similar al que tiene ahora conectado. Esta mochila suministra durante todo el paseo espacial el oxígeno que los astronautas respiran y elimina el dióxido de carbono que exhalan. También cuenta con una fuente de energía eléctrica. Un ventilador hace que el oxígeno circule por el traje espacial y los sistemas de soporte de vida. Dispone de un tanque con agua refrigerada que circula por el traje LCVG interior. Además, el traje incluye un dispositivo llamado Auxilio Simplificado para Rescate en Actividades Extravehiculares o SAFER. El SAFER cuenta con varios inyectores de propulsión pequeños que le permiten al astronauta moverse en el vacío y volver a la nave en

caso de necesidad.

Permanecen allí durante un buen rato. John ejecuta pequeños movimientos de prueba. El traje es incómodo y pesa demasiado, le recuerda a las escafandras de los buceadores del capitán Nemo. Los dos ayudantes regresan con un maletín que contiene varias piezas pequeñas rectangulares.

—Lo que le van a añadir ahora no es necesario en el espacio. Se trata de pesas y piezas de espuma para conseguir que tras la inmersión permanezca flotando a media altura de la piscina. Así se consiguen las condiciones de flotación del espacio bajo el agua.

Un ruido en el exterior hace que todos se vuelvan hacia la puerta de la sala. Una de las grúas amarillas deja en la misma entrada una plataforma metálica cubierta con un torno horizontal a media altura. Parece una gran jaula. Liz, Bob y el doctor Ashteshan se dirigen hacia ella.

—Acompáñenos, Bob —dice el doctor con un gesto.

John necesita hacer un tremendo esfuerzo para ponerse en pie. Se siente pesado y torpe. Los dos ayudantes que le han asistido durante la puesta del traje desconectan la manguera y se colocan a ambos lados, atentos, para evitar que caiga al suelo. A John le cuesta mantenerse en pie y duda de que pueda conservar el equilibrio si da un paso.

—Como le he dicho, los trajes son reales. Pesan unos cien kilos, casi veinte menos que los usados en las misiones Apolo. Además, están presurizados y todo cuesta más dentro de ellos. Piense que lucha con una presión de un tercio de atmósfera.

John da el primer paso y, en efecto, los dos asistentes le acompañan a ambos lados. Esto le da cierta confianza. Ocho pasos más y John alcanza la plataforma. Se apoya contra el torno y vuelve a respirar. Se siente extraño dentro de aquella nave espacial en miniatura. Es como estar encerrado dentro del neumático de un camión. La forma en que escucha su propia respiración tampoco ayuda.

Le sujetan al torno central con un arnés y algo parecido a un cinturón de coche. Después le conectan al traje otra manguera más larga y gruesa. Bob da dos golpes en un lateral de la jaula y la grúa comienza a elevarla. Luego la gira en el aire y queda sobre la

enorme piscina. Uno de los ayudantes, desde fuera, dirige un poco la jaula mientras la grúa la hace descender hasta el ras del agua. John mira hacia abajo con dificultad y descubre a cuatro submarinistas que esperan en el agua.

—¿Listo para la inmersión? —escucha a Bob Harris por el casco.

—Listo.

John siente un ligero temblor y la jaula, con él dentro, empieza a sumergirse. John llena sus pulmones de oxígeno y va soltando lentamente el aire mientras desciende hasta que el agua le llega al cuello. Los buzos nivelan la jaula desde los cuatro extremos y la introducen por completo bajo el agua. Al poco, se da cuenta de que no ha sentido absolutamente nada. Ningún cambio. Ni calor ni frío ni falta de oxígeno. La visibilidad es perfecta, casi igual que en el exterior. Bajan como unos diez metros hasta que la jaula se detiene con un ligero tirón.

—Hemos alcanzado el punto donde los trajes flotan. —Vuelve a escuchar a Bob por los cascos. Nunca lo hubiera pensado, pero es hasta agradable. Así se distrae de escuchar su propia respiración, que da una sensación de claustrofobia—. Ni se hunden ni se elevan. La denominada flotación neutra. Ahora permanezca quieto mientras le ayudan los especialistas.

Los submarinistas desenganchan los arneses y el cinturón. Solo queda la manguera conectada al traje. Dos le agarran por los brazos y le separan de la plataforma. Ya no apoya en nada y, en efecto, ni flota ni se hunde. Asocia de inmediato la sensación con el sueño en la *suite* del Bellagio, en él flotaba de forma similar. Intenta moverse, pero es difícil avanzar. La fuerza de sus brazos y piernas está secuestrada. Los movimientos son lentos y costosos y le hacen sentirse muy torpe.

—Muy bien, ahora entrenaremos movimientos básicos fuera de la Estación Espacial. Desplazarse de un módulo a otro, abrir y cerrar escotillas y un uso muy básico de herramientas. En el espacio, es muy raro que una misión fracase por un gran error. Normalmente, los problemas vienen de detalles pequeños que se nos pasan por alto. Y durante un paseo espacial, cualquier pequeño error puede ser fatal. Por eso hay que entrenar varias veces todos los movimientos, incluso los más sencillos.

Hacen justo eso durante las siguientes cuatro horas. Entrenan una y otra vez los mismos movimientos sobre la réplica de los módulos de la EEI, siempre con la ayuda de los buzos que le acompañan en todo momento. El entrenamiento es extenuante, muy diferente a la simulación de realidad virtual. Para terminar, dos de los auxiliares le hacen gestos para que les siga hasta el extremo del módulo Unity 1. Lo reconoce de un vistazo desde el exterior. Con un puntero láser señalan unos orificios y una pieza del tamaño de un frigorífico que flota sujeta por un cable de acero. John se aproxima y pronto deduce que debe acoplarlos, pero se le antoja imposible sin herramientas.

—Todo lo que necesita para esta última prueba lo lleva con usted, John.

John, al comprenderlo, se palpa el pecho y los bolsillos mientras suelta el aire a pequeños soplidos dentro de su escafandra. El traje no tiene bolsillos, pero no tarda en encontrar una robusta riñonera integrada en el lateral del cinturón. Abrirla es un reto, extraer la especie de pistola superfuncional exige mucha fuerza. Para sostenerla necesita presionar con fuerza, es como si estuviese aplastando una pelota de tenis. Por poco se le cae al fondo de aquella piscina. No se queja. También hay cuatro cilindros de acero. Guarda de nuevo la herramienta y cierra la riñonera para volar hasta el panel parecido a la puerta de un frigorífico. Lo empuja un par de metros hasta el lugar determinado. Allí lo manipula hasta que el enganche que sobresale queda sobre los agujeros del módulo. Luego vuelta a empezar. Abre la riñonera y saca un cilindro. Encajarlo es realmente complejo. Ligeros movimientos desplazan la sujeción y tiene que volver a encarar la pieza. Finalmente lo consigue. Le duelen las articulaciones de las manos. Todo es tremendamente costoso allí abajo. Espera que no haya emergencias durante la misión real y nunca tenga que salir al exterior.

En ese momento escucha por los cascos al doctor acompañante de Bob Harris decirle una primera valoración de su inmersión en privado.

—Unas maniobras más que aceptables, bastante notables al tratarse de la primera vez.

Un mísero aceptable. Esa evaluación, que no debería haber

escuchado, resuena en su interior.

—Control —interviene John—, quisiera repetir las maniobras una última vez. Esta vez sin nadie a mi lado. Supongo que en una emergencia en el espacio no tendré ayuda de extraterrestres que floten a mi alrededor. ¿No es así?

—Una sesión típica dura un máximo de seis horas —interviene el doctor—, usted lleva casi cinco. No conviene alargar el tiempo y mucho menos durante la primera inmersión. Nos iríamos a ocho horas.

—Puedo mejorar el tiempo. Antes de siete horas estaré fuera.

Silencio.

—Dejémosle que lo intente —escucha la débil voz de Bob a través del micro del instructor—. Siempre estamos a tiempo de abortar.

Silencio.

—De acuerdo, señor Loss.

—Con John es suficiente.

—De acuerdo, John. Los especialistas le llevarán hasta el punto de partida.

—No será necesario. Pueden ir liberando el objeto que acabo de acoplar.

John repite el paseo espacial sin ayuda de nadie. Usa las agarraderas exteriores para moverse y saltos calculados para no salir volando al espacio recreado en forma de agua. En una ocasión consigue agarrarse *in extremis* con una mano y siente un tirón muy fuerte en el hombro. Frena la aceleración y consigue volver a sujetarse con las dos usando todas sus fuerzas. La parte de la herramienta es la más complicada. Apenas le quedan fuerzas, le duelen las articulaciones y los dedos le bailan dentro de los grandes guantes. En un par de ocasiones escucha discutir a Bob y al doctor sobre la necesidad de abortar la misión. John los ignora e insiste hasta que termina la tarea. Levanta los brazos y se deja flotar. Los buzos se acercan rápidamente y lo llevan en volandas hasta la plataforma.

—¿Cuánto tiempo, Bob? —susurra.

—Siete horas y veinte minutos, John. ¿No querrá repetirlo otra vez?

No podría hacerlo, aunque quisiera, y ambos lo saben. John deja que le sujeten a la jaula para sacarlo. Está exhausto, pero satisfecho. Siente el cinturón en el pecho y el arnés por la cintura y la entrepierna. Un tirón y la grúa empieza a elevarlo. Desde que ha terminado no ha movido ni un músculo. Siente el golpe en el suelo y empiezan a soltar las sujeciones. No se mueve, no le quedan fuerzas para llegar a la sala con aquel pesado traje. Por fortuna, la agente Liz se acerca y empieza a hablarle. No puede escucharla. Sigue sin moverse. Parece preocupada y trata de soltarle el casco por su cuenta. Pronto llegan los ayudantes y la ayudan. John respira cuando le liberan de toda aquella pesada armadura. Él no hubiera podido. John sonríe y Liz parece tranquilizarse.

—Lo ha hecho bien, John —afirma Bob—. Con todo, confío en que no tenga que salir de la estación ahí arriba. No es un capricho que los astronautas entrenen siete horas en el tanque por cada hora de paseo espacial. Además, nos consta que el candidato ruso ha realizado muchas inmersiones.

—¿Podría decirme algo de ese hombre ruso?

—Todo a su momento. Ahora descanse. Mañana iremos a la Noria.

—A la Noria… ¿Puede ser más concreto?

—No me diga que no le gustan los parques de atracciones, John. A mí me encantaban cuando era un niño.

—No especialmente.

—¿Y a usted, agente Liz? ¿Le gustaba subir a la noria? Apuesto a que sí.

Ella asiente sin entusiasmo.

—Entonces seguro que le encantará la prueba de mañana. Los ocho minutos más complicados de cada misión son en la lanzadera, durante el despegue. Los astronautas se entrenan durante años para superarlos. La Noria es el simulador de movimiento que se encarga de prepararlos ante cualquier imprevisto en el despegue. La aceleración que se alcanza hace que tu cuerpo se vea sometido a una gravedad de casi 4g que apenas deja moverte, te mantiene preso contra el sillón. En fin, mañana nos veremos, John.

No pasan por la cantina antes de volver a la habitación. John se deja caer en la cama. El cansancio de sus músculos hace que la note

tan cómoda como la de agua del hotel Bellagio. Se deja abrazar por el colchón y cae en un estado de semiinconsciencia. Al rato nota cómo Liz le quita los zapatos y le desviste. Se deja hacer.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre, John —rezonga la agente algo disgustada.

Luego nota el roce de sus manos en la espalda. Todos sus músculos se lo agradecen.

—Empiezo a pensar que toda esa pantomima de repetir las pruebas solo es una excusa para que lo meta en la cama y le dé un masaje.

La almohada oculta la sonrisa de John.

—Es usted un portento físico, ya lo ha demostrado. Así que haga el favor de dejarse de idioteces. Muy pocos, o nadie, podrían hacer lo que ha hecho usted de un día para otro.

—¿El ruso tampoco?

Ella guarda silencio. John agradece su sinceridad.

—Tiene que comer algo y reponerse. Tenemos que estar preparados para la prueba de mañana.

John no puede ocultar un estremecimiento de todo su cuerpo, que las manos de ella perciben.

—Usted podrá con esa absurda Noria. Siempre puede.

—Loser —susurra John al cabo de unos segundos con la cara oculta contra la cama. No cree que pudiera pronunciar esa palabra mirándole a los ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Loser —repite John—. Esa palabra me ha perseguido desde que era un crío.

—No comprendo…

—Es un juego de palabras con mi apellido, Loss. Desde primaria he escuchado a familiares y amigos repetir una y otra vez «Tu padre era un Loser y tú serás un Loser». Por eso no quiero que usen mi apellido para dirigirse a mí. Cuando alguien dice Loss, yo escucho Loser. Y veo la cara derrotada de mi padre, un trabajador corriente sin suerte que perdió a su mujer y se refugió en la bebida.

Ella se apoya contra su cuerpo en silencio.

—Odiaba ese apodo. Lo odio. Quizá de tanto escucharlo se haya cumplido o esté predestinado a ser un Loser…

—No diga tonterías. He revisado su currículum. Es impecable en todo. Además, ganó la dichosa mano de la ruleta. ¿La hubiese ganado un *loser*?

—No sabe ciertas cosas de mí.

—¿Como que quedó segundo en su promoción de Harvard?

—Exacto, segundo. Larry Scott, fue el primero. Billy Edwards, el que me robó la novia el día de la graduación. Samuel Murray, el que hizo una centésima menos que yo en natación e impidió que fuese a las olimpiadas en la máxima categoría. Spencer Wass, el que me ganó en el concurso de física y Ben Williams, mi eterno rival en el ajedrez.

Ella lo abraza con fuerza.

—También está el lameculos de Kevin Lova, el que me robó el caso más importante del bufete para el que trabajaba. Y ahora me vencerá un ruso del que ni siquiera sé su nombre. Aunque apuesto a que usted sí lo sabe.

—Maksim Kokarev —susurra ella—. Ese es el nombre del ruso que le acompañará a la EEL. Le adelanto que este sí fue a las olimpiadas representando a su país.

—Maksim Kokarev… Otro podio para él y un segundo puesto para Loss.

—Está aquí porque su país se lo pide, no para medirse con nadie. Eso ya es un éxito. Estoy segura de que el ruso no ha sido fiscal del estado y un investigador excelente. Además, usted ha superado con nota todas las pruebas físicas. Solo queda la de mañana.

—Desde que naces, te comparan y compites…

—¿Toda su vida está marcada por esa ansiedad competitiva? No sea niño.

—Esa es la realidad. Lo sabe tan bien como yo. Solo hay una cosa peor que quedar segundo y es no atreverse a competir. Y, para serle sincero, he de confesar que no sé si podré subir mañana a esa máquina de velocidad.

—Yo sé que puede hacerlo. No son mis palabras, son las suyas.

10
Noria

John despierta desubicado en la oscuridad del cuarto. Un sudor frío le impregna la espalda y siente los latidos del corazón en las sienes. Esta sensación de desasosiego se neutraliza al notar el cuerpo de la agente Donovan, que duerme a su lado. Imita su respiración profunda y acompasada y poco a poco se va relajando. Se gira hacia ella y observa su rostro durante unos segundos. Aparta un mechón de pelo que cae libre por su cara y le gustaría besarla en la frente. Nadie le ha cuidado como ella. Es consciente de que atenderle formará parte de su trabajo y ella ha demostrado tomarse su trabajo muy en serio, pero haberse quedado a dormir a su lado excede sus obligaciones. Se lo agradece en silencio.

John se levanta con sigilo. Una explosión de calambres le recorre todo el cuerpo. El agua caliente del aseo privado es todo un lujo y un bálsamo. Se sienta frente a la bandeja de comida que no terminó anoche. Es muy temprano y tiene tiempo para hacer la digestión. Se prepara una nutritiva mezcla de proteínas y cereales y la obligada ración de comida en polvo. Se la toma mientras contempla cómo duerme la agente Liz Donovan. John se encuentra más animado. El cansancio y las palabras del capullo de Harris le vencieron anoche. Pero hoy es hoy. No va a defraudar a Liz y tampoco a sí mismo.

Ella abre los ojos y sonríe al encontrar su mirada.

—Sabía que podía contar con usted.

Liz se levanta cubriéndose con la manta y desaparece en el aseo. Solo lleva ropa interior. John escucha el rumor del agua y pronto un suave tarareo.

—Este lugar es otra cosa, ¿verdad? ¡Qué delicia!

La puerta está entornada y, a través de la fina rendija, John ve la

espalda desnuda de Liz reflejada en el espejo del lavabo. Acompaña su tarareo con un sensual contoneo de caderas mientras el agua le recorre la piel. John no se mueve. Las mujeres no tienen poder sobre él, o eso quiere creer.

Liz Donovan sale radiante. Viste el mismo uniforme que él y el cabello húmedo y lacio le cae hasta mitad de la espalda. Se colocan una tarjeta de identificación a modo de collar y salen de la habitación. Liz avanza decidida hasta la sala de bienvenida. El techo es muy elevado y lo adornan una gran variedad de elementos curiosos repartidos de forma estratégica.

—Espere aquí, enseguida vendrán a buscarnos —asegura Liz.

Ella se acerca a un mostrador y habla con la recepcionista. John, en lugar de sentarse en las tres filas de butacas vacías, prefiere curiosear un poco. Aquel lugar es como una gran exposición de todo tipo de artefactos usados en la exploración espacial. Le llama poderosamente la atención la accidentada cápsula de mando del Apolo XIII, la Odyssey. Mudo testigo de la tragedia que no llegó a cobrarse vidas humanas. En otra zona están montando una exposición. Hay un vehículo parecido a un Buggy y un robot humanoide sin apenas cuerpo. Los brazos y las piernas están tan juntos que le recuerda a una gran araña mecánica.

—Se trata del rover lunar que se utilizó durante las excursiones en la misión Apolo XVI. El robot es un prototipo que sustituirá a los astronautas en determinadas EVA de la EEL.

Es la voz de Ashteshan la que escucha a su espalda. John asiente y le saluda con un discreto gesto. La agente Liz no tarda en encontrarlos y se dirigen hasta el laboratorio que contiene la Noria. La máquina es muy diferente a lo que John había imaginado. Se encuentra dentro de una cúpula de cristal semiesférica. La noria está montada en horizontal, a pocos centímetros del suelo. Es como un enorme reloj de pared tumbado en el suelo con el minutero marcando las 9. Ese minutero es en realidad un brazo metálico con una cabina en su extremo.

Fuera de la cúpula, en un extremo de la sala, hay una pequeña sala acristalada. El doctor indio entra en ella y, a los pocos segundos, sale de nuevo con Bob Harris.

—Bonita atracción, ¿verdad?

Bob hace un gesto a un técnico que hay en la sala y la aguja empieza a girar. Según va ganando velocidad John aumenta la presión de los puños. Bob Harris lo mira fijamente.

—Acercaos un poco más. Será muy divertido.

Bob y Liz dan un par de pasos hasta quedar frente a la cúpula que aísla la noria. John se queda dónde está, hipnotizado por el giro de aquella máquina infernal.

—Y ahora viene lo mejor.

Bob levanta la mano izquierda y, en el momento que cierra el puño, la cabina empieza a girar sobre sí misma. John trata de controlar la respiración y mitigar el ataque de ansiedad que empieza a apoderarse de él.

—Sí que parece divertido —interviene Liz—. Y me he fijado en que la cápsula es doble. ¿Podría subir yo también? No quisiera perdérmelo.

John escucha la conversación como un rumor lejano. La máquina gira ahora tan rápido que la barra metálica desaparece y se funde en un todo casi insustancial, como las aspas de un helicóptero. Ese giro lo mantiene hipnotizado. El hombre de la NASA comenta la petición de Liz con los compañeros de la sala a través de micro y luego se dirige a Liz.

—¿Está completamente segura?

—Lo estoy.

—Sabía que le gustaría la Noria —sentencia Bob con una carcajada.

John silencia por completo las voces y se centra en el giro. Ahora están solo la máquina y él. Permanece inmóvil hasta que deja de girar. El contacto de la mano de Liz lo saca de su ensimismamiento. Tira de él de forma suave pero firme hasta un pequeño cuarto anexo en el que solo hay unos monos azules colgados en la pared. El casco está integrado y en el pecho lucen emblemas de la agencia espacial americana. Liz empieza a desvestirse sin perder el contacto visual. John la imita. Los dos se quedan en ropa interior y no tardan en entrar el doctor Ashteshan y dos ayudantes.

—Estos son los trajes que se usan durante el despegue y en la reentrada en la atmósfera —explica el instructor mientras los

ayudantes comienzan a colocárselos—. Como ya habrá notado, son mucho más ligeros y cómodos que los UME que tuvo ocasión de probar en el Laboratorio de Flotación Neutra. Son modelos nuevos y pesan nueve kilos, cuatro menos que los que se usaban para ir a la EEI. El material es más flexible y el calzado, casco y visera están integrados. Los guantes se acoplan y son sensibles a la pantalla táctil de la nave. Disponen de respiraderos y se pueden presurizar rápidamente.

Liz hace unos movimientos teatrales de gimnasia y dice:

—Yo no los veo tan cómodos, querido doctor Ashteshan.

Los ayudantes sonríen. John se concentra en una solitaria cámara de seguridad que cuelga del techo para intentar anular todo lo que ocurre a su alrededor. Necesita sacar de sus pensamientos aquella máquina circular.

—Misma operativa —dice Bob ya por el micro—. Nos comunicaremos a través de los cascos.

Alguien trae un collarín y se lo ajusta terapéuticamente a la agente. Cuando están listos, uno de los ayudantes los acompaña hasta una puerta que da acceso a la cúpula. La maldita Noria está frente a él. La parte superior de la cabina se eleva y deja al descubierto los dos asientos. Bob debe estar disfrutando desde la sala de control.

—Pueden sentarse ustedes mismos. Mi compañero les asegurará antes de comenzar.

El minutero se mueve lentamente hasta detenerse delante de ellos. John permanece enzarzado en su lucha interior. Liz le dice algo y le empuja suavemente, pero John no consigue moverse.

—John, ¿me escucha? —pregunta Bob por los cascos.

John lo ve todo desde dimensiones más amplias, como si su espíritu hubiese abandonado el cuerpo y flotase sobre ellos. La cabina giratoria, el brazo infernal accionado por la sala de control, a Liz y a sí mismo a su lado. No cree que sus músculos respondiesen si quisiera moverse. Tampoco está seguro de querer moverse.

—John, ¿me escucha? Responda.

John ve desfilar ante él los rostros triunfantes de Larry Scott, Billy Edwards, Samuel Murray, Spencer Wass, Kevin Lova y hasta de Maksim Kokarev, el ruso que todavía no conoce; seguramente se

trate del rostro de algún actor ruso. Todos los que le han robado el primer puesto están allí, observando, esperando a que asuma su nueva derrota. Volverá a ser un Loser. Quizá nunca pueda escapar de su apellido. Justo cuando John se decide a comunicar que se retira de la prueba, la agente Liz, que está a su lado, empieza a hacer gestos a la cabina. Simula que no escucha nada. Incluso mueve los labios dentro del casco y señala a la altura de los oídos. Es evidente que está fingiendo, pues él escucha perfectamente a Bob y apostaría lo que fuese a que ella también. Esa chica es incombustible. Tiene más narices que él, hasta es capaz de subir a aquella máquina sin ningún tipo de preparación y sin estar obligada a hacerlo. ¿Realmente está dispuesta a subir? El pánico no le había permitido analizar la situación. John saca fuerzas de ella y da un paso dentro de la cúpula. Ella sonríe y hace el amago de acompañarlo, pero John extiende el brazo derecho y se lo impide.

—No es necesario, agente Donovan. Arriba estaré solo. Apuesto a que el coronel Cole no la dejará subir conmigo a la EEL.

John traga saliva para aliviar la boca seca. Cree que ha sonado convincente, incluso gracioso, pese a que ha sido un reto que no le temblase la voz, como lo hacen sus extremidades dentro del traje.

—Genial. Ya puedo escucharlos —dice el hombre de negro—. Parece que hemos recuperado la comunicación. Agente Donovan, creo que el señor John tiene razón. En otra ocasión probará la atracción.

Ella sale. John consigue acomodarse en uno de los dos estrechos asientos inclinados 45 grados hacia arriba. Un trabajador le sujeta bien firme con cuatro cinturones. John fija la vista en un punto fijo. Cerraría los ojos, pero seguro que lo están viendo en primer plano en los monitores de control. Inspira y espira varias veces con toda su capacidad.

—¿Preparado, John?

John levanta el pulgar y un instante después el artefacto empieza a girar. Con cada vuelta aumenta la presión contra el asiento. Los giros le impiden mantener la vista en un punto fijo. Todo da vueltas a su alrededor. Quisiera gritar, pero no le dará ese gusto a Bob. Hiperventila. Tiene que controlarse, pero aquella maldita noria cada vez va más y más rápido. Y ahora empieza a

girar sobre sí mismo. Aquello le sobrepasa e intenta escapar. Pero no puede moverse. No puede respirar. La presión en el pecho es brutal.

Todo se vuelve oscuro.

—John, ¿me recibe?

John levanta el pulgar.

—Ha perdido el conocimiento durante unos segundos al sobrepasar ligeramente las 4 g. Es un buen comienzo, pero los astronautas aguantan hasta las 6 o 7 g.

John no responde. Si lo intentase acabaría vomitando dentro del casco. Todo le da vueltas. Las manos le tiemblan y un sudor pegajoso le recorre el cuerpo.

—¿No quiere mejorar esta marca como lo ha hecho en las otras pruebas?

Silencio.

—¿Puede escucharme?

Silencio.

—¿Seguro que no quiere repetir, John? No le oigo. ¿Prefiere el tiovivo?

El malnacido está disfrutando y no va a consentir que sea a costa suya. John levanta la mano con la palma abierta, cierra el puño y deja el pulgar erguido. Después, deja caer el brazo. En su mente ve a un emperador romano en el coliseo girando el puño hasta que el dedo pulgar queda apuntando al suelo. Cree haber firmado su sentencia de muerte. De pronto, empieza a escuchar al fondo la voz de la agente Liz Donovan.

—He leído el protocolo de esta maldita máquina. Es obligado esperar un mínimo de diez horas antes de repetir cualquier prueba. Si la pone en marcha de nuevo se lo notificaré de inmediato al coronel Cole. Y le aseguro…

Otra vez su ángel de la guarda acude en su ayuda. Esta vez la acepta encantado. La discusión sigue en la cabina de control y le llega como un eco. John espera que dure, porque no cree que pueda levantarse. Finalmente, la cubierta de su cabina se abre. Liz y un técnico le desatan. Ella le ayuda a incorporarse y salir. La agente hace una tremenda fuerza para que no la tenga que hacer él. Por fortuna, en la sala anexa no está Bob Harris. En cuanto le quitan el

traje vomita en el lavabo hasta que no le queda nada que expulsar. Liz, para variar, le acompaña hasta la habitación, pero en esta ocasión John le pide que lo deje solo. Necesita descansar.

Entra en el cuarto de baño y mete la cabeza bajo el grifo. Luego más arcadas en el inodoro. Se mete bajo la ducha y deja que el agua recorra su piel hasta que el intenso frío le hace despejarse. Se mira en el espejo y se enfrenta a una cara desencajada, con los ojos rojos y la piel macilenta. Ve la imagen que guarda de su padre cuando él era todavía un niño. Un Loser. Golpean a la puerta, pero no contesta.

—¿Se encuentra bien, John?

Es la voz de Liz. Sabe que tiene llave de su habitación, John agradece que no la use.

—Necesito descansar.

—Solo quería decirle que esta misma noche volvemos a la base Nellis.

—Genial. Otro avión…

John escucha un roce en la puerta antes de volver a oír su voz.

—Lo ha hecho genial, John. Insisto, no creo que ningún hombre sin entrenamiento previo en este tipo de pruebas pueda hacer lo que ha hecho usted durante estos cinco días.

John se acerca a la puerta. No piensa abrir. No quiere que lo vea en ese estado.

—¿Ni siquiera el ruso?

—He dicho sin entrenamiento específico.

Otro roce en la puerta. Parece que está sentada con la espalda apoyada en ella. Así que él hace lo mismo al otro lado de la puerta.

—Y ya que menciona a su futuro compañero Víctor, le diré que ya se encuentra en la base Nellis. Tengo aquí su currículo. Puedo pasárselo por debajo de la puerta si quiere.

—Léalo usted, por favor.

—Le haré un resumen. Compitió por Rusia en las olimpiadas del año 2020 como parte del Comité Olímpico Ruso en tres disciplinas. Dos medallas de oro en 100 y 200 metros espalda en solitario y una de plata en relevo mixto. La élite del deporte ruso. Mide un par de centímetros más que usted y pesa diez kilos más. Ha aguantado hasta las 5g en la Noria. Lleva acumuladas más de cincuenta horas

en Laboratorio de Flotación Neutra. Está capacitado para realizar EVA y reparar la estación. También para manejar un rover lunar…

Se hace un silencio.

—Pero si tuviera que hacer la apuesta de mi vida, como hizo usted en el casino de Las Vegas, apostaría mis doscientos mil dólares por usted en esta carrera de dos.

John tarda en responder. Se aclara antes la voz. Teme esa carrera de dos.

—Gracias, agente. Pero, en realidad, ha sido usted la que ha demostrado mayor coraje durante estos cinco días. Siento de corazón haberla metido en esto. Lo hice de forma inconsciente y frívola. No fue más que una broma para vengarme… Ahora sé que no hubiese terminado las pruebas sin usted. Lamento haberle fallado en esta última.

—No ha fallado, John.

—No sé qué concepto tendrá de mí. Pero quiero que sepa que aborrezco el juego. Nunca antes había estado en Las Vegas y tampoco en un casino. La apuesta de la ruleta era en realidad una apuesta contra mí mismo y contra mi vida. Pensaba que era la única forma de desprenderme para siempre del apodo de Loser, pero he comprobado que no ha sido suficiente.

—Nadie podrá llamarle perdedor.

—No lo hice por la gente. Fue por mí. Creía que al ganar el premio imposible yo mismo me consideraría un *winner* y desaparecería de mi interior ese eterno miedo a quedar segundo. Pero, incluso ganando, no funcionó. Después, cuando vino a buscarme de madrugada, me aferré a que la verdadera prueba sería esta. Por eso acepté. No por mi país ni por la fama o el dinero. Lo hice por mí, era una nueva oportunidad para librarme de mi apodo. Creía que resolviendo este caso antes que mi contrincante ruso me demostraría a mí mismo que no era como mi padre. Lamento decirle que no soy un patriota, solo un egoísta.

—Yo creo que sí lo es, John.

—Eso ya no importa. He fracasado en la última prueba.

11
Ave de Roc

Suben al avión hipersónico a las nueve de la noche. John se sienta en los asientos distribuidos en filas de dos y Liz le acompaña. Ahora controla mucho mejor su ansiedad, pero prefiere estar alejado del prepotente de la NASA, que otra vez está arrellanado en el asiento de la zona VIP. Bob le saluda y John corresponde con una leve inclinación de cabeza. Despegan sin novedad. Ya en el aire se da cuenta de que no ha cerrado los puños. Tampoco ha necesitado el contacto de Liz. Al menos todo este circo ha servido para aliviar su pánico a la velocidad. La agente intenta darle conversación, pero John responde con monosílabos. Prefiere encerrarse en sus pensamientos. El fracaso en la noria le ha sometido. Bob Harris da una palmada para captar su atención e interviene por primera vez.

—La Noria… Es la única prueba que no ha querido repetir. ¿Puedo saber el motivo, John?

—Ya tiene lo que quería, señor Harris… Ahora su hombre podrá ocupar mi lugar. Le deseo suerte.

—No sea estúpido, John. Esto no es nada personal, como ya le dije. Además, la decisión final no me corresponde a mí. Está en manos del coronel Cole. Y he de admitir que, si la decisión fuera mía, ya no la tengo tan clara. Mi hombre está más preparado para una misión espacial, de eso no hay duda. Sin embargo, usted ha demostrado muchas habilidades que podrían resultar valiosas…

—¿Como cuáles? —interrumpe Liz.

—Una voluntad de hierro. Un ansia de superación feroz. Capacidad de adaptación y un espíritu de lucha como nunca antes había visto. Soportar 4 g en la centrífuga después de estos días de entrenamiento y siendo su primera vez en el simulador no es un fracaso, sino todo un éxito.

Silencio.

—Me gusta ser sincero y directo. Se lo dije el primer día y se lo digo ahora. Además, se me olvidó comentarle un pequeño detalle…

—¿A qué se refiere? —pregunta Liz.

—¿Les suena de algo el Stratolaunch?

John y Liz se miran, descolocados.

—¿El Ave de Roc?

Ambos se encogen de hombros.

—¿Tampoco? ¿Es que no han tenido infancia? Es una especie de águila gigante capaz de transportar elefantes con el pico. Simbad el marino se sirvió de esta ave mitológica para salir de la isla…

—Déjese de rodeos —Liz le interrumpe de nuevo.

—El Stratolaunch, apodado Roc, es el avión de mayor envergadura del mundo. Fue el sueño del multimillonario Paul Allen. Ese nombre si les suena, ¿verdad?

»Se trata de un avión lanzadera capaz de alcanzar una altura de diez mil metros llevando un cohete en su vientre para luego lanzarlo y poner en órbita satélites de hasta siete toneladas. Por desgracia, Paul Allen falleció repentinamente y su ambicioso proyecto con él.

»Cuando se aprobó el proyecto de la EEL, nos hicimos con el gran Roc a precio de saldo y recuperamos el espíritu original de Paul Allen, pero añadiendo mejoras notables. No solo pretendíamos poner carga o satélites en órbita terrestre, la idea era utilizarlo como lanzadera a la Luna. También recuperamos el acuerdo inicial con Space X y sus potentes cohetes Falcon 9, Heavy y Starship, pero nos centramos en el desarrollo del Falcon 9U, una versión ultraligera del Falcon 9 con prestaciones incluso superiores.

—¿Podría dejarse de tecnicismos e ir al grano? —Liz vuelve a la carga.

—Lo que pretendo decir es que el lanzamiento se hará recurriendo a este impresionante avión. Ya lo hemos usado con éxito para enviar carga a la superficie lunar y a la EEL. Llevar tripulantes es algo más delicado, pero estamos preparados. Esto significa que nos ahorraremos los ocho minutos más complicados en la lanzadera de tierra y se reducirá significativamente la aceleración a la que se ven sometidos los tripulantes. Nunca estará por encima

de las 3 g. Esto hace que el simulador de la Noria no sea tan importante.

—Maldito hijo de puta —le espeta Liz sin pudor.

—Necesitaba saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar nuestro hombre.

—Es usted repugnante y rastrero…

Bob ignora sus comentarios ofensivos y continúa enumerando los motivos que le pueden hacer cambiar de opinión respecto a la candidatura de John.

—Un punto a favor de John es su dominio de cinco idiomas, incluido el ruso. Esto incluye el de todos los actuales inquilinos de la estación. También hay otras aptitudes que pueden ayudar en la misión y que no se me permite enumerar en presencia de su maleducada niñera.

—¿Y qué me dice del candidato ruso? —pregunta John—. Por lo que me ha comentado la agente Donovan, me supera en todo.

—Olvidémonos de Víctor por el momento. Y debe comprender que será su compañero, no su enemigo, por mucho que se empeñe el coronel en lo contrario. Yo, si estuviese en su piel, preferiría tener a mi lado a alguien bien preparado para una misión espacial. Deben ser un equipo.

Aterrizan sin novedad. Jimmy, el joven militar, les espera en el todoterreno. Es evidente que se alegra de verlos, especialmente a Liz, aunque guarda la compostura delante de Bob Harris. Les conduce hasta sus habitaciones ubicadas en la marginada área 41 de la base aérea. John se despide de Liz y se tumba en la cama. Necesita estar solo para ordenar sus ideas. Todavía no tiene claro cómo sentirse. Siempre se exige a sí mismo más de lo que los demás esperan de él. En esta ocasión parece que le ha vuelto a suceder y puede que todavía tenga opciones de que lo seleccionen para la misión. Y si es así, ¿podrá contra el ruso? Esta incógnita planea sobre él como un ave de mal agüero e impide que concilie el sueño hasta las tantas de la madrugada.

John se levanta temprano. Se da una ducha de agua fría y en el pasillo se cruza con Liz.

—Nos vemos en la cantina. Quiero enseñarle algo.

John se viste y baja a la cantina. El barman, antes de que pueda

pedir nada, le sirve un batido grumoso y poco apetecible. John lo aparta. Enseguida llega Liz con un periódico en la mano. Se sienta ágilmente con las dos piernas dobladas sobre la silla, deja el periódico en la mesa y clava su mirada en él. En portada puede leerse un titular llamativo.

«El avión de mayor envergadura del mundo despega hacia la Luna». Cuando John levanta la mirada, Liz coge de nuevo el periódico y lee algunos fragmentos del artículo interior.

—Hoy a las 17:00 horas despegará desde la base Nellis, Nevada, el avión de mayor envergadura del mundo. 117 metros de distancia entre las puntas de las alas y un peso máximo al despegue de 600 toneladas. Posee una configuración específica de doble fuselaje que le permite situar en el centro un cohete de 50 metros de longitud y 350 toneladas de masa, con cinco motores Merlin. Tras el éxito de las últimas pruebas de este avión lanzadera, hoy se enfrentará a la prueba de fuego. El enorme pájaro alzará el vuelo con un Falcon 9U, el cohete ultraligero de Space X y una cápsula Cargo Dragon 35. El objetivo es llevar suministros y material a la EEL para iniciar la construcción de la base lunar. Esta novedosa lanzadera puede ahorrar mucho combustible y facilitar futuros envíos de astronautas.

—Los tripulantes no se mencionan por ningún lado. Así que no espere mucha fama cuando haga lo que tenga que hacer allí arriba.

—Aunque cueste de creer, no he buscado esta misión y tampoco me interesa la fama.

—Lo sé, es usted un patriota.

—Tampoco soy un patriota. Ya se lo dije la otra noche.

—No suelo hacer mucho caso a las confesiones hechas con una puerta de por medio.

—Se lo repetiré entonces de nuevo. Aceptar esta locura de misión fue una decisión egoísta. Lo tomé como una prueba para demostrarme a mí mismo que no soy un segundón. La auténtica patriota es usted, agente Liz Donovan. Si la decisión fuese mía, yo sí lo tengo claro. La mandaría a usted.

—Ja, ja, ja…

El camarero regresa con el consabido desayuno energético y poco apetecible en una bandeja. Liz, sin dudar, se toma su parte.

John la imita a regañadientes. Todavía no tiene claro si lo han elegido y no quisiera seguir un segundo más de lo necesario con esta farsa. Fuera del edificio les espera el joven militar con el todoterreno. Saluda a ambos con un apretón de manos. John sube a la parte trasera y abandonan el área 41. Conducen junto a la pista de despegue hasta un hangar enorme. El todoterreno se detiene. En ese mismo instante está saliendo el gigantesco avión. El portón parece hecho justo a su medida. La anchura es casi idéntica a la longitud de las alas. Su altura es escalonada, algo más elevada en las dos cabinas centrales y donde quedan los dos alerones traseros. Esto permite que la máquina pueda salir *in extremis*. El doble fuselaje viene a ser como dos aviones unidos por una única gran ala. Entre ambos queda un hueco. Le recuerda a un catamarán. Hay grandes turbinas bajo las alas, tres a cada lado de las cabinas. Cuando la inmensa ave blanca se detiene, el todoterreno reanuda la marcha y los deja bajo un extremo de la gran ala.

Allí están el coronel Cole y Bob Harris. El coronel ojea unos informes mientras mastica uno de sus puros. Bob les saluda con una inclinación de cabeza, pero Cole sigue a lo suyo durante algunos minutos. John reconoce su foto y la de su contrincante de la base mientras pasa algunos papeles.

—¿Cómo se encuentra, John? —pregunta finalmente el coronel tras cerrar la carpeta.

—Perfectamente, gracias.

—Veo que ha tenido algún problemilla con la Noria.

—Es cierto. No puedo garantizarle que esté a la altura del candidato ruso.

—Esto no son unas malditas olimpiadas. Será una prueba de astucia y no de fuerza física. Les hemos citado aquí para que conozcan esta maravilla, que como ya le ha comentado Bob, hará que la Noria sea casi irrelevante. Les presento al pájaro más grande del mundo. El que le impulsará hacia el espacio. ¿Verdad, Bob?

—En efecto —confirma Harris—. Despegará más suavemente que en nuestro viaje a Houston y lo soltará a diez mil pies de altura.

—Algo de eso he leído en la prensa —le interrumpe John.

El coronel sonríe y le da una palmada en la espalda.

—Vayamos dentro.

Un grupo de trabajadores con chalecos reflectantes pululan entre las dos carlingas. Deben ser ingenieros que trabajan en los últimos retoques. Recorrer el avión desde donde están hasta la cola es un buen paseo. Es realmente grande. El interior está prácticamente vacío. En los laterales se aprecian algunas grúas, elevadores y escaleras móviles, todo por debajo de las alas, y en el centro destaca una cápsula en forma de bala con diez operarios más trabajando a su alrededor.

—Ahí tiene la cápsula Dragon en la que usted viajará.

En estos momentos está abierta y los trabajadores se aproximan a ella con una suerte de carretillas para descargar y apilar gran cantidad de maletines blancos sobre una plataforma elevadora.

—No será muy cómoda, pero recuerde que viajan de incógnito. El cohete se acoplará al avión dentro de tres horas treinta y cinco minutos. Acto seguido, la cápsula se fijará en un extremo y el resto es pan comido. En resumen: el avión sube y a diez mil pies, suelta el cohete y se inicia la propulsión que dará el empujón a su cápsula hasta acoplarse a la estación espacial lunar. Todo automático. Usted solo tendrá que disfrutar del paisaje si queda algún ojo de buey libre.

El coronel apoya la mano en el hombro de la agente Donovan y le muestra los informes que leía antes.

—Agente Donovan, ¿sería tan amable de leer esta última nota del informe presentado hoy mismo por Bob Harris?

—Para concluir —empieza Liz—, afirmo que John Loss está plenamente capacitado para la misión y es un buen candidato.

El hombre de la NASA asiente, confirmando sus palabras. Liz y John cruzan una fugaz mirada de sorpresa.

—¿Qué me dice, John? ¿Todavía tiene ganas de ir al espacio?

—¿Tengo elección?

El coronel suelta una carcajada que acaba con un ataque de tos, que nada tiene que envidiar al de un fumador adicto. Cuando se recompone, le tiende la mano a John y este la acepta. Liz hace palmas y está a punto de abrazarse a Bob, pero se contiene y se limita a darle otro apretón de manos.

—Enhorabuena a usted también, agente Liz Donovan —dice el coronel acercándose a ella—. Me consta que ha hecho un gran

trabajo.

—Gracias coronel.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Liz asiente.

—¿Realmente hubiese subido a la Noria con John?

—Estoy seguro de ello —responde Bob en lugar de Liz.

—¡Increíble! Ahora, agente, le rogaría que nos dejase a solas para comentar unos detalles.

Liz se despide y camina hacia la salida de aquel enorme hangar. Pronto se empequeñece en la lejanía. El coronel los conduce hasta un despacho interior y les invita a tomar asiento. Abre una discreta caja fuerte para extraer una carpeta con un confidencial llamativo en la cubierta frontal. La deja caer sobre la mesa. John la abre. Contiene la ficha del astronauta noruego de la EEL. La ojea y comprueba que no hay nada más.

—Entiendo que se trata del astronauta asesinado.

—Así es.

—Por fin un avance. Ahora necesito la causa y hora de la muerte, el arma homicida, los sospechosos… En resumen, toda la información que tengan. Hasta el más mínimo detalle puede ser de vital importancia.

—No me pida que haga su trabajo, John —dice el coronel, arrellanándose en su asiento y cortando otro trozo de puro—. Sabemos muy poco y lo que sabemos podría estar adulterado. Sospechamos que las últimas comunicaciones desde la EEL pueden haber sido intervenidas o manipuladas. Es posible que escuchásemos lo que alguien quisiera que escuchásemos. Hay muchas partes y muchos intereses. Poco después de conocer lo sucedido allí arriba, se acordó cortar toda comunicación. Así que sabemos poco más. De ahí la importancia de su misión.

—No importa. Necesito lo que tengan. Ya averiguaré qué partes son falsas.

—No me comprende, John. Queremos que empiece de cero. Es un caso de seguridad nacional y no podemos fiarnos de nadie. Ni de los astronautas que se encuentran allí arriba ni de los países colaboradores. De nadie.

—No comprendo…

—Tampoco quiero que comparta información sensible con su compañero ruso. Solo lo imprescindible. No esperamos que sea un crimen pasional lo que ha sucedido en la estación, ¿me sigue? Necesitamos saber antes que nadie qué ha propiciado que alguien sea capaz de asesinar. La información es poder.

—Pero las comunicaciones estarán interrumpidas en cuanto lleguemos…

—Cierto. Cualquier transmisión podría ser interceptada. Habrá un juicio internacional a su regreso. Debemos asistir a él con todas las claves y un guion bien definido. No podemos dejar nada al azar. ¿No sé si me sigue?

John asiente.

—Le recomiendo que en la estación espacial no se fíe de nadie, salvo de nuestro astronauta Alan Carson.

El coronel se pone en pie y le tiende la mano de nuevo. Los escasos tres centímetros de puro que come los sujeta con los labios.

—Confiamos en usted, John. Ahora le ordeno que descanse. El lanzamiento será dentro de unas horas. La diligente agente Liz se encargará de todo.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

John mira a Bob y acto seguido al coronel. Ya no queda casi puro asomando por sus labios. A su vuelta del espacio piensa regalarle una caja de chicles. No es amigo de tanto secretismo, pero acaba estrechándole la mano y se marcha.

12
Maksim

John se encuentra en el vestuario masculino de una instalación deportiva de lo más común. Bancos metálicos desconchados alrededor de la pared de azulejos blancos y un pasillo con duchas individuales separadas por cortinas de hule. Lo único diferente, y resulta evidente que es un añadido, son las dos literas y los dos trajes espaciales colgados junto a unos grandes paneles rectangulares repletos de botones en la pared del fondo. Uno de los trajes es azul, y el otro tiene un color entre el rojo y el naranja. Están dentro del hangar que contiene la imponente Ave de Roc. Salta a la vista que aquellas instalaciones se usaban para algo muy diferente antes de la llegada del actual inquilino. Liz y él han llegado antes de tiempo. John apenas ha dormido y ha llamado a la puerta de Liz casi dos horas antes de lo convenido. Está sentado con la espalda apoyada contra la pared y las manos sobre la bancada. Trata de controlar la respiración. También está Bob Harris, apoyado en una esquina y absorto en sus documentos. Invisible. No está seguro de que le haya devuelto el saludo cuando ha entrado. Liz se arrodilla frente a él y le coge las manos. Le acaricia con sus ojos azules sin decir nada en lo que parece una plegaria silenciosa. La agente Donovan se ha convertido en una especie de entrenador personal, más bien de entrenador del alma. Se ha convertido en su niñera perfecta.

En ese momento entra un tipo alto y corpulento. Pelo rubio cortado a cepillo. Ojos claros y rostro severo. Lleva un maillot rojo y blanco parecido al de los ciclistas. Si existiese un arquetipo de militar ruso, sería este. Liz, al percatarse de su presencia, le suelta y se separa un paso.

John se pone en pie y le tiende la mano. El ruso es ligeramente

más alto y corpulento.

—Creo que podemos ahorrarnos las presentaciones, camarada. Nuestros servicios de inteligencia se han adelantado.

—Supongo que tiene razón, Maksim Kokarev.

—Supone bien, John Loser.

John aprieta los puños y da un paso hacia él. Liz se interpone entre ambos pavos reales con una mano apoyada en el pecho de cada uno.

—*Cedant arma togae.*

John no entiende lo que ha dicho y su contrincante tampoco parece haberla entendido, así que la obvian.

—¿Le ocurre algo, John? —pregunta Maksim—. Disculpe mi inglés, quizá haya pronunciado mal su apellido.

En ese momento entra un individuo enjuto y de movimientos nerviosos. Viste una bata blanca hasta los tobillos, que deja al descubierto unas zapatillas beis. Se dirige directamente a los paneles. El brillo de su coronilla es el único saludo que reciben mientras le observan realizar algunos ajustes. Luego, les pide que tomen asiento frente a frente en las literas. El ruso no desvía ni un segundo su altiva mirada. John se fija en que el traje que hay junto a su compañero no solo se diferencia en el color y los emblemas. El casco no está integrado y parece más aparatoso y pesado.

El doctor les hace unas pruebas rutinarias que consisten en tomarles la tensión y poco más. Después, presiona un botón y entran dos técnicos. Descuelgan el traje americano y le ayudan a colocárselo. Es idéntico al que usó en el simulador de Houston conocido como *La Noria*. Le ajustan brazos y piernas. El casco, aunque está integrado, se queda hacia atrás como la capucha de una sudadera.

Cuando se acercan a Maksim, este ya se ha enfundado gran parte del traje. Le ayudan a ajustarlo a falta del casco y los guantes. En ese momento, el doctor les conecta una manguera gris a altura del riñón derecho, el otro extremo está conectado a su respectivo panel. Hace un gesto y los técnicos les terminan de acoplar los guantes y los cascos mientras el médico realiza algunas comprobaciones en los paneles.

—Anillo de fijación del casco, activo. Sistema depurador de

oxígeno, activo. Sensores de presión, funcionando. Ventilación, funcionando. Comunicación umbilical, en marcha.

John le escucha con cierta dificultad a través del casco debido a que su propia respiración suena muy fuerte. Permanecen un buen rato allí mientras se presurizan los trajes y el doctor sale y entra recitando para sí las lecturas. John empieza a agobiarse. Aunque le está entrando más oxígeno puro, no puede hinchar los pulmones y siente que le falta aire.

—¿Cuánta gente necesita un americano para ponerse un traje? —John escucha alto y claro a Maksim por el comunicador interno. Sigue observándole fijamente.

Liz Donovan y Bob Harris están frente a él, expectantes. No parecen poder escuchar a su impuesto compañero y, aunque pudiesen, seguramente no entenderían nada, porque lo ha dicho en ruso. John no responde.

—Lo puedo comprender para vuestros lanzamientos propagandísticos, pero por qué tanta gente para una misión secreta…

—Nada se puede hacer en soledad. —John cita a Picasso para ver si calla al ruso.

En ese momento, el mismo doctor les ordena ponerse en pie. Revisa los trajes una vez más antes de desconectarles el cordón umbilical. Ya están listos. Maksim se levanta y camina hacia la salida. John cierra los ojos durante unos segundos, respira y se dispone a seguirle. Liz se presta a ayudar, pero John se lo impide. No quiere mostrar más debilidad ante el crecido Maksim y soportar otros comentarios hirientes. Se siente incómodo dentro del traje, pero consigue caminar sin excesiva dificultad.

Fuera está el coronel Cole junto a un militar ruso, seguramente del más alto rango por la colección de adornos que cuelgan de su pecho. Siguen caminando hacia la cápsula Dragon, que se encuentra en el centro de la nave. El Stratolaunch está fuera y destaca el enorme cohete Falcon anclado entre los dos fuselajes.

—¿Piensa llevarse a todo su séquito a la estación? —pregunta Maksim con sorna.

John está centrado en controlar la respiración. Es cierto que tiene a su lado a la agente Liz y un paso detrás al coronel Cole y a

Bob Harris. Maksim está solo. El militar ruso le ha dado una palmada y se ha quedado atrás.

—Cuando me dejen, volveré a estar solo. —Y añade—: Estaremos solos.

Alcanzan la cápsula con forma de cono blanco con cuatro ojos de buey rodeándola a media altura. La escotilla está levantada y han dispuesto una escalerilla metálica para darles acceso. El traje empieza a pesar y es incapaz de desprenderse del sonido agobiante de su respiración. Cada vez más entrecortada y caótica. Se siente como si estuviese apresado dentro de una colchoneta hinchable. Le preocupa estar dando malas lecturas en los monitores de control. Maksim parece llevarlo bien, o quizá simplemente lo oculta como él. Al llegar al borde de la escalerilla, ambos se giran. El coronel Cole se despide con un saludo militar, Liz y Bob con un saludo. El hombre que acompaña a Maksim se limita a hacer un movimiento casi imperceptible de cabeza. John levanta el pulgar y se gira. Se aferra a la barandilla y sube los cuatro peldaños. El ruso se le adelanta a la hora de entrar en la cápsula. Las paredes son metálicas y los dos asientos libres están inclinados unos 45 grados, como en el simulador de Houston. La carga sepulta los otros tres. Hay un sinfín de paquetes de maletines blancos atados entre sí, como grandes cubos de Rubik. Bob le previno de que la nave llevaría más de dos mil kilos de carga. Una vez sentados, los mismos técnicos que les han asistido en los vestuarios les aseguran con cinturones.

—¿Puede escucharme, John? —escucha la voz de Bob Harris por el casco.

—Alto y claro —responde.

Luego escucha una voz en ruso.

—Delo v shliape.

John reconoce la frase hecha rusa, cuya traducción literal es «el asunto está en el sombrero», y vendría a significar algo como que la partida está ganada antes de comenzarla. No le gusta.

—Desde este momento las comunicaciones con control de misión serán en un solo sentido. Ustedes podrán escucharnos y escucharse entre ustedes, pero nosotros no los escucharemos. Es una medida de seguridad para evitar que sean interceptadas y que se filtre que la misión lleva tripulantes.

»La pantalla táctil que tienen sobre ustedes es sensible a los guantes del traje. Podrán ejecutar comandos básicos que ya conocen, como liberar cinturones. El botón rojo es para cancelar el lanzamiento, superado cierto punto de la misión se desactivará. Podrán escucharnos hasta que se acoplen a la EEL. Luego se cortará toda comunicación hasta vuestro regreso. ¿Entendido?

—Entendido —responden los dos al unísono.

—Necesitamos unos minutos para terminar de cargar y sujetar el resto de material. Buen viaje. Cerrada comunicación bidireccional.

¿Más carga? A este ritmo no cabrá ni un alfiler. John cierra los ojos. Por el momento domina la claustrofobia. Ya veremos la velocidad. Introducen tres cubos más de material y los sujetan con el resto.

—Procediendo al cierre de la cápsula.

La puerta se cierra y en su centro queda visible un ojo de buey, el resto está inutilizado por la carga. Al otro lado aparece el rostro de Liz, que debe haberse colado por las escaleras de acceso. Le hace un guiño. John levanta el pulgar.

—¿Se ha traído a su novia? —pregunta Maksim fingiendo una tremenda sorpresa—. Traerse a la novia a un lanzamiento secreto, eso sí que no me lo esperaba. Si quiere acompañarnos, hay espacio sobre mis rodillas…

John se gira hacia él y se aproxima lo que le permiten las sujeciones. Sus cascos chocan y se clavan la mirada. Notan movimiento, pero sus miradas no se separan.

—Acoplando cápsula Dragon al cohete Falcon en tres, dos, uno…

Un ligero impacto. Ahora ven el cielo a través del ojo de buey.

—Simbad, a control, ¿me reciben?

Es una voz diferente la que habla. Debe de ser el piloto.

—Alto y claro.

—Repostaje completado. Procedo a encendido de motores y solicito permiso para rodar.

—Permiso concedido.

John siente el ronroneo de los motores del gigantesco avión y cómo empieza a moverse. El breve enfrentamiento con su compañero Maksim le ha permitido desviar un poco la atención del

despegue. Lo agradece.

—Nave en pista… Velocidad, 200 km/h y subiendo… Despegue en tres, dos, uno, ya… El Ave de Roc alza el vuelo con éxito.

—Entendido, Simbad.

John respira aliviado. El despegue, en efecto, ha sido más suave que con el avión supersónico que los llevó a Houston.

—Altitud, mil pies y subiendo. Tres mil pies y subiendo. Seis mil. Altitud máxima de diez mil pies alcanzada. Espero órdenes.

—Proceda con la liberación del cohete.

—Soltando cohete en tres, dos, uno…, ya.

John escucha un ruido seco y nota un tremendo vacío en el estómago. Deben estar en caída libre sujetos a un tanque de más de doscientos mil litros de combustible entre queroseno y oxígeno líquido. Una auténtica bomba. Luego, suena un «bum» brutal al encenderse los motores del cohete y todo tiembla.

—El ave ha puesto el huevo y regresa a casa.

—Entendido, Simbad. Buen trabajo.

—Corto y cierro control.

John se aferra a los reposabrazos con todas sus fuerzas. La sensación de velocidad es brutal. Todo su cuerpo se clava contra el asiento. La aceleración oprime el pecho de tal forma que le cuesta respirar. La maldita Noria regresa a su cabeza. Si no se estabiliza pronto, perderá el conocimiento.

—Propulsores uno y dos, activados.

Otras dos nuevas sacudidas, que suenan como dos tremendos cañonazos: bum, bum. John nota que el rumbo se corrige y, algo después, cómo la cápsula se desprende.

—Alcanzada con éxito órbita terrestre baja. Dos órbitas y fijaremos rumbo a la EEL.

John ve cómo Maksim se quita el casco y este queda flotando a pocos centímetros de ellos. Luego se quita los guantes y opera el panel táctil que tienen sobre su cabeza. Los cinturones se sueltan y el ruso se separa del asiento y empieza a flotar. John sigue aferrado al asiento. La velocidad se ha estabilizado, pero todavía no se siente capaz de moverse.

—Calculando ángulo —se escucha desde control.

El cosmonauta ruso golpea su casco con dos dedos. John se

limita a mirarlo.

—¿A qué está esperando, John?

Maksim abre la cremallera que une casco y escafandra. John sigue inmóvil y en silencio.

—¿Se encuentra bien, John? ¿Quiere estirar los pies o prefiere seguir dentro de su traje azul nuevo?

Maksim manipula su pantalla para liberarlo del asiento. Los cinturones se sueltan. John siente que su cuerpo quiere flotar, pero sigue agarrado y haciendo fuerza para impedirlo.

—¿Es algún ejercicio o entrenamiento que desconozco?

John se suelta y le invade una sensación diferente a todo lo que ha sentido antes. Una mezcla de mareo, euforia y angustia. Nota como si las entrañas de su cuerpo se estuviesen reubicando. Quizá sea la forma de su cuerpo de decirle que no debería estar allí. Algo mucho más extremo que lo que sintió en el Laboratorio de Flotación Neutra. John vomita y vuelve a vomitar. Los restos del batido energético que ha tomado a primera hora se alejan de él a cámara lenta, en dos plastas trémulas y sin forma. Está tan descolocado que no siente vergüenza. Se alegra de que no les estén escuchando desde control.

—¿Su primera vez en ingravidez? —pregunta Maksim antes de soltar una carcajada.

El ruso se gira y despega una especie de miniaspiradora de la pared y empieza a aspirar los coágulos flotantes.

—¿Sabía que la ingravidez que experimentamos está causada por encontrarnos en órbita y no por la lejanía de la superficie terrestre?

John le mira. No sabe si se está burlando o si trata de echarle un cable.

—Estamos a solo unos doscientos cincuenta kilómetros de la superficie terrestre y la gravedad se reduce un 1% cada 30 kilómetros, así que haga cálculos. Aquí la gravedad es muy similar a la de la Tierra. Si dejásemos de movernos, caeríamos al suelo de la nave.

—Lo siento —se disculpa John conteniendo nuevas náuseas.

—Caer está permitido, John; levantarse es obligatorio.

John sonríe. Maksim le ayuda a tomar una pose estable en el

reducido espacio. Por fortuna, los enormes cubos de Rubik se mantienen bien sujetos a su alrededor.

—Una órbita más y pondremos rumbo a la EEL.

Se alegra de escuchar la voz de Bob Harris desde control. Maksim le quita los guantes.

—¿Realmente cree que no nos escuchan, John?

—Eso espero. No creo que las arcadas suenen muy bien.

Ambos se ríen. El ruso lo hace dando volteretas sobre sí mismo con los pies encogidos. De otra forma no cabría. Luego se asoma durante un buen rato al único ojo de buey despejado. John aprovecha para tratar de estabilizarse. Necesita acostumbrarse a aquella incómoda sensación. De pronto, Maksim lo coge de la muñeca y lo arrastra hasta el ojo de buey. Casi todo el campo de visión lo ocupa el hermoso azul y blanco de la Tierra. Es impresionante. John se queda allí mientras Maksim remueve algunos objetos y saca unas barritas de cereales. Le ofrece una a John. De pensar en comida le vuelven las arcadas. El ruso se encoge de hombros y se pone a comer.

—Dirección fijada. Dentro de unos instantes procederemos al encendido del motor principal para ejecutar la maniobra de inyección translunar.

—Esa es la señal —dice Maksim, volviendo a su asiento.

John le imita. No es fácil volver a su asiento y sujetarse en condiciones de ingravidez, pero llega a tiempo.

—Encendido en tres, dos, uno…

Dos sacudidas más y de nuevo la cápsula se acelera. No sabría decir el tiempo que tardan en alcanzar la velocidad de crucero. John agradece la velocidad y rumbo constante. Maksim vuelve a soltarse del asiento. John se arma de valor y lucha por manipular su panel de control para liberarse sin ayuda. Lo consigue. John pasa las siguientes horas ejecutando pequeños movimientos y tratando de que su cuerpo se aclimate a la ausencia de gravedad. Al principio, Maksim flota a su alrededor para incordiarle o para dejar bien claro que domina aquel ambiente. Luego se cansa y le deja en paz. Come y bebe algo. John evita comer, pero es consciente de que el viaje dura algo más de un día y prueba con uno de los batidos cuando siente la garganta seca. Lo vomita de nuevo.

—No se preocupe. Su cuerpo se acabará acostumbrando muy pronto.

Ya no hay burla en su tono de voz. Maksim vuelve al asiento y se fija. John lo interroga con la mirada.

—Voy a echar una cabezada. Le aconsejo que haga lo mismo. El viaje es muy largo.

Maksim no tarda en roncar. John permanece flotando. Pasa el tiempo ejecutando ejercicios suaves y asomándose al oscuro infinito. El malestar general persiste y no cree que pueda dormir. Aprovecha también para mear en la incómoda sonda. Después, ve las gotitas flotando en el exterior. Unas horas después se fija a su asiento y cierra los ojos para comprobar que le será realmente difícil conciliar el sueño.

—Realizando suaves maniobras de inclinación. Distancia a la Luna: 1.261 kilómetros. Dos minutos para la velocidad divina.

La comunicación despierta a John. Es incapaz de saber si se ha quedado dormido o solo ha dado una cabezada. Maksim está asomado al ojo de buey y le hace un gesto para que se acerque. Se libera de las sujeciones y su cuerpo se resiente. Se asoma al ojo de buey. Solo hay oscuridad al otro lado. Una vasta oscuridad.

—Apagando motores —vuelve control—. Ahora dejaremos que la débil gravedad lunar haga su trabajo.

Por un momento distingue la curvatura de la Luna, pero no tarda en desaparecer. Maksim se acerca.

—La luna debe estar entre nosotros y el sol, y bloquea la luz.

Siguen rodeados de una oscuridad profunda e impenetrable hasta que de repente aparece la Luna con todo su esplendor. Grande. Brillante. Gris. Es un espectáculo digno de ver. Lo disfrutaría de no encontrarse con náuseas desde que se ha puesto de nuevo el casco. Maksim le avisa cuando sale la Tierra por el horizonte. No es más que una canica azul y blanca sobre el enorme gris. Parece irreal.

—Preparados para maniobra de inserción en la órbita lunar. Motor principal activado. Reduciendo velocidad para que la nave sea capturada por la gravedad lunar.

Unos pocos minutos después, vuelven a escuchar a control de misión.

—Órbita lunar alcanzada a ciento nueve kilómetros de la superficie. Tiempo total empleado: treinta y cinco horas, veintiocho minutos y siete segundos.

John escucha algunos aplausos de fondo.

13
EEL

Maksim muestra una sonrisa triunfal que John es incapaz de imitar. Está inquieto. El viaje todavía no ha terminado, queda la fase más crítica: el acople a la estación. Tras unos minutos de silencio, vuelve la voz de Bob Harris.

—Tercera órbita lunar de la cápsula Dragon a ciento ocho kilómetros de la superficie. Iniciando descenso hasta la órbita de la EEL.

»Velocidad de la cápsula Dragon: 5200 km/h.

»Velocidad de la EEL: 4850 km/h.

»Reduciendo velocidad para acoplamiento.

»Apertura del capot para ensamblaje.

»Velocidad de la cápsula 4950 km/h y bajando. En paralelo con EEL.

»Acoplamiento en tres, dos, uno…, ya.

John siente un golpe suave. Respira. Estaban viajando en paralelo a unos cinco mil kilómetros por hora y cualquier error podría haber sido fatal.

—Contacto confirmado. Comprobando sellado entre la nave y la estación.

Varios minutos después vuelve la comunicación.

—Túnel de acoplamiento hermético. No hay fugas de aire en la unión.

»Cápsula acoplada con éxito.

»Igualando presión.

Maksim y John se liberan de los cinturones obligados para el acoplamiento y se cambian mientras la nave se presuriza.

—Presiones equilibradas y verificaciones completadas. Tienen vía libre. Buen trabajo y suerte ahí arriba.

Los aplausos de fondo se interrumpen de forma brusca. Seguramente se acaben de cortar las comunicaciones de forma permanente. John está deseando abandonar aquella lata de sardinas con el anhelo de librarse de la permanente sensación de angustia que le acompaña desde que despegaron. Ahora visten con un chándal mucho más cómodo, pero está lejos de aliviarle.

Maksim Kokarev separa un par de cubos de material fijados a la pared con velcro para acceder a la escotilla. Inician la apertura desde el interior y aguardan hasta que se desbloquea. Maksim se le adelanta otra vez y la atraviesa lanzándose de cabeza. Cuando el intrépido supermán desaparece, John usa las agarraderas para seguirle con cautela. Dos inquilinos de la EEL les esperan al otro lado apoyados contra las paredes laterales para dejar paso. John los identifica enseguida: el comandante alemán Sigmund Reiter y Julie Hansen, la doctora canadiense en Ingeniería Ambiental. Le dan la mano y tiran de él para ayudarle a entrar en la EEL. Enfrente, un par de metros más adelante, el americano Alan Carson le ayuda a incorporarse con un último tirón. John lo agradece, ya tiene bastante con controlar las náuseas. Los conducen por angostos pasillos tubulares hasta el módulo principal Unity 2, el más espacioso. Allí les espera otra astronauta más, la japonesa Naoko Onishi. Solo falta el cosmonauta ruso. Se presentan uno a uno y les dan una forzada bienvenida. Quedan en semicírculo. John lee en sus rostros alivio y preocupación a partes iguales. No debe ser fácil afrontar la situación que están viviendo. Naoko se gira y deja flotando en el centro una bandeja repleta de canapés. Es curioso ver cómo gira lentamente con el efecto que ella le ha dado, con los canapés moviéndose en su interior como si estuviesen vivos.

—Vendrán hambrientos —dice Naoko en perfecto inglés.

Luego retira la bandeja y los canapés permanecen flotando. Maksim coge uno al vuelo y se lo lleva a la boca. John coge otro, pero no lo prueba. Las sensaciones de angustia y claustrofobia no han desaparecido.

—¿Dónde está Anatoli? —pregunta Maksim mientras engulle.

Los cuatro astronautas se miran entre sí y desvían la mirada. Es evidente que ninguno quiere responder.

—Lleva tres días encerrado en el módulo ruso Zarya 2 —dice

finalmente el comandante Sigmund Reiter—. No sale ni deja entrar a nadie… Pero estarán cansados, podemos guiarles hasta sus compartimentos.

Maksim coge otro de los canapés. Lo alza hacia la japonesa dejando claro que es de su gusto.

—Primero veamos la escena del crimen —dice.

A John no le vendría mal un descanso. No ha tomado nada sólido durante el viaje y apenas ha dormido. Siente una sensación de mareo que no se pasa y ver comer a su compañero hace que se descomponga. Teme que sus sentidos no estén al cien por cien. Entre los cuatro astronautas que les han recibido y el ruso aislado debe encontrarse por fuerza el asesino. Su obligación es no pasar por alto ningún detalle. Las expresiones faciales y reacciones iniciales son de suma importancia. Quizá la agente Liz Donovan estaba en lo cierto cuando dijo que su pánico a la velocidad podría malograr la misión. Debería haberlo confesado al coronel Cole aquel mismo día.

El comandante no parece muy contento con la decisión de Maksim.

—Como gusten… Le encontramos en el módulo Conocimiento, donde trabajaba y dormía. Según el programa, debía estar pasando seis horas de sueño. Su saco de dormir permanece sujeto a la cama y medio abierto, tal y como apareció.

Les hace un gesto para que lo sigan y sale del compartimento con un salto limpio que no precisa corregir dirección. Maksim le sigue de inmediato, aunque necesita servirse de las agarraderas para atravesar la esclusa. John se vuelve hacia los otros tres astronautas antes de seguir a los que han salido. Están en silencio, tampoco han probado ninguno de los canapés y le observan con atención. John abre la mano y deja el canapé antes de imitar los movimientos de Maksim para ir tras ellos. Sus movimientos son más lentos y casi repta por las paredes usando todas las agarraderas a su alcance para no desviarse. Hay una diferencia notable con el Laboratorio de Flotación Neutra. En el agua costaba iniciar los movimientos y era fácil pararlos, aquí es todo lo contrario. Se inician rápidamente, pero parar requiere saber exactamente dónde y cómo te vas a sujetar.

Atraviesa dos compartimentos y gira a la derecha. Se conoce la estación a la perfección gracias a los entrenamientos. Un compartimento más y los encuentra a ambos lados de una esclusa cerrada. Se impulsa hacia ellos simulando dominio de aquel entorno. Al llegar a su altura, Maksim le coge del brazo para ayudarle a disminuir la velocidad. John lo agradece en silencio, de otra forma hubiese pasado de largo y la situación se hubiese vuelto embarazosa.

—¿Ha entrado alguien? —pregunta Maksim.

—Nadie. Órdenes de tierra. Y no les aconsejo entrar después del tentempié.

—El deber siempre se antepone al placer, comandante —replica Maksim.

El comandante abre la esclusa y se aparta. Unas gotas de color rojo oscuro escapan por la rendija. Ambos se asoman. La escena podría ser un cuadro surrealista. Hay un cuerpo flotando entre una miríada de gotas sanguinolentas en suspensión. La serpentinata con que el rictus parece haberle encontrado recuerda a la del saltador que se lanza de cabeza a una piscina. Los brazos arqueados hacia arriba, la cabeza mirando al pecho y los pies juntos. Viste ropa cómoda e informal, probablemente el pijama. Hay sangre en forma de burbujas de todos los tamaños e intensidad de color que flotan lentamente en constelación a su alrededor. John diría que los cinco litros del cuerpo están en esa nebulosa. La cara y las extremidades están pálidas como la porcelana y las cuencas de los ojos oscuras.

Maksim Kokarev prepara la cámara, toma algunas fotografías y se dispone a entrar. John le sigue. El comandante tiene preparada una toalla para cada uno. Maksim toma una y la usa para absorber la mínima sangre posible al abrirse camino hasta el cadáver. Algunas gotas, semicongeladas, rebotan. Dentro hace frío. Maksim se mueve con cautela, pero con determinación. John le sigue con un salto suave, pero no lo suficiente, porque sin poder evitarlo se ve llegando hasta su compañero. Al no haber nada donde agarrarse, mueve de forma refleja las manos para intentar frenar. No sirve de nada, no está bajo el agua. El único fluido a su alrededor son viscosos coágulos que, por algún capricho de la inercia, se le adhieren a la mano derecha. John impacta suavemente contra

Maksim. Se disculpa al recibir su penetrante mirada y agita la mano para intentar desprenderse de la sangre. El sentimiento de repugnancia no se disimula en gravedad cero. Maksim le sacude la sangre con la toalla y le pregunta.

—¿Qué opina John?

John intenta recomponer su dignidad y centra toda su atención en el cadáver que flota ante ellos. No hay signos de violencia en el rostro ni en las extremidades descubiertas. Tampoco hay desperfectos en la ropa. De pronto, una pequeña gota sale del cuello del cadáver. Entre el cuello y la clavícula tiene una herida limpia y circular, de unos nueve milímetros de diámetro. Diría que el ángulo de entrada está inclinado hacia los pulmones, muy difícil de hacer por uno mismo, y más para un diestro como consta en los informes que le han pasado del noruego fallecido que respondía al nombre de Dirck Bosman.

—No ha podido hacérselo él mismo —responde finalmente John.

—Coincido con usted, camarada.

El ruso mira a su alrededor y levanta la voz:

—¿Sabemos algo del arma homicida?

—Nada —dice el comandante desde fuera.

Salen y el comandante cierra de nuevo la compuerta. Maksim termina de recoger con la toalla alguna gota de sangre que ha escapado.

14
Sigmund Reiter

Según consta en la ficha, Sigmund Reiter, comandante de la EEL, tiene cincuenta y cinco años. Mil doscientas horas de vuelo en distintas aeronaves. Responsable, sensato. Es su cuarta misión espacial y, aunque salta a la vista que está en forma, probablemente esta sea la última. Su aspecto actual no dista mucho de la imagen de su ficha. Tiene bigote y patillas, que se unen con una barba terminada en punta. Pulcramente rasurada y perfilada. De la boca para abajo es blanca como la nieve. Las cejas están muy cerca de los ojos, casi no hay lugar para los párpados, y la frente es amplia con una gran entrada que divide el pelo en dos.

—El primer paso es interrogar a los astronautas —John toma la iniciativa.

—Y necesitaremos acceso a todo el material audiovisual que la estación almacena de forma automática —añade Maksim.

—Cuenten con ello. Tengo órdenes de colaborar y no hay nadie más interesado que yo en esclarecer este feo asunto.

—Perfecto. Empecemos, pues.

—¿Con quién hablarán primero?

—Podríamos empezar con el comandante de la estación, ¿qué opina usted, John?

John asiente ocultando una sonrisa.

—¿Soy sospechoso?

—Hay seis personas en un lugar completamente inaccesible y una de ellas es asesinada…

—Lo que mi compañero quiere decir —interviene John— es que nadie mejor que el comandante de la misión para ponernos en antecedentes. Una breve charla podría aclarar muchas cosas y mañana empezaríamos con las entrevistas.

—Justo a eso me refería —confirma Maksim con ironía—. ¿Algún lugar donde podamos hablar en privado?

El comandante les guía, esperando con paciencia en las obligadas paradas debidas a la falta de habilidad de John, hasta la doble esclusa que se utiliza para que los astronautas salgan de la estación espacial. John la conoce bien gracias a Bob Harris. En ella los astronautas se colocan los trajes espaciales y hacen la despresurización antes de abrir la compuerta de salida. Es como estar dentro de una enorme rosquilla hueca. Hay tres trajes colgados, pero es suficientemente amplia para los tres. La mochila trasera de uno de los trajes está abierta.

—Aguarden un instante. Traeré la información que me han solicitado.

Mientras el comandante se ausenta, Maksim y John acuerdan realizar una pregunta cada uno. Para decidir quién empieza, el americano propone el juego de piedra, papel o tijera. Maksim acepta y John gana. Lo toma como un buen augurio. John se apoya en la esclusa exterior y piensa en el enorme vacío que hay al otro lado. Da vértigo. Apenas han hablado durante todo el viaje y no han fijado ningún tipo de estrategia a seguir. Se pregunta si su gobierno le ha dado tan poca información como a él. John guarda silencio y deja correr el tiempo. Está agotado, espera que la charla sea rápida y poder descansar. Sigmund Reiter regresa y sella la esclusa a su espalda.

—Soy todo suyo.

—¿Quién encontró el cuerpo? —empieza John.

—Yo mismo. Las constantes vitales de todos los inquilinos de la EEL se monitorizan de forma continua desde la Tierra. Era de noche cuando recibí una alerta desde control de misión. Fui directo al compartimento de Dirck, pero era demasiado tarde. Tengan en cuenta que las comunicaciones tardan unos quince minutos en llegar desde tierra cuando estamos orbitando la cara oculta de la Luna.

—¿Qué significa exactamente de noche? —pregunta Maksim—. Tengo entendido que amanece y anochece cada cuarenta y cinco minutos. Hay muchas noches en veinticuatro horas.

—Tratamos de seguir un ritmo de vida normal para que el

cuerpo sufra las menores alteraciones posibles. Nos regimos por el horario universal UTC.

—Luego, ¿se refiere a que todos dormían?

—Exactamente. Serían las tres de la madrugada de hace siete días.

—¿Cómo constató su muerte? ¿Movió el cuerpo? —John hace dos preguntas encadenadas.

—Lo primero que pensé es que había sufrido algún tipo de accidente y traté de taponar la herida. Ya no tenía pulso. La pose del cuerpo era muy similar a la que hemos visto, pero había menos sangre flotando. Di la voz de alarma.

—Así que abandonó la estancia y lo dejó allí, flotando… —interviene Maksim—. Y dígame, comandante… ¿Cerró la puerta en su salida apresurada?

El comandante tarda en responder.

—No lo recuerdo con claridad, pero desde control de tierra me ordenaron sellarla de inmediato.

—Pero ha dicho que las comunicaciones llevaban retraso. ¿Qué hizo usted en ese lapso de tiempo?

—Me conecté al ordenador central para comprobar sus constantes vitales y recuperé las grabaciones de ese módulo. Después, avisé a la tripulación.

—Habla de un retardo de unos quince minutos… pero tenía entendido que el problema de las comunicaciones en el lado oscuro se había resuelto con dos satélites orbitales capaces de recibir de la estación y transmitir a tierra en todo momento.

—Así es. En las misiones Apolo, control permanecía unos veinticuatro minutos sin comunicación. El nuevo sistema lo redujo a unos cinco minutos en los puntos más desfavorables. Lamentablemente, uno de los dos satélites lleva semanas sin funcionar.

—Entendido. Quince minutos. Eso implica que el incidente tuvo lugar justo al entrar en la cara oscura.

—Es lo más probable.

—¿No le pareció extraño que el suceso ocurriese «de noche» y justo en el sitio menos favorable para las comunicaciones con tierra?

—Para nada. Aquí estamos expuestos a mil riesgos, esto no es un hotel de Las Vegas. —El ruso le busca con la mirada al oír las palabras de Sigmund. Es evidente que Maksim está al tanto de sus correrías en Las Vegas, lo que le hace sentirse en desventaja. ¿Sabrá también lo de su apuesta?—. Durante los siete meses que llevo aquí arriba hemos sufrido varios incidentes, por fortuna ninguno mortal. Lo primero que me vino a la cabeza es que un micrometeorito capaz de atravesar el casco había alcanzado al astronauta. El fuselaje podría estar dañado y eso era un grave peligro para todos.

—Por eso cerró la compuerta nada más salir. Para evitar una posible despresurización —dice Maksim.

—Podría ser —responde Sigmund sin mucha convicción—. También recuerdo que hice un chequeo completo del casco y de todas las lecturas de la nave. Estaba todo en orden.

—¿Y qué vio en esas grabaciones?

—Las cámaras dejaron de funcionar casi una hora antes de la alerta.

—Dejaron de funcionar…

—Eso es.

—¿Tampoco le pareció sospechoso que las cámaras del compartimento del difunto doctor Bosman dejasen de funcionar poco antes de su muerte?

—Inquietante, pero deben saber que estos apagones no son tan extraños. Algunos se deben a simples averías y otros… —tras una pausa añade— deliberados.

—¿Deliberados? —pregunta John. Pero un ataque de tos repentino le sirve de excusa al comandante para esquivar la respuesta.

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente.

—Ha dicho que había apagones deliberados…

—Así es. En ocasiones se desactivan desde tierra por motivos de mantenimiento, actualizaciones… Y también…

—También…

—Un grupo de seis adultos, aislados casi un año, puede que quieran algo de intimidad. Supongo que saben a qué me refiero…

—¿Se les permite desactivar las cámaras?

—Yo diría que se consiente. Si bien los lugares con más sombras son este en el que nos encontramos y la cúpula de visión, mucho más romántico.

—¿Qué sacó en claro de la grabación?

—Nada. En ella se ve como el doctor entra al compartimento y poco después se pierde la señal. Cuando se recupera la imagen, ya está muerto. Y todo idéntico a cuando acudí. Pronto podrán comprobarlo ustedes mismos.

—¿Estaba fuera del saco de dormir?

—Sí.

—Entiendo que le veremos a usted en el momento que acude a socorrerlo… —dice el ruso.

—Lamentablemente no. La cámara recuperó la visión solo unos minutos y después dejó de funcionar. Lo más probable es que fuera una decisión tomada desde tierra, pensar otra cosa sería demasiado aventurado y siniestro. Hoy en día sigo confiando plenamente en cada uno de los componentes de mi tripulación y me resisto a aceptar que uno sea un asesino.

John sabe que Sigmund es consciente de la evidencia de los hechos y no hace réplica a la última afirmación.

—¿Y las otras cámaras?

El comandante levanta las manos, abre las palmas y deja dos USB flotando.

—Todo lo que les estoy contando está ahí. Estas son, junto con la mía, las únicas copias de las grabaciones automáticas de los dispositivos de seguridad. Control de tierra las ha eliminado del circuito local para evitar cualquier incidente. En ellas podrán verificar tiempos, constantes y todos los parámetros ambientales. Pero ahora se les nota cansados —afirma mirando a John—. Lo estamos todos. Aquí son las dos de la madrugada. Les recomiendo que intenten relajarse y descansar. Mañana podrán revisarlos a primera hora con la mente lúcida.

—Está bien —cede Maksim tras coger uno de los USB—. Descansaremos durante cinco noches y retomaremos la investigación donde la hemos dejado. Eso son casi cuatro horas si no me equivoco.

—No se equivoca.

—Perfecto. Será más que suficiente, no hemos hecho trescientos mil kilómetros para dormir, ¿verdad, John?

John asiente, aunque preferiría darle un puñetazo al altivo rostro de Maksim. Si pudiera dormiría doce horas seguidas. Necesita descansar y luego comer algo, aunque sea uno de los malditos batidos.

—Como quieran. Aquí nos ponemos en marcha entre las 6:30 y las 7:00. Hemos recuperado las rutinas habituales y seguimos con el plan de trabajo estipulado. Hay mucho que hacer y es la mejor forma de mantener al personal ocupado y con la mente lejos del desafortunado incidente.

—¿Esas rutinas incluyen a mi camarada Anatoli Lótov?

Sigmund niega con la cabeza.

—Precisamente es lo que intento evitar. No quiero que nadie más caiga en un estado similar. El trabajo ahuyenta los fantasmas.

Salen de la cámara de despresurización y el comandante se presta a acompañarlos. Maksim declina el ofrecimiento alegando que se conoce de memoria toda la estación y se marcha hacia la zona rusa. John también sabe perfectamente adónde debería ir, pero se deja acompañar por educación. Enseguida llegan a un módulo pequeño llamado Kibo. El comandante entra primero.

—Este será su camarote durante su estancia en la estación. Órdenes de tierra.

John asiente. En efecto, se alojarán en módulos diferentes del resto de astronautas. Bob Harris ya le advirtió de este punto. John lo prefiere.

—Lo hemos acondicionado lo mejor posible —dice Sigmund y señala una esquina.

En ella hay un armario de tela, similar a una tienda de campaña rectangular de pared. Después, señala dos maletines blancos.

—La doctora Naoko se los ha traído desde la cápsula Dragon. Si necesita algo más no dude en ponerse en contacto conmigo. Espero que pueda descansar. Lo necesita.

El comandante se despide con un apretón de manos y cierra la compuerta. John respira. Lleva horas deseando estar solo, aunque sabe que su soledad es relativa y busca las cámaras. Apenas ha dormido durante el viaje y se encuentra extenuado. Cansancio,

mareo y náuseas le tienen al borde de la inconsciencia, pero todo su cuerpo parece estar en alerta, como si reaccionase defendiéndose de aquel ambiente hostil. La falta de un punto de referencia le desorienta. No hay arriba ni abajo. Cierra los ojos y se deja flotar. No mejora las cosas. Se acerca con un ligero empujón a uno de los maletines que flota en mitad de la sala. Tiene su nombre grabado. Por eso Naoko debe haberlo identificado. Se trata de la ropa y el kit de confort que prepararon en la Tierra con la ayuda de Liz. Examina uno y todo parece estar en orden. El cepillo de dientes le ofrece, al menos, evitar durante unos instantes el sabor a bilis; el resto sería abandono a la molicie. Cierra el maletín de nuevo y se acerca al apósito vertical que tiene preparado como catre al fondo de su celda camarote. Estira de un pomo en forma de cuerda con una pelota de tenis en un extremo hasta que el velcro se separa y aparece una puerta. Entra. El habitáculo no es mucho más grande que las antiguas cabinas telefónicas, pero en lugar de teléfono hay un ordenador abierto esperando una huella en su interior. Acerca un dedo al sensor de la pared y eleva la intensidad de la luz. La pared del fondo está forrada de velcro y estuches para meter cosas. Casi todo está vacío. Ya tendrá tiempo de rellenarlo mañana con su kit. Lo único que hay son unos cascos y unas gafas de esponja. A su derecha está el saco de dormir en vertical anclado a la pared para que no salga flotando. Acerca los maletines y consigue cambiarse de ropa. Después, abre la cremallera del saco hasta la mitad y se pelea para entrar. Es desesperante. Todo cuesta allí arriba. Está cansado y le duele la cabeza. Una vez dentro, cierra la cremallera hasta el cuello. Nota que su cuerpo flota en su interior y que el saco lo frena. Es surrealista dormir así, de pie, como Drácula, aunque realmente no sabe si está de pie o bocabajo. Delante está el portátil. Abre lo justo la cremallera para sacar la mano y toca la pantalla. Accede con su huella y programa la alarma. Tres horas y media, eso ha dicho Maksim. El USB que le ha entregado el comandante no tiene velcro, así que lo coloca en uno de los estuches de la pared, donde queda encajado como una bala en una cartuchera. Seguirá el consejo de Sigmund y lo revisará mañana cuando esté más lúcido.

Cierra los ojos. Un débil zumbido constante se instala en su cabeza. John sale del saco y cierra la puerta de tela de su habitáculo

y, como imaginaba, el zumbido persiste. Separa los aparatosos cascos de un tirón y se los pone. El sonido disminuye notablemente, pero sigue ahí. Cierra los ojos y se centra en su respiración. Al poco la sensación de ingravidez le domina el primer plano del estómago y su consciencia se desdobla para autocontemplarse en desorientada deriva, impotente ante una inmensidad abrumadora. Como el suelo del hotel Bellagio. ¿Se puede dormir flotando? Echa de menos a Liz, cualquiera de sus argumentos o controversias le haría aterrizar en la realidad y le animaría.

15
Naoko Onishi

John despierta cuarenta y dos minutos antes de la alarma fijada en el portátil. Ha conseguido descansar algo, pero no supera el constante malestar que le acompaña. Puede sentir con fuerza los latidos de su corazón en las sienes y la presión en la cabeza es tal que parece que le vaya a explotar. Tal vez el cerebro carezca de amortiguación suficiente o de algún tendón blando para adaptarse al espacio tan rápidamente como vísceras y músculos. Se quita los incómodos cascos y los adhiere en su lugar para evitar que escapen volando. El zumbido crece en intensidad. Confía en que su cuerpo acabe acostumbrándose y lo ignore, como sucede con quienes padecen acúfenos. Tiene tiempo para asearse y comer algo. Así que lo intentará, pero antes quiere revisar la memoria que les entregó el comandante. John abre el saco de dormir, coge el USB de la cartuchera y lo pincha en el portátil. Contiene varios archivos clasificados en tres carpetas: video, audio e imágenes. Los archivos de video son del laboratorio en el que trabajaba y dormía Dirck Bosman y del pasillo que da acceso. Diez archivos que contienen unas cuatro horas y media del día del supuesto asesinato.

La carpeta de audio contiene un único archivo de más de diez horas que incluye las comunicaciones con tierra del mismo día. El sistema reconoce la voz y le permite saltar los intervalos de grabación en silencio o de acústica programada. Cada hora está marcada con su número correspondiente de señales, como las de la radio. Esto le sirve para situarse. Pronto encuentra la alerta dada desde tierra sobre la irregularidad en las constantes vitales del doctor Bosman. Se recibe a las 03:15 UTM. A eso hay que descontarle los doce minutos de retraso en las comunicaciones. Así que la hora del supuesto asesinato tuvo que oscilar entre las 2:50 y

las 03:00 UTM. Las imágenes son básicamente capturas de pantalla secuenciales con la hora sobreimpresa.

Una vez localizada la hora del asesinato, se centra en los vídeos. Sincroniza en tiempo los vídeos del corredor y del interior del laboratorio Conocimiento y los visiona desde el principio a cámara rápida. La visión angular de la cámara permite ver la práctica totalidad del módulo y del corredor, aunque sin mucha definición. Las dos primeras horas muestran estancias desiertas, como si la estación estuviese abandonada. A las 01:14 horas aparece el doctor en el pasillo y reduce la velocidad de reproducción sin llegar a tiempo real. Entra directamente en su camarote y cierra la esclusa. Se acerca a una mesa de trabajo que hay enfrente, con tubos, material y una especie de pecera sin agua. Manipula algo, pero está de espaldas y no se le ven las manos. John diría que interpone su cuerpo con la intención de impedir que se aprecie lo que hace. En un momento, John congela la imagen. Parece que el doctor mira de reojo a la cámara antes de darse la vuelta y salir. Es posible que haya cogido algo, pero John no está seguro. Durante toda la grabación simula tranquilidad, pero hay algo en los movimientos que denota urgencia. En el corredor se marcha por donde ha venido. Ha estado un total de ocho minutos en escena.

El vídeo avanza eliminando secuencias sin cambios y se detiene en la segunda vez que entra Bosman. Son las 02:18, unos cincuenta minutos antes de que se reciba la alerta desde tierra. El doctor se dirige a su cabina y parece que se dispone a descansar. El vídeo se va a negro absoluto hasta las 03:50, momento en que recupera la imagen durante seis minutos, en los que se aprecia ya el cuerpo inerte del doctor Bosman suspendido en la misma pose en que lo encontraron; con menos sangre en el ambiente y en un lugar ligeramente diferente. El testimonio de Sigmund es bastante fiel por el momento. Pasados esos seis minutos se pierde de nuevo la imagen hasta el final de la grabación. John cierra el portátil de un golpe. El video no es nada esclarecedor y, por los cortes tan oportunos en negro, parece manipulado. Es mucha coincidencia que no se pueda ver el momento del incidente ni tampoco cuando el comandante Sigmund entra supuestamente a comprobar el estado de su compañero. En esos últimos seis minutos la compuerta está

cerrada. No puede saber con seguridad si será antes o después de la llegada del comandante Sigmund.

Como suponía, la versión de Sigmund es bastante creíble. Ha tenido el tiempo y el acceso a los archivos para prepararla.

John extrae el pincho y se lo guarda en el brazalete. Cualquiera tiene acceso a su camarote, así que lo llevará consigo. Sale del engorroso saco y busca su uniforme en el habitáculo. Allí arriba todos los movimientos son lentos y costosos. Hasta el simple hecho de abrir un cajón es un reto, requiere apoyar sus pies a ambos lados para conseguir el efecto reacción y que se abra. Necesita varias piruetas y unas cuantas vueltas para quitarse la ropa y enfundarse el uniforme. Esto hace que el estómago se le revuelva todavía más. Coge el maletín con su kit de aseo, que sigue flotando libremente por el módulo, y salta hasta la compuerta de salida. Hay solo dos aseos por el momento en la estación, uno, a dos módulos de donde se encuentra, y otro, en la zona rusa. Vuela de un módulo a otro usando las agarraderas. Tener el maletín en una mano es un incordio, así que su modo de avanzar es lanzarlo primero y luego ir tras él. Encuentra el aseo justo donde lo ubicaban las simulaciones. La estancia no superará los cuatro metros cuadrados. En las paredes están adheridos los estuches de los otros astronautas. Fija el suyo en una tira libre junto a la puerta y lo despliega como un acordeón. Despega el cepillo y la pasta y se lava los dientes. Para enjuagarse necesita usar un brik de agua y una pajita. Luego escupe sobre una toalla de manos y la introduce en un compartimento especial de recogida. Se enjuaga la cara y se mira en el espejo. Tiene el rostro congestionado, como si hubiese tomado varias horas de sol. Le han prevenido del inconveniente de la presión sanguínea, pero no imaginaba que fuese tan acentuado. Luego intenta lavarse el cuerpo y el pelo. El agua se adhiere a la piel, pero apenas la moja. Es resbaladiza como el mercurio. Quitarse el jabón del pelo es otra odisea, se alegra de llevarlo bien corto. Usa más toallas para secarse y luego las cuelga cerca del ventilador. Por último, usa el incómodo embudo sujeto a una sonda para orinar y luego tira la boquilla al contenedor. Le ha costado casi veinte minutos asearse, pero ya está listo.

Se dirige al módulo Unity 2 que se usa de comedor. Allí

encuentra a su compañero Maksim y al comandante Reiter. Le saludan con una inclinación de cabeza. Maksim parece encontrarse en perfectas condiciones. No pierde esa media sonrisa, aunque no puede ocultar la rojez de su rostro. El comandante muestra un semblante severo, no le debe haber gustado despertarse antes de tiempo. Le han preparado algo de comida deshidratada y más bolsas de aluminio y pajitas. John se esfuerza por comer. Le cuesta tragar, es como si a lo ingerido le costase una eternidad llegar hasta el estómago. Va tragando saliva para ayudar y recurre también a la bolsa con pajita, que en esta ocasión es zumo de piña.

El comandante se sienta frente a un monitor que hay a media altura y se pone a trabajar mientras terminan de comer. John no cruza palabra con Maksim, con conseguir comer algo tiene bastante. Es vital para recuperar fuerzas. Al poco, Alan Carson pasa de largo y Julie Hansen se sienta frente a otro monitor que está en el lado izquierdo. Saluda con un sarcástico ¡Cheers!, antes de aislarse en sus quehaceres. Por lo visto la estación ya está en marcha. Maksim está de brazos cruzados y cada vez que levanta la vista se encuentra con su sonriente mirada. John se apresura, no quiere hacerles esperar.

El comandante les conduce hasta el módulo Tranquility. Es bastante amplio y al final se encuentra la sala de visión panorámica. En ella se acomodan, si es que alguien puede estar cómodo en aquella lata en órbita.

—Espero que hayan descansado. Los primeros días son difíciles.

Ninguno de los dos responde.

—Aquí hay siete ventanas panorámicas siempre orientadas hacia la Luna. Ahora están cerradas como protección adicional a posibles impactos.

El comandante presiona un botón y las compuertas en forma de hexágono se abren de forma simultánea. Una inmensa superficie brillante, casi blanca, lo copa todo. Es una visión hipnótica y por un instante desaparece la angustia vital que le acompaña.

—En estos momentos estamos pasando sobre el Mar de la Tranquilidad. Impresiona, ¿verdad?

John asiente.

—Aquí solemos venir en los escasos ratos de tiempo libre. Es

una visión relajante y aleccionadora. Esta cámara de visión es más grande que la de la antigua EEI y permite aislarla.

El comandante cierra la compuerta y quedan aislados del resto del módulo Tranquility.

—Imagino que este aislamiento viene muy bien para que sucedan los momentos oscuros en los vídeos de seguridad. Que por lo que hemos podido comprobar son muy abundantes —comenta Maksim.

—Es uno de los dos lugares favoritos cuando se busca intimidad.

—¿Y puede decirnos si la víctima solía frecuentarlo?

—Podría ser.

—¿Con qué compañeros? —insiste Maksim.

—La vida privada de mi tripulación es justo eso: privada.

—Esto es una investigación, comandante, y no un chismorreo en la plaza del pueblo.

—Mejor pregunten a la doctora Naoko Onishi. Si quieren le digo que venga.

—Es una buena idea que comience con ella, pero antes nos gustaría retomar algunas preguntas que quedaron pendientes, ¿verdad, John?

John asiente y toma la iniciativa.

—¿Tenía enemigos el doctor Dirck Bosman?

—¿Enemigos? Todo lo contrario, la estación en sí es el mayor ejemplo de éxito de colaboración internacional.

—¿Se le ocurre algún motivo por el que alguien pudiese desear su muerte?

—Ninguno. E insisto, sigo dudando de que no haya sido un accidente extraño.

—¿Cuál era exactamente la labor del señor Bosman en la estación? ¿Cuánto tiempo llevaba en la estación?

—Supongo que todo eso consta en su ficha.

—Imagine que no hemos leído su ficha, comandante.

—Como deseen. El doctor Bosman vino en la misma misión que yo. Ambos llevamos siete meses en la estación. Era médico y estaba a cargo del laboratorio europeo *Conocimiento*. Por si no lo saben, les diré que todos los que estamos aquí, incluido el doctor, somos cobayas. Esta estación es la antesala a la colonización del espacio.

Para ello es imperativo saber cómo reaccionan los cuerpos humanos sometidos a largos periodos de microgravedad, como sucedería en una colonia asentada en la superficie lunar, en Marte o en largos viajes interestelares pues, como sabrán, un viaje tripulado a Marte duraría varios meses. Imaginen más allá de nuestro sistema solar…

—¿Qué tipo de pruebas realizaba con ustedes, sus cobayas?

—De todo tipo. Muestras periódicas de sangre, orina, tensión… Nos hacía un seguimiento minucioso para saber cómo está afectando la ausencia de gravedad a nuestro organismo, a la masa muscular, la estructura ósea, al corazón, a la vista… Por ejemplo, se sabe que el globo ocular se deforma y se pierde visión. Es preciso conocer las causas exactas y combatirlas. Otras pruebas de vital importancia eran las relativas a descubrir los efectos nocivos de la radiación al encontrarnos fuera de los escudos de la Tierra.

—¿En qué estaba trabajando?

—Nanotecnología. El objetivo era fabricar nanorobots capaces de curar o regenerar el organismo de los efectos nocivos de la radiación. Este es el principal problema a la hora de realizar un viaje tripulado a Marte, el viaje es largo y la exposición a la radiación muy alta.

—¿Llevaba a cabo algún experimento más que no sepamos? Algo que no aparezca en su ficha.

El comandante Reiter tarda unos segundos en responder.

—Nada que yo sepa. Lo único ligeramente anormal es que decidió instalarse en el propio laboratorio para disponer de más tiempo en el trabajo.

—Una última cosa. ¿Sabemos quién vio por última vez a Dirck Bosman antes de morir? En los vídeos no aparece.

—Lo desconozco.

—Necesitaremos todas las grabaciones de los días anteriores y posteriores.

—Haré lo que pueda.

—No es una petición, comandante —dice Maksim, desafiante.

—Haré lo que pueda. Parte del material almacenado se borra de forma automática después de un tiempo y otro tanto está controlado por tierra.

—Ya puede llamar a la señorita Naoko —dice John para evitar

un enfrentamiento.

—Como deseen. Les aconsejo que no se demoren a la hora de hacer su tanda de ejercicios. Una sola semana en la estación puede tener consecuencias casi irreversibles para el organismo. Esto se lo hubiese explicado mucho mejor el doctor. Si necesitan cualquier cosa pueden usar la radio para comunicarse conmigo. Vuestro auricular y micrófono están conectados al sistema.

El comandante abre la compuerta y se marcha. Maksim se incorpora y le pregunta:

—¿Alguna conclusión?

—No creo que el laboratorio sirva solo para almacenar muestras de sangre.

—¿Y qué me dice de los nanorrobots? ¿Descubrió el doctor Bosman algo que pudiese usarse como arma o para retrasar el envejecimiento? He oído que esos robots microscópicos son capaces de regenerar las células desde dentro…

Maksim interrumpe sus especulaciones ante la llegada de la japonesa Naoko, que no se ha demorado mucho. La doctora se para en la esclusa. El cabello largo y negro flota sobre ella, a John le recuerda a la mitológica Medusa. No es una belleza, pero tiene un atractivo exótico. Delgada, piel blanca y ojos rasgados oscuros, vivos e inteligentes.

—¿Me buscaban, caballeros?

—Adelante, por favor.

Naoko hace una pronunciada inclinación de cabeza y entra.

—Gracias por el aperitivo de recepción. Delicioso —dice John.

Ella inclina la cabeza varias veces con cierto sonrojo.

—Creía que no lo llegó a probar —apunta el ruso.

John lo ignora y comienza la entrevista. No le gusta considerarlo interrogatorio ni en su mente.

—Señorita Naoko, ¿podría explicarnos cuál es su cometido en la estación y cuánto tiempo lleva en ella?

—Será un placer. Llevo cinco meses y una semana. Es mi primera misión real conseguida gracias a que la Real Academia Sueca de Ciencias reconociese mi investigación en Cristalografía. Mi tarea principal es experimentar con el crecimiento de cristales de proteínas y el reciclaje a nanoescala. Pero también me han asignado

la tarea de algo que podría definirse como cartografiar la Luna.

—¿Cartografiar la Luna?

—Debo localizar y situar en el mapa formaciones, llanuras e impactos destacados. Para ello uso unas cámaras especiales con unas lentes muy potentes. La prioridad es localizar cráteres que contengan o puedan contener agua congelada, pero también debo anotar cualquier cosa que me llame la atención. Digamos que soy la que más tiempo pasa en esta sala.

—Eso hemos oído —interviene el ruso con segundas.

—¿Qué quiere decir…?

—Lo que mi compañero quiere saber es si se llevaba bien con el difunto doctor Bosman.

—Por supuesto. Aquí todos nos llevamos bien.

—¿Está casada? —pregunta Maksim.

Naoko niega con la cabeza.

—¿Tiene a alguien esperándole en tierra?

—No comprendo…

—Es sencillo —dice Maksim—. Lo que queremos saber es si pasaba tiempo en esta misma sala con Dirck Bosman, además de con su cámara.

—¿Se refieren a si teníamos relaciones sexuales?

Ambos asienten.

—Sí.

Lo dice con naturalidad. Nada de sonrojos.

—¿Apagaban las cámaras para pasar esos ratos juntos?

—Puede que el doctor lo hiciera. No estoy segura. Yo no me escondo de mis actos ni de mi cuerpo. Ya lo doné a la ciencia al hacerme astronauta.

—¿Tenía relaciones íntimas con algún otro astronauta?

—El sexo es una necesidad primaria como lo es ir al servicio o comer. Cuanto antes la satisfagas menos tiempo te quita. Y aquí arriba el tiempo es oro.

—¿Y esos gustos gastronómicos de los que habla son muy variados?

—Dicen que en la variedad está el gusto.

—¿Le vale tanto la carne como el pescado? —pregunta John siguiendo el juego.

—Sí.

A John le sorprende el desparpajo con el que habla de sexo. Parecía recatada y algo tímida.

—¿El doctor también degustaba varios tipos de comida?

—Diría que no. Era algo reservado.

—¿Era celoso?

—¿Por qué iba a estar celoso? —responde cubriendo su sonrisa con una mano—. Ya le he dicho que no era nada serio. No íbamos a casarnos ni nada por el estilo.

Maksim lleva un tiempo callado.

—No parece muy afectada por su muerte.

—La muerte forma parte de la vida. Hay que saber aceptarla. Al estar aquí arriba se adquiere un punto de vista más amplio. Vivir unos años más o menos no es nada, un simple destello en el abrumador infinito que nos rodea.

—¿Sabe lo que le sucedió al doctor?

—Supongo que algún tipo de accidente —responde negando con la cabeza—, aunque el extraño proceder de control de misión desde el accidente nos tiene intranquilos. Y su presencia aquí todavía nos inquieta más.

—¿Cuándo habló o «comió» con él por última vez?

—Creo que esa misma mañana hablamos un par de veces…

—¿Notó algo raro en él?

—No que yo recuerde.

—¿Dónde estaba en el momento en que se produjo el incidente?

—Durmiendo.

—¿Sola? —pregunta Maksim.

—Sola. El comandante nos despertó.

—Muchas gracias por su tiempo, Naoko.

John zanja la conversación. La japonesa agacha la cabeza varias veces.

—¿Puedo retirarme?

—Por supuesto.

Naoko abandona la sala de visión y Maksim cierra la compuerta.

—¿Qué opinión le merece nuestra libertina japonesita, John?

—Que no miente y que está muy flaca para tantas citas gastronómicas.

Ambos sonríen.

—¿Cree que una pareja celosa pudiera llegar tan lejos?

—Lo dudo, pero no podemos descartar nada.

—¿Le parece bien si continuamos con mi compatriota Anatoli Lótov?

—Por mí perfecto.

Maksim se dirige al comandante Reiter por el sistema de comunicación interno.

—¿Puede escucharme, comandante?

—Le escucho perfectamente. ¿Ha ido bien la entrevista?

—Todo bien. Ahora nos gustaría continuar con Anatoli Kótov.

—Lo siento, pero no será posible. Por el momento se niega a abandonar su aislamiento.

—No hay inconveniente en ir a su módulo.

—No les dejará entrar. Les sugiero que hagan las horas de ejercicio y que luego se reúnan con Julie Hansen antes de comer. Entretanto, yo intentaré hacerle entrar en razón.

—De acuerdo, hablaremos primero con Julie, pero después de comer nos reuniremos con Anatoli. Si es necesario, entraremos en su módulo por la fuerza.

—No permitiré ningún tipo de violencia en mi nave. ¿Lo han entendido? Yo me encargaré. Por cierto, estoy reuniendo más material para ustedes.

Maksim y John vuelan hasta la sala de ejercicios. El americano Alan Carson está corriendo en la cinta. La imagen es curiosa, está atado con un arnés para no separarse. Al reparar en su presencia, Alan le saluda y mira a Maksim de arriba abajo con desconfianza. Se desata y abandona el compartimento sin mediar palabra. Maksim lo sigue con la mirada y parece morderse la lengua. Después, se quita la camisa y empieza por una máquina de pesas, que consiste básicamente en un cable tenso incrustado al suelo del que hay que tirar con fuerza para levantar la barra. John todavía se encuentra débil y con náuseas, pero sabe que tiene que hacerlo. Se decanta por una especie de elíptica; un cubo fijado al suelo con pedales y estructura metálica articulada con distintas rutinas del tronco superior. John se sujeta con fuerza a los salientes para pedalear sin elevarse. Allí se pasan las siguientes dos horas turnándose en las

máquinas. Inevitablemente, la sesión se convierte en una competición por ver quién levanta más peso o corre más rápido. Desde que están allí arriba la necesidad de competir se había aplacado, pero el ejercicio es saludable y el cuerpo lo agradece. John empieza a sentirse mejor, incluso siente algo de apetito. La compuerta está abierta y se agradece ver pasar ocasionalmente a los tripulantes desempeñando sus quehaceres con normalidad. Terminan exhaustos. Mientras recuperan el aliento, llega el comandante Sigmund y les entrega un par de bolsas con pajitas. Aguarda con una medio sonrisa hasta que terminan de ingerirlas con ansia.

—He recopilado para ustedes las grabaciones de las cámaras de seguridad todavía disponibles. En concreto, las del día del accidente y los tres previos, más atrás en el tiempo se han borrado de forma automática y los días posteriores están restringidos por control de tierra.

Sigmund Reiter extiende la mano.

—Tengo órdenes de eliminar copias; por favor, devuélvanme los anteriores dispositivos. Todo está incluido en estos.

Ambos llevan las memorias consigo y hacen el intercambio en el mismo momento.

—He hablado con Julie y les espera dentro de una hora en su laboratorio Columbus. Les aconsejo que descansen un rato antes.

—¿En su laboratorio?

—Ella ha insistido. No quiere perder tiempo de trabajo.

16
Julie Hansen

John coge ropa para cambiarse de su cuarto y se dirige al aseo. Allí no hay agua corriente ni ducha al uso. Recurre a una de las bolsitas de agua y la presiona a lo largo de su brazo izquierdo. Es curioso cómo una línea de agua queda adherida a su piel y se mantiene estable. Al lado añade otra tira de jabón antes de unirlas y frotar la mezcla por todo el brazo. Después, se seca con una toalla y repite la operación con todas sus extremidades y torso. No es tan refrescante como una ducha, pero por lo menos ha conseguido quitarse el sudor.

Faltan diez minutos para la nueva entrevista pactada por el comandante, así que dejará para más adelante lo de descansar y revisar las nuevas grabaciones. Tiene el tiempo justo para recoger, cambiarse y flotar hasta el laboratorio donde trabaja Julie. Maksim le espera junto a la compuerta entornada y entran sin preguntar. Julie manipula un objeto metálico del tamaño de un barril de cerveza. Se gira un instante para mirarlos y continúa con su labor. Es una mujer corpulenta. Cincuenta y dos años según su ficha. Tiene el cabello rojo, corto y algo revuelto, seguramente a causa de la ingravidez. En su rostro de tez blanca y salpicado de pecas destaca una mirada orgullosa.

—Les ruego que se den prisa, estoy muy ocupada —dice mientras destapa el barril y, entre brumas, extrae un tubo de cristal de una celdilla interior.

—¿Puede decirnos cuál es su labor en la estación?

—Energía, agua y oxígeno.

—Energía, agua y oxígeno —repite John.

—Exacto. Todo lo necesario para la vida fuera de la Tierra. Este experimento —dice levantando la muestra— tiene como objetivo

transferir combustible a partir del metano líquido y de helio-3. También trabajo en el perfeccionamiento de los paneles solares. La energía es vital en el espacio. En cuanto al agua y el oxígeno, la misión principal es reciclar el 90% de los líquidos que se consumen en la estación.

—¿El 90%?

—Actualmente, el 75% de los líquidos de la estación se reciclan, pero no es suficiente. Necesitamos incrementar ese porcentaje hasta el 90%, pues cuando estemos viajando a Marte no podremos recibir tanques de agua como el que han traído en su nave.

—¿Puede conseguirse?

—Todo el líquido, y me refiero a todo, incluidos sudor y orina, lo usamos para hacer agua y oxígeno. La sonda de evacuación, la toalla que dejan secar frente al ventilador. Todo. Deben saber que el zumo que les ha llevado al gimnasio el comandante es Made in EEL y está compuesto en su mayor parte por pis y sudor. Pero no se preocupen, aquí se consigue un agua más pura que en la Tierra. Algo parecido sucede con el aire que respiramos… Mediante la electrólisis separamos oxígeno e hidrógeno con una versión mejorada del electrolizador ruso que se usaba en la EEI. Se podría decir que soy el artífice de dicha mejora. Después, el oxígeno se distribuye por las tuberías. El aire que respiramos aquí arriba es parecido al de la Tierra, pero con algo más de CO_2. La red de ventiladores —prosigue señalando una rejilla— evita que se estanque, pues se pueden crear burbujas de CO_2 muy peligrosas. Las lecturas constantes son necesarias para evitar…

—Interesante —le interrumpe Maksim.

Julie le mira con disgusto y continúa:

—Otro de mis cometidos es el estudio del agua congelada que hay en la Luna. La idea es aprovecharla y obtener a partir de ella… adivinen…

—Energía, agua y oxígeno —aventura John.

—Exacto. Usarla para respirar, beber e incluso obtener energía para que la futura colonia lunar sea autosuficiente. Un reto apasionante.

—¿Y qué hace en su tiempo libre? —pregunta Maksim con tono duro.

A Julie no le gustan sus modales, se nota en sus gestos.

—Principalmente hablar con mi marido e hijos y ahora no puedo hacerlo por su culpa.

—¿Nada más?

—Descansar, leer, escuchar música, contemplar la superficie lunar…

—¿Y esto último lo hace sola o acompañada?

—Tengo familia esperándome en tierra. Ese tipo de entretenimiento que insinúa es para los más jóvenes.

Tengo entendido que Naoko pasa mucho tiempo en la cúpula.

—Es parte de su trabajo.

—¿Qué relación tenía con el fallecido doctor? —pregunta John.

—Compañeros. Como el resto. Este programa es el culmen de mi carrera. He venido a trabajar y ustedes me lo están impidiendo.

—¿Sabe si el doctor Bosman tenía algún enemigo?

—Aquí no hay enemigos.

—¿Dónde se encontraba usted a la hora del suceso?

—Durmiendo.

—¿Cuándo habló con el doctor por última vez?

—No solía hablar con el doctor. Nos saludábamos cortésmente. La tarde anterior me crucé con él y nos limitamos a saludarnos con un gesto amable.

—¿Se le ocurre algo que nos pueda ayudar a dar con el autor del crimen?

—¿Qué crimen? Eso es una paranoia de Anatoli. Estoy convencida de que fue un desafortunado accidente.

—Nadie se clava una especie de destornillador en la clavícula por accidente —sentencia Maksim.

—Puede que en la Tierra no, pero aquí los accidentes suceden. Contamos con ellos.

—¿Ha visto el cuerpo?

—No necesito verlo.

—¿Y qué cree que hacemos nosotros aquí?

—Eso lo tengo claro. Molestar.

—¿Hay alguna cosa más que pueda contarnos?

—Una. Les rogaría que se marchasen cuanto antes y que me dejasen trabajar.

John tiene que tirar de Maksim para salir. Si se quedan, seguramente provocarán un enfrentamiento y, de momento, John prefiere ir por las buenas. Lo convence para ir a comer y volver más adelante, cuando tengan una idea global de todo el escenario. Por ahora solo pueden dar palos de ciego y prefiere ser prudente. Todavía tienen pendiente revisar los USB y hablar con el resto del elenco.

Se dirigen al módulo cocina, así lo llama John. Tal vez la sensación de apetito se ha desfocalizado de la boca del estómago y es la desazón que está recorriéndole todo el cuerpo. Así que decide comprobarlo. Se dirige a la despensa, un discreto cajón de biblioteca con gran cantidad de fichas ofreciendo fotografías de apetitosos platos «sin deshidratar» como menús. Le cautiva la fantasía de unas «BBQ Ribs» y teclea su código en algo parecido a una máquina de *vending*. Ante sus ojos aparece un envase que se va inflando con agua caliente. Una vez lleno, lo saca de la máquina. Ahora hay que masajearlo y agitarlo durante un buen rato. El punto de mezcla es lo único que queda a voluntad del chef. Intenta abrirlo, pero el envase no se rasga. Maksim, siempre atento, le lanza unas tijeras y una cuchara que John coge al vuelo y puede empezar a comer. No está mal del todo. Mientras comen, Naoko atraviesa el módulo y saluda con una inclinación de cabeza. Al poco regresa flotando cara al techo, según su perspectiva actual, con más inclinaciones de cabeza. Hace algo en un ordenador incrustado en esa parte y vuelve a marcharse.

—¿Qué opina de nuestra pragmática amiga? —pregunta Maksim—. Podría decirse que nos ha echado a patadas de su laboratorio.

—Opino que no le han gustado tus insinuaciones.

—Hay un dicho en mi país… Si se molesta es porque algo oculta.

—No generalicemos. Ya tendremos tiempo de hablar con ella.

En ese momento entra el comandante Reiter.

—¿Ha ido bien con Julie?

—Muy bien —responde John.

—He conseguido que Anatoli acceda a hablar. Por desgracia, solo está dispuesto a hacerlo con su compatriota —informa el

comandante.

—Eso no es posible —replica John—. Las reglas de Tierra son muy claras: siempre hemos de estar los dos presentes en los interrogatorios.

—Hagamos una cosa —propone Maksim—. Entro yo solo al módulo Zarya 2 de Anatoli y ustedes esperan frente a un monitor exterior. La cámara y el sonido del módulo estarán activos en todo momento. Y si usted tiene alguna pregunta solo debe decírmela por el auricular y yo se la transmitiré.

—No tengo claro que cumpla con…

—Vamos, John. Al no haber comunicación con tierra se nos permite cierto margen. Y mi propuesta cumple las órdenes en líneas generales.

John cede con un encogimiento de hombros.

—Así lo haremos entonces —acepta el comandante—. Les espero en el módulo principal dentro de dos horas. Descansen durante un rato.

Se despiden y John se dirige hacia su cuarto. Lo agradece, la comida no parece transitar del todo bien y las náuseas y la presión en la cabeza siguen ahí. Usa las agarraderas para flotar por los angostos pasillos. Siente como si vagase sin rumbo por los intestinos de un enorme gusano. Hace una escala en el aseo. Lo ha estado evitando desde el despegue. La cánula conectada a la letrina cósmica cumple su cometido con un suave zumbido de succión y John se retira a su celda.

Se cambia de ropa y revisa el nuevo USB que le ha entregado el comandante. Hay tres carpetas añadidas en el apartado vídeos, nombradas con la fecha de los tres días previos al incidente. Visiona su contenido a cámara rápida. La principal conclusión que saca es que faltan horas y otras tantas están en negro. Repasa con más detalle el laboratorio y el corredor de acceso del doctor fallecido. Después, se centra en el laboratorio de Anatoli, quiere entender su extraña conducta. Consulta el programa de ambos para verificar si realmente llevaron a cabo todas sus tareas. Ciertos movimientos de Anatoli le parecen sospechosos y aprovechará la entrevista para esclarecer su comportamiento.

17
Anatoli Kótov

John se reúne con Sigmund Reiter y Maksim Kokarev en el módulo principal. Tras un saludo protocolario, el comandante pone rumbo al compartimento de Anatoli. Se adentran en la parte rusa de la estación y se nota. La luz se aviva automáticamente al recibirles con una sutil desviación hacia el verde galaxia, sin sombras y destacando funcionalmente los perfiles irisados de cada elemento en su interior. Todo es diferente. A su paso a través de un entorno más estrecho, eficiente y austero, la iluminación LED ambiental se va desvaneciendo automáticamente. Llegan al compartimento Zarya 2 del ruso. El comandante abre el portátil que lleva sujeto a la espalda, pone en pantalla completa la cámara interior del módulo y se lo enseña a John. Este comprueba la imagen. Es todo correcto, se ve el módulo al completo con su inquilino en un extremo. Viste el uniforme naranja ruso. Está quieto, pero no se pueden distinguir sus facciones porque está mirando al suelo. No se mueve, solo los dedos de la mano derecha se deslizan arriba y abajo sobre el pulgar una y otra vez, como si estuviese contando.

—Es la hora Anatoli —se comunica por los cascos el comandante.

Anatoli no responde. Tampoco varía en nada su posición ni su cuenta.

—Abra la puerta.

Sin respuesta.

—Es una orden. Tiene mi palabra de que solo entrará su compatriota Maksim.

El sujeto reacciona por fin a estas últimas palabras. Levanta la mirada hacia la cámara y desvela un rostro pálido y marcado por las ojeras. La barba desaliñada ondea ligeramente sobre la

mandíbula pronunciada y angulosa. Se acerca a la compuerta, la desbloquea y abre una rendija. Maksim termina de abrirla sin miramientos y entra. Anatoli la cierra de nuevo y vuelve a mirar a la cámara. Se colocan frente a frente. John quiere comprobar que el audio funciona, pero se pasan los tres minutos siguientes cara a cara sin decir una sola palabra. El aspecto de Anatoli contrasta con el de Maksim, corpulento y pulcro. Los movimientos nerviosos de sus manos no cejan.

—Su comportamiento avergüenza a toda nuestra nación —dice finalmente Maksim. Se escucha alto y claro y, aunque hablan en ruso, puede entenderlos.

—No soy un héroe, soy un científico.

—Ser científico no es sinónimo de ser cobarde.

—No se preocupe, camarada. Responderé de mis actos.

—No lo dude. Me aseguraré personalmente de que así sea.

—Sepa que no será necesario. Ninguno de los dos saldrá con vida de esta estación.

—¿En serio? Ahora quiero que me diga qué le produce tanto temor como para deshonrar a su patria.

Silencio.

—¡Responda!

—El Gran Hermano te vigila. Aquí las paredes oyen y las palabras matan.

—No me convierta también a mí en un cobarde. No necesito su protección.

—Le diré lo que sé, pero guárdese su arrogancia que ya solo le servirá para ver cómo su patriotismo le convierte en mártir.

—Sigo esperando…

—Como quiera, camarada. Estando en la cúpula vi algo…

—¿Estaba solo?

—Por supuesto. Disfrutaba de mi tiempo libre cuando vi un fogonazo en la superficie lunar.

—¿Una luz?

—Hay algo ahí fuera que nos matará a todos. No deberían haberle enviado a esta tumba. Ahora usted también está condenado. No hay escapatoria.

—¿Puede ser más concreto?

Anatoli niega con la cabeza.

—¿Dónde estaba cuando el comandante dio la alerta del incidente?

—Descansando. Aquí mismo.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con Dirck Bosman?

—No solíamos hablar.

—¿También cree que su muerte fue un accidente?

Anatoli responde en ruso y con una frase hecha:

—No se muere dos veces si no se escapa de la muerte una vez.

Quedan en silencio durante unos segundos. Maksim se vuelve hacia la cámara y John entiende que le está cediendo el turno.

—Pregúntele por qué fue a la cápsula de escape pocas horas después de la muerte de Dirck Bosman.

Maksim vuelve a mirar hacia la cámara algo sorprendido. Finalmente transmite la pregunta. John centra toda su atención en Anatoli; la pregunta, sin duda, lo sorprende e incomoda. La primera reacción es la que importa.

—En ese momento pensé que sería más útil vivo que muerto. Pero ya era demasiado tarde, como imaginaba.

—Sus actos me producen vergüenza. Volveremos a hablar pronto, camarada —se despide Maksim con cierto desprecio.

—Lo dudo.

Maksim sale y Anatoli se apresura a sellar la compuerta a su espalda.

—¿Cómo supo que trató de abandonar la estación espacial? —pregunta Maksim cara a cara con John.

—Al revisar los vídeos me di cuenta de que algunos cortes seguían una ruta. La imagen se perdía y volvía en diferentes módulos de forma que alguien podría aprovechar para seguir un camino sin que quedase registrado su paso. Una posible ruta bien podría partir del laboratorio de Anatoli y terminar en la cápsula de escape.

Maksim le atraviesa con la mirada y después le palmea la espalda. El gesto hace que los dos se separen flotando.

—Gran deducción, John. No va a resultar tan incapaz como parecía, y disculpe mi franqueza. Tendremos que buscar más patrones en esos momentos en negro.

—¿Cree que todo es lineal? ¿Qué quiso decir exactamente Anatoli con «No se muere dos veces si no se escapa de la muerte una vez»?

—Veo que su ruso es realmente bueno. Espero que eso nos lo pueda aclarar ahora mismo el comandante. Por lo visto hay varias cosas que tiene que aclarar, ¿verdad, Sigmund?

—¿Qué insinúa? —pregunta el comandante Reiter, ofendido.

—Seré más directo: ¿Sufrió Dirck Bosman algún accidente en los días previos a su muerte?

El comandante tarda unos segundos en responder.

—Un contratiempo… Durante una EVA rutinaria hubo un problema con el líquido refrigerante de su casco.

—¿Qué consecuencias podría haber tenido?

—Llevado al extremo, podría haber muerto asfixiado. Pero aquí cualquier accidente puede acabar en tragedia si no se soluciona de inmediato.

—¿No consideró importante contarnos ese detalle?

—Los accidentes están a la orden del día.

—¿Y cuándo ocurrió exactamente? Apuesto a que durante el paseo espacial que realizó pocas horas antes de su muerte.

—En efecto.

—¿Por qué no está reflejado en la bitácora de la estación ni en ninguno de nuestros informes?

—No fue nada especialmente grave. Y sí que hay un apunte en el diario de la estación que yo personalmente incluí: Necesario revisar la refrigeración en el traje seis.

—¿Eso es todo?

—La situación de la estación es delicada y consideré innecesario crear una alarma desproporcionada con este asunto.

Este nuevo incidente hace saltar una alarma en John. Al revisar las tareas programadas de Dirck Bosman, observó que la EVA fue tres horas antes de lo programado. Y ahora sabe que, además, sufrió un accidente difuminado…

—¿Es normal que una actividad programada para un astronauta se adelante a lo previsto? —pregunta John.

—No es habitual, pero tampoco extraordinario.

—¿Cuál fue la causa de ese adelanto? ¿Tenía su consentimiento?

El comandante no contesta.

—Se lo preguntaré de otra forma —interviene Maksim—. ¿Pudo salir de la estación sin que usted se enterase?

—Eso no es posible. Las EVA son un tema muy delicado. Seguiremos hablando después, ahora les espera Alan Carson en la doble esclusa. Si se retrasan no podrá atenderlos.

—Una última cosa, comandante. ¿Qué cree que fue ese fogonazo que ha mencionado Anatoli?

—Lo más probable es que fuese el impacto de un meteorito. La práctica ausencia de atmósfera impide que se desintegren y hasta los más pequeños alcanzan la superficie.

El comandante se marcha, incómodo. Maksim vuelve a palmear la espalda de John.

—Dos tantos para usted, John. Le felicito.

Maksim Kokarev, sin mella en su honor nacional ni personal, suelta una carcajada y se impulsa. John lo sigue hasta la doble esclusa para reunirse con el americano Alan Carson.

18
Alan Carson

John y Maksim llegan a la cámara de descompresión antes que Alan. Maksim toma la iniciativa.

—¿Por qué cree que el comandante nos oculta información?

—Puede que nuestra presencia no le agrade y se limite a responder solo a lo que le preguntamos.

—Ya… ¿Y qué me dice del accidente en la EVA del doctor? ¿Mera coincidencia?

—No creo en las coincidencias.

—Ahora empezamos a entendernos. Es evidente que alguien intentaba deshacerse del doctor y Anatoli lo sabía…

—Y su temor se debe a no querer convertirse en la siguiente víctima —termina John.

—¿Qué vio en la superficie lunar? —se pregunta Maksim—. Es evidente que Anatoli es un cobarde, pero dudo de que sea incapaz de reconocer el impacto de un meteorito…

En ese momento se abre la esclusa y entra Alan Carson. Hace una pirueta y les observa. Es joven, treinta años según su ficha. De complexión atlética con mandíbula cuadrada y cuello escaso. Más aspecto de militar que de científico.

—¿Qué tal con Anatoli? Un encanto, ¿verdad?

—Le hemos llamado para hablar de usted, no de Anatoli…

John, algo cansado del tono acusador de Maksim, no le deja continuar y lanza la primera pregunta.

—¿Podría decirnos qué labor desempeña en la estación, señor Carson?

Hablará con Maksim para exigirle más sutileza. De otra forma solo conseguirán tenerlos a todos en contra y eso no ayudará con la investigación.

—Al terminar mis estudios de Ingeniería Mecánica en el MIT fui piloto de las fuerzas aéreas. Ahora mi función principal son las EVA y pilotar el LEM.

—¿El LEM?

—Módulo de excursión lunar, así conocemos a la cápsula que usamos para alunizar. También soy el informático y el manitas de la casa. Ya sabe, una tuerca suelta, un *switch* bloqueado, un fallo de succión en el inodoro… Les aseguro que siempre hay tareas domésticas que hacer y que son solo de nuestra competencia. En mi opinión, todos estamos capacitados para realizarlas, pero parece que algunas se me han asignado.

John señala el traje que tiene un panel abierto en la mochila trasera.

—Por ejemplo, entraría dentro de sus funciones arreglar ese traje que parece tener algún problema.

—Exactamente. Aunque como les he dicho, estoy especializado en las EVA y el manejo del brazo robótico para ayudar con el acople de nuevos módulos. Sin ir más lejos, yo mismo participé en el acoplamiento de su nave. También colaboro en el montaje de los módulos lunares. Hay mucha labor de bricolaje aquí en el espacio. ¡Ah! Y también ejercía de cobaya humano junto al resto de compañeros cuando el doctor vivía.

—Igual que está capacitado para arreglar una escafandra, también lo estaría para sabotearla, ¿verdad? —pregunta el ruso tan directo y brusco como siempre.

Alan lo mira con cierto desprecio.

—He oído que Anatoli se niega a hablar con usted, John. Así que yo me niego a responder a las acusaciones de este individuo.

—Es una pregunta sencilla —dice John—. Su colaboración puede sernos de gran ayuda.

—Está bien. Les responderé con otra pregunta: ¿por qué habría de hacer algo así?

—No lo sé. Celos quizá…

—¿Celos? —Alan suelta una carcajada.

—Hemos comprobado que comparte muchos momentos de oscuridad con la señorita Naoko Onishi.

—Se habrán dado cuenta también de que no soy el único. Las

vistas son más bonitas en compañía. Además, si fuera celoso tendría que acabar con toda la tripulación.

—No estamos jugando, chico. Su futuro y el de la estación depende de lo que logremos esclarecer. Y el tiempo apremia.

—Ayudaré en lo posible. Pero, si quieren llegar a algo, deben hacer preguntas oportunas y guardar respeto.

John tarda unos segundos antes de realizar la siguiente pregunta.

—¿Cuándo habló por última vez con el doctor Dirck Bosman?

—Supongo que en el último descenso a la superficie lunar.

—¿Último descenso? ¿Cuántos descensos ha hecho en los últimos siete días?

—Dos.

—Solo había uno programado según nos consta.

—Yo cumplo órdenes. Me dicen que baje y bajo, como hacía en el ejército cuando estaba en tierra.

—¿Órdenes de quién, concretamente?

—Órdenes del comandante, por supuesto, aunque en esta última bajada la petición nació de mi buena amiga Julie.

—¿En ambas ocasiones le acompañó el doctor?

Alan asiente.

—¿Por qué un médico baja dos veces a la superficie lunar?

—Estamos instalando el primer módulo de la futura base permanente en la superficie. El más importante a juicio del doctor, ya que incluye un centro médico. Yo hice de chófer y de ayudante a la hora de instalar sus equipos.

—¿Era necesaria la presencia del doctor para el montaje?

—Imprescindible, diría yo. Créanme cuando les digo que el doctor era extremadamente metódico y el equipo muy complejo. Supervisaba hasta la última tuerca. No ocurre lo mismo con Julie.

—Entiendo que habla del primer descenso programado. ¿Cuál fue su función en el segundo descenso?

—Bueno, yo tenía una misión adicional. Mejor pregunten a Julie y al comandante. Como les he dicho, me limito a cumplir órdenes. Pido permiso para retirarme.

—Una cosa más… ¿Por qué el doctor Bosman realizó una EVA poco antes de morir? Según he entendido, usted se había

especializado en ellas.

—Se trataba de un paseo espacial para realizar una comprobación rutinaria. Un par de horas como mucho. Aunque las EVA son muy peligrosas, también son la culminación de todo astronauta y el doctor nunca había salido. Seguramente fue un regalo de tierra. Esta iba a ser su última misión y le quedaba muy poco para regresar.

—Al revisar las grabaciones de esta misma sala —dice Maksim—, hemos detectado que se pierde la imagen durante algo más de treinta minutos poco antes del paseo espacial del doctor. Y lo más curioso es que usted se encuentra dentro. Solo, sin su amiga Naoko.

Alan tarda en responder.

—Una EVA no es una tarea sencilla. Es necesario revisar y preparar el equipo con mucha antelación. Simplemente hice mi trabajo.

—¿Conoce el motivo por el que se adelantó tres horas la EVA del doctor Bosman? ¿Se cruzó con él? —pregunta John.

Maksim interviene antes de que Alan responda.

—Esa revisión y preparación del equipo no debió ser muy buena, porque nos consta que casi muere por asfixia ahí fuera por un fallo en el traje.

—Era su primera EVA y debió cometer algún error. ¿En serio pretenden acusarme de sabotear el traje?

—Solo preguntamos, Alan. Es nuestra tarea —trata de apaciguar John.

—No me gustan sus preguntas y mucho menos las de su compañero cosaco. Así que la entrevista por mi parte ha terminado. Por cierto, parecen muy amigos ustedes dos.

Ese último comentario suena a una reprimenda hacia John. Alan sale visiblemente ofendido, sin duda sobreactuando. Tenía ganas de marcharse desde el principio. Maksim y John se cruzan las miradas.

—Creo que antes de continuar con las entrevistas deberíamos revisar con detalle todas las grabaciones —propone John.

—Muy bien. Cuatro noches lunares y luego volveremos a hablar con Julie.

John respira, aliviado. Sigue arrastrando mucho cansancio

acumulado y le duele la cabeza. Su cuerpo parece que empieza a aclimatarse a aquel entorno hostil, pero necesita recuperar sueño y reponer fuerzas.

19
Houdini

John se mueve con saltos más largos. Ya no necesita usar todas las agarraderas para llegar a su cuarto. La incómoda sensación de no saber qué es arriba o abajo parece mitigarse, su cerebro por fin está aceptando que no importa. Se pone el pijama y se mete en el saco. El zumbido constante de la estación que por unas horas había dejado de escuchar vuelve con intensidad en la relativa paz de su cuarto. Se pone los cascos y cierra los ojos.

Dos horas y treinta y cinco minutos después despierta sobresaltado. El corazón le late con fuerza en las sienes y siente un sudor frío en la espalda. Debe haber tenido una pesadilla. Le hubiese gustado descansar una hora más, pero aprovecha el tiempo que le queda para revisar todos los archivos del USB. Compara con detalle la programación prevista y la realizada por cada astronauta. Después, se centra en los momentos en que se pierde la imagen de los vídeos de seguridad en cualquier rincón de la estación. En muchos casos es evidente que suceden durante más que probables encuentros íntimos, principalmente en la cámara de descompresión y en la cúpula, pero también hay momentos de oscuridad en lugares sospechosos y muy oportunos para no dejar rastro poco antes y después de la muerte del doctor Bosman. Puede que esta manipulación de las cámaras acabe sirviendo para desenmascarar a quienes la hayan forzado con la intención de ocultar sus movimientos.

John se viste y se dirige directamente al laboratorio de Julie Hansen. Llega con diez minutos de antelación, pero encuentra a Maksim flotando junto a la compuerta.

—Ya empezaba a preocuparme por usted, John.

Maksim sonríe y presiona el intercomunicador. No hay

respuesta. Trata de abrir la esclusa, pero está bloqueada. Vuelve a presionar el intercomunicador y dice:

—Abra o nos veremos obligados a volver con el comandante.

Esta vez sí hay respuesta.

—Creí haberles dejado claro que detesto que me interrumpan mientras trabajo, especialmente ustedes.

—Será solo un momento —interviene John, más diplomático.

La esclusa se abre de forma automática. Julie les espera dentro con los brazos cruzados y elevándose lentamente. Su dura mirada deja bien claro su estado de ánimo.

—Y bien, ¿a qué se debe esta nueva interrupción?

—Nos consta que Alan Carson y el doctor Bosman hicieron recientemente un descenso no programado a la superficie lunar. ¿Lo solicitó usted?

—Así es.

—¿Podría explicarse mejor?

—No hay nada que explicar. Hice una propuesta de descenso al comandante Reiter, este la trasladó a control de tierra y se aprobó. Seguro que tienen la confirmación y el informe. Fin de la conversación.

—¿Cuál era el objetivo?

Julie suspira visiblemente exasperada y hace amago de girarse.

—Responda y le prometo que la dejaremos trabajar —dice John.

—Necesitaba una muestra de hielo lunar para probar mi prototipo de electrolizador que se instalará en los módulos lunares.

—¿Electrolizador?

—Este prototipo, como ya les comenté, usará el abundante hielo lunar para proveer a los módulos del asentamiento lunar con energía, oxígeno y agua. ¿Comprenden su importancia para un asentamiento duradero?

—Más o menos… ¿Funcionó su experimento?

—No lo pude llevar a cabo. No sé lo que trajeron, pero no se trataba de mi hielo. Las órdenes eran simples y no se cumplieron…

—¿Por qué bajó el doctor Bosman y no usted?

—El comandante y el piloto del LEM proponen los tripulantes y tierra tiene la última palabra. No me atrae dar saltitos por la superficie lunar como a muchos otros. Además, mi trabajo es más

útil aquí arriba, en el laboratorio.

—Ha dicho que trajeron algo…

—También les he dicho que no sé de qué se trata ni me interesa. Alan es un joven arrogante y maleducado. Solo me dijo que se pospuso la recogida de muestras. Si quieren más información hablen con él. He respondido con paciencia. Ahora les ruego que cumplan su palabra y me permitan continuar con mi trabajo.

—¿Entonces, quiere decir…? —John levanta la mano y Maksim no termina de formular la pregunta—. Está bien, la dejaremos en paz por el momento, aunque algo me dice que volveremos a vernos muy pronto.

Julie les da la espalda y vuelve a su trabajo. Maksim y John abandonan el laboratorio y la esclusa se cierra a sus espaldas.

—¿Por qué me ha interrumpido, John? Es evidente que sabe más de lo que dice…

—Coincido con usted, pero creo que es conveniente hablar primero con el comandante. Confíe en mí.

—¿Que confíe en usted?

Maksim suelta una carcajada tras repetir la pregunta.

—Que confíe en usted… Está bien, le haremos una visita en su laboratorio. Seguro que se alegra de vernos.

Vuelan hasta el laboratorio Science. Durante todo el camino, Maksim murmura «que confíe en usted», debe de haberle parecido muy graciosa su petición. Y puede que tenga razón. El coronel Cole le ordenó expresamente que no confiase ni compartiese información con su compañero ruso. Se lo pintó como una competición entre ellos. Para John toda la vida había sido una competición, así que no le dio importancia. Sin embargo, desde que está allí arriba, ve las cosas con una nueva perspectiva y algo está cambiando en su interior. Ver a lo lejos la pequeña canica azul que antes era un todo inmenso hace que sus triunfos resulten insignificantes, como la propia especie humana. Los méritos se sienten fugaces y los problemas personales, menos importantes. «Naces, te comparan y compites… No sea niño». —Las palabras de Liz le masajean los pensamientos—. Ahora no ve a Maksim como su rival, no quiere una nueva competición, no la necesita por primera vez en su vida. Quizá sea que no se encuentra físicamente al cien por cien o se trate

de una especie de autodefensa porque sabe que esta vez no podrá ganar.

Maksim presiona el intercomunicador y la puerta se abre. Entran.

—Espero que se hayan adaptado a la estación —dice Sigmund.

En el espacio no parece primar el buen gusto, pues les habla de espaldas, con la atención fija en lo que parece una gran pecera vacía. Maksim y John se acercan. Dentro del recipiente de cristal hay dos compuestos gelatinosos grises: uno considerablemente más claro que el otro. El comandante manipula con destreza dos precisos brazos robóticos desde un panel de control exterior. Con los dedos metálicos aboca los recipientes que contienen los compuestos y, luego, los mezcla.

—Curioso artefacto —señala Maksim.

—Lo llamamos el cubo de Houdini. Aunque me temo que ni el propio escapista podría salir de su interior. Está sellado herméticamente y solo se puede abrir desde fuera por esta compuerta. —Sigmund abre la pecera e introduce un tercer compuesto más líquido y un molde verde oscuro de una pirámide. Mezcla este tercer líquido con los otros componentes ya fusionados en uno—. Aquí manipulamos sustancias peligrosas y compuestos inestables como este. Los cristales son antibalas así que, aunque la mezcla explotase o liberase un gas venenoso, estaríamos a salvo. No hay nada en esta estación con lo que se puedan romper.

El compuesto final, toma un color más oscuro, casi negro. Lo introduce en el molde y le da la vuelta. Después, lo levanta con cuidado. El proceso es idéntico al que usan los niños para hacer castillos en la arena. El resultante mantiene la forma piramidal durante unos segundos, pero al poco tiempo se empieza a hundir sobre sí mismo y acaba con una pequeña explosión que estalla contra las cuatro paredes.

—Maldita sea —masculla el comandante.

Presiona un botón y un ciclón espumoso lo limpia.

—Disculpen por la espera. Ya estoy a su disposición. Confío en que estén avanzando en la investigación.

—Estamos avanzando —confirma Maksim—, pero con su colaboración lo haríamos más deprisa.

—¿Qué quiere decir?

—Su turno, John, confío en usted.

—Creo que nos podría ayudar con un asunto que no termina de cuadrar. ¿Con cuántas cápsulas de emergencia cuenta la estación?

—Con dos.

—La normativa dice que siempre han de estar operativas, ¿no es así?

—Así es.

—¿Están operativas en estos momentos?

Sigmund lo mira fijamente y Maksim también, pero este último con mirada aprobadora.

—Están desactivadas.

—¿Eso no pone en peligro a sus hombres? Ante cualquier emergencia estarían atrapados…

—Estaríamos —matiza Maksim.

—… estaríamos atrapados aquí arriba —termina John.

—Estamos trabajando en ello.

—¿Quién trabaja en ellos? ¿Alan Carson? —otra vez Maksim.

—¿Desde cuándo no funcionan?

—Desde hace siete días.

—Eso es un día después de la muerte de Bosman.

—Así es —corrobora el doctor.

—¿Están inoperativas a causa de un fallo técnico o por otro accidente que se le olvidó comunicar?

—Lo desconozco. Como les he dicho, estamos trabajando en ello.

—Las dos cápsulas de evacuación dejan de funcionar justo después de la muerte del doctor —interviene Maksim—. John es un experto en probabilidad, ¿qué posibilidades le da de que fallen las dos a la vez?

—Es realmente llamativo, no lo niego —se anticipa el comandante Reiter.

—Quizá haya intervenido en esa desactivación una mano con conocimientos suficientes para hacerlo. Alguien con un perfil técnico y formación en Ingeniería Informática… —sugiere Maksim.

—Comprendo su desconfianza, pero no creo que haya sido nadie de la estación.

—Entonces… —insiste Maksim—. ¿Quién ha sido el

responsable? ¿Espíritus? ¿Extraterrestres? Pensaba que esos desvaríos eran exclusivos de mi camarada Anatoli.

—Lo más probable es que se hayan desactivado desde control de tierra debido a alguna revisión de mantenimiento.

—¿Sin previo aviso? ¿No sería tan sencillo como preguntarles?

—Les recuerdo que llevamos varios días incomunicados, solo podemos transmitir urgencias.

—¿Y la seguridad de los tripulantes no es una urgencia? Empiezo a pensar que usted, comandante, no se entera de nada de lo que ocurre en su nave —afirma Maksim.

El rostro amable del comandante se transfigura y parece que vaya a estallar. John interviene antes de que esto suceda.

—¿Existe otra forma de abandonar la estación?

—Ninguna —responde con tono duro—, hasta su llegada…

—¿Qué quiere decir?

—Con la cápsula Dragon con la que han llegado ustedes se podría volver.

—¿Y el LEM?

—El módulo de descenso lunar no está preparado para un viaje tan largo y tampoco para atravesar la atmósfera terrestre. Lo más lejos que puede llegar es a la superficie lunar.

—Entonces hay que desactivar la cápsula Dragon de inmediato, si no lo está ya. No quisiéramos que nadie más intentase abandonar la estación.

El semblante del doctor cambia de la sorpresa a la determinación en un instante.

—Entendido.

—Ahora hablemos de lo que encontraron el piloto Alan y el doctor Dirck en su viaje a la superficie lunar.

El comandante reacciona a la pregunta con inquietud y sorpresa contenida.

—A su vuelta trajeron una pieza metálica.

—Así que una pieza metálica… ¿Usted la vio?

—Por supuesto.

—¿Podría ser entonces algo más concreto?

—Una placa metálica que parecía el fragmento de algo más grande.

—Un fragmento de algo más grande… ¿No les sorprendió? ¿Alguien más lo vio?

—Creo que no.

—¿Se le olvidó contarnos ese detalle? ¿Es consciente de que cuando regrese a la Tierra se le juzgará por sus mentiras?

—No he mentido. Simplemente omití ese hallazgo porque no tiene ninguna relación con su investigación.

—Nosotros decidiremos lo que guarda o no guarda relación con el asesinato del doctor —interviene Maksim belicoso—. ¿Qué era esa pieza de metal?

—No lo sabemos con exactitud.

Maksim y John cruzan una mirada de asombro que no pasa inadvertida para el comandante. Este sonríe. Y lo que desconcierta a John es que parece una risa sincera.

—Esa pieza no era parte de una nave alienígena ni nada por el estilo. Solo se trataba de un fragmento de material humano carente de valor alguno.

—¿Eso cómo lo sabe?

—Lo analicé yo mismo. Aquí, en el cubo Houdini, junto con las rocas y regolito que trajeron consigo. Y les puedo garantizar de que se trataba de una aleación de lo más común.

Vuelve a sonreír. Parece muy seguro.

—¿Por qué no consta dicho análisis en el diario de bitácora de la estación? ¿Por qué no dio parte a Control de Tierra?

—Se lo repetiré una vez más. La EEL y todo el proyecto espacial pende de un hilo. Antes de hacer un informe definitivo, quería saber con certeza qué material del lanzado a la superficie lunar podía haberse dañado y soltar esa pieza para evaluar las consecuencias de los desperfectos.

Maksim y John vuelven a cruzar una mirada.

—Caballeros, ahora hay muchos países escuchando ahí abajo. Cualquier información confusa podría filtrarse a la prensa. Como saben, la gran cantidad de fondos que requerimos es objeto de discusión para muchos países. Una noticia desafortunada o malintencionada podría ser el detonante de una campaña que arrasase con todo.

—¿Nos ocultó Alan esa información a petición suya? —pregunta

John.

—Solo le dije en su día que fuera discreto hasta tener más datos.

—Ha dicho que también trajeron regolito y rocas… ¿Y qué hay del hielo?

—¿Hielo? Les recomiendo que lean con atención los documentos que me consta que obran en su poder. En ellos se especifica que el objetivo primario de la misión era completar la instalación del laboratorio médico en el módulo principal de la futura base lunar. Como misión secundaria se recogerían rocas y regolito para estudiar un conglomerado de minerales lunares que permita las futuras construcciones. La idea es sentar las bases para una colonia autosuficiente. Como comprenderán, es inviable traer cemento y hormigón desde la Tierra.

—Camarada, camarada… —interrumpe Maksim—. Todo lo que nos está contando es muy interesante, pero creo que hablamos de alunizajes diferentes. Usted se refiere al alunizaje previsto en el programa y nosotros al que se hizo poco después y fuera de programa.

—¿El segundo alunizaje?

—Exacto. El que usted autorizó a petición de Julie Hansen, ¿lo recuerda? —acusa Maksim.

—Por supuesto que lo recuerdo —afirma, otra vez enfadado—, pero en ese descenso hubo ciertos problemas con el LEM y se ordenó el regreso a los pocos minutos. No consta que trajeran nada consigo.

—¿Está seguro de eso, comandante?

—Completamente seguro.

—¿Por qué no envió a Julie con Alan?

—No es la más cualificada para salir de la estación y tampoco es de su agrado. Por otro lado, el doctor Bosman aprovecharía para terminar de instalar el laboratorio médico que quedó pendiente.

—Muy bien. Volviendo al primer descenso… ¿habría algún problema en mostrarnos los resultados del estudio de la pieza que usted realizó personalmente?

—Ningún problema. Dentro de unos minutos tendrán acceso desde sus perfiles.

—¿Podríamos ver la pieza en cuestión?

—Aquí mismo tengo unos fragmentos.

El comandante les muestra un recipiente de vidrio del tamaño de una pinta con unas astillas metálicas en su interior.

—¿Esto es todo lo que trajeron?

—No. Se trata de la muestra que tomé para su análisis.

—¿Y la otra parte?

El comandante se dirige a una pared del laboratorio y activa uno de los paneles decorativos que la componen. Se desliza un cajón interior y les ofrece examinarlo. Maksim y John se acercan y escrutan el cajón. El comandante, al ver la expresión de ambos, vuelve la mirada hacia el vacío de la profundidad del cajón. Su tez se vuelve lívida.

—Estaba justo aquí.

—¿Ha desaparecido?

—Me temo que sí.

—¿Qué tamaño tenía?

—Bastante grande.

—¿Podría ser más específico?

—Tenía la forma de un triángulo equilátero con el tamaño de la hipotenusa similar a mi brazo.

—¿Sabe a qué pertenecía?

—Ya se lo he dicho. No lo sé con exactitud. Lo más probable es que fallaran parcialmente los paracaídas en alguno de los envíos de material que se hicieron directos a la superficie lunar. En la segunda EVA que tanto les interesa, le pedí a Alan Carson que comprobase en un radio de cinco kilómetros si había algún contenedor dañado o encontraba más restos para poder ubicarlo.

—Por lo que he entendido, en esa segunda EVA se pretendía terminar el laboratorio médico del doctor y que Alan revisase los contenedores en busca de daños y trajese el hielo lunar para Julie.

—En efecto.

—¿Y encontró más fragmentos o algún contenedor dañado?

—Tomó fotos de la mayoría de los contenedores y estaban intactos. Todavía faltan algunos por localizar debido a que el radio de los impactos es más amplio del previsto inicialmente.

—¿Hizo fotos de la pieza en cuestión?

—Por supuesto.

—¿Podemos verlas?

—Todo el material audiovisual está contenido en el USB que les entregué.

—Le puedo asegurar que esas fotos no aparecen. Y no solo falta eso…

—Se lo repetiré una vez más. Pasados siete días, parte del material almacenado se borra y parte se comprime y se cifra. A partir de ese momento se necesita un permiso especial de tierra. Debido a la situación actual tendremos que esperar.

20
La cúpula

—¿Tiene idea de quién pudo sustraer la pieza, comandante?

Sigmund niega con la cabeza.

—¿Qué opina usted, John?

—Que deberíamos revisar las cámaras de seguridad de este laboratorio, aunque algo me dice que encontraremos más momentos inoportunos en negro.

—Apuesto a que sí —dice Maksim.

El ruso saca el USB y se lo lanza al comandante. Este lo atrapa al vuelo sin dificultad.

—Creo que deberíamos visionarlo aquí mismo, en esa pantalla. Así contaríamos con su opinión.

Sigmund pincha la memoria y teclea algunos comandos.

—Todo suyo.

John se hace con el control del ordenador. Accede a la carpeta que guarda los archivos de vídeo de seguridad de este mismo laboratorio y reproduce el más antiguo.

—¿El momento en que regresaron de la primera EVA es anterior o posterior a esta grabación, comandante?

Sigmund se acerca y responde:

—La EVA tuvo lugar un día antes y, como he dicho, no podemos acceder a grabaciones anteriores.

—Entiendo que la pieza metálica ya está guardada en las imágenes que vamos a visionar.

—Me temo que sí.

—¿La volvió a manipular?

—Recuerdo que la saqué para analizarla.

Reproducen a cámara rápida desde el principio hasta que se ve al comandante abrir el panel y extraer la pieza metálica. Los tres se

acercan a la pantalla. Parece una chapa metálica de lo más común. Sigmund la coloca sobre la mesa.

—Ahí extraje las virutas para su análisis —aclara el comandante mientras ven cómo la manipula.

Después la devuelve al armario. Durante todo el visionado la imagen solo ha fallado con un par de flases a negro. La versión parece cuadrar. Siguen reproduciendo las grabaciones. Todo transcurre con normalidad hasta unas diez horas antes del asesinato, momento en que la imagen pasa a negro durante treinta y cinco minutos.

—Parece que ahí está la mano de nuestro ladrón —apunta Maksim.

—Eso parece —secunda John—. Revisemos los pasillos y el resto de los compartimentos a esa hora.

Comprueban sin mucha sorpresa que el apagón es casi general y pudo ser cualquiera. Todos tuvieron tiempo más que suficiente para sustraer la pieza. Exactamente, a los treinta y cinco minutos el sistema de videovigilancia se rearma en toda la estación. John saca el USB y se lo entrega a Maksim.

—¿Qué hacemos ahora?

—Está claro. Buscaremos la pieza. Es imposible ocultar un objeto de esas dimensiones en esta lata flotante de sardinas.

John asiente.

—¿Hablan en serio? —pregunta el comandante, paseando la mirada de uno a otro.

—¿Se le ocurre una idea mejor?

Sigmund Reiter se encoge de hombros.

—Convendría que nos acompañase. Su presencia puede resultar útil para evitar situaciones incómodas con algunos de los inquilinos.

—Estoy a su disposición. Soy el primer interesado en esclarecer este turbio asunto, pero, insisto, no tiene sentido robar un trozo de metal carente de valor. Como han podido comprobar, lo tuve en mis manos y lo analicé por propio oficio, de forma rutinaria, y los resultados fueron los esperados. Les advierto que la nave es más grande de lo que parece y…

—Entonces no perdamos el tiempo y pongámonos manos a la obra —interrumpe Maksim.

—¿Por dónde empezaría? —pregunta John, apoyando su decisión.

—Si queremos ahorrar tiempo, yo me decantaría por el camarote del americano Alan Carson. Pilotó el LEM en los dos alunizajes y parece saber mucho más de lo que cuenta. ¿Y usted, John?

—Yo empezaría por el laboratorio de su camarada Anatoli y seguiría por la cápsula de salvamento en la que intentó marcharse. ¿Quizá su intención no era volver con las manos vacías?

Maksim sonríe y le da una palmada en el hombro.

—Me gusta cómo funciona su cerebro, John.

—Tampoco podemos olvidar el compartimento del fallecido doctor Bosman. Siguiendo su razonamiento, el doctor también estuvo presente en los dos descensos a la superficie lunar. Quizá encontraron algo más que no querían revelar.

—Lo haremos así entonces —dice Maksim—. Y, para terminar, propongo visitar a Julie y que nos cuente lo que quedó pendiente. Seguro que se alegra de vernos.

Los tres, como han acordado, empiezan por el cuarto de Alan Carson. No les lleva mucho tiempo. Se aloja en el módulo Life, preparado especialmente para albergar las habitaciones de los tripulantes. No hay sitio donde esconder nada más allá de su pequeño cubículo. El módulo consta de cuatro cuartos distribuidos en forma de cruz. Impacta, pero sin considerar los conceptos de arriba y abajo es una buena forma de ahorrar espacio. Por fortuna, no están Alan ni los otros tres inquilinos. Deben encontrarse trabajando o haciendo ejercicio.

—¿Por qué el doctor Bosman y Anatoli no se alojan en este módulo?

—El espacio es muy justo para más camas. Estamos pendientes de acoplar un segundo módulo Life, que incluirá más cubículos de descanso. Además, el doctor prefería su propio laboratorio para trabajar con inmediatez y mayor intimidad. En cuanto a Anatoli y otros astronautas rusos, digamos que prefieren abandonar lo menos posible la zona rusa de la estación.

Revisan a conciencia los cuatro cuartos y solo encuentran objetos personales. John, aun evitando fisgar en donde no sea posible el almacenamiento de una pieza de las dimensiones que

buscan, siente que están invadiendo un espacio privado. Pero no hay más remedio. Después, se dirigen al laboratorio de Anatoli Lótov, ahí las cosas no son tan sencillas. El comandante usa la consola del pasillo para advertirle de su visita. La imagen muestra que está llenando unas jeringuillas.

—¿Qué está haciendo? —pregunta John.

—Riega con cuidado sus plantas. En estos momentos avanza con el arroz en el sistema Veggie. Anatoli se encarga de estudiar el crecimiento vegetal y la forma de cultivar un huerto autosuficiente sometido a radiación ultravioleta e ingravidez.

De primeras, Anatoli Lótov se niega a permitir que nadie entre. Sin embargo, el comandante adopta una actitud autoritaria e inflexible y, al final, consigue que dos personas entren. John, nuevamente, se queda afuera frente al monitor. Los ve rebuscar sin éxito. Anatoli no les quita ojo y tampoco a la cámara, a la que mira con dureza, como si realmente hubiese invertido el papel de observado en observador. Sus compañeros salen con las manos vacías.

Es el turno de las dos cápsulas de salvamento. Tampoco encuentran la pieza en su interior. Continúan con las cápsulas de abastecimiento, en estos momentos solo hay una acoplada y es una suerte tremenda porque, como bien les explica el comandante, una vez vaciada la usan como basurero y está repleta de desperdicios. Necesitan dos horas para revisarlos todos. John está exhausto, pero sabe que deben continuar y propone revisar la cápsula Dragon en la que llegaron. Se cruzan varias veces con el resto de tripulantes que les observan con miradas interrogantes. En la cápsula hay mucho material desempaquetado, pero no todo. Necesitan otra hora para abrir y revisar los paquetes. Casi todo son suministros. Después, registran los aseos, la zona rusa y la cúpula de visión. Sin resultados. Luego es el turno del laboratorio del doctor Bosman. Lo han estado postergando para evitar enfrentarse al cadáver semicongelado y a la incómoda sangre en suspensión. Ante la imposibilidad de un registro efectivo sin alterar la escena del crimen, deciden utilizar un buzo con escafandra ligera y abrirse paso usando cada uno una toalla y una aspiradora. No encuentran nada y, pese al cuidado que ponen, no dejan de recibir los impactos

líquidos de coágulos en suspensión en la protección del visor. John intenta no centrar su atención en ellos, pero pronto regresan con fuerza las náuseas. Cuando tiene claro que allí no está lo que buscan, abandona la sala y se quita la seudopiel que se le antoja infecta y mucho menos estéril que sus propias especificaciones. Cuando vuelve, Maksim todavía continúa con su exhaustiva búsqueda haciendo insólitas piruetas alrededor del cadáver.

Para terminar, se plantan frente a la entrada del laboratorio de la doctora Julie Hansen. Dejan que hable el comandante hasta que la doctora abre la compuerta. Los dos investigadores saludan con un gesto y, sin decir nada, comienzan a inspeccionar el compartimento. Mientras tanto, Julie y el comandante intercambian algunas palabras. Básicamente, ella expresa su descontento por la irrupción de esos dos entrometidos. El comandante sigue mostrándose inflexible. Cuando terminan, sin encontrar nada, le piden al comandante que les deje un rato a solas con ella. Sigmund Reiter sale y cierra la compuerta. Julie les observa con fuego en los ojos. Maksim tapa la cámara con un chicle que no ha dejado de masticar con ansia durante toda la inspección.

—¿Tiene previsto solicitar un nuevo descenso para conseguir su preciado hielo?

—Lo solicité el mismo día en que regresaron sin él. Sin ustedes, seguramente ya habrían bajado de nuevo. Su intromisión lo está retrasando todo.

—Escuche, doctora Hansen. No estamos aquí por placer. Se trata de un asesinato en el que usted es sospechosa y podemos exigir su colaboración con métodos menos amigables. Colabore y esto terminará muy pronto. Solo tiene que decirnos qué trajeron Alan Carson y el doctor Dirck Bosman a la estación a su regreso de la segunda excursión lunar.

—No pienso responder dos veces a la misma pregunta. Ya he terminado de hablar con ustedes.

—Muy bien, entonces hablemos de los momentos de oscuridad que comparte con la atractiva Naoko Onishi en la cúpula de visión lunar.

Julie Hansen baja la guardia por un instante. John había supuesto esos encuentros en los vídeos, pero no se atrevía a

asegurarlo como lo acaba de hacer Maksim.

—Simplemente la ayudaba con su trabajo. Por si no lo saben, ella trabaja en la cúpula.

—La mayoría de los encuentros sin imagen han sucedido durante las horas libres de la dulce doctora Naoko. Lo he cotejado y me salen cuatro encuentros en ocho días…

—Aquí no hay horas libres, siempre estamos trabajando.

—¿Trabajaban también en la esclusa de salida? —pregunta Maksim—. Tengo entendido que, de momento, ninguna de las dos ha realizado un paseo espacial. Me pregunto qué harían allí las dos… ¿Acaso arregla trajes como Alan? —Maksim hace una pausa y sentencia—: Usted tiene una familia y nosotros tenemos que presentar un informe al volver a la Tierra. Si nos ayuda, algunos detalles podrían no constar en dicho informe. Detalles que solo afectan a la vida privada de los tripulantes y no al caso. ¿Me comprende?

Julie Hansen baja la mirada por un instante. La duda la hace vulnerable y Maksim le asesta el golpe final.

—¿Qué trajeron al volver del segundo alunizaje?

—Lo desconozco. Estaba ansiosa por recibir mis muestras de hielo y seguí la reentrada por las cámaras. Solo llevaban un contenedor que podría albergar cualquier cosa. Seguramente las habituales muestras de rocas y regolito… De lo que estoy segura es que no traían el tanque especial para salvaguardar mi hielo…

—¿Era muy grande ese contenedor?

—No mucho más que un maletín.

—¿Por qué está tan segura de que no estaba vacío?

—En la cámara de descompresión se sometieron a un proceso de descontaminación no habitual. Algo agresivo, solo recomendado para casos de riesgo biológico. Me sorprendió porque era totalmente innecesario, pero el doctor era siempre demasiado escrupuloso…

Maksim y John cruzan una mirada.

—Gracias por su colaboración, señora Hansen —se despide John.

Maksim coge el chicle de la cámara y se lo lleva a la boca. Sigmund Reiter les espera fuera.

—¿Ha ido bien?

—Muy bien. Julie siempre se alegra de vernos.

—¿Necesitan algo más de mí?

—Una última cosa —dice John—. ¿Es posible lanzar un objeto al espacio?

—No sin que yo me entere. ¿Algo más?

—No por el momento.

—Excelente. Sé que estarán cansados, pero les recomiendo al menos una hora de ejercicio antes de reposar. Su cuerpo lo necesita y se lo agradecerá.

—Lo tendremos en cuenta, comandante.

Sigmund se marcha con una inclinación de cabeza. Ellos deciden seguir su consejo y se dirigen al gimnasio espacial. Maksim se ata a la cinta y John empieza con las pesas. Hay un acuerdo silencioso en sus movimientos, están demasiado cansados para competir. John lo agradece.

—Resulta evidente que en ambos alunizajes encontraron algo no previsto —comenta Maksim mientras corre.

—¿Algo por lo que asesinar?

—En la primera EVA, algún tipo de material común, si creemos al comandante. Y, por el momento, no tenemos motivos para dudar de su palabra. Sin embargo, en la segunda encontraron algo lo suficientemente importante para abortar la misión, volver a toda prisa alegando un fallo en el LEM y someterse a descontaminación por riesgo biológico.

—Y para ocultarlo al resto de compañeros, incluido el comandante —apuntilla John.

—Pero… ¿qué es ese algo? —pregunta Maksim.

—Apostaría a que se trata de algo muy valioso. Algo muy escaso o inexistente en la Tierra, como oro o diamantes —responde John.

—Exacto —conviene Maksim y sigue con su razonamiento—. Algo que no interesa compartir con los socios. Aunque, si nos dejamos llevar por la imaginación, también podría tratarse de un artefacto no humano. El acceso a una nueva tecnología provocaría una lucha colosal. Una verdadera guerra por ser el primero en conseguirla.

—No podemos descartar ninguna de las dos opciones por fantásticas que suenen. Pero, si tenemos en cuenta que se

sometieron a descontaminación por riesgo biológico, tampoco podemos descartar que hallasen un organismo o parte de un organismo extraterrestre. Quizá la primera prueba concluyente de la existencia de vida fuera de la Tierra. Algo por lo que valdría la pena matar —argumenta John.

—En cualesquiera de las tres hipótesis, nadie se desharía de tal hallazgo. Así que por fuerza debe estar en la estación —sentencia Maksim.

—Imposible. La hemos revisado toda.

—No del todo —dice Maksim con un halo de misterio—. Le recomiendo que descanse, mañana será un día duro. Además, he de reconocer que en los periodos de descanso se le ocurren buenas ideas.

John quiere saber a qué se refiere exactamente con el «no del todo», pero no piensa darle la satisfacción de interesarse.

—¿A qué hora quedamos? —se limita a preguntar.

—¿Qué le parece vernos en la doble esclusa dentro de seis noches lunares?

—Por mí, perfecto.

Se separan. John echa de menos el agua en el aseo. El pesado proceso de enjuagarse miembro a miembro le hace anhelar una de aquellas jofainas decimonónicas de loza. Se permite una sonrisa al pensar que, entonces, el agua al menos se comportaba como agua. Se cubre con una toalla y se dirige con ansiedad hacia su cuarto. Cuando atraviesa la cúpula, la descubre abierta y mostrando al otro lado un espléndido y casi hipnótico blanco lunar. Flota hasta ella. Tiene tiempo para echar un vistazo antes de retirarse. Es cierto, el espectáculo es sobrecogedor. Aquel inmenso desierto blanco cubierto de cráteres es capaz de poner a cada uno en su sitio. Se siente pequeño y el corazón se le encoge. ¿Dónde quedan sus ansias, sus miedos y sus banales victorias ante el infinito? Se siente eclipsado por un universo indiferente ante lo pretencioso de su papel en busca de la quimera del bien y del mal. Observado y ninguneado como un desperfecto fuera de su sitio. Observado. De pronto nota una presencia. Contiene la respiración y la compuerta se cierra a su espalda. Es la japonesa Naoko, que inclina la cabeza tres veces a modo de saludo.

—No puedo entrevistarme con usted sin Maksim. Son las reglas.

—Para lo que tengo pensado no es necesario hablar.

—¿Se refiere a sexo?

—¿Lo quiere usted? Seguro que siente curiosidad a cómo sería en ausencia de gravedad.

—¿Ha desconectado la grabación en esta sala?

—Ya le dije que nunca lo hago. Eso son manías de mis compañeros. Y usted, ¿tiene algo que ocultar?

—Todo lo contrario. Si nuestro encuentro queda grabado, mi compañero no lo despreciará.

Naoko frunce el ceño y, luego, sonríe.

—Eso es nuevo, pero si es lo que le gusta…

Se le acerca, le da un suave beso en los labios y queda flotando a escasos centímetros de él.

—En la intimidad se dicen muchos secretos… —afirma John.

Naoko tuerce el gesto y se separa flotando hacia atrás. Luego asiente con resignación.

—¿Qué puede contarme de sus compañeros? —pregunta John.

—Entiendo… ¿Es eso lo que realmente desea?

John asiente.

—La última vez que vi al doctor Bosman se encontraba inquieto. Tenía la cabeza en otro sitio. No estaba en lo que estaba, ya me entiende…

—¿Le dijo por qué?

—No. Se notaba que quería hacerlo, pero no se atrevió. Había miedo en su mirada. Jamás lo había visto así.

John asiente y la anima a continuar con la mirada.

—En cuanto a Alan Carson, yo diría que se debatía en una lucha interna. Desahogó sus inquietudes conmigo hasta el punto de hacerme daño. Creo que se avergüenza de nuestro último encuentro porque no ha vuelto a hablar conmigo.

—Y Julie…

Naoko lo mira con cierta sorpresa.

—Julie odia a Alan, aunque eso salta a la vista. Su estancia aquí arriba ha sido una feroz lucha contra sus instintos naturales. Le atraje desde el primer momento. Ya lo ve, todos estamos en guerra. ¿Usted contra quién lucha, John?

—Posiblemente contra mí mismo. Una parte de mí gana siempre, pero otra pierde siempre. Y esta última es la que más pesa en mi alma.

Naoko se baja la cremallera del chándal y se lo quita. La ropa interior espacial es asexuada, pero la intención y la proximidad hacen vibrar el recuerdo del deseo. Su pelo flotando como el de Medusa para atraparle desprende un aroma fugaz y sus grandes ojos oscuros le hipnotizan. John recuerda a Liz.

—¿Qué me dice de Anatoli?

—Sé tanto de él como usted.

La doctora apoya una mano en su hombro y la gravedad y la inercia les vuelven a acercar los labios.

—Usted es la que más tiempo pasa en esta cúpula, ¿verdad?

—Así es.

—¿Ha visto algo extraño?

—¿Ha echado un vistazo? Aquí todo es extraño, mágico.

—¿Ha visto algún tipo de luz inusual en la superficie?

Ella le mira sorprendida y niega con la cabeza. Se quita la camiseta y sus dos pequeños pechos quedan expuestos. John está dispuesto a demostrar que las mujeres no tienen poder sobre él. Naoko se acerca flotando lentamente, como una diosa. Esquiva su mirada, teme quedar petrificado y a su merced.

—¿Es usted esclavo de la ropa? —susurra ella y le arranca la toalla.

La ingravidez les mantiene frente a frente en una danza inmóvil, lenta, íntima y magnética. Giran sobre sí mismos y el *ying* y el *yang* de la galaxia explota en sus cuerpos. La atracción de su piel, ahora, hace vibrar al universo. Giran. Cada suspiro podría ser un roce. Cada roce podría ser un abrazo. Pero un solo contacto sería su claudicación y el posible fin de la investigación. John recupera la toalla. Ella, despechada, se aleja y por un instante su mirada se vuelve cruel.

—¿También hay alguien esperándole allá abajo?

—Quizá una joven.

—Cree que estará pensando ahora mismo en usted.

—Seguramente. En mí y en mi familia, pues la retendrán por mi culpa hasta mi regreso.

Naoko se sorprende, pero no pregunta. Recupera la camiseta que flota a su lado y se la pone.

—¿Es su novia?

—No exactamente, más bien mi niñera.

21
EVA

John entra en su camarote y cierra la puerta intentando escapar de la escena vivida en la cúpula. Apoya los codos contra la pared y se masajea la nuca con las yemas de los dedos. La toalla, la bolsa de aseo y su propio deseo quedan flotando a su alrededor. Tal vez la tecnología permita a la humanidad salir de la Tierra, pero no conseguirá liberarla de su propia humanidad. Se permite otra sonrisa. ¿Naoko, una diosa? Jugamos a ser dioses, pero solo ampliamos el radio de proyección de las pasiones de la cueva. Un asesino jamás debería haber llegado a ser embajador de su raza. Está cansado y cualquier movimiento le supone una punzada en los músculos, pero siente que empieza a dominar la situación, el espacio y a los contertulios. A su estómago ya le es casi indiferente la curvatura espacial y todo lo hace un poco más rápido. Se calza un mono cómodo antes de meterse en el saco. Revisa de nuevo las imágenes y se centra en las cápsulas de salvamento. No ve nada sospechoso más allá del intento de fuga de Anatoli. John no descarta que el comandante tenga razón y que las cápsulas hayan sido bloqueadas desde la Tierra. Pero eso implicaría que no quieren que nada ni nadie salga de la EEL. No compartirá esa reflexión con Maksim, no quiere parecer tan paranoico como Anatoli.

Al despertar, se da cuenta de que no tiene los cascos puestos y que ha dormido con el zumbido de la estación. Consulta la hora y todavía tiene tiempo. Agradece que esta vez Maksim les haya dado más margen para descansar. Se viste y se dirige al módulo cocina con lo que podría llamar apetito. Recuerda los batidos que tomaba con Liz en la base de Nellis y le parecen hasta apetecibles. En la cocina no hay nadie, le extraña no ver a su compañero Maksim. Abre uno de los archivadores de comida y saca una bolsa de café,

avena y una madalena. Usa la máquina para insuflar agua caliente y disfruta del desayuno. Se permite hasta jugar con alguna gota de café, atrapándola al vuelo con una pajita. Faltan cinco minutos para la hora convenida con Maksim, así que se dirige a la esclusa donde han quedado. Lo encuentra allí. Sonríe, pero algo en el rostro del ruso denota menos vitalidad de la habitual. John guarda silencio.

—¿Ha tenido alguna de sus brillantes ideas durante el descanso?

—Lamento defraudarle, aunque he de contarle algo…

—Adelante.

—Antes de llegar a mi cuarto fui a echar un vistazo a la cúpula y, mientras estaba en ella, entró Naoko.

El ruso suelta una carcajada y le da una palmada. Luego lo mira muy serio.

—Sabe que ha infringido las normas, ¿verdad?

—No del todo.

—¿No del todo? No se me ocurre nada peor…

—Las cámaras estaban encendidas, puede revisarlas cuando quiera.

Maksim flota hasta él y su rostro queda a un palmo del suyo. Le atraviesa con la mirada.

—¿Qué clase de pervertido cree que soy? ¿Realmente cree que quiero ver lo que usted hizo con Naoko en la cúpula?

John le sostiene la mirada, pero no se molesta en desvelar su error. Luego, Maksim rompe a reír y le da otra palmada. Se alejan unos centímetros.

—Espero que al menos le sacara algo de información. Resulta que es usted un seductor a lo James Bond.

—Solo me confirmó que no vio ninguna luz en la superficie lunar. —John desoye la guasa—. Y que Alan y Julie no se llevan bien.

—Algo no muy difícil de deducir… Espero que por lo menos haya descansado.

—Me encuentro perfectamente. ¿Cuál es el plan?

En ese instante llega el comandante Sigmund. Al parecer ya le había avisado Maksim.

—¿Alguna novedad, caballeros?

—Solo quería confirmar algo que ya nos contó —dice Maksim—.

¿Hay alguna forma de hacer llegar cualquier tipo de carga a la Tierra sin necesidad de tripulantes?

—Solamente las dos cápsulas de emergencia y ahora la nave Dragon en la que llegaron. Pero, como saben, las dos cápsulas de salvamento están inactivas desde el incidente y ahora, a petición suya, también la Dragon.

—¿Y qué me dice del Módulo de Excursión Lunar?

—También lo hablamos, el LEM solo puede bajar hasta la superficie lunar. No está preparado para un viaje tan largo.

—¿Qué hay en la superficie lunar?

—Los cimientos de la futura base lunar —afirma el comandante con orgullo—. Por el momento estamos recuperando todo el material enviado directamente a la superficie, montando las grúas de trabajo y terminando de ensamblar lo que vendría a ser el módulo principal de la estación, no muy diferente a los de aquí. Todavía falta mucho camino por recorrer.

—Gracias, comandante —dice Maksim—. Sus palabras confirman que solo nos falta buscar en dos lugares donde se haya podido ocultar algo. Empezaremos por el exterior de la EEL.

—¿Cómo…? ¿Se ha vuelto loco?

Maksim Kokarev descuelga uno de los trajes y empieza a separar las piezas. Sigmund y John siguen sus movimientos con sorpresa.

—No podemos subir hasta aquí y quedarnos sin hacer una EVA, ¿qué me dice, John? ¿Se anima? Me consta que hizo una buena marca en el tanque de Houston.

John tarda un parpadeo en reaccionar. Salir de la estación es muy peligroso y duda de su preparación, pero esta mañana lunar se ha despertado sin mareo y sin náuseas. Maksim nota que le ha pillado desprevenido.

—No es necesario que me acompañe —añade—. Podrá seguir lo que yo vea en tiempo real. Sin cortes a negro. La decisión es suya…

John recupera su aplomo y acepta el envite. Por el aspecto de Maksim hace unos instantes, está de farol. John coge otro de los trajes, dejando el que sufrió la avería durante el paseo espacial del doctor.

—¿Cuándo pretenden salir? —pregunta el comandante, incapaz de leerles la mente.

—Ahora mismo —responde Maksim.

—Definitivamente se ha vuelto loco. Ahí fuera estarán expuestos a innumerables peligros y la falta de experiencia puede ser la diferencia entre la muerte y la vida. Recuerden lo que le pasó al difunto doctor con el líquido refrigerante del casco. Además, la preparación es un proceso largo y minucioso.

—Para evitar esos «desafortunados» accidentes he revisado los trajes yo mismo y he iniciado el protocolo de salida —dice Maksim.

—¿Usted?

—Exacto. Tengo la formación necesaria y llevo más de dos horas en ello. ¿Acaso cree que Alan Carson lo haría mejor?

Ahora John comprende por qué Maksim ha propuesto un período de descanso tan amplio.

—Usted tiene la formación, pero carece de experiencia real.

—Siempre hay una primera vez. Además, cuento con su ayuda y su discreción. Nadie debe enterarse de nuestra excursión y tampoco quiero que nadie se acerque a los trajes, especialmente Alan Carson.

—No pienso poner en riesgo sus vidas.

—No tiene alternativa. Las órdenes son claras. Durante la desconexión, su deber es atender todas nuestras peticiones. Podría decirse que estamos al mando. Y la decisión está tomada, ¿verdad, John?

John no gesticula. No quiere salir ahí fuera y tampoco le gusta que Maksim haya puesto en marcha este plan sin ni siquiera consultárselo.

—Hay cámaras exteriores. Podemos revisarlas —sugiere el comandante.

—No me fío de las cámaras.

—Es su decisión —consiente Sigmund—, pero han de saber que cuando se abra la esclusa exterior se enterará el resto de la tripulación.

—Que sea en ese momento y no antes.

El comandante, colaborador, les echa una mano con la última fase. Les ayuda a enfundarse los trajes y comprueba todos los sistemas. Efectúa el protocolo de chequeo de fugas y prerrespiración. Una vez dentro de los trajes, hay que reducir la presión interna o, en el vacío, la escafandra se convertiría en un

globo rígido totalmente inútil. El problema es que la atmósfera de la EEL es similar a la que hay en el nivel del mar, es decir, 1 atm, y bajar la presión rápidamente podría provocarles una embolia al formarse burbujas de nitrógeno en la sangre, algo muy similar a lo que les ocurre a los submarinistas, pero en vez de al final aquí sucedería antes. Para purgar el nitrógeno de su sangre, tienen que hacer ejercicios y respirar oxígeno puro durante unas tres o cuatro horas antes de realizar la EVA. Ese es el significado de presurizado, lleno de oxígeno. Esto es lo que más teme John. Se concentra para luchar contra la sensación de agobio según pasan los minutos. Responde con monosílabos a la charla de Maksim, que al poco rato lo deja en paz. Unas tres horas después Maksim se incorpora y grita:

—¡Malditos trajes americanos! Muy bonitos y cómodos, pero si hubiésemos usado los Orlan rusos ya hace más de dos horas que estaríamos fuera.

Ni el comandante ni John responden.

—Salimos ya —sentencia Maksim.

—Es conveniente esperar que pasen unos cuarenta y cinco minutos más —dice Sigmund.

—Voy a abrir la esclusa de aire, así que le recomiendo que salga, comandante.

—Esto es una imprudencia que desapruebo rotundamente. La responsabilidad es solo suya.

El comandante sale y sella la esclusa. Verifican los sellos del traje y los sistemas de presión mientras la esclusa de aire se despresuriza lentamente hasta igualar el vacío del espacio exterior. Luego, Maksim abre la escotilla que da al vacío absoluto. Se asoma. John lo nota tenso. Toda esa fanfarronería es para esconder que está desquiciado. John lo sigue. Engancha su arnés a la cinta de seguridad y sale de la estación agarrado a los pasamanos. Mirar el espacio es sobrecogedor. La árida superficie lunar parece un refugio en comparación con el vasto vacío.

—Inspeccionaremos un lado de la nave cada uno —dice Maksim.

—Muy bien.

—Si hace tan buena marca como en la piscina de Houston no tardaremos más de cinco horas.

Le hace un gesto de ánimo y se aleja hacia al otro lado. John se

queda solo. Empieza a moverse usando los pasamanos. Su avance es lento y el tamaño de la EEL gigante, más que un campo de fútbol. Contrasta la libertad de movimientos de todo el cuerpo como bloque y lo pesado de cualquier extremidad dentro del traje, en lucha contra la presión. Escruta el inmenso casco de la nave que ha de recorrer, de un color pálido. Todo es claro ahí fuera, incluidos sus trajes, pues el color blanco refleja gran parte de la luz solar, ayudando a mantener la temperatura controlada y evitando que las superficies absorban demasiado calor.

—¿Qué buscamos exactamente? —pregunta John, aunque lo sabe muy bien.

—La maldita pieza triangular y cualquier cosa que desentone. Puede estar dentro de un contenedor. Ambos conocemos de memoria el exterior de la estación por los simuladores y la pieza es grande.

—Aquí fuera el tamaño de un brazo no es tan grande —dice John, fijándose en los enormes paneles solares que circundan la estación como gigantescos brazos de molino—. Para tener opciones de encontrarla, tendrán que revisar palmo a palmo.

—Aquí el comandante Sigmund Reiter. ¿Me reciben?

Ambos asienten.

—Les estamos monitorizando.

Contemplar la enorme superficie de la Luna y la esfera azulada de la Tierra al fondo es abrumador. A los pocos minutos, la claridad se convierte en absoluta oscuridad. Estarán sometidos a periodos de treinta minutos de luz intensa y treinta minutos de oscuridad absoluta. El casco lleva luces, pero la búsqueda será más complicada. John sigue avanzando sin evitar pensar en los cambios extremos de temperatura al que deben estar sometidos sus trajes, entre los 120 ºC y los -150 ºC, según la exposición solar. Inspecciona hasta el último recoveco del exterior del módulo Conocimiento sin hallar nada que desentone con el color y forma uniforme que recubre la estación.

En el exterior del módulo Kibo, donde se aloja, John descubre diminutas perforaciones en un lateral y lo comunica.

—Lo compruebo —replica el comandante—, pero debe tratarse de impactos superficiales de polvo espacial. Unas simples motas a

las velocidades que alcanzan son como balas.

—¿Todavía vas por ese módulo? —se impacienta Maksim—. Intenta no hacerme esperar mucho.

El comentario de Maksim se le clava como un alfiler. Si quiere otra carrera la tendrá. John acelera sus movimientos.

—No hay daños internos —confirma el comandante—. Aunque los micrometeroides atraviesen la primera capa de aluminio, después hay otra de kevlar como la que se usa en los chalecos antibalas que suele retenerlos.

John continúa con la búsqueda entre luz y oscuridad. Se mueve lo más rápido posible, pero sin perder detalle. Llevan unas dos horas en el exterior y les queda algo más de la mitad por revisar. Las articulaciones empiezan a molestarle, en especial rodillas y codos. Conoce bien esta afección, la llamada enfermedad del buzo, y probablemente se deba a no haber terminado las cuatro horas en la esclusa de aire, algún resto de nitrógeno puede formar burbujas de gas en el cuerpo y provoca este incómodo dolor. Si ya es difícil moverse, esto supone un reto adicional y espera que quede solo en eso. Al tratar de seguir avanzando, algo se lo impide. La soga de seguridad ya no da más de sí. Intenta recogerla, pero se engancha. Volver para cambiar la sujeción al siguiente tramo le llevaría demasiado tiempo y esfuerzo. Suelta el grueso mosquetón que une su arnés con la soga. Sabe que se está soltando a la deriva del espacio, pero apuesta por el sistema de propulsión SAFER integrado en la mochila del traje. Y, aunque tiene una propulsión muy limitada, debería ser suficiente para devolverle a la nave si se separa de ella por accidente.

—Prestemos especial atención al exterior del módulo Columbus. Es donde el doctor pasó la mayor parte de su EVA —dice Maksim.

—Entendido.

A John le complace saber que van casi a la par.

—Me encuentro a pocos metros de él. Sugiero que descansemos unos minutos durante el resto de la noche orbital para que no pasemos nada por alto.

Así lo hacen. John aprovecha para beber y descansar las articulaciones. Se levanta la visera y el vacío, sin filtros, se hace todavía más inmenso. Tiene controlada la sensación de angustia y

parece dominar la situación. Dieciséis minutos después vuelve la luz intensa. Baja la visera y prosigue con la búsqueda. De pronto, John aprecia un destello unos metros más adelante, en el módulo anexo. Se acerca. Hay un fragmento del casco que brilla como el mercurio al reflejar los rayos de sol. No dice nada a Maksim todavía, no quiere precipitarse. Se acerca más lento de lo que quisiera sirviéndose de los pasamanos y saltos calculados.

—Con cuidado, John —le amonesta el comandante desde la estación.

Antes de llegar vuelve el manto de oscuridad y necesitará acercarse mucho más para distinguir de qué se trata. De hecho, ha perdido el contacto visual. Sigue avanzando con las agarraderas y barriendo la superficie con la luz de su casco hasta que descubre el objeto adherido. Podría ser lo que buscan. De pronto, nota que la pieza empieza a separarse de la estación. ¿Cómo es posible? John acelera la marcha ignorando el dolor. Choca y rebota varias veces contra el casco. Sufre varios tirones al quedar enganchado con una mano y siente un dolor intenso en el hombro. Está tremendamente cansado. Sigue, despreciando las advertencias del comandante, para alcanzarla a tiempo. Cuando está a poco más de un metro, la pieza choca con un saliente de la estación y empieza a separarse más rápidamente y girando sobre sí misma. Hay otra pieza más pequeña, similar a un disco, que consigue atrapar estirando el brazo. Toma aire, como si fuese a realizar una inmersión, y salta al espacio para intentar interceptar la trayectoria del fragmento que escapa. Se siente flotar a cámara lenta, parece que la trayectoria es buena y podrá interceptarla. La comunicación del comandante se ha convertido en gritos que han alertado a Maksim, quien ahora intenta comunicarse. Los ignora a los dos. Estira el brazo, pero es incapaz de sujetarla con aquellos incómodos guantes. El objeto le rebota en el guante y siente cómo un extremo le roza la pierna derecha. No puede hacer nada, no es capaz de modificar su trayectoria. Solo consigue girarse para ver cómo la pieza se aleja cada vez más. Pronto se da cuenta de que él también se está alejando de la estación. La voz del comandante suena histérica. Saltan varias alarmas en el panel del casco. Alertas de oxígeno, de pérdida de presión, de todo. El roce debe haber rasgado el traje.

—Aguante, John. Estoy llegando a su posición —dice Maksim.

—Use los propulsores para dejar de alejarse —ordena el comandante.

John está girando lentamente sobre sí mismo. El pequeño impacto ha sido suficiente para desestabilizarlo. Intenta orientarse con los propulsores, pero al estar girando es muy complicado saber cuál de los cuatro ha de usar. Yerra en el primer intento y nota cómo incrementa su velocidad de giro. Se concentra. Suelta los pulsadores e intenta centrarse en un punto fijo de la estación. Vuelve a maniobrar con breves chorros de los propulsores. Va alternando los escapes hasta conseguir el equilibrio. Una vez estable, comprueba que se encuentra a varios metros de la estación y que sigue alejándose. Le queda poco oxígeno y poca propulsión. Pese a todo, busca la pieza y la localiza a varios metros. Si consigue impulsarse hacia ella tendría una oportunidad.

—¡Olvide ese trozo de hierro! —parecen gritar al unísono Maksim y Sigmund.

John vuelve a desoír a sus compañeros y usa los propulsores para acercarse. Consigue la trayectoria adecuada y acelera. Se va acercando. La tiene al alcance de la mano. En ese momento, ve al ruso que se acerca como una araña por el casco. Tampoco lleva la soga.

—¡Maksim, le ordeno que regrese a la estación de inmediato! Si salta hacia John, morirán los dos —aúlla el comandante.

Pero el ruso ignora la orden y se lanza hacia él. Lo intercepta antes de que pueda alcanzar la pieza. El choque hace que se alejen de la nave todavía más deprisa. Usan los chorros de aire del SAFER para intentar contrarrestar la inercia. Los propulsores de John se agotan antes de conseguirlo, pero el ruso sigue frenando con el máximo de su potencia. John advierte que algo se mueve en la estación, algo grande se despega de la misma. Se trata de la gran grúa. Una descomunal estructura similar a las utilizadas en la construcción de los rascacielos avanza en horizontal hacia ellos. Cuando alcanza una situación óptima, por el riel de la grúa se desliza un brazo del que pende un gancho hasta que les queda a unos dos metros de distancia. Los astronautas comprenden que es su última oportunidad y, mientras Maksim reorienta el giro de ambos

con frialdad y precisión, John lanza el mosquetón del extremo de su arnés y, gracias al providencial imán del gancho de la grúa, acierta con un impacto sordo al tiempo que el robot retrocede arrastrándoles por el riel hacia la escotilla de la estación. Hacia su salvación. Abren la compuerta y ambos entran y cierran la esclusa de aire a su espalda. Al poco entra el comandante por la compuerta interior, seguido de Alan Carson, e inician el proceso de reingreso. En ese momento, cuando baja la adrenalina, el cansancio cae inmisericorde sobre ambos camaradas y contrincantes. Maksim, con el rostro desencajado, no se opone a que Alan le ayude a desmontar el traje. Tampoco hace ninguno de sus afilados comentarios. Para John, el dolor de las articulaciones se hace insoportable y le falta la respiración como en sus peores pesadillas. La despresurización le aplasta cada poro y sus pulmones están rígidos. Cuando intenta volver a respirar, un ataque de tos vacía le lleva al borde del paro cardíaco. Alan y el comandante les conducen a la enfermería y les somete durante cuarenta minutos a un protocolo salvavidas. A continuación, el comandante les propone, casi les ordena, que descansen durante varias horas para reponerse. Maksim no se niega. A John le llevan en volandas, nunca mejor dicho, hasta su cabina. Consigue meterse dentro del saco y sufre unas convulsiones espasmódicas que le mantienen atrapado entre el sueño y la inconsciencia. Se despierta varias veces alterado y sudando. La puerta de su pequeño cuarto está entreabierta y a veces cree ver que se filtra luz. Todo le da vueltas. En uno de los momentos de lucidez, escucha un ruido y una sombra oscurece la luz, como si hubiese alguien en su módulo. Lucha por mantener los ojos abiertos y seguir sus movimientos. La cremallera de su cubículo se abre poco a poco y cree distinguir a contraluz la figura de Alan Carson, que permanece plantado frente a él durante varios segundos, en silencio. Finalmente dice:

—Llegado el momento, tendrá que decidir entre su insignificante honor y el de la bandera que representa.

Al mismo tiempo, todo se vuelve difuso. Vuelve la oscuridad al cuarto y se le cierran los ojos. Horas más tarde, despierta por fin más lúcido. Es incapaz de saber si la visita de Alan Carson ha sido real o no. Lo comprobará en las grabaciones y dará parte a su

compañero Maksim.

22
LEM

John ha llegado a saber manejarse en ingravidez y se dirige hacia el módulo central flotando. Ha sido capaz de volver a ponerse en marcha para aparentar que nada ha pasado. Se desliza con el mínimo movimiento de articulaciones, manteniendo el brazo izquierdo prácticamente inmóvil, con el hombro afectado.

Es consciente de que acaba de escapar de la muerte y es consciente de que Maksim estaba a su lado, uniendo su suerte a la suya. Siente admiración por el espíritu de entrega y el compañerismo de aquel tipo que se muestra como un botarate. Empieza a comprender que la carrera entre ambos investigadores no es tal y se empieza a considerar un componente de un equipo. Por primera vez no está en competición con el ruso, sino en colaboración. Entregar su confianza siempre le asusta, porque le hace vulnerable. Teme que se la jueguen de nuevo y que vuelva a sentirse traicionado por toda la raza humana. Pero Maksim Kokarev, sin pedir nada a cambio, se ha lanzado al vacío para salvarle la vida.

Teclea el código de un imposible guiso de garbanzos y, al probarlo, se siente mucho mejor. Mientras evita que la comida se vuele, aparece Maksim. En la mano sostiene un disco metálico, lo suelta y lo hace girar con el dedo índice. Lo deja que gire en el aire como un platillo chino mágico.

—Un día duro ayer, ¿verdad?

John asiente.

—Maksim, lamento haber perdido la pieza.

—Una acción imprudente, pero valiente. Y no todo se ha perdido.

Le lanza el disco y John lo atrapa al vuelo.

—Vayamos a ver al comandante. Quiere enseñarnos algo. Después hablaremos del disco que recuperó allí fuera.

Van hasta el laboratorio del comandante, Sigmund Reiter. La compuerta está abierta y él trabaja en la caja de Houdini. Se aproximan. Ahora parece que en su interior una de las estructuras se ha mantenido después de quitarle el molde, que está al lado.

—Ayer cometieron una irresponsabilidad tremenda. Les advertí del peligro y poco les faltó para morir. El espacio es hostil y un riesgo constante.

El comandante se aleja de la caja y activa un monitor de la pared.

—He recopilado todos los fragmentos de vídeo en los que aparece la pieza metálica que tanto les interesa. En efecto, el objeto que descubrió usted, John, es el mismo que trajeron de la superficie lunar.

Sigmund reproduce algunos fragmentos tomados de la caminata espacial de ayer. Algunos desde su casco y otros desde cámaras exteriores. Finalmente, pone dos ampliaciones de tomas de la pieza en el laboratorio y fuera. La forma y el tamaño son idénticos. Los reflejos del sol no permiten distinguir con claridad la pieza exterior, pero la del laboratorio se ve como un simple metal uniforme. Desde luego, no parece nada extraordinario. En el vídeo del laboratorio sale el doctor examinándola. Todo normal, salvo por un par de breves interferencias que aparecen cuando la mueve de un sitio a otro.

—Soy el principal sorprendido, pero, como pueden apreciar, no es más que lo que les dije. Un trozo de metal sin valor.

—John, ¿puede enseñarle el disco al comandante? —pregunta Maksim.

John, que ni recordaba que lo tenía en la mano, se lo entrega.

—¿Qué diría que es? —interroga Maksim. Es evidente que el ruso ya lo sabe.

—Es un electroimán. Muy común aquí.

—Un electroimán que perdió sus poderes de imantar justo cuando John se acercaba a coger la pieza…

—Hay muchas cosas que pueden provocar que la pieza se separe.

—¿Es posible activar o desactivar las propiedades del imán desde la nave?

—Por supuesto, está hecho justo para eso.

—La apertura de la compuerta exterior alertó a toda la nave de nuestra salida, ¿cierto?

El comandante asiente.

—Por lo tanto, algún tripulante pudo seguir nuestro paseo y desactivar el imán para que no encontrásemos la pieza.

—Es una posibilidad.

—¿Alan Carson se encontraba con usted?

—Comprendo lo que insinúa, señor Kokarev, pero han de saber que fue Alan Carson el que maniobró la grúa que les salvó la vida.

Maksim tarda unos segundos en responder.

—Pudo hacer las dos cosas —dice finalmente Maksim.

Tras una breve pausa el ruso vuelve a la carga.

—He revisado de nuevo todo el material que nos estregó, centrándome en los movimientos del americano Alan Carson. Es evidente que todo se precipita poco después de la segunda bajada a la superficie lunar y Alan Carson es sospechoso en todos los sucesos.

—¿A qué sucesos se refiere?

—Me refiero a que poco después del regreso de la segunda misión lunar el difunto doctor realiza una EVA, pero falla el traje y está a punto de morir. Las imágenes nos muestran a Alan Carson preparando el traje de la EVA del difunto doctor. Por desgracia, la imagen se pierde durante varios minutos. La pieza de metal desaparece misteriosamente de su laboratorio. Los momentos de oscuridad permiten que lo haga Alan, aunque no niego que a otros astronautas también. Las cápsulas de emergencia se desactivan como por arte de magia. Sabemos que Alan está capacitado para hacerlo. Además, el último en conversar brevemente con el doctor antes de su muerte es Alan Carson, se puede ver en el vídeo. Lástima que no tenga audio. Por último, hay registros de varias trasmisiones de Alan Carson a una estación propia americana en la Tierra, como si quisiese que el resto de los socios del proyecto espacial no se enterasen de su conversación. Lamentablemente, solo contamos con la fecha y la hora de las transmisiones y no el audio.

—También hay transmisiones del difunto Dirck Bosman

—apunta John.

Maksim le mira con severidad, pero asiente.

—Salimos al paseo espacial —continúa Makxim— y, justo antes de que John pueda recuperar la pieza, el electroimán falla y esta se separa del casco. Usted mismo puede confirmar que Alan seguía nuestros movimientos en el exterior.

—También el resto de los astronautas —confirma el comandante.

—Pero las imágenes sitúan a Alan frente a una cabina de control de operaciones, justo el lugar indicado para cambiar la polaridad del electroimán. Otra cosa que me ha llamado la atención es que, poco después de nuestro regreso de la EVA, Alan entra en nuestra cápsula Dragón con un maletín. Lo abre, remueve varias cosas como si buscase algo y vuelve a salir con el estuche cerrado. Una vez más, es una lástima que no se aprecie lo que introduce en él. ¿Qué cree que pudo ser, comandante?

—Es una actitud del todo normal. La cápsula Dragon ha llegado repleta de víveres y suministros. Pudo ser cualquier cosa, pregúntenle sin rodeos y seguro que se lo aclara.

—Una cosa más: al volver de la segunda excursión lunar, el doctor Bosman y Alan Carson se sometieron a un proceso de descontaminación de riesgo biológico. ¿Qué me dice? ¿Lo calificaría también de normal?

El comandante busca en el ordenador.

—No hay constancia de lo que afirma.

—Pregúntele sin rodeos a Alan, seguro que se lo aclara —le desafía Maksim, usando sus mismas palabras.

—No dude de que lo haré.

—Por último, aquí mismo tengo un vídeo en el que se ve a Alan Carson, poco antes de hablar con el doctor Bosman, yendo a un lugar de la nave que ya no existe.

Maksim reproduce el vídeo. John lo mira con atención. Todo lo que ha dicho hasta ahora su compañero también le constaba, pero esto último es nuevo. En la imagen se ve a Alan accediendo con una maleta a lo que parece una tercera cápsula de emergencia. Fija la maleta junto a otras tantas almacenadas en ella y regresa discretamente.

—Usted nos aseguró que no había forma de hacer llegar nada a la Tierra, pero esa cápsula ya no está.

Sigmund hace un gesto de calma con las manos.

—Eso que ven es una cápsula italiana de reabastecimiento. Hay cuatro puertos distribuidos por la estación para atracarlas. Por el momento, solo dos de ellos están operativos. La misión de esas cápsulas es traer víveres, materiales y combustible. Además, gran parte del combustible sobrante del viaje lo usamos para corregir y mover la órbita de la estación.

—Pero eso no explica la actitud de Alan.

—No he terminado —dice el comandante con voz agria—. Una vez vaciado el cargamento y usado el combustible restante, las usamos como basureros para tirar todos los desperdicios. Ya lo vieron en su gemela, aquí no hay espacio suficiente para un basurero.

—¿Puede llegar a la Tierra?

—Imposible. En la antigua Estación Espacial Internacional, cuando estas cápsulas estaban repletas de desperdicios, se soltaban para que cayesen hacia la atmósfera y se quemasen en ella. Aquí no es tan sencillo. Si las soltásemos, caerían a la Luna y no queremos ensuciar la superficie. La alternativa es reservar un poco de combustible para un último empujón e introducirla en órbita heliocéntrica. La cápsula en cuestión se lanzó unos días antes de llegar ustedes.

—¿Podríamos comprobar la dirección?

—Por supuesto.

El comandante teclea algunos comandos en la consola y se muestran un punto y una órbita que confirma sus palabras.

—Lo dicho, va camino del sol. Jamás tendría suficiente combustible para volver a la Tierra.

—Podría ser una forma de deshacerse de algo sin necesidad de abrir la esclusa y evitar alertar al resto —interviene John.

El comandante se mesa la barba y Maksim le mira con aprobación.

—Podría ser.

—¿Hay alguna forma de recuperar esa sonda? —sigue John.

—Imposible. Está literalmente muerta. Sin combustible ni

posibilidad de comunicación. Además, ya está muy lejos. La llegada de la próxima cápsula de reabastecimiento está prevista para dentro de dos meses.

—¿Qué pudo dejar Alan Carson en ella?

—La pieza de metal que tanto les interesa, seguro que no. Estaba fijada al exterior —afirma el comandante.

—Podría tratarse de lo que encontraron en la segunda bajada a la superficie lunar y que sabemos que era más pequeño —especula John.

—Eso implicaría dar por hecho que realmente subieron algo sin dar parte. Cosa que dudo. En estos casos, la explicación más sencilla suele ser la acertada. Así que no podemos descartar que solo fuesen desperdicios.

Maksim chasquea la lengua. Parece estar harto de la férrea defensa que el comandante hace de Alan Carson.

—Nos ha servido de mucha ayuda, comandante, como siempre —afirma Maksim—. Puesto que nos quedan dos cosas por hacer, lo dejamos aquí.

—¿Qué dos cosas?

—Entrevistarnos con Alan Carson y examinar un último sitio…

—El módulo médico que se está terminando de construir en la superficie lunar —termina John.

Maksim sonríe.

—¿Se han vuelto locos? ¿Es que no han tenido suficiente con el accidente en la EVA?

—La decisión no es suya, comandante, ¿recuerda? —dice Maksim.

—Y me imagino que pretenden bajar solos.

—Así es —afirma Maksim.

—Me dan igual las órdenes. El LEM no se moverá si no lo pilota Alan Carson.

—¿Precisamente Alan Carson?

—Les vuelvo a recordar que les salvó la vida con el brazo robótico. Solo dos hombres en la historia de la humanidad han pilotado un LEM, el primero fue Buzz Aldrin en el Apolo 11 y ahora lo hace Alan Carson. No estamos en una sala de simulaciones.

—Yo podría haber traído a John hasta la estación. A mi regreso

los propulsores estaban al cincuenta por ciento. Además, una vez sujetos al brazo, podríamos haber intentado recuperar la pieza…

—No sabe lo que dice, Maksim. Es mi última palabra.

—Todavía nos queda una cosa más por revisar en profundidad —dice John.

John toma la consola y les enseña un fragmento de un vídeo de seguridad donde aparece el laboratorio del doctor Bosman unas horas antes de su muerte. Se le ve manipular algo dentro de la cámara aisladora.

—Esto sucede también después de la segunda excursión lunar —apunta Maksim.

El doctor pasa varios minutos frente a la cámara usando los guantes para manipular lo que sea que haya dentro de la cámara.

—Podría estar trabajando en cualquier cosa, el doctor usaba su cámara aisladora tanto como yo mi caja de Houdini.

—Aguarden un momento y fíjense, aquí no hay cortes de imagen —dice John.

El doctor extrae las manos de los guantes y se dirige al ordenador, pero antes de utilizarlo, acopla un USB al panel de entrada. Teclea durante unos segundos. Un par de veces se aproxima al monitor, como si no creyese lo que está viendo. Luego presiona compulsivamente alguna tecla, como si fallase o luchase contra un *warning* inesperado. Desconecta el USB, se lo guarda y apaga el ordenador antes de salir del laboratorio.

—El doctor se muestra sorprendido y apresurado. Además, algo parece estar fallando en su ordenador.

—Este vídeo lo había visto también, pero no sé a dónde quiere llegar, John.

—Aguarde un momento y verá.

John reproduce de forma acelerada todas las grabaciones de la cámara del laboratorio Conocimiento. La mayor parte del tiempo la habitación está vacía. Lo único relevante es que unas catorce horas antes de su muerte, el doctor entra a su laboratorio en busca de algo.

—De eso también me había dado cuenta —dice Maksim—. Busca algo que no encuentra y esto sucede pocos minutos antes de su última conversación con Alan.

John sigue reproduciendo vídeos hasta la llegada de ellos a la estación espacial. Cuando termina, ambos se vuelven hacia John esperando una explicación.

—En ningún momento extrae de la caja de análisis lo que está investigando, no al menos mientras funciona la imagen. Así que…

—Bien pensado, John. Comprobemos si sigue ahí. Es posible que analizase un fragmento de lo que encontraron y que hayamos pasado por alto.

Los tres flotan hasta el laboratorio del doctor Bosman. El comandante abre la puerta y se queda fuera. El cuerpo sigue entre burbujas rojas. Hace un frío polar dentro, todo el laboratorio es un gran congelador. Ellos, tras analizar la escena del crimen por segunda vez, dieron la orden de bajar todavía más la temperatura para que no se descompusiera el cadáver. Se abren paso entre lo que queda de sangre congelada. Llegan a la cámara estéril, donde una membrana elástica protege los orificios para enfundarse los guantes interiores. Desempañan el vidrio. No parece haber nada dentro. Al examinarla con detenimiento se dan cuenta de que hay una perforación en uno de los guantes. Le hacen un gesto al comandante, quien se apresura a entrar con desconcierto en el rostro.

—Solo el doctor poseía el código para abrir la cámara.

Revisan de nuevo el armario al que el doctor acude a buscar algo. Es una cabina de conservación de muestras. Está vacía también.

—Puede que lo que hubiese aquí es lo que Alan introdujo en la cápsula de reabastecimiento —conjetura Maksim.

—Es posible —admite John.

Luego registran al cadáver en busca del USB. Es como si fuera de piedra y el mono-pijama sin bolsillos que viste cruje al rozarlo. Luego, revisan una vez más el cuarto, sin conseguir nada.

Antes de salir, Maksim se acerca al ordenador que han visto manipular al doctor en el vídeo y, usando unas herramientas que lleva en el cinturón, extrae el disco duro.

—No se molesten —dice el comandante—, tengo acceso centralizado a toda la información y el disco duro de esa computadora está formateado. Lo tienen todo en los archivos que

les envié.

—¿Y no le pareció extraño que todo el trabajo del difunto doctor Bosman desapareciera?

—No todo. Se generan copias automáticas y es común vaciar los discos duros. Solo faltan un par de días y puede deberse a que simplemente no lo usase.

Maksim hace un chasquido con la lengua. Es evidente que no le convence lo que ha dicho el comandante. De cualquier forma, es cierto lo del contenido de la computadora del doctor, pues John lo había comprobado.

Salen fuera.

—¿Todavía siguen interesados en bajar a la superficie lunar? —pregunta el comandante—. Si sus suposiciones son ciertas, el objeto debe encontrarse en la cápsula de reabastecimiento camino al Sol y la pieza metálica la vimos volar hacia el espacio. Por lo tanto, descender es un riesgo innecesario.

—Agradecemos de corazón que se preocupe tanto por nuestra salud, comandante —dice Maksim con sorna—, pero como usted ha dicho, son solo suposiciones. Parte del objeto podría estar ahí abajo o, en su defecto, el USB que tenía el doctor en el video. De cualquier forma, aprovecharemos para investigar el porqué de tanto interés en ese laboratorio lunar.

—Lo dejo en sus manos, pero mi recomendación es aplazarlo hasta que John se recupere por completo —dice el comandante buscándole con la mirada.

—Me encuentro perfectamente —miente John—, pero antes de bajar quisiera que Anatoli Kótov respondiese a algunas preguntas.

—*Davái* —dice Maksim—. Comandante, avise al camarada Anatoli de que voy a hablar con él ahora mismo. También comunique a Alan Carson que avance en los preparativos para un nuevo descenso lunar.

El comandante habla con ambos usando los cascos. Luego, se dirigen al camarote de Anatoli. John le transmite a Maksim lo que quiere saber y se queda fuera con el comandante. Maksim entra. En los monitores ven cómo Anatoli trabaja en su huerto mientras se acerca Maksim y cómo sigue a lo suyo cuando lo tiene al lado.

—¿Cuándo vio el fogonazo en la superficie lunar? —le pregunta

Maksim sin rodeos.

—No sabría precisar la hora.

—¿Antes o después de la muerte del doctor Bosman?

—Antes.

—De acuerdo. Ahora quiero que vea esto.

Maksim le muestra en la tableta un vídeo del módulo de Anatoli donde el mismo Anatoli aparece hablando con el doctor.

—¿Recuerda ahora este encuentro con el doctor Bosman?

—Lo recuerdo.

—¿Eran frecuentes las visitas del doctor a este módulo?

—Le gustaba contemplar el crecimiento de las lechugas y seguía los avances del arroz. Bromeaba con la ensalada que íbamos a comer pronto.

—¿El fogonazo fue antes o después de esta visita?

—Después.

—¿Está seguro?

—Completamente.

Eso confirmaba que sucedió tras el segundo descenso.

—¿Le comentó algo inusual el doctor en esa última charla?

Anatoli deja la jeringuilla y se vuelve hacia la cámara.

—El doctor Bosman era reservado. No era amigo de mucha conversación, me imagino que por eso venía a mi huerto. Disfrutábamos del silencio. Es cierto que dijo un par de cosas que me confundieron. La primera, mientras contemplaba los plantones de semillas: «En ocasiones la vista puede ver lo que no puede un microscopio». Supuse que se refería a su crecimiento y, sin profundizar en lo que quiso decir, no lo taché de anormal. Después, dijo algo desconcertante: «El ADN no miente, pero la verdad no interesa». Y esta vez se marchó antes de que pudiese preguntarle.

—¿Seguro que no dijo nada más?

—*Niet-niet* —responde Anatoli negando con la cabeza—. He oído que han tenido suerte ahí fuera. Les avisé de que ninguno de nosotros saldría de aquí con vida.

23
Alunizaje

Maksim y John acuerdan comer algo y descansar antes de hablar con Alan Carson y prepararse para el descenso. El incansable Maksim se dirige primero al gimnasio a sudar durante las horas diarias de ejercicio. John todavía necesita esas horas para descansar. Tiene los músculos entumecidos y algunos movimientos le provocan pinchazos que no quiere descubrir. Pasa por la cocina y, tras un gran vaso de agua, toma un batido de soja y un blíster de frutos secos. Antes de llegar a su cuarto, se cruza con Naoko y con Julie. Una simple inclinación de cabeza y cada uno a lo suyo. No suele cruzarse con Alan. Maksim responsabiliza de todo al americano y lo cierto es que tendrá que explicar algunas cosas. John se encierra en su pequeño cuarto y enciende su ordenador privado, donde antes de embarcar descargó todo lo que había estudiado con Bob Harris en Tierra. Incluye todos los módulos de la estación al detalle y la ficha de los integrantes. Los ha revisado en varias ocasiones en la Tierra y conoce casi de memoria el currículum de cada astronauta, pero abre la carpeta de Alan Carson para consultar su expediente por enésima vez. Joven prometedor, con excelente graduación en ingeniería. Magnífico piloto y después astronauta. Perfil militar con evaluación psicológica de elevada resiliencia y autocontrol. Ideas muy claras, patriota y fiel. Digno de confianza. *Semper fidelis*.

Antes de cerrar, descubre que hay otro archivo en la carpeta de Alan. Un archivo de vídeo. Lo abre. Su sorpresa es mayúscula al ver a la agente Liz Donovan en primer plano. John amplía el vídeo.

> Hey, John.
>
> He colado este vídeo incrustado en uno de los monótonos archivos de Bob Harris y confío en que se

revele cuando estés en la EEL. Es posible que nunca lo veas por muchas razones, pero si lo ves, espero que te hayas adaptado bien a la microgravedad y que estés disfrutando de los batidos de cordero. —Sonríe.

También espero que te des prisa y hagas lo que tengas que hacer en un tiempo récord, porque…, ya sabes…, yo estaré recluida en esta endiablada base hasta que vuelvas. Gracias a tu egoísmo y sed de venganza. —Sonríe—. No te culpo, esto nos supera a los dos. Y confío en ti.

También quiero decir que yo seguiría el consejo del coronel Cole y no me fiaría de nadie. De nadie… El coronel lo ha dicho claro —Liz levanta las cejas llevándose el dedo índice en medio de ellas, como advirtiéndole, como mirándole con ojos grandes y limpios. La imagen parpadea y parece que se corta, pero la imagen vuelve a enfocarse unos segundos—. No es que sea cotilla, lo que sucede es que el coronel habla muy alto y las paredes son muy finas. —Liz se acerca a la cámara—. Estoy contigo, John.

John reproduce el vídeo de Liz un par de veces más. Le sorprende la posdata. Ella no debería haber escuchado la conversación y el coronel no dijo exactamente que no se fiara de nadie, insinuó que desconfiara de todos menos de Alan Carson. Pero, por el momento, Alan no tiene su confianza. Sea como fuere, John agradece sus palabras. Cierra por fin el portátil y se mete en la vaina para descansar.

En su desquiciado sueño, se encuentra una y otra vez herido por el fuego de ojos claros de su taimada valkiria, cayendo hasta lo más profundo de la base de Nellis y nadando desesperado para llegar al Valhala, para ser invencible en la mesa de Odín.

Seis horas cuarenta minutos después, a la hora convenida, van a visitar al módulo Gravity, en el que supuestamente Alan trabaja durante estos días. Es un módulo de dimensiones superiores al resto y con estructura curva. John mira a ambos extremos, parece una gigantesca U libre de compuertas. Las paredes aparecen pintadas a

franjas blancas y negras como un paso de peatones largo y estrecho. Hay varios paneles sueltos y cables a la vista. John procura no rozar nada. Alan Carson trabaja en uno de los extremos de la U. Flotan hasta él. Lleva una visera de protección y varias herramientas en el cinturón.

—Últimamente pasa mucho tiempo aquí —afirma Maksim.

Alan se levanta la visera y se vuelve hacia ellos.

—Yo también me alegro de verlos.

—¿Podría decirnos en qué trabaja?

—En breve llegará la parte que completará este módulo de gravedad lunar. Como habrán comprobado, es mucho más grande que el resto y esto hace que tanto el transporte como el ensamblaje sean mucho más complicados. Será uno de los trabajos más delicados que se hayan realizado hasta ahora y mi misión es tenerlo todo preparado.

—¿Para qué servirá este nuevo módulo?

—Una vez completado, será una circunferencia que girará sobre sí misma para emular la gravedad lunar en su interior. Lo que viene a ser unas seis veces menos que en la Tierra. Los futuros selenitas pasarán mucho tiempo en él para someterse a todo tipo de pruebas antes de establecer la colonia.

—Gracias por la aclaración. Ahora nos gustaría saber el motivo de su reciente visita a la cápsula Dragon.

Alan señala un maletín bastante grande colgado a su izquierda. Muy parecido al que aparece en el vídeo en que Alan entra a la citada cápsula.

—Con ustedes llegaron unos dispositivos necesarios para completar el ensamblaje de este módulo. Simplemente fui a recogerlos.

Alan Carson se desplaza hasta el maletín y lo abre. Hay dos piezas con forma de cono en su interior.

—Esta parte —explica señalando la que está a la izquierda— se instala aquí dentro y la otra por el exterior.

—¿Se encargará usted también de instalar la pieza exterior?

—En efecto. Habrán comprobado en el programa que hay una EVA prevista para pasado mañana. Tendrá una duración aproximada de diez horas, es un trabajo complejo y, como he dicho,

ha de efectuarse en los dos extremos del módulo Gravity.

—¿Tendrá tiempo para realizar antes una bajada no prevista a la superficie lunar? —pregunta Maksim.

Alan interroga a John con la mirada. Seguramente para cerciorarse de que Maksim no está de broma. John asiente ligeramente.

—Cumplo órdenes.

—¿De quién exactamente? —sigue Maksim.

—Solo bajaré si el comandante me lo ordena.

—Me alegra escuchar eso porque ya debería haber hablado con usted sobre este asunto.

Alan vuelve a bajarse la visera y continúa con el trabajo. Extrae de su cinturón un destornillador eléctrico y lo usa para aflojar un par de tornillos que se guarda con cuidado. Maksim roza con discreción el hombro a John para llamar su atención. No era necesario, John ya se había percatado de que aquella herramienta bien podía ser la usada en el crimen.

—¿Hay más herramientas como esa en la estación? —pregunta Maksim sin mucho tacto.

—¿Me está acusando de algo? —le desafía Alan, levantando el taladro y poniéndolo en marcha.

—Limítese a responder, señor Carson —interviene John, algo cansado de ambos egos.

—Unas diez y todos tenemos acceso a ellas. Son muy usadas aquí arriba. Si quieren llevársela para analizar, es toda suya.

—No será necesario —dice John.

Alan extrae ahora algo similar a una llave inglesa y trata de fijar una especie de torno apretando dos enormes tuercas.

—No nos ha dicho si el comandante le ha comunicado nuestra intención de descender a la Luna —insiste John, antes de que lo haga su compañero.

—He estado muy ocupado y no he podido atender el comunicador. Pero no se lo aconsejo —dice Alan mientras trabaja—. El módulo lunar sufrió algunos problemas técnicos en el último descenso. Está arreglado, pero sería conveniente una revisión minuciosa antes de volver a utilizarse.

—Confiamos en su pericia y estamos convencidos de que lo

tendrá listo al cabo de tres horas —dice Maksim, recurriendo de nuevo a la ironía.

Alan se gira y la herramienta que está usando resbala y le golpea en la mano izquierda. La tuerca que trataba de apretar sale volando.

—¿Se encuentra bien? —pregunta John.

—Perfectamente —responde Alan, sacudiendo la mano—, pero si no me dejan trabajar no habrá tiempo para hacer esa excursión que proponen.

—Ya nos marchábamos —dice Maksim empujando con suavidad a John—. Seguiremos esta conversación a bordo del LEM.

Avisan al comandante y se reúnen con él en el módulo Unity 2. El comandante espera a que la escotilla se cierre para hablar.

—Al preparar el alunizaje, he comprobado que quedan pocas horas para la noche lunar. Así que mi consejo es cancelarlo.

John recibe la noticia con cierta satisfacción, quizá pueda terminar de recuperarse de la EVA. Algo le dice que necesitará estar al 100% en la nueva misión.

—No creo que sea un problema postergarlo —dice John.

—Si no les importa esperar catorce días…

—¿Catorce días? —pregunta John descolocado.

—Les recuerdo que no estamos en la Tierra. En la superficie lunar los días duran unos veintiocho días terrestres, es decir, aproximadamente catorce días de luz y catorce de oscuridad. Ambas con temperaturas extremas.

—¿Cuántas horas quedan para esa larga noche? —pregunta Maksim, visiblemente inquieto.

—Unas diez horas.

—Hay tiempo. Lo haremos antes.

—Una excursión lunar no es como ir de pícnic, necesita horas de preparación. Horas que apenas tenemos —replica el comandante, muy serio.

—Está decidido —insiste Maksim.

Sigmund trata de disuadirles alegando mil y un inconvenientes, pero Maksim se mantiene inflexible y programan el descenso lunar para dentro de siete horas y veinte minutos, aunque tendrán que estar en la esclusa de aire tres horas antes para presurizar los trajes. El comandante se despide y, luego, lo hace Maksim. John aprovecha

su tiempo libre para intentar hacer algo de ejercicio. Los músculos y articulaciones están mejor y consigue aguantar casi una hora de entrenamiento. Tras reponerse se dirige a su cuarto y apoya los codos contra la pared. Inspira y espira lenta y profundamente, sin estar seguro de que sea una buena idea lo que van a hacer. Las palabras de Anatoli resuenan en su interior. ¿Realmente estarán todos en peligro?

A la hora convenida se reúne en la esclusa de aire con el comandante y Maksim.

—¿Están seguros de esto? —pregunta por enésima vez Sigmund Reiter.

Ambos asienten con decisión. Las dudas de John se han disipado ante su sentido del deber.

—Procedamos entonces. Por el momento, no hay acople directo del LEM al módulo así que tendrán que bajar con los trajes puestos.

John nota que falta el traje que estaba en reparación.

—¿Dónde está Carson?

—Se encuentra ya en el LEM. Ha estado todo este tiempo poniéndolo a punto.

El comandante revisa los trajes e inician el lento proceso de presurización.

—¿Qué pueden significar las sentencias que el doctor le dijo a Anatoli poco antes de morir? —pregunta John cuando se quedan solos.

Maksim niega con la cabeza.

—En ocasiones la vista puede ver lo que no puede un microscopio. El ADN no miente, pero la verdad no interesa —parafrasea John, imbuido en sus pensamientos.

Maksim guarda silencio. Se muestra poco hablador, quizá quiera aprovechar aquellas horas muertas para descansar. John no consigue darles sentido a las frases. Cierra los ojos y trata de no escuchar su propia respiración. El comandante sale y entra un par de veces. A las dos horas y media vuelve de nuevo el comandante y les pide que le sigan. El LEM tiene un puerto especial en la estación. Es difícil moverse con esos voluminosos trajes por el interior. Con los guantes cuesta coger las agarraderas y se mueven como dos enormes globos que rebotan por las paredes. Alan les espera en el

interior del LEM con el otro traje puesto. Maksim y John toman asiento y el comandante les ayuda con los cinturones.

—Confiamos en que esta vez el LEM se encuentre en perfectas condiciones —dice Maksim.

Alan Carson ignora su comentario acusador y sigue revisando los sistemas.

—¿Qué tal su mano? —pregunta John.

—Bien. Gracias.

—Nosotros estamos listos… —apunta Maksim.

—Esperaremos hasta el momento oportuno para desacoplarnos y entrar en órbita de descenso —responde Alan.

—¿Qué le parece si aprovechamos para proseguir con nuestra conversación? —dice Maksim, encadenando una nueva pregunta—. ¿Por qué no nos habló de la pieza de metal que subieron a la estación usted y el doctor Bosman?

—El comandante dijo que fuese discreto —responde Alan sin interrumpir su revisión—. Como le he dicho, me limito a cumplir órdenes.

—¿Qué subieron tras el segundo descenso? —insiste Maksim.

—Solo rocas y polvo lunar. No tuvimos tiempo de recoger el hielo que solicitó la doctora Hansen. Se nos ordenó terminar la misión antes de lo previsto debido a un fallo en el LEM.

—¿Y por un puñado de rocas se sometieron a un proceso de descontaminación por riesgo biológico?

—¿Eso hicimos? —titubea Alan—. El doctor era extremadamente maniático.

Maksim niega con la cabeza, no parece muy satisfecho con la última respuesta de Alan.

—Podría decirnos al menos qué llevó a la cápsula de reabastecimiento poco antes de la muerte del doctor.

—¿En serio? ¿También soy sospechoso de tirar la basura?

—Responda por favor… —interviene John por primera vez. Tampoco le gustan las evasivas de su compatriota—. Y trate de ser preciso.

—Envases de alimentos y de higiene. No recuerdo con exactitud todos los desperdicios… Creo que entre ellos había una maquinilla de afeitar…

—Muy gracioso, señor Carson… ¿De qué habló con Dirck Bosman poco antes de su muerte? Nos dijo que no había vuelto a hablar con él desde su regreso de la segunda excursión lunar, pero las grabaciones de seguridad dicen otra cosa.

—Dije que no lo recordaba con exactitud. Igual que tampoco recuerdo de qué narices hablamos en aquel momento. De nada importante, eso seguro. Es posible que de las lechugas que cultiva Anatoli, el doctor era un fan.

—Siempre afirma que cumple órdenes… Entonces… ¿por qué no trajo el hielo lunar siguiendo las órdenes?

—Se lo repetiré una última vez, hubo un fallo en LEM y tuvimos que adelantar la vuelta por orden del comandante Sigmund.

—Hemos comprobado que realizó numerosas trasmisiones por un canal poco habitual con tierra. ¿Podría decirnos el motivo?

—Seguro que control de tierra puede responder mejor que yo.

En esos momentos se enciende un aviso en el panel de mando.

—Y ahora, si me disculpan, debo centrarme en el viaje.

—Entrando en órbita para descenso —se escucha al comandante por los cascos.

—Desplegando tren de aterrizaje —informa Alan.

El americano manipula varios paneles.

—Tren de aterrizaje en posición. Permiso para desacoplar.

—Permiso concedido —dice el comandante.

Con una ligera sacudida, el LEM se separa de la estación e inician la caída hacia la Luna. El motor de descenso del LEM se enciende para reducir la velocidad orbital. Los siguientes diez minutos los pasan en un ensordecedor silencio mientras Alan ajusta la trayectoria y velocidad para alinearse con el sitio de alunizaje planeado. De pronto, la ventanilla aparece colmada por el abrumador gris resplandeciente del suelo selenita. Durante unos segundos destaca un inmenso cráter, un pozo de oscuridad sin fin que interrumpe la uniformidad del terreno. Cada vez están más cerca y da la impresión de que caen a gran velocidad y sin control. John se sujeta a los reposabrazos y lucha por controlar la respiración. Ahora, entre el eterno desierto gris que se abre ante ellos, John puede distinguir los cimientos de la futura base lunar. Alan toma los mandos y enciende el motor principal para reducir la

velocidad y estabilizar la nave. La visión es ahora más clara. Hay contenedores repartidos por el suelo lunar en un amplio radio, algunos todavía anclados a los paracaídas de colores rojo y blanco. Más o menos en el centro destaca un módulo tubular y dos grúas erguidas con enormes brazos robóticos.

—¿Ven ese domo sin cúpula superior? —pregunta Alan cuando están muy cerca—. Ahí es donde se alunizará en el futuro. Está conectado con el módulo principal, pero todavía no está operativo.

Alan controla el LEM reduciendo la velocidad hasta casi cero y las patas del LEM amortiguan el impacto suave con la superficie lunar. El viaje no ha durado más de veinte minutos.

—Alunizaje realizado con éxito.

—Excelente, señor Carson.

—Verificando sistemas —prosigue Alan, visiblemente atareado y concentrado—. Comprobando que el módulo ha alunizado de manera estable. Comprobado. Revisando estado del motor, niveles de oxígeno, energía y comunicaciones. Todo correcto. Preparando el LEM para un posible despegue de emergencia. Preparado. Todos los sistemas están listos en caso de un problema en la superficie.

El proceso ha durado veinticuatro minutos y John nota cómo Maksim empieza a impacientarse.

—Comprobando las mochilas de soporte vital portátil —continúa Alan ajeno a sus inquietudes—. Comprobando equipo. Todo en perfecto funcionamiento. Despresurizando el LEM. No hay fugas. Liberada presión interna. Comprobaciones finalizadas. Todo correcto.

La segunda tanda de comprobaciones los ha llevado casi treinta minutos.

—Recibido, señor Carson —responde el comandante—. Pueden proceder al descenso. Lleven cuidado ahí abajo y no se demoren ni un minuto más de lo estipulado.

—Entendido.

Alan teclea unos comandos y los cinturones se sueltan. Pocos segundos después, se abre una pequeña escotilla y aparece ante ellos la luz de otro mundo. La luz que levanta mareas y sueños, migraciones y suicidios.

—¿A qué esperan, caballeros? —pregunta Alan.

Maksim hace amago de salir, pero John está más cerca de la compuerta y se le adelanta con un salto que impide que Maksim sea de nuevo Superman. Él se anotará el tanto de ser el primero en pisar la Luna. Se lanza sin mirar la escalerilla ni la cara de póquer de sus colegas. Esto es la carrera espacial, señores. Su estrella no le abandona y consigue voltear sobre el último escalón y, con un pequeño salto, aterriza milagrosamente con los dos pies a la vez. Ambas huellas se marcan con dibujo parecido a la mítica huella de Neil Armstrong y con perfil muy distinto. John siente cómo las tripas se asientan en su interior. Todo su ser se remueve por dentro ante una gravedad que, aunque seis veces menor que la de la Tierra, es bienvenida por su cuerpo. Mira a su alrededor, Maksim ya ha bajado y Alan está descendiendo. Todo tiene un halo espectral. El horizonte se perfila mucho antes de lo acostumbrado y parece más pequeño. Han aterrizado a pocos metros del módulo principal de la base, una construcción modular en forma de rectángulo de unos 3×10 metros. Su color gris pálido se mimetiza con el paisaje. Tiene un acceso frontal y otro lateral. Caminan con pequeños saltos hacia él, como comparsa de baile incierto. Las grúas móviles de enormes brazos robóticos articulados son imponentes y los amenazan desde arriba. Seguramente se usen para terminar de construir la base. Puede ver el domo mencionado por Alan y otras estructuras ya levantadas. A lo lejos distingue alguno de los contenedores desperdigados. Junto al módulo hay una especie de buggy playero muy parecido al que vio en la sala de bienvenida del centro espacial de Houston. Lleva una antena aparatosa y dos pinzas articuladas en la parte delantera. Alan se aproxima hacia el acceso delantero y les espera sobre una pequeña plataforma. Cuando están los tres sobre ella, Alan la eleva hasta la compuerta y acceden. La esclusa se sella a su espalda encerrándoles en un pequeño recinto no apto para claustrofóbicos.

—No se quiten los cascos. Necesitaremos unos minutos para presurizar —dice Alan mientras manipula un teclado vertical.

Descienden algunos paneles y con precisión se activan turbinas, iluminación interior y monitores de control. Permanecen en la esclusa de aire hasta que los indicadores que hay junto a la escotilla se tornan verdes y se desbloquea la entrada. Escapan de las

incómodas escafandras y entran en un módulo mucho más amplio que los de la EEL. Prácticamente diáfano, salvo por algunos bancos y equipos de trabajo.

—No sé qué pretenden encontrar aquí abajo, pero lamento informarles que esto es to, esto es todo amigos —dice Alan imitando al conejo de los Looney Toones.

Maksim y John recorren todo el perímetro.

—¿En qué trabajaba el doctor?

Alan les enseña el rincón dedicado al laboratorio médico que estaba terminando el doctor. En la esquina superior hay colgada una cuadrícula de maceteros con algo creciendo en su interior. Alan sigue la mirada de John y aclara:

—Incluso trajo alguna de las lechugas de Anatoli. Confiaba en que aquí se desarrollarían mejor.

Luego, les enseña una cabina de control iluminada. Desde allí se consultan y controlan todos los datos ambientales del módulo.

—Como ven, dispondremos de energía durante unas cinco horas. Aunque yo diría que ya está todo visto —dice Alan con una mueca de triunfo.

Maksim y John terminan de revisar a fondo el módulo base sin encontrar nada de interés. Alan les observa en todo momento con aquella media sonrisa.

—He visto fuera un vehículo lunar. Siempre he querido dar un paseo por la Luna. ¿Qué me dice, John?

La mueca de Alan Carson se transforma de manera radical. Es evidente que la proposición de Maksim le ha disgustado y eso que todavía no ha terminado:

—Creo que solo había sitio para dos. Así que usted, señor Carson, puede ir regando las lechugas de Anatoli mientras paseamos.

—Es necesaria la autorización del comandante.

—Creo que no lo ha entendido. Aquí las órdenes las damos ahora nosotros.

Maksim y John regresan a la esclusa de presurización.

—Si tardan más de cuatro horas me iré y los dejaré aquí —amenaza Alan desde el módulo.

—No lo dudo —responde Maksim antes de cerrarle la compuerta

en las narices.

Se enfundan de nuevo los trajes y los ajustan a una presión algo más baja que la de la base para evitar cambios bruscos al salir. Quince minutos después, Alan inicia la despresurización de la esclusa de aire para igualar la presión entre el interior de la base y el vacío exterior.

—¿¡Qué creen que están haciendo!? —protesta con vehemencia el comandante.

—Vamos a dar un pequeño paseo de reconocimiento —responde Maksim, que parece disfrutar desafiándolo.

—No abandonen la base y cíñanse a lo acordado. Yo soy el único responsable de la EEL y de todas las actuaciones que se realicen.

—Acordamos que Alan Carson pilotaría el LEM, y lo hemos cumplido. No hubo restricciones en cuanto al uso del rover lunar. Pero no se preocupe, comandante, ambos tenemos carnet de conducir.

El comandante pasa los siguientes minutos enumerando los riesgos de lo que piensan hacer y tratando de disuadirles. Sin éxito. Maksim no se molesta en contestar y John tampoco lo hace. Todo lo que diga acabará enfureciendo más a Reiter. Maksim se pone en pie y propone salir antes de que el panel indique que han terminado. John, inflexible, se lo impide. No piensa lidiar de nuevo con los dolores articulares. Una vez terminado el proceso, que esta vez no se demora más de quince minutos, la esclusa exterior se desbloquea automáticamente. Salen y se dirigen directos al rover lunar. Por fortuna hay luz solar. A Maksim no le cuesta trabajo encenderlo y pilotarlo. Acuerdan dar vueltas en círculos cada vez más amplios alrededor del módulo base para inspeccionar los alrededores. Las gruesas ruedas y los potentes amortiguadores les permiten sortear algunos pedruscos y cráteres de forma bastante cómoda. Cada vez que encuentran un contenedor de materiales, lo rodean para comprobar si tiene algún desperfecto. Los cinco primeros están marcados con una raya de pintura verde, seguramente hecha por Alan. La idea es terminar de inspeccionarlos todos para cerciorarse de que la pieza metálica es parte de uno de ellos, como supone el comandante Reiter. Maksim se detiene al pasar junto a la estructura en forma de domo que se usará para los futuros alunizajes del LEM.

Entran. No hay techo y por dentro está vacía. Regresan al vehículo y siguen ampliando su distancia al módulo base. Por el momento no hay ningún contenedor con daños más allá de abolladuras en la zona de impacto. Si bien es cierto que algunos presentan partes enterradas en el regolito lunar y, pese a que parecen en buenas condiciones, no pueden asegurarlo a cien por cien. Se aproximan a la otra construcción con forma de faro que también pudieron apreciar durante el aterrizaje. Su sólida base se va estrechando según se eleva hasta unos seis metros y acaba con un gran dónut encajado. En dicho cilindro superior se aprecia un enorme ventilador y varios paneles solares. Tratan de acceder, pero está herméticamente cerrado. Solo se observa una estrecha puerta cerrada. Tres tubos salen de la estructura a ras de suelo y la conectan con el módulo principal. Ya los habían visto al pasar sobre ellos en repetidas ocasiones con el buggy.

—¿Puede escucharnos, comandante?

John necesita repetir la pregunta tres veces para recibir respuesta. Y el comandante no parece muy contento.

—¿Cuál es la función de la construcción en forma de faro?

—Es algo así como una depuradora. La doctora Julie Hansen la diseñó y su trabajo consiste en que esté totalmente operativa cuanto antes.

—¿Se puede entrar?

—Imposible. Solo contiene maquinaria y sustancias tóxicas.

Hay una llamativa chapa metálica que advierte del peligro. Por el otro extremo del edificio salen otras dos tuberías mucho más gruesas que se pierden en el horizonte.

—¿Cuál es la función de estos conductos traseros? —pregunta Maksim, enfocándolos con las cámaras de su casco.

—Olvídense de los conductos y regresen de inmediato a la base lunar. En poco más de una hora empezará la larga noche lunar.

De hecho, John ya nota un descenso significativo de la luz.

—Antes seguiremos unos cuantos metros. Hay tiempo —dice Maksim.

Conducen en paralelo a las tuberías durante unos diez minutos. Se están alejando demasiado del módulo y la noche lunar es inminente. John comprueba el consumo de oxígeno en la pantalla

del casco. Todavía tienen unas tres horas de autonomía, pero, si se siguen alejando y fallase el rover, el panorama cambiaría radicalmente. Se guarda sus inquietudes para no mostrar debilidad ante Maksim. John comprueba también la temperatura y, como les advirtió el comandante, es extrema. En concreto, ciento diez grados, pero la refrigeración del traje funciona bien. Si la noche cayese sobre ellos podría descender muy rápidamente hasta alcanzar los -180 grados.

Hay marcas en el suelo de ruedas y el camino está despejado de piedras y cráteres. Es evidente que aquella ruta la han hecho antes. Eso tranquiliza a John en parte. Los siguientes cincuenta minutos siguen en silencio. Incluso cesan las continuas quejas del comandante. Es posible que hayan perdido momentáneamente la comunicación. Maksim aumenta la velocidad, es inquietante ver cómo el polvo que levantan las ruedas tarda en posarse en el suelo. La Tierra va desapareciendo por el horizonte y la luz con ella. El brillo de la superficie se convierte en un gris pálido y, a partir de unos pocos metros, es imposible distinguir nada. Por fortuna, el rover posee unos focos potentes que les permiten continuar y, sobre todo, volver. John cree divisar una mancha oscura delante. Se incorpora todo lo que puede y alerta con un grito a Maksim, que frena de golpe. El vehículo necesita varios metros para detenerse y queda a unos dos metros del borde de un inmenso precipicio.

La oscuridad que les rodea es total. Bajan del vehículo y encienden las luces del traje, esto provocará que las baterías se consuman más rápido. John es consciente de que, si el rover se averiase, regresar al módulo en las dos horas que les quedan sería casi imposible. Comprueban que los tubos bajan por el gigantesco cráter que se abre ante ellos, tan profundo que no ven el final. Solo un enorme pozo de oscuridad por todos los lados.

—Apuesto a que ahí abajo se encuentra el agua que tanto ansía Julie para abastecer la base lunar.

John asiente. La pendiente es excesiva para el rover y también para ellos. Maksim se ha detenido justo en el borde y mira hacia abajo en silencio. John hace lo mismo a unos metros de su posición y entrevé un pequeño saliente.

—Vuelvan de inmediato —regresa la voz del comandante—.

Ahora no podremos ayudarles. Me escuchan. Están solos ahí abajo.

John ignora a Sigmund y da un salto al vacío. Con los sistemas de propulsión SAFER de la mochila amortigua la lenta caída.

Maksim suelta una carcajada.

—¡Maldito americano! Es usted más cabezota que yo… Y más loco…

Maksim salta detrás de él. Ambos se apoyan en el saliente. El impacto ha sido leve, porque no han bajado más de cuatro o cinco metros.

—Están locos —dice Sigmund, cuya voz apenas se escucha—. No podrán volver. Ese cráter tiene más de quinientos metros de profundidad.

Al escuchar los quinientos metros, John hace unos cálculos mentales rápidos y deduce que una caída de poco más de cincuenta metros podría ser mortal. La débil gravedad, que viene a ser un sexto de la terrestre, hace que la caída sea más lenta, pero aun así la velocidad final de impacto sería significativa a partir de esos cincuenta metros. Por otra parte, los propulsores del traje no están diseñados para vuelos propulsados sostenidos ni para frenadas de emergencia a esa velocidad. Están hechos para pequeñas correcciones de posición y desplazamientos suaves en microgravedad. Si además se añade a la ecuación que el traje pesa más de cien kilos, los propulsores definitivamente no tienen la capacidad para generar un empuje continuo ni suficiente para contrarrestar esta energía. Y todo eso sin tener en cuenta la vuelta. Algo totalmente inviable. Se han precipitado y las consecuencias pueden ser fatales. Los conductos siguen descendiendo a unos dos metros de su posición.

—¿Qué me dice, John? —le reta Maksim, que no ha parado de escrutar las profundidades—. Parece que esta zona es suficientemente irregular para seguir descendiendo a pequeños saltos.

—Quizá podamos bajar, pero el regreso será inviable. De hecho, no creo que podamos volver a subir desde aquí.

—Entonces está decidido. Seguimos adelante —sentencia Maksim con una carcajada.

—Está completamente loco.

—No más que usted, John. ¿O he de recordarle quién saltó primero? Además, no debe preocuparse por la vuelta. Tengo un plan.

—¿En serio? Me gustaría escucharlo si no es mucho pedir.

—¿Me recibe, comandante? —pregunta Maksim—. ¿Puede escucharme?

—Con dificultad. Adelante.

—Dígale a Alan que le esperamos abajo en una hora. El combustible del LEM estaba al 65% cuando hemos alunizado, más que suficiente para esta nueva escala.

—¡Malditos insensatos! —El comandante está muy nervioso.

—¿Satisfecho, John?

John sonríe. Maksim no se detendrá ante nada y él tampoco.

Descienden en paralelo a los conductos, midiendo cada salto. Por el momento han conseguido que ningún salto supere los diez metros de caída. En la gran mayoría necesitan usar los propulsores para corregir la trayectoria y no caer. Por más que mira hacia abajo, el fondo sigue completamente oscuro. Los focos integrados en los laterales del casco solo permiten ver a unos metros. Por fortuna, la pendiente no es tan pronunciada como habían pensado en un primer momento y se acentúa la forma en dientes de sierra. Quince minutos después, John distingue unos destellos rosáceos en el fondo. Es hielo. Una inmensa pista de patinaje. Aceleran el descenso. John es el primero en aterrizar sobre ella. Pisa fuerte y se cerciora de que está duro como la piedra. El reflejo de la luz provoca curiosos destellos iridiscentes. Los conductos se introducen en el hielo en dirección a una construcción en forma de cubo negro de unos cuatro metros cúbicos situada a escasos metros.

—¿Me re… ben? —pregunta el comandante, entrecortado, una y otra vez.

—Dígale a Julie que tendrá su muestra de hielo.

El comandante no responde a la broma de Maksim. Parece que han quedado incomunicados por completo. Puede que la estación se encuentre al otro lado de la Luna o que a esa profundidad no tengan señal. John retira la escarcha de la superficie con el guante y comprueba que todo el interior del hielo está surcado por vetas violáceas. No es como el de la Tierra. Se aproximan a la

construcción cúbica y comprueban que está cerrada. John se aleja unos pasos para investigar algunos objetos oscuros que sobresalen de la descomunal pista de patinaje. No son más que rocas y bloques de hielo. John coge un trozo de hielo del tamaño de una caja de zapatos. Le sorprende lo poco que le cuesta levantarlo, es difícil acostumbrarse a la débil gravedad lunar.

—¿Será el propio hielo lo que buscamos? —sugiere John.

—Es una posibilidad. Quizá contenga algo más valioso que el agua y por eso evitan llevarle muestras a Julie.

John lo examina con detenimiento. Tonalidades desde la franja del azul llegando a enraizar con el mismo negro reflejan con fuerza la luz del casco. Lo lanza hacia arriba y contempla su lenta caída. Le recuerda a la confirmación de la teoría de Galileo realizada con el martillo y la pluma en la superficie de la Luna llevada a cabo por los astronautas del Apolo 15. Después, sigue un rastro de piedras y fragmentos de hielo cada vez más abundante. ¿De dónde se habrán desprendido? A unos doscientos metros distingue una brusca oquedad dentro de aquel enorme cráter, que parece reciente. Tiene la impresión de que ha sido causada por una explosión y no por el impacto de un antiguo meteorito. Maksim llega a su altura.

—Apuesto a que el fogonazo que vio Anatoli causó este cráter —afirma John.

—Aquí había algo que hicieron volar por los aires en el segundo descenso —confirma Maksim.

Se separan para buscar entre los escombros. Pasan los minutos y no hallan más que piedras y hielo. John comprueba que les queda poco más de una hora de oxígeno. Confía en que el comandante haya escuchado a Maksim y transmitido a Alan el punto de recogida. En cualquier otro escenario la partida terminaría para ellos.

—Tengo algo —grita Maksim.

John se acerca a grandes saltos. A sus pies hay algo parecido a una pieza metálica entre fragmentos de hielo. No mucho más grande que un billete de dólar. Al cogerla ven que es tan fina como el papel de aluminio y presenta una de las caras oscurecida, como quemada. Acuerdan buscar más entre el hielo, pero, de pronto, divisan una esfera de luz sobre ellos que se hace cada vez más

grande, como si fuese a caer sobre ellos. La luz les ciega casi por completo y les obliga a apartar la mirada, pero ilumina todo a su alrededor y revela varios fragmentos metálicos pequeños que brillan entre los escombros. Unos segundos después, la luz cambia de rumbo y empieza a alejarse.

—¿Me reciben? ¿Me reciben? —insiste el comandante.

—Le escuchamos.

—Han surgido problemas con el LEM y Alan tiene que abortar la misión de rescate.

—¿¡Abortar!? ¿¡Se ha vuelto loco!? Lo tenemos justo encima. Ordene que aterrice de inmediato, no disponemos de oxígeno suficiente.

—El alunizaje es completamente inviable. Están solos.

—Alan ha tomado su decisión —dice el ruso—. Y lamento decir que no me sorprende.

—¡Regresen al módulo de la base lunar de inmediato! —ordena el comandante Sigmund.

Eso hacen. Olvidan los fragmentos metálicos y se dirigen a grandes saltos hasta el lugar donde los tubos se hunden en el hielo. Inician el ascenso, pero al poco la pendiente se va tornando más acusada y hace que la subida sea realmente complicada. Se ven obligados a saltar y usar los propulsores, pero es muy difícil agarrarse a los bordes de los salientes y muchas veces retroceden los metros ganados. Pronto se quedarán sin propulsores. Los de John están en torno al 45%, aunque siendo realista el impulso es prácticamente nulo. Maksim le hace un gesto de calma y le pide que se acerque. Extrae un cable estirando del cinturón y señala los tubos. John le ayuda a pasarlo por debajo de uno de los conductos. Maksim agarra el otro extremo y empieza a subir como lo hacen los podadores de palmeras. John le imita.

—Trata de usar los propulsores solo en las partes más difíciles —le advierte John.

El proceso es lento y costoso. En ocasiones el cable resbala y caen, obligándoles a usar los propulsores para sujetarse de nuevo. John está sudando dentro del traje pese a los extremos -160 grados del exterior que informa su casco. El esfuerzo hace que el consumo de oxígeno se dispare y que los músculos se le agarroten. Las manos

se quedan insensibles para apretar con fuerza. No desfallece y sigue trepando. Ver que su compañero tampoco se rinde le da fuerzas.

—Ocho por ciento de oxígeno —informa Maksim entre jadeos nada más alcanzar la cima.

A John le queda un 9%. Maksim, antes de subir al rover lunar, saca de un contenedor trasero dos pequeños tanques de oxígeno de reserva y los conecta al sistema de soporte vital para recargarlos con una mueca de triunfo.

—Fue lo primero que comprobé antes de subir al rover. No creerá que estoy tan loco como para confiar en su compatriota Alan Carson, ¿verdad?

John levanta el pulgar mientras ve como el oxígeno en el panel del casco se actualiza hasta el 63%. Pero no todo son buenas noticias. El vehículo no arranca. Quizá el frío lo esté afectando. Maksim lo intenta una y otra vez hasta que se pone en marcha. Recorren el camino de regreso lentamente, siguiendo los conductos, hasta alcanzar el primer módulo de la futura base lunar. Efectúan el proceso de reentrada tal y como lo hicieron con Alan a la llegada. A los pocos minutos, el panel de la esclusa de aire cambia a verde. Se quitan las escafandras y acceden a la zona principal. Es un milagro que lo hayan logrado, pero la situación sigue siendo muy delicada y no obtienen respuesta de la estación. El panel de control indica que faltan siete minutos para que su órbita abandone la zona en que la Luna se interpone entre ellos y recuperarán la comunicación.

24
Electrolizador

John comprueba en el panel que el módulo dispone de unas reservas de oxígeno inferiores a dos horas y en los trajes quedan unos cuarenta minutos. Su única posibilidad de sobrevivir es que el módulo lunar regrese a por ellos antes de que venza ese tiempo. Ambos revisan el módulo en busca de tanques de oxígeno de reserva o algo que les sea de utilidad. No encuentran nada.

—¿Me reciben? —es la voz del comandante Reiter.

—Le recibimos.

—Me alegra que se encuentren bien. Al no obtener respuesta por su parte, me temí lo peor.

—¿Qué ha sucedido, comandante? —John va al grano. No hay tiempo que perder.

—Se ha detectado una fuga constante de combustible en el LEM y Alan ha tenido que regresar a la estación. Ha conseguido acoplarse al límite. De no haber actuado de inmediato estaría flotando a la deriva.

—¿Cuándo volverá a por nosotros?

—Alan está trabajando en ello. Su primera estimación es de cuatro a seis horas.

Se hace un silencio demoledor.

—No aguantaremos más de dos horas y cuarenta minutos —dice John.

—Díctenme los datos que marca el panel de control. Necesito información de algunos indicadores.

John se acerca al panel y lee los parámetros que solicita el comandante con un tono de voz que se va agravando en cada evidencia. La voz del comandante vuelve serena a los pocos segundos.

—El módulo usa agua para obtener oxígeno y para mantener una temperatura estable en su interior. Tendrán que bajar los niveles de confort al mínimo. Esto supondrá pasar algo de frío a cambio de ganar tiempo de oxígeno.

John usa el panel de control para reducir la iluminación y bajar a ocho grados la temperatura interior. El programa recalcula el tiempo estimado de oxígeno, que ahora es de dos horas y media. Solo han ganado treinta minutos.

—No es suficiente, comandante. Sumando el oxígeno de los trajes más el del módulo, apenas llegamos a las tres horas.

Maksim, ajeno a la conversación, sigue inspeccionando el habitáculo.

—¿Hay algo ahí fuera que podamos usar?

—Solo las bombonas de emergencia del vehículo lunar, que ya deben haber usado.

—¿Qué me dice de los contenedores?

—No contienen equipos de supervivencia. Solo material para la construcción de la base. Sería una pérdida de tiempo y oxígeno registrarlos. Lo que deben hacer es permanecer quietos y serenos para consumir el mínimo oxígeno posible.

Maksim se quita los auriculares y el micrófono, los tira al suelo y los pisa. Luego, le hace un gesto a John para que desactive los suyos. John, desconcertado, interrumpe la comunicación con la estación. Maksim cierra un maletín con algunas herramientas que ha encontrado.

—Escuche, John. No creo que Alan tenga intención de volver antes de que estemos muertos. Voy a salir a ver si encuentro algo.

—El comandante ha dicho que no hay nada.

—Le creeré cuando lo compruebe por mí mismo.

—Le acompaño, entonces.

—Sería una insensatez consumir más oxígeno del necesario. Permanezca aquí, en contacto con el comandante.

John asiente, en esta ocasión no hay alternativa. Maksim pasa a la esclusa de aire y John le ayuda a ponerse de nuevo el traje. Veinte minutos después, John se queda solo y abre de nuevo la comunicación.

—¿Por qué necesita Alan tanto tiempo para repostar?

—La fuga se debe a una perforación en el tanque del combustible. Lo primero es repararlo y después hay que extraer combustible de la cápsula Dragon.

—¿Es necesario recurrir al combustible de la Dragon?

—La fuga y los dos viajes no programados nos han dejado sin combustible suficiente para una nueva excursión lunar. Extraeremos lo imprescindible de la cápsula Dragon, pero necesita un tratamiento antes de poder introducirlo en el tanque del LEM. Y después…

—¿Hay un después?

—Por desgracia lo hay. El regreso precipitado y fuera de control ha provocado que el tren de aterrizaje sufra daños durante el acoplamiento con la estación y sea necesario repararlo.

John guarda silencio, no cree que se pueda realizar todo lo que le ha dicho en menos de seis horas. Además, la hipótesis de Maksim sobre Alan empieza a ganar credibilidad. John mira a su alrededor. La iluminación es muy débil y la temperatura está disminuyendo notablemente.

—¿Quién está usando un traje?

—Maksim ha salido en busca…

—Les he ordenado que permaneciesen… —le interrumpe el comandante.

Pero la frase queda incompleta porque la comunicación se vuelve a perder. La bronca del comandante tendrá que esperar mientras la estación quede oculta tras la Luna. John agradece el silencio. Inspecciona el módulo de nuevo. No hay nada más que el laboratorio médico y las malditas lechugas. El impulsivo Maksim ha roto la comunicación destrozando sus cascos, pero la escafandra lleva una propia. Probablemente la haya desactivado también para no escuchar al comandante.

—¿Me reciben? —La voz de Sigmund regresa doce minutos después.

John no tiene ganas de discutir.

—¿Pueden escucharme? —insiste.

—Le escucho.

—Anatoli está conmigo y quiere hablar con Maksim.

—Maksim está fuera e incomunicado. Tendrá que hablar

conmigo.

De fondo escucha una breve conversación entre ambos.

—Lo siento. Prefiere esperar a Maksim…

John quisiera tratarlo con el mismo desprecio que ha recibido, pero sabe que es mejor escuchar lo que tenga que decir. Debe ser algo importante si ha salido de su escondite. Sabe que no debe considerarle enemigo y, ante la falta de tiempo, la racionalidad se impone. Así que dice en perfecto ruso:

—*Artelnyi gorshok gusche kipit.*

Es un viejo proverbio ruso que viene a decir algo así como «trabajar en equipo produce mejores resultados». Tras unos segundos eternos de silencio, el propio Anatoli responde con otro proverbio ruso:

—«Nunca trates de enseñar a un cerdo a cantar. Perderás tu tiempo y fastidiarás al cerdo».

—Una palabra amable es mejor que un gran pastel —replica John en ruso, siguiéndole el juego.

—¿Cómo están las lechugas, camarada?

Maldito capullo. John no está para pensar en las lechugas. Espera que aquella charla no tenga nada que ver con la investigación del ruso. Nota cómo la furia crece en su interior. Por fortuna, antes de que John pueda decir nada, Anatoli continúa:

—Si las plantas viven es que el doctor Bosman, pese a los problemas que tuvieron en el último descenso, recargó el depósito para el sistema de riego automático.

John contiene su cólera y se acerca a las malditas lechugas. Están verdes y saludables.

—Tienen buena pinta.

—El módulo en el que se encuentra usa el agua como combustible.

—Comprendo… le escucho.

—Siga el tubo que cae por la parte trasera de los planteles hasta el suelo. Abra la trampilla y dentro encontrará un bidón de agua.

John sigue las indicaciones de Anatoli y extrae un bidón de unos veinte litros, que por el peso debe estar lleno.

—Lo tengo.

—Bien hecho. Ahora vierta el agua en el electrolizador situado

en el extremo opuesto.

John había visto la máquina cilíndrica, pero no le había atribuido utilidad alguna. Tras un breve examen, vierte toda el agua en un depósito. Lo cierra de nuevo y se dirige al panel de control central. Hay un aviso de que los datos se están recalculando. Al terminar, comprueba que han ganado unos cuarenta minutos. Eso quiere decir que siguen teniendo poco más de tres horas.

—Agradezco su ayuda, Anatoli, pero es insuficiente.

—Lo siento, no se me ocurre nada más. Recuerden que se lo advertí.

Una alerta suena con fuerza en su interior y John comprueba la hora. Se ha superado por unos minutos el límite de tiempo que marcaba su traje. Se asoma por la escotilla a la esclusa de aire y está vacía. ¿Le habrá ocurrido algo a Maksim? La comunicación con la estación vuelve a estar inactiva. John entra en la esclusa dispuesto a salir en su busca. En ese momento saltan las alarmas. Tarda unos segundos en comprender lo que está sucediendo. ¡Hay luces fuera! Maksim debe haber activado la secuencia de entrada y su presencia allí se lo impide. John abandona la cámara y la sella de nuevo. Se pega al ojo de buey y ve a Maksim dando un último paso para desplomarse sobre el banco y quedar inmóvil. Debe haber consumido todo el aire, pero no puede socorrerle hasta que se igualen las presiones. Los minutos se hacen eternos hasta que se desbloquea la escotilla. John entra y zarandea con todas sus fuerzas los más de trescientos kilos inertes de su amigo. No responde. Le quita el casco y le abre la escafandra. Se ve frente a lo que podría ser el cadáver de Maksim, apagado como sin retorno. Le propina dos bofetadas. Y luego otras dos. De pronto, escucha un gruñido en el fondo del traje espacial. ¡Todavía vive! Maksim empieza a volver en sí con una respiración profunda y entrecortada.

—Lo siento —dice entre toses, casi antes de recuperar el conocimiento—. El comandante estaba en lo cierto, se necesita mucho tiempo y esfuerzo. Hasta aquí hemos llegado, *tovarich*.

John le ayuda a incorporarse y acceden a la zona principal.

—He hablado con Anatoli.

—¿Usted? —pregunta sorprendido.

—Así es.

—¿Y qué le ha dicho ese maldito cobarde?

—Me ha preguntado por las lechugas…

Maksim sonríe.

—¿Algo más?

—También ha mencionado algo sobre molestar a un cerdo.

Maksim suelta una carcajada forzada y vuelve a toser.

—Nos ha ayudado a ganar un poco de tiempo con el agua de sus plantas.

—¿Cuánto?

—Poco más de lo que ha desperdiciado en la inútil salida.

Maksim encaja el golpe sin protestar.

—¿Qué opciones hay de que regresen a por nosotros?

—Muy pocas. Alan tiene que arreglar el LEM y…

—Alan… —le interrumpe Maksim negando con la cabeza.

Maksim le pide por gestos que le entregue los cascos y el micro. John accede y su compañero los apaga y los deja en un banco.

—¿De qué habló con Alan?

—Yo no he hablado con él…

—Se ha ganado mi respeto, John. No lo pierda ahora con una burda mentira. Me consta que Alan fue a su camarote mientras se recuperaba de nuestra EVA.

—Estaba semiinconsciente cuando entró, ni siquiera estaba seguro de que la visita fuera real y no un delirio. Dijo algo de que tendría que decidir bando…

—¿Decidir bando?

—Así es.

—¿Y lo ha decidido?

John le mira fijamente.

—Para usted, Alan era culpable incluso antes de que llegásemos a la estación. ¿Es por la eterna enemistad entre nuestras naciones?

—Por eso y por usted.

—¿Por mí?

—Por su elección. Nos sorprendió que su gobierno cumpliese lo acordado y eligiese para esta misión a un hombre sin formación militar, sin experiencia en el espacio… Ni siquiera trató de infiltrar a un agente de sus servicios secretos. Además…

—Además… —le anima John.

—Además, eligió a un *loser*.

Esta vez es John quien encaja el golpe sin rechistar. Resulta evidente que Maksim no lo dice para ofender, sino para constatar un hecho.

—La nación de la propaganda y los superhéroes jamás elegiría un segundón para una misión así. A no ser que su verdadera intención sea que no descubra nada. Admitirá que…

—Puede que tenga razón —le interrumpe John.

—Quiero dejar claro que para mí no es un loser.

John resta importancia con una mueca cansada.

—Si fuera un *winner* no estaría aquí abajo desahuciado…

—Si estamos aquí es por mi culpa.

—Olvidemos las culpas. Lo hecho, hecho está. ¿Qué le parece si reconstruimos los hechos mientras aguardamos la muerte?

—No perdemos nada. Empiece usted…

—Creo que podemos descartar que la muerte esté relacionada con un crimen pasional. Convendrá conmigo en que todo empieza cuando Alan y el doctor Bosman descienden a la superficie lunar en una excursión programada.

—Totalmente de acuerdo —dice John.

—En esa primera excursión encuentran algo imprevisto y lo suben a la estación.

—El comandante, Sigmund Reiter, lo analiza —sigue John con el razonamiento— y concluye que se trata de una pieza de metal de lo más común. Lo más probable es que alguno de los implicados lo comunicase a Tierra pese a que el comandante les pidió discreción.

—Dos días después, Carson y Bosman bajan por segunda vez a la superficie lunar. Las verdaderas intenciones de Alan son muy diferentes a la petición de Julie de traer una muestra de hielo.

—¿Por qué está tan seguro de la implicación de Alan? —pregunta de nuevo John.

—No imagino al doctor Bosman colocando cargas explosivas para deshacerse de algo. Lo más lógico es que mientras el doctor trabajaba en este módulo, en su laboratorio médico, Alan saliese con el rover con la excusa de comprobar el estado de los contenedores exteriores y aprovechase para colocar las cargas…

—Sigamos ese razonamiento —acepta John—. Baja hasta el

cráter y mientras colocas las cargas encuentra algo todavía más comprometido que una pieza metálica. Posiblemente orgánico. Se lo muestra al doctor y acuerdan regresar de inmediato a la estación alegando un fallo en el módulo lunar.

—Al llegar a la estación, por recomendación del doctor, se someten a un proceso de descontaminación biológica. Acuerdan guardar silencio hasta que el doctor analice el nuevo hallazgo, aunque seguramente vuelven a filtrar a Tierra lo sucedido.

—Desde este momento se precipita todo —prosigue Maksim—. Mi teoría es que Alan roba del laboratorio del doctor la muestra orgánica para impedir su análisis y la introduce en la cápsula de reabastecimiento que sabe que en pocas horas pondrá rumbo al sol.

—El doctor se da cuenta del robo —razona ahora John—, pero Alan desconocía que Bosman ya había extraído una muestra para analizarla en su cámara de guantes y se afana en ello. Obtiene un resultado que es una bomba: ¿ADN alienígena quizá?

Maksim se encoge de hombros.

—Es posible, ¿pero por qué deshacerse de una muestra que confirma la existencia de vida extraterrestre?

Ahora es John quien se encoge de hombros.

—Sigamos —dice Maksim—. El doctor, asustado, copia los resultados del análisis en una memoria USB para ponerlos a salvo o para entregárselos a alguien.

—Después, el doctor se enfrenta con Alan para pedirle explicaciones por el robo del fragmento orgánico.

—O Alan habla con el doctor para decirle que guarde silencio de lo que han encontrado.

—En cualquier caso —dice John—, Alan descubre que el doctor ya ha realizado el análisis. Y el doctor confirma que Alan quiere deshacerse de lo que han encontrado en la superficie lunar. Y los dos mueven ficha…

—El doctor, aprovechando su inminente EVA programada, sustrae del despacho del comandante Sigmund la pieza metálica para esconderla en el exterior, fuera del alcance de Alan.

—En eso estoy completamente de acuerdo —conviene John—. Tuvo que ser el doctor quien escondiese la pieza en el exterior, porque solo hubo una EVA entre la primera excursión lunar y

nuestra llegada.

—Y Alan, conocedor de dicha EVA, decide deshacerse del doctor manipulando su traje para que parezca un accidente. El plan de Alan no termina de dar resultado porque el doctor adelanta unas horas la EVA y tiene que dejar a medias el sabotaje.

—El doctor sale y usa un electroimán para fijar la pieza en el exterior, cerca del lugar donde debe trabajar en su paseo espacial.

—Poco después sufre un «accidente» que casi lo liquida. A la vuelta, el doctor se asusta al comprender que han intentado deshacerse de él. Regresa a su laboratorio para recoger el USB y entregárselo a Anatoli.

—Es posible… —admite John—. El doctor Bosman habla con Anatoli, está muy inquieto con lo que ha descubierto, pero no le quiere dar los detalles a su compañero ruso porque podría poner en riesgo su vida.

—También es posible que Anatoli le contase lo de los extraños fogonazos que vio en la superficie lunar, que sin duda son las detonaciones de las cargas explosivas que puso Alan. De cualquier forma, el doctor evita que se eliminen las pruebas y arriesga su vida para sacar la verdad a la luz.

—Alan Carson, o alguien desde Tierra, desactiva las cápsulas de evacuación para que nadie pueda sacar de la estación lo encontrado.

Quedan unos segundos en silencio tras la última deducción de John. Pensativos.

—Si realmente encontraron restos biológicos, es comprensible todo este juego de espías y traiciones —dice Maksim—, pero ¿por qué es tan importante la pieza de metal?

John se pone en pie.

—De alguna forma deben estar relacionadas. Recuerda las palabras que el doctor le dijo a Anatoli: «En ocasiones, la vista puede ver lo que no puede un microscopio».

John pasea por el módulo. Se frota las manos para intentar contrarrestar el frío.

—Estoy seguro —afirma John— de que en la pieza de metal hay algo que se puede ver a simple vista y que es más importante que los resultados del análisis del comandante Reiter.

—Pero vimos las imágenes y no había nada en ella. Solo un gris uniforme.

—Solo vimos una cara. Comprobé que en todas las imágenes aparecía la misma cara. La única vez que en un vídeo se iba a revelar la otra unas oportunas interferencias impidieron que se apreciase.

Maksim se levanta y le palmea la espalda. Esta vez, al menos, no se separan flotando.

—Muy inteligente, John Winner —le felicita Maksim con una amplia sonrisa—. Pero… ¿qué puede ser ese algo?

—No tengo ni idea, pero debe ser importante para que el doctor hiciese tanto esfuerzo por ocultarla.

—No hay duda de su importancia, pero sigamos con el razonamiento… Alan no encuentra la pieza metálica y sabe que el doctor tiene los fragmentos.

—En efecto, Alan Carson está desesperado. Se arriesga a entrar durante la noche al laboratorio del doctor dispuesto a todo. Sabe que las muestras se encuentran en la cámara estéril y lleva un destornillador eléctrico para acceder perforando los guantes. También tiene que borrar toda prueba del ordenador del doctor.

—Pero el doctor, escondido en su cuarto, sigue sus movimientos e interviene en cuanto se percata de que su intención es forzar la cámara estéril. Forcejean y Alan, con el mismo destornillador, le perfora entre la clavícula y el cuello.

—Alan formatea el disco duro y sale con los restos biológicos y el arma del crimen.

—Pocos minutos después descubren el cadáver de Bosman. La mayoría piensa que se trata de un accidente, pero no todos.

—Anatoli, recordando la conversación con el doctor, se asusta y trata de huir en una nave de emergencia. Pero están desactivadas. Aterrado, se encierra en su módulo convencido de que correrá la misma suerte que el doctor por lo que le reveló o por la memoria USB que supuestamente le entregó.

—Unas veinte horas después del asesinato, Alan Carson introduce las muestras y el arma homicida en un maletín que deja de nuevo en la cápsula de reabastecimiento, que todavía no ha emprendido su rumbo al Sol. Es la manera perfecta de deshacerse

de ellos sin que salten las alertas por abrir una compuerta exterior.

—Poco después —continúa John—, la cápsula de reabastecimiento se lanza y Alan se sale en parte con la suya. Todavía le falta encontrar y deshacerse de la pieza de metal.

—La oportunidad le llega después de nuestra llegada a la estación espacial. Desde el principio sigue todos nuestros movimientos. En nuestra salida en busca de la pieza se conecta a nuestros visores y, cuando la encuentras, consigue desactivar el electroimán antes de que puedas alcanzarla y la pieza sale volando. Al cumplir su objetivo, nos ayuda a regresar a la EEL. Cree haber ganado y nuestra presencia ya no es tan incómoda.

—Luego, siguiendo las órdenes del comandante, se ve obligado a bajarnos a la superficie lunar. Todo se complica de nuevo cuando Alan descubre que hemos bajado al cráter, pues allí están las pruebas. Otra vez atrapado decide deshacerse de nosotros simulando o provocando un fallo técnico en el LEM.

—¡Exacto! —coincide Maksim—. Ya le dije que todo apunta a Alan Carson.

—He de reconocer que la cadena de razonamiento es bastante sólida, pero no tenemos ni una sola prueba que lo incrimine. Tampoco sabemos quién le dictaba las órdenes.

—Para eso bajamos aquí.

John se frota de nuevo las manos y consulta el panel. Les queda poco más de una hora. Reduce los grados de la estancia a cinco.

—Aquí ya no podemos demostrar nada. Solo podemos hacer apuestas para ver si moriremos primero de frío o de asfixia.

—Había que intentarlo…

En ese momento John levanta la mano para pedir a Maksim que guarde silencio. Ha escuchado una voz de mujer. Mientras mira a su alrededor, vuelve a escucharla. Recoge los auriculares de Maksim que siguen en el suelo. Se los lleva al oído, pero los desperfectos impiden escuchar con claridad. John recupera los suyos del banco y los enciende.

—¿Nos reciben? Respondan. Es importante.

Es la voz de Julie Hansen, cosa que sorprende a ambos.

—Disculpe doctora, hemos interrumpido la comunicación durante unos minutos —se excusa John.

—Malditos necios. Creíamos que estaban muertos.

—No se enoje, doctora Hansen. Le prometo que intentamos traer sus muestras de hielo —bromea Maksim, acercándose al micro que sostiene John.

—Déjense de sandeces y escuchen con atención. Disponemos de treinta minutos antes de perder la comunicación. Tienen que salir y llegar al gran electrolizador.

—Solo queda oxígeno en mi traje —dice John.

—Les advertí que no abandonasen el módulo base —la desesperada voz del comandante suena de fondo.

—Con uno será suficiente —interrumpe Julie—. Solo hay que ponerlo en funcionamiento.

—¿Está operativo? —pregunta John, incrédulo, mientras accede a la cámara con los trajes.

—Alan terminó el montaje. Así que en teoría debería funcionar, aunque nunca se ha probado.

—¿El hielo lunar puede mantenernos con vida?

—Ya se lo dije, mediante electrólisis podemos convertir el agua en oxígeno y líquido refrigerante. Muy similar a lo que han hecho con el agua de las lechugas. Además, el hielo lunar contiene metano y helio-3 que podrían ser un excelente combustible para el módulo base o para el LEM.

John termina de enfundarse el traje e inicia el proceso de presurización.

—¿Cuánto tiempo ganaríamos?

—Si funciona correctamente, calculo que unos diez años…

—Impresionante.

—No cantemos victoria —dice la doctora—. Es un proceso complejo y dependemos de que también funcione el triturador instalado en el interior del cráter. Es indispensable triturar y fundir el hielo para que fluya hasta el electrolizador por las tuberías.

—Quizá por eso Alan bajó al cráter y…

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Disculpe, continúe.

—La noche y las temperaturas extremas son dificultades adicionales. Los conductos incorporan un sistema para mantenerlos calientes, pero cualquier fallo podría congelar el agua y atascarlos.

Luego, si el agua llega, debe funcionar el electrolizador.

—¿Cuánto tiempo se necesita para todo eso?

—Si todo va bien, algo menos de una hora.

Van muy justos de tiempo. John clava la vista en el indicador de la escotilla exterior esperando la luz verde. Maksim le observa desde el ojo de buey interior. No pueden comunicarse. Está convencido de que le hubiera gustado salir a él, pero ni le ha preguntado anticipando la respuesta de John.

—Algo me dice que ya ha analizado ese hielo antes.

—Nunca dije que fuesen las primeras muestras. Necesitaba más para realizar las pruebas finales antes de la puesta en marcha de mi bebé. He dedicado la mitad de mi vida a esa máquina.

El testigo cambia a verde y John sale a la oscuridad exterior. Las luces de la escafandra le ayudan a encontrar el rover, que Maksim no se ha molestado en devolver a su sitio. Arranca a la primera. Inicia una vuelta alrededor del módulo hasta que encuentra los conductos y los sigue hasta el enorme electrolizador con forma de faro. No tarda más de siete u ocho minutos en alcanzarlo.

—Ya estoy frente a la máquina.

—Perfecto —responde Julie—. Baje del vehículo y busque los conductos que salen hacia el cráter. Hay una caja anexa que se abre con la llave almacenada en la parte trasera.

John deja el vehículo encendido frente a él para no usar las luces de la escafandra y ganar tiempo. Encuentra los conductos y tantea la caja con los incómodos guantes hasta que una gruesa llave Allen cae al suelo. La usa para abrir la tapa de la caja.

—¡Hecho!

—Ahora presione los tres interruptores hacia abajo, igual que en un cuadro eléctrico doméstico.

—¿Y después? —pregunta John al hacerlo.

—¿Puede ver el cilindro superior?

John levanta la vista. La luz del rover apenas lo alumbra.

—Sí.

—Hay una gran turbina que debería empezar a moverse.

En la eternidad de cada segundo no parece que nada se mueva. De pronto, el sonido del rover cesa y todo queda en completa oscuridad. Debe haberse agotado la batería. Activa la luz del casco

al mínimo. Uno o dos minutos casi a ciegas, en silencio para no alarmar, y escucha un esperanzador chasquido. Tras los paneles solares, inservibles en la noche de catorce días, unas aspas han empezado a girar. John espera que hayan acumulado la suficiente energía durante los periodos de luz. También ve que los conductos se han iluminado ligeramente y forman una línea que se pierde en el horizonte.

—¿Y ahora?

—Ahora a esperar a que llegue el agua. El proceso puede tardar varios minutos. ¿De cuánto oxígeno dispone?

—Dispone de veintiséis minutos —dice el comandante Reiter—. John, vuelva de inmediato al módulo. Ya nada puede hacer ahí fuera.

John obedece. Sin el vehículo no sabe cuánto tardará en alcanzar el módulo base. A saltos, avanza paralelo a los tres conductos, seguramente para diferenciar agua, oxígeno y combustible. Los movimientos son más lentos de lo que quisiera. Concentrado en su respiración, ignora las preguntas de Julie y del comandante interesándose por su bienestar. A los catorce minutos divisa el módulo. Accede a la esclusa e inicia el proceso de presurización. Maksim le observa desde el interior. John levanta el dedo pulgar, pese a que el casco está lleno de alertas en rojo.

—Estoy dentro —dice John para informar a la estación.

No recibe respuesta. John insiste, sin resultado. Deben haber vuelto a perder la comunicación temporalmente. Maksim entra a ayudarle en cuanto la esclusa interior se desbloquea. Los dos se colocan frente al panel de control, pero los minutos de oxígeno no varían. Les quedan veintiún minutos. Permanecen allí contemplando cómo bajan los minutos. Maksim ha disminuido la temperatura a cero grados y hace un frío terrible. Cuando quedan cinco minutos, Maksim extiende la mano y dice solemnemente:

—Ha sido un placer trabajar con usted.

John se la estrecha. La nota congelada, su compañero lleva más tiempo a esa temperatura y debe estar al límite de su resistencia.

—Nunca pensé que diría algo así a un americano.

Ambos sonríen. John asiente.

—El placer es mutuo…

—¡Me reciben!

John escucha la voz angustiada de Julie. Realmente parece preocupada y esto le sorprende porque era evidente que no le caían muy simpáticos. ¿Es posible el concepto de equipo entre desconocidos?

—Seguimos aquí, pero lamento informar que el electrolizador no ha funcionado. Gracias de todas formas, Julie.

Se escucha un suspiro y un sollozo. Hay más gente de fondo.

—La comunicación se cortó antes de que pudiera decirles que es necesario activar el uso de energía externa desde el panel de control interior.

John se abalanza sobre el panel y en la configuración avanzada activa el uso de energía externa. Aparece una alerta en rojo informando de que no hay suministro externo y los minutos de oxígeno siguen bajando. Se lo comunica a Julie.

—¿Cuánto tiempo más podrán aguantar?

John mira a Maksim. Está tumbado e inmóvil. Lo zarandea y comprueba que, al menos, respira.

—Tienen que aguantar unos minutos. Todavía no podemos descartar que funcione. El proceso puede llevar entre treinta minutos y una hora desde el encendido. Recuerde que hay que derretir el hielo y que la bomba lo traiga hasta el electrolizador. Después, se ha de realizar el proceso de electrólisis y mandarlo hasta el módulo por separado.

—Lo intentaremos.

John está dispuesto a aprovechar hasta la última gota de oxígeno y energía. Va a por los trajes y se enfundan en ellos. Algo les aislarán del frío y en uno de ellos todavía queda algo de oxígeno. Maksim no puede valerse de los dedos, tiene las manos entumecidas como garras. John le ayuda a enfundárselo y le ajusta el casco. John se pone el suyo, pero sin el casco. Está completamente vacío. Así consiguen aguantar unos minutos más. Cuando Maksim respira la última gota de oxígeno se levantan el casco y ambos quedan frente al panel de control con casi todos los indicadores en rojo y dando bocanadas como peces fuera del agua. La frase *game over* se ha instalado en la mente de John y no puede zafarse de ella.

De pronto salta un aviso en el panel: «Energía externa activa». Los indicadores del panel empiezan a cambiar de rojo a verde según se recalculan los niveles. John aumenta el grado de confort y poco a poco empiezan a calentarse.

—Es usted genial, Julie.

25
General Akim

Dos horas y diez minutos después, el comandante les informa de que la nave acaba de alunizar para recogerlos. Maksim y John la estaban esperando en la esclusa de aire. Abandonan el módulo de la futura base lunar y se dirigen hasta la única fuente de luz entre la inabarcable oscuridad que les rodea. Alan Carson está dentro del LEM y les recibe con un gesto de condescendencia y una muestra de alegría poco creíble. John saluda y Maksim se limita a sujetarse al asiento. La tensión que se respira hace que la nave se eleve en silencio y los lleve a la estación sin incidentes ni palabras. Arriba el grupo al completo les espera emocionados, incluido Anatoli. John da la gracias a Julie y Maksim se lleva la agarrotada mano derecha al pecho e inclina la cabeza con una muestra de rendimiento sorprendente en su carácter. Naoko, con lágrimas en los ojos, les abraza y, luego, lo hacen todos los demás. El último es Alan Carson. John le devuelve el abrazo, pero al plantarse frente a Maksim, este recupera su espíritu y le lanza la mano al hombro.

—¡De no haber sido por la doctora Hansen estaríamos muertos y se habría salido con la suya!

Alan, el otro polo de una animadversión manifiesta, se libera de Maksim de un manotazo y le propina un empujón que hace que ambos salgan despedidos flotando hacia atrás. Antes de que Maksim pueda responder, el comandante Reiter les separa con autoridad. Es muy posible que lo estuviese esperando.

—¡Maldita sea! —grita Sigmund—. Alan no les abandonó. Yo le di la orden de regresar a la estación…

—Como siempre les digo —interviene Alan—, solo cumplo órdenes. Acúsenme de lo que quieran, pero es la segunda vez que les salvo la vida.

El comandante despide al resto y vuelve a amonestarles cuando se quedan a solas.

—¿Ya están satisfechos?

Los dos guardan silencio.

—¿Han encontrado lo que buscaban ahí abajo?

John niega con la cabeza, pero Maksim pasa al ataque.

—La base lunar está mucho más avanzada de lo que se informa en la Tierra y de lo que nos dijo usted.

—No nos juzguen precipitadamente. Ya les comenté que todo el proyecto espacial pende de un hilo. La EEL, la colonia lunar, el futuro viaje a Marte. ¡Todo! Se tomó la decisión conjunta de comunicar solo los éxitos confirmados. Nada que pueda salir mal se comunicaría por anticipado. Un solo error podría ser el fin de todo. ¿Lo comprenden?

—¿Y qué me dice del hielo lunar? ¿Y del enorme electrolizador que nos ha salvado?

—Es la primera vez que se pone en marcha. Ustedes son la constatación de que funciona y se comunicará a bombo y platillo cuando sea el momento oportuno.

—Eso no quita que Alan nos abandonase en el cráter.

—No les abandonó. Estaban avisados de que el módulo lunar había sufrido problemas técnicos durante el descenso anterior. No hay más responsables que ustedes. Es un milagro que sigan con vida. —El comandante mira fijamente a Maksim—. Un médico debería examinarle esas manos, pero por desgracia el nuestro está muerto. Así que les ordeno que descansen y traten de recuperar fuerzas.

Maksim y John acuerdan descansar durante siete horas. John se dirige directo a su cabina. Allí le han dejado un zumo y algo de comida. Lo toma con ansia y se introduce en el saco. Por primera vez concilia el sueño en solo unos pocos minutos y duerme de un tirón hasta que suena la alarma seis horas después. Su cuerpo, por fin, parece haberse aclimatado a este entorno y no ha necesitado usar los cascos para paliar el incesante zumbido de la estación. De hecho, ahora que está despierto, tiene que esforzarse para oírlo. Sale de la vaina de dormir y, una vez recompuesto, se dirige a la «cocina». Maksim le saluda y le hace un gesto para que le

acompañe. Lleva dos dedos de la mano izquierda vendados. Resta importancia cuando John se interesa, pero difícilmente se los ha podido vendar él mismo. Terminan de comer y se dirigen al Gravity, el futuro módulo de gravedad lunar, en busca de Alan Carson, pero no está allí.

—Comandante —dice John, abriendo la comunicación interna.

—Me alegro de escucharle, John. ¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente, gracias. Nos gustaría hablar con Alan Carson y no lo encontramos en su puesto de trabajo.

—Ha salido.

—¿Qué quiere decir?

—Está preparando el acoplamiento de la segunda fase del módulo de gravedad lunar. Tendrán que esperar un par de horas.

—¿Está fuera?

—Aquí seguimos con el programa previsto, espero que lo entiendan. Por atenderles en su empeño de alunizar, el señor Carson apenas ha tenido tiempo de preparar la EVA. En pocos días se añadirá el nuevo módulo, siempre que sus informes no acaben con el proyecto, y debemos estar preparados.

—¿Podemos verlo?

—Por supuesto. Les espero en el módulo principal.

Encuentran a Sigmund y a Naoko frente a dos monitores. La japonesa les saluda con varias inclinaciones de cabeza. Una de las pantallas muestra lo que ve la cámara del casco de Alan y las lecturas del traje y la otra ofrece una visión general de una cámara exterior.

—¿Cuánto tiempo lleva en el exterior?

—Cuatro horas y doce minutos.

—¿Han notado algo inusual?

El comandante, algo molesto, niega con la cabeza.

—Nos gustaría presenciar el resto de la EVA —dice John.

—Pueden hacerlo con una sola condición.

—¿Cuál?

—Que guarden silencio y nos dejen trabajar.

Durante la siguiente hora se limitan a escuchar y seguir los movimientos de Alan en los monitores. John agradece que Maksim no intervenga con sus típicos comentarios hirientes. Todo parece

marchar a la perfección hasta que, de pronto, los dos monitores se copan con un fogonazo blanco y Alan sale disparado hacia atrás. Salta una alarma y las constantes vitales de Alan cambian a rojo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta John.

El comandante, mientras trata de comunicarse con Alan, salta de un monitor a otro ignorando la pregunta. Moviliza al resto de la tripulación y ordena a Naoko que se ponga a los mandos del brazo robótico exterior. Tras unos largos segundos reciben comunicación de Alan.

—¿Qué ha sucedido? —interroga Sigmund.

—Algo ha explotado al conectar el cono principal de ensamblaje. Varias virutas deben haber perforado el traje y estoy perdiendo presión.

—Tenemos las lecturas en el monitor. Dispone de quince minutos para volver a la estación. Use los propulsores.

En ese momento, llegan Julie y Anatoli.

—Solo funciona un propulsor. Los restos de la explosión han dañado los otros tres. No consigo estabilizarme y sigo alejándome —hay miedo en la voz de Alan.

Maksim cruza unas palabras en ruso con Anatoli y ambos abandonan la sala.

—¡Quiero la grúa ya! —grita el comandante.

—Estoy en ello —responde Naoko.

La grúa no tarda en aparecer en pantalla girando hacia Alan. El proceso es terriblemente lento. Saltan nuevas alertas en las constantes vitales de Alan.

—¿Se encuentra bien, Alan?

—Estoy herido. Sale sangre del traje y me cuesta respirar.

—Siga intentando frenar. Enseguida llegaremos hasta usted.

El enorme brazo se alinea con él y el robot del que pende un cable se desliza por el carril hasta el extremo, pero Alan está a un par de metros.

—¿Puede ver el cable?

—Lo tengo al frente, pero no puedo alcanzarlo.

El comandante da un golpe en la pantalla, que lo dice todo.

—Siga intentando revertir el rumbo con el propulsor.

Alan lucha por estabilizarse. Los minutos pasan y el monitor

avisa de que en tres minutos se habrá terminado todo.

—Repliegue el robot para que pueda llegar —se escucha la voz de Maksim.

—Hágalo, Naoko —ordena el comandante mientras lo busca con las cámaras exteriores.

Maksim se encuentra en el otro extremo de la grúa. Es imposible que haya llegado en tan poco tiempo. ¿Y la presión? Lleva un traje distinto, un modelo ruso. Le comentó que la presurización de ese tipo de traje era mucho más rápida, pero solo quince minutos es delirante. La japonesa obedece y el robot regresa por el raíl hasta Maksim, quien se sujeta a él.

—Listo —dice Maksim.

Naoko desplaza de nuevo el robot hasta el otro extremo. El ruso se sujeta el cable al traje y salta hacia Alan. La trayectoria es correcta, pero justo antes de alcanzarlo el cable le frena en seco con un tirón. Maksim lo intenta de nuevo con el mismo resultado. Alan sigue alejándose, ahora muy lentamente, y no responde. Debe estar inconsciente.

—Regrese de inmediato, Maksim —ordena el comandante.

—Puedo soltarme y usar los propulsores.

—Demasiado tarde. Alan ha muerto.

Maksim ignora al comandante y maniobra para desengancharse, pero Sigmund da la orden a Naoko de que recoja el brazo de inmediato. El cable tira de Maksim y lo hace retroceder entre exabruptos. Los siguientes minutos guardan un doloroso silencio hasta que Anatoli y Maksim entran en la sala.

—¿Por qué no me han dejado salvarlo?

—Su valentía le honra, pero ya no había nada que hacer.

—Les dije que ninguno de nosotros saldría de aquí con vida —dice Anatoli.

Maksim lo fulmina con la mirada e insiste:

—Tenemos que volver a bajar al cráter.

—¿No ha tenido suficiente? El piloto del LEM acaba de morir —dice el comandante derrotado.

—Yo pilotaré el LEM.

—¿Qué espera encontrar allí? ¿Un alienígena?

—Solo la verdad.

—No le aconsejo descubrir la verdad —interviene Anatoli de nuevo—. El doctor temía esa verdad y los dos que la conocían ahora están muertos. Mi teoría es que seguimos con vida porque no la conocemos y quizá por eso tengamos una oportunidad.

—¿¡Es que se han vuelto todos locos!? —ruge el comandante—. ¡Basta de teorías conspiratorias! Y usted, Maksim, diríjase a la enfermería de inmediato. Hemos de hacerle un chequeo completo, las consecuencias de una EVA no controlada pueden ser fatales.

Maksim ignora al comandante Reiter.

—No pienso irme sin respuestas. Mañana bajaré yo solo a la Luna y cumpliré la misión.

Naoko entra en la sala, pálida como un cadáver.

—Algo se acerca a la estación en trayectoria de colisión.

—¿Meteoritos? —pregunta el comandante, alarmado.

Naoko niega con la cabeza.

—Algo mucho más grande.

—¿Una cápsula de reabastecimiento?

—Más grande.

—No hay nada previsto. ¿A qué distancia se encuentra?

—Demasiado cerca. La tendríamos que haber detectado mucho antes. De alguna forma ha logrado eludir los sistemas de detección.

—Eso es imposible. ¿Ha comprobado que estén funcionando?

—Son totalmente operativos.

El comandante intenta comunicarse con el objeto que se aproxima.

—Les habla Sigmund Reiter, comandante de la EEL, ¿me reciben?

El silencio es la única respuesta.

—Modifiquemos nuestro rumbo.

—Los mandos no responden. Es imposible operar la estación: el objeto ha tomado el control —dice Naoko con incredulidad.

En los monitores va tomando forma una nave de gran tamaño que se aproxima hacia ellos. La expectación los tiene paralizados. De pronto, suenan todos los altavoces de la estación.

—Les habla el general Akim. En unos minutos abordaremos la estación y asumiré el control. Cesen toda actividad y colaboren en el acoplamiento. Repito: cesen toda actividad y sigan mis

instrucciones o se les acusará de vulnerar las leyes del espacio. La estación queda temporalmente fuera de servicio y bajo el control del Ejército Espacial de Estados Unidos.

John está tan pasmado como el resto. Nadie mueve ni un músculo. John piensa a toda velocidad. El tal Akim ha dicho que tardarán unos minutos en abordarlos. Eso le da cierto margen. John se impulsa y sale volando como una flecha hacia la cápsula Dragon con la que llegaron. En su interior todavía queda gran parte de la carga que trajeron sin desembalar. John desprecinta varios paquetes de maletines, que quedan flotando a su alrededor. Así no llegará a ninguna parte. Tras serenarse durante unos segundos, revisa los precintos de los maletines hasta que encuentra aquellos destinados a Alan Carson. Los abre de uno en uno y desparrama su contenido que queda suspendido a su alrededor. En el cuarto encuentra lo que busca, lo devuelve al maletín y sale con él. Maksim y el comandante están en la puerta y le siguen. John va directo al laboratorio Science del comandante.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Sigmund—. ¿No ha escuchado las órdenes del Ejército?

John extrae del maletín una gran pieza cónica.

—Bob Harris aseguró que las piezas clave siempre se mandaban por duplicado por si ocurría algún contratiempo. Este es el repuesto de la que ha explotado mientras Alan la colocaba.

—No sé dónde quiere llegar, pero si no cesamos de inmediato toda actividad nos someterán a una corte marcial.

—Creo que le sigo, John, y no deja de sorprenderme —dice Maksim, cómplice—. Continúe, yo asumiré toda la responsabilidad. No respondo ante ese ejército ilegítimo que pretende ser amo, juez y verdugo de todo el espacio.

John acerca la pieza hasta la caja de Houdini y clava la mirada en el comandante Sigmund Reiter. Este acaba accediendo y teclea el código para abrirla.

—Es lo último que hago por ustedes. Ahora actúan bajo su responsabilidad puesto que ya no soy comandante. No puedo dar órdenes y quedo libre de mis responsabilidades.

Sigmund Reiter abandona el compartimento y les deja hacer.

John cierra la caja herméticamente y Maksim opera los brazos

robóticos que hay en su interior. La pieza es uniforme salvo por tres anclajes que hay en la base. Usa el brazo derecho para accionar uno de ellos. No ocurre nada.

—Alan hizo esto mismo ahí fuera —apunta Maksim.

Luego activa el segundo anclaje con idéntico resultado. John se separa unos pasos de la caja cuando Maksim se dispone a activar el tercero. Dirige el robot con precisión y lo acciona. En ese momento la pieza estalla con un fuerte fogonazo y una miríada de restos impactan contra las paredes de la caja. Si no fuesen de vidrio de seguridad probablemente estarían muertos. Maksim le mira y asiente. En ese momento vuelve el altavoz general.

—Que nadie se mueva de donde está —ordena el general Akim.

Abandonan apresuradamente el laboratorio y llegan al módulo principal para unirse al resto de la tripulación. Julie y Naoko están cogidas de la mano. A los pocos segundos entran tres hombres con un ridículo traje, entre espacial y militar. La imagen de astronautas armados se hace rara, casi contradictoria. Anatoli es el primero al que se llevan. No hay violencia, pero tampoco buenos modales. Solo un seco «Acompáñenos». Luego vuelven a por Julie, que sigue aferrada al brazo de Naoko, hasta que uno se la lleva, indiferente al sollozo de ambas.

—Me temo que todo esto es consecuencia de que activé el aviso de emergencia cuando su muerte en la base lunar parecía inevitable —confiesa el comandante—. Era la única forma de comunicación con tierra.

Cuando regresan los tres militares espaciales, los acompaña un cuarto hombre. Lleva un uniforme azul idéntico al que usan en la estación. Saluda a Sigmund con una inclinación de cabeza y este le corresponde. Parece conocerle y su presencia le tranquiliza.

—Ruego que disculpen nuestra irrupción. No se dejen intimidar por las armas. No hay nada que temer. Esta es una misión de rescate y yo soy el encargado de que se cumpla el protocolo acordado.

26
Comandante Peerson

La cápsula Dragón, en absoluto silencio, parece ahora mucho más amplia. No hay rastro del material. John está sujeto a su asiento y Anatoli está sentado a su lado con el rostro congestionado y los ojos fuera de sus órbitas. Al otro lado están Maksim y el comandante Reiter.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta John.

Nadie contesta. John insiste levantando la voz, pero en vano. Ninguno de los secuestrados se gira. Es como si no pudiesen escucharle. John trata de moverse, pero los anclajes le mantienen tan sujeto que no puede ni levantar los brazos. Se calma y piensa. Están en movimiento. Deben estar regresando a la Tierra.

—¿Quién ha dicho que regresamos a la Tierra? —dice Anatoli con una voz desquiciada que asusta.

—Supongo que nos juzgarán a todos ahí abajo —dice el excomandante Sigmund con voz monótona.

—¿Está seguro de eso? Por la ventana no veo nada más que el Sol —pregunta Anatoli y concluye con una carcajada histérica. Parece ido.

—Creo que esta vez tiene razón —conviene el comandante pegando el rostro al ojo de buey y sin ninguna emoción—. Pronto nos reuniremos con el maldito objeto metálico que tanto ansiaban encontrar. Si no se ha quemado antes…

John clava también su vista en el ojo de buey. Hay un enorme punto de luz al otro lado que va creciendo. ¿Será cierto que les han enviado en una órbita heliocéntrica como a las cápsulas de reabastecimiento? Si es cierto, están camino de la nada y condenados a muerte. ¿Por qué?

—Les advertí que las palabras matan. Que la verdad no

interesaba. Pero insistieron en meter las narices… —Anatoli sostiene un par de las lechugas en las manos.

John mira a su alrededor. Ellos son los cuatro que más saben. Los que no interesaría que estuviesen en un juicio. Quizá hayan decidido deshacerse de ellos. En el asiento del extremo, junto a Anatoli, parece que hay alguien más. John se estira un poco para verlo mejor y se encuentra con el rostro sin vida del doctor Bosman. Azul. Semicongelado, con los ojos grandes y blancos. Está encadenado a su silla como un astronauta más. Otro obstáculo del que interesa deshacerse si alguien pretende ocultarlo todo. Maldita sea.

—Os advertí de que nadie saldría con vida —grazna un Anatoli ido.

—Ahora que estamos sentenciados —dice el comandante—, ¿podrían explicarme qué hicieron con la pieza de repuesto en mi caja Houdini?

John mira a Maksim y este le anima a que responda.

—Quería comprobar si la muerte de Alan fue un accidente o un asesinato.

—¿Y bien?

—Al accionar el tercer anclaje hubo una potente detonación y varias piezas de metralla se estrellaron contra las paredes de la caja. Sin su blindaje estaríamos muertos.

—Eso prueba que Alan no era el asesino —afirma el comandante.

—Eso prueba que alguien tenía previsto deshacerse de Alan desde antes de iniciar nuestro viaje a la EEL. Esas piezas trucadas llegaron con nosotros.

—Eso demuestra que sabemos cosas que no deberíamos. Usted también sabía demasiado, ¿verdad, doctor Bosman? —dice Anatoli dirigiéndose al muerto.

El cadáver no contesta.

—¿Qué no deberíamos saber? —pregunta el excomandante—. ¿Qué encontraron en esa segunda EVA?

Todos se vuelven hacia John y este niega con la cabeza.

—¿De verdad no lo sabe? —dice Anatoli—. John Loser ha vuelto a perder y nos ha arrastrado a todos con él.

—Si vamos a morir por ello, por lo menos tengo que saberlo —insiste Sigmund Reiter.

—¿Me da permiso para responder, doctor Bosman? —pregunta Anatoli al cadáver.

El muerto, debido a un ligero movimiento de la nave, se inclina y parece responder con un sí. Nadie se inmuta, pero a John la macabra coincidencia le inquieta.

—Encontraron restos de…

Unos golpes interrumpen a Anatoli. John mira a su alrededor tratando de identificar su origen. Más golpes. Parecen provenir del exterior, como si alguien estuviese golpeando el casco de la nave.

—Parece que nuestro compañero sigue empeñado en que no se sepa —dice Anatoli entre carcajadas casi obscenas.

John, a través del ojo de buey, distingue una forma moviéndose en el exterior. Clava allí su mirada. Es imposible que algo pueda sobrevivir en el vacío. De pronto, el rostro de Alan Carson se asoma por la escotilla. ¡Dios mío! Todavía está vivo. Alan golpea el cristal con violencia y les comunica por gestos que se está asfixiando. Todos tienen la mirada puesta en Alan, pero nadie hace nada por ayudarlo. John, sobrecogido, intenta en vano liberarse de las ataduras. Se escuchan ruidos penetrantes, como de un taladro, y al cabo de unos segundos, con un crujido, se ve una placa metálica salir disparada hacia el vacío. Alan se asoma de nuevo a la ventanilla con una sonrisa siniestra y, luego, les enseña un martillo taladro de los preparados para hacer catas en la superficie lunar. Alan desaparece del ojo de buey y vuelve con fuerza el ruido. Está intentando abrir un boquete en el fuselaje para entrar. Anatoli se ríe mientras el resto de los compañeros se limita a mirar. Otra pieza se desprende de la nave. Y luego otra. Sobre la cabeza de Maksim penetra la broca del taladro. Por fortuna, el techo está a más de un metro y no le alcanza. La broca entra y sale en distintos puntos hasta que se abre un agujero del tamaño de un puño. El ojo de Alan se asoma por él y después solo negrura. El espacio los absorbe con fuerza. John siente la presión contra las sujeciones. Algunos objetos pequeños salen por él. Alan sigue quitando piezas y agrandando el boquete. Ya puede verlo de cintura para arriba. En la mano izquierda sostiene algo metálico y con forma triangular. ¿La pieza

que trataron de encontrar? El primero en salir despedido al espacio es el cadáver del doctor Bosman. El cuerpo congelado escapa de las cadenas y, al chocar con el techo, se cuartea en mil trozos que van saliendo al vacío. La potente succión va arrancando de los asientos uno a uno al resto de los tripulantes y los lanza al espacio mientras Alan sigue descuartizando la nave. Solo queda John. La presión es tan grande que siente cómo se le fracturan algunas costillas. Finalmente, las sujeciones saltan y es succionado al espacio. Sale flotando. Mientras se aleja puede ver a Alan entrando en la cápsula. Por mucho que mueva las extremidades no puede variar el rumbo y se sigue alejando más y más. Se queda quieto y se siente flotar. Es como un corcho que asciende del fondo del mar hacia la superficie, pero sin llegar a alcanzarla. La nave es apenas un diminuto punto distante y el Sol es cada vez más grande. Enorme. Y flota hacia él. Hacia la gran esfera de luz. En ese momento se da cuenta de que no tiene la escafandra puesta, pero no parece necesitarla. No siente calor ni frío. Y, aunque no puede moverse ni respirar, sigue vivo mientras flota hacia la enorme esfera. Se deja llevar hacia su final.

John escucha algo. ¡Alguien trata de comunicarse con él! ¿Cómo es posible? Se aferra a la voz como si fuese el cabo de una soga de seguridad y la usa para salir de la oscuridad.

—Les habla el comandante Peerson. En breves instantes tomaremos tierra en Ámsterdam. Hay una temperatura agradable de quince grados y una humedad en el ambiente del 69%. Espero que hayan disfrutado del viaje y que pasen un feliz día.

John abre los ojos y se palmea la cara para tratar de desprenderse del sueño. Mira por el ojo de buey que tiene a su derecha, al otro lado encuentra mar y tierra en lugar de oscuridad infinita. Respira con cierto alivio. Aquella pesadilla le persigue desde que regresó de la EEL hace ya más de siete meses. Nunca es exactamente igual, siempre hay pequeñas variaciones, pero el punto de partida es siempre el mismo: Maksim Kokarev, Sigmund Reiter, Anatoli Lótov, el cadáver del doctor Dirck Bosman y él sentados en la cápsula Dragon de vuelta a la Tierra. Es tan real porque es justo lo que sucedió poco después de que el Ejército Espacial abordase la Estación Espacial Lunar. Julie Hansen y Naoko Onishi regresaron en la misma nave que les abordó. La única diferencia significativa es

que, en la realidad, el cadáver del doctor Bosman estaba dentro de una bolsa criogénica oscura. Verla atada al asiento junto a ellos era inquietante. Fue todo muy rápido. En un visto y no visto estaban de vuelta a la Tierra. Anatoli se pasó gran parte del viaje afirmando que no aterrizarían con vida. Sigmund y Maksim no abrieron la boca, excepto una única vez en la que Maksim respondió a los funestos presagios de su compatriota Anatoli asegurando que no morirían porque la investigación fue un completo fracaso y no descubrieron nada por lo que morir. Así lo contarían en Tierra.

Al llegar a Tierra los llevaron hasta una base militar que John no supo identificar. Los separaron, los desnudaron y los cachearon como si fueran traficantes de droga. Después los mantuvieron durante unos días aislados hasta que los sometieron a una suerte de juicio militar. John se limitó a contar una y otra vez lo que sucedió realmente, sin emitir ningún tipo de juicio de valor, como acordó con Maksim justo antes de que los recogieran. La noche que se cumplía el tercer mes de cautiverio, porque eso es lo que era pese al trato correcto que les dispensaban, John despertó en una habitación de hotel en Arizona junto con todas las pertenencias que tenía en el hotel de las Vegas antes de que Liz Donovan fuese a reclutarlo. Incluidas las maletas con el dinero del premio. Había alguien más en la habitación, pero no se percató de su presencia hasta que escuchó su voz.

—Hizo un buen trabajo allí arriba, John. Estamos orgullosos de usted.

Ahí estaba Bob Harris, con su traje y sus gafas de sol, sentado en un rincón al amparo de la penumbra de la habitación. El primer impulso fue darle un puñetazo. El segundo fue preguntarle por Liz. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Quizá su estancia en el espacio sirvió para atemperar su carácter.

—Si sus intenciones eran que fracasara, en efecto, deben estar orgullosos porque lo han conseguido.

—Bobadas… Ni el más preparado de mis astronautas lo habría hecho mejor que usted.

—¿Dónde están los demás?

—John, le aconsejo que pase página y que recupere su vida desde aquel punto en el hotel de Las Vegas. Como si nunca hubiese

subido al helicóptero con la agente Donovan.

Después de decir aquello, Bob se puso en pie y le tendió la mano.

—Si usase sombrero me lo quitaría…

John se la estrechó.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿Quién era aquel hombre que subió a la estación con el Ejército Espacial?

—Un mero supervisor. Era el capitán Kenzo Braun, de padre alemán y madre japonesa. Un astronauta reconocido y respetado en ambos países. Solo fue una concesión para contentar a los países aliados que con su simple presencia se sintieron representados en cierta forma ante aquella vulneración militar de todos los acuerdos y tratados del espacio.

Bob salió de la habitación sin decir nada más. Fue una visita breve y aparentemente vacía, pero conociendo el carácter de aquel hombre fue todo un gesto por su parte. John lo consideró su peculiar forma de agradecer su labor y reconocer su trabajo. También fue una advertencia para que se olvidase de todo y de todos, aunque prefiere tomarlo como un consejo. Después de que se marcharse, John abocó la bolsa con sus escasas pertenecias sobre la cama. Fue duró encender el móvil solo para comprobar que, después de varios meses apagado, no tenía ni una sola llamada o mensaje de índole personal. Nadie lo echó en falta durante ese tiempo. Eso confirmaba que era solo un fantasma vagando por un mundo hostil. Usó el móvil para comprar un billete de avión y alejarse de todo. Le haría caso a Bob: lo olvidaría todo y retomaría sus no planes desde aquella noche en Las Vegas. No contó el dinero, realmente nunca le había importado lo más mínimo. Solo le interesaba el hecho de ganar o perder la apuesta y, aunque la ganó, no fue suficiente. Ahora, después de haber contemplado la insignificante canica azul donde viven, todavía le importa menos. Así que solo descubrió la nota que le dejó Bob entre los fajos de billetes varias semanas después, cuando hizo uso de ellos.

El siguiente mes lo pasó en un hotel apartado y tranquilo de Grecia. Allí se enteró por la prensa del desafortunado accidente que

acababa de ocurrir en la Estación Espacial Lunar en el que habían fallecido dos astronautas, el doctor Dirck Bosman y el joven Alan Carson. Al parecer, unos fragmentos de basura espacial impactaron contra sus escafandras durante una EVA y sus cuerpos se perdieron para siempre en el vacío. ¡Qué accidente más oportuno! Una forma sencilla y efectiva de hacerlos desaparecer sin tener que dar explicaciones a nadie. Sin autopsias. Sin preguntas. Sin fisuras en la colaboración internacional. Malditos mentirosos. Hasta organizaron un funeral por todo lo alto con disparos al aire y ataúdes vacíos. John pasó varias noches pensando si realmente estarían vacíos o en el del doctor Bosman se dignaron a meter su cuerpo congelado. Por lo menos los recordarían como héroes, que es lo que en verdad fueron. Poco después anunciaron que la estación espacial sería desalojada y quedaría en suspenso hasta nueva orden. Bueno. Mejor así.

Su estancia en Grecia se limitó a paseos por los jardines del hotel y visitas al Partenón de Atenas. Allí, bajo las imponentes ruinas, se enfrentó al contraste entre el esplendor de las antiguas civilizaciones y la futura base lunar.

Una mañana, al extraer un nuevo fajo de billetes para cambiarlos y cubrir sus escasas necesidades diarias, encontró la nota de Bob Harris. Al día siguiente, decidió coger un vuelo y regresar a Estados Unidos, concretamente a la dirección que había escrita en aquella nota. Pues solo contenía eso, una dirección. ¿Qué esperaba encontrar? Pronto lo descubrirá porque allí está. Recién despertado de una mala pesadilla y sujeto a los reposabrazos del asiento mientras desciende el Boeing 797 en su vuelo con una escala. John consulta la hora para comprobar que están en tiempo. Es curioso cómo es capaz de sentir el peso del flamante Rolex en su muñeca. Aquí todo es más pesado. Siente un cosquilleo en las piernas que le recuerda la sensación incómoda de notar la sangre abriéndose paso a borbotones por sus extremidades que le asaltó nada más volver a la gravedad terrestre. Todo su cuerpo sufrió duros cambios para aclimatarse. Recuerda que notaba hasta el peso de los intestinos en su interior. Solo espera que jamás tenga que volver a pasar por eso. Todavía el simple hecho de caminar le supone un sobreesfuerzo.

El avión aterriza sin novedad y John relaja los músculos. Se despide de la azafata y se dirige a la zona de conexión con el siguiente vuelo a Estados Unidos. No necesita recoger el equipaje, las tres maletas van directas a su destino final. Sonríe ante el mero hecho de pensar que en un control rutinario algún empleado del aeropuerto abriese aquellas maletas. La escala es de tres horas en Ámsterdam. Se pide un *bourbon* en una zona de relax espaciosa y tranquila, algo apartada de los bulliciosos pasillos. Los asientos y la decoración recrean un espacio natural. Falsos árboles y falsas plantas. Hasta el agua del estanque es de pega. Se le ocurre que la futura estación lunar contará con varias zonas similares para que los primeros colonos puedan aclimatarse. Seguramente las nuevas generaciones ya no las necesiten. No se puede echar de menos lo que nunca se ha tenido. Lo más probable es que les sea suficiente con aquellas rocas, el regolito gris y los cráteres oscuros y helados. En los altavoces suena una música relajante con trinos de ave y sonidos típicos de la naturaleza que pretenden animar el plástico muerto que le rodea. John se acomoda en una tumbona y disfruta de la bebida. Mira a su alrededor, es curioso comprobar cómo estamos más cómodos en aquella mentira que en la verdadera naturaleza, pues en ella todo nos molesta. Los insectos, el calor, la humedad, el suelo, el polvo, el polen. Todo. Somos el único animal que se siente incómodo en su supuesto hábitat, que se remonta a cientos de miles de años y que lo destroza para sentirse cómodo. El único animal que aniquila todo lo que le rodea en busca de esa comodidad. ¿Realmente es nuestro hábitat natural? No parece que encajemos en él. Quizá nos sintamos más confortables en el clínico módulo sobre la superficie lunar. John se pierde en estas reflexiones funestas mientras las luces bajan de intensidad y suena una música que emula la de un estanque nocturno. Su estancia en la estación espacial le ha afectado. John se arrellana y cierra los ojos. Siente el aire del ventilador oculto acariciando su cara.

—*The Lake*, gran tema de Mike Oldfield. No todo lo que produce su nación son aberraciones.

John sonríe y sin abrir los ojos dice:

—Muchas noches sueño que nosotros viajamos en la cápsula de reabastecimiento y nos acercamos inexorablemente al Sol.

Compartimos destino con lo que fuera que Alan introdujo en ella. ¿Qué había dentro del maletín?

Maksim toma asiento en la butaca unida a la suya por el reposacabezas. No se miran ni se saludan, pero sí responde.

—Contenía algo más peligroso que muestras biológicas alienígenas.

—Algo que no interesaba que nadie viese —añade John.

—Algo que su gobierno lleva buscando durante décadas…

John da un sorbo y deja que la música lo acune. Es Maksim el que hace la siguiente pregunta:

—¿Qué se puede ver a simple vista y que escapa a un estudio microscópico?

—Algo grande —responde John con seguridad—. Símbolos, iconos o letras grabadas en la cara de aquel fragmento metálico que nunca se mostraba en las grabaciones.

—Símbolos, iconos o letras reconocibles y, por lo tanto, humanas.

—Humanas —confirma John—. Un águila por ejemplo…

—Un águila…

—Dígame, Maksim, ¿cómo consiguió salir por Alan Carson prácticamente sin presurizar el traje? —pregunta John, cambiando de tema.

—Ya le dije que el traje americano es más bonito y cómodo que el ruso, pero este último no necesita ayuda para enfundárselo y tan solo requiere veinte minutos de presurización.

—Veinte minutos… Apuesto a que no hizo ni cinco. Se jugó la vida por Alan Carson.

—Todavía tenía que responder a algunas preguntas.

—Ambos hemos llegado a la misma conclusión, pero no tenemos ninguna prueba. Es una mera conjetura.

—¿En el sueño que le atormenta aparecen las lechugas de Anatoli y el doctor Bosman? Me arrepiento de no haberlas probado.

John sonríe de nuevo y Maksim prosigue sin dejarle responder.

—Anatoli se tomaba muy en serio su proyecto de conseguir un huerto autosuficiente en ingravidez y mandaba casi diariamente análisis, progresos y demás a un laboratorio en Tierra para cotejarlos con sus compañeros y estudiarlos después con detalle a la

vuelta. Entre esos datos filtró el resultado de los análisis que le entregó el doctor Bosman poco antes de su muerte, poco antes del apagón total de comunicaciones. Y, por lo tanto, consiguió hacerlo sin levantar sospechas y sin dejar rastro.

—Muy inteligente su camarada Anatoli.

—Me pidió que se lo entregase a usted sin abrirlo. Hoy cumplo mi promesa.

Maksim apoya una memoria USB en el reposabrazos de la silla.

—¿Por qué yo? Si soy el odioso americano.

—Supongo que supo ganarse su confianza mejor que yo.

—¿De verdad no lo ha utilizado?

—No necesito ver su contenido para saber que contiene un nombre —afirma Maksim.

—Un nombre que no conviene desenterrar —dice John.

—Un nombre por el que matar —sentencia Maksim.

—Si ese nombre saliese a la luz —dice John—, pondría de manifiesto que las cosas no sucedieron como nos las han contado. No al menos en las fechas que nos hicieron creer.

—¿Y le extraña? Supongo que habrá visto las noticias de lo que ocurrió en la Estación Espacial Lunar. Lo que nosotros vivimos no ocurrió para el mundo. No hubo asesinatos, no hubo investigación, no encontraron nada…

John asiente.

—Además, ese nombre evidenciaría la promesa incumplida de un presidente mitificado por su asesinato y que la carrera espacial nunca tuvo un vencedor.

—Sí lo tuvo —replica Maksim—. Fue la Unión Soviética. Desde el principio llevaba una clara delantera, pero el podio le fue robado con una artimaña publicitaria. Vendieron un fracaso como un éxito. ¿Se imagina la repercusión de haber comunicado aquel histórico día un accidente el Eagle y la muerte de sus dos tripulantes?

—¿Realmente cree que se pudiera gestar una farsa tan colosal?

—Estoy convencido. La única duda es si el nombre que contiene el USB es Neil o Buzz. Espero enterarme por las noticias.

—Resulta curioso… Han pasado sesenta años y no han podido limpiar el rastro.

—Hicieron un buen trabajo de ocultación, pero siempre hay

cabos sueltos. Encontrar el módulo lunar Eagle accidentado fue una tarea prácticamente imposible debido a que la casualidad quiso que cayera dentro de un enorme cráter, cerca del polo y a casi un kilómetro de profundidad. En la completa oscuridad.

—Y la casualidad también quiso que la futura colonia lunar se programara junto a ese cráter y se surtiera del mismo hielo que ocultaba el misterio. La casualidad, obstinada, también quiso que Alan lo descubriera… Y si se hiciese público podría caer como una bomba.

—El lobo no teme al perro pastor, sino a su collar de clavos.

Maksim se despide con ese proverbio ruso recitado en su lengua. Le da dos palmadas afectuosas en el hombro y sigue su camino.

—Pero… ¿por qué deshacerse de Alan Carson? —pregunta John, girándose.

Maksim detiene sus pasos. Durante toda la conversación ni se han mirado y ahora solo ve su espalda.

—Muy sencillo —responde Maksim—. Solo había dos testigos. Tras el asesinato del doctor Dirck Bosman solo quedaba uno. Sacrificar al peón que ya ha cumplido las órdenes es lo más limpio si quieres que tu secreto siga siéndolo.

Maksim se marcha sin llegar a volverse. John recoge el USB y permanece allí durante unos minutos más. Cuando se acerca la hora de embarque, abandona aquel oasis de plástico y toma el avión que le llevará hasta Las Vegas. Cuando Bob Harris le dijo que retomara su vida desde aquel día en el hotel de Las Vegas, sus palabras tenían un doble sentido. Bien por Bob.

Mientras vuela se lleva la mano al bolsillo y acaricia la memoria USB que le ha entregado Maksim. Es un peso demasiado grande para su bolsillo. Una responsabilidad que no quiere asumir. Aterriza sin novedad. Recoge el abultado equipaje, alquila una versión moderna del mítico Ford Mustang de 1967 y se dirige a la dirección facilitada por Bob Harris. Se encuentra en el viejo Las Vegas, lejos de los grandes hoteles, en un suburbio del condado de Clark llamado Paradise. Aparca frente a un adosado discreto. El timbre no funciona. Golpea la puerta con los nudillos hasta cinco veces antes de que abran la puerta.

Tras un instante de vacilación, ella se lanza hacia él y lo

envuelve en un abrazo intenso.

—Dios mío, John. Pensaba que había muerto.

—¿Eso le dijeron?

—Todo lo contrario, y por eso sospeché.

John busca el azul de sus ojos y se pierde en él.

—Adelante. Pase a mi modesto palacio, aunque le advierto que no es la *suite* del Bellagio.

John se sienta en un discreto sofá de dos plazas y ella le sirve lo mismo que tomaron en el hotel Bellagio.

—Me aseguraron que usted se encontraba perfectamente y la única condición que me pusieron para dejarme salir de la base y recuperar mi vida fue que me olvidara por completo de usted. No tuve alternativa… Al ver hace unos días en las noticias el accidente en la EEL imaginé que usted…

La agente Liz Donovan suspira y John la abraza.

—¿Cómo me ha encontrado, John? Este es un piso franco de la policía.

—Bob Harris.

—¿Bob Harris? ¿En serio? Así que tras ese traje y gafas oscuras hay un corazón.

—Eso parece.

Liz se recoge el cabello tras las orejas y le observa mientras toma un largo trago.

—¿Qué ocurrió allí arriba, John?

—Debo advertirle que mi presencia aquí supone un riesgo para usted.

—En serio… —dice Liz, simulando miedo—. Déjese de bobadas y cuénteme.

—Encontraron algo en la superficie lunar.

—Eso no es lo que dijeron en los informativos.

John saca la memoria USB y la deja sobre la mesa.

—¿Qué contiene?

—El ADN no miente, pero la verdad no interesa —dice John, parafraseando al doctor Bosman.

—¿Y eso qué leches quiere decir?

—Esta memoria contiene algo que podría hacer tambalear los cimientos de esta gran nación. Pondrá en tela de juicio todos

nuestros logros y a nosotros mismos. Usted es la verdadera patriota, Liz. En sus manos está hacerlo público o no.

—¿Tiene algo que ver con Alan Carson?

—En parte sí, pero él fue solo un instrumento… ¿Cómo sospechó de él? Su advertencia me sirvió…

—No dudé de Alan Carson, nunca lo había visto antes —responde Liz—. Mis sospechas eran sobre las intenciones del coronel Cole. Y este le dijo que no confiase en nadie salvo en Alan, así que…

—Bien hecho, agente Donovan. Deberían haberla mandado a usted a la estación…

Liz sonríe y brindan. Al verla recogerse de nuevo el pelo, John saca el pañuelo beis del bolsillo y se lo anuda en la frente, tal y como lo llevaba cuando se infiltró en el casino para seguir sus movimientos. Ella se deja hacer. Luego, le da un beso en la frente.

—¿Y su compañero, Maksim? ¿Se encuentra bien?

—Muy bien.

—¿Quién ganó la carrera?

John respira hondo y se concede el segundo en que se *atorbellinan* en su cerebro traiciones y heroicidades, vida y muerte, humanidad y miseria para responder.

—Creo que la perdimos los dos.

Liz asiente, parece satisfecha. Da un nuevo sorbo y lo mira fijamente.

—Todavía no me ha dicho lo que encontraron allí arriba, John. Y me lo debe…

—¿Y si le dijera que las cosas no sucedieron como nos las contaron?

—¿Qué quiere decir?

—En 1969, el mundo entero se encontraba expectante frente al televisor. El sueño del presidente y de toda América se iba a hacer realidad… Se iba a cumplir una promesa y venceríamos a la Unión Soviética…

Liz se pone en pie y se anticipa a John.

—¿Me está diciendo que no llegamos a la Luna?

—No exactamente. El Apolo 11 llegó a la Luna y los tres astronautas la orbitaron en el módulo de mando llamado Columbia.

Sin embargo, algo falló cuando los astronautas Buzz Aldrin y Neil Armstrong descendieron en el Eagle. En algún momento del descenso se debieron perder las comunicaciones y el Águila desapareció sin dejar rastro.

—¡Dios mío, John! Eso no puede ser cierto.

—Del Apolo 11 solo regresó Michael Collins, quien permaneció en el Columbia durante toda la misión. Supongo que en las siguientes misiones Apolo lo siguieron buscando sin éxito. En algunas de esas misiones sí que se consiguió alunizar. Así que el hombre pisó la Luna y regresó para contarlo, pero esto sucedió cuatro meses más tarde con la misión Apolo 12.

—Pero el alunizaje del Apolo 11 se retrasmitió en directo…

—Supongo que había un plan B por si algo salía mal. Había demasiados intereses en juego…

—Continúe, por favor…

—Casi sesenta años después, la casualidad quiso que la futura base lunar se asentase junto al cráter donde se estrelló el Eagle. Alan Carson, en una misión de reconocimiento del interior del cráter, encontró por pura casualidad lo que la NASA llevaba buscando durante décadas, aunque en ese momento no supo de qué se trataba. Este hallazgo debió despertar todas las alarmas cuando fue comunicado a Tierra. Ellos sí sabían de qué se trataba e hicieron todo lo posible para que no se descubriera la verdad.

—Es una acusación muy grave, John. ¿Hay pruebas?

John señala el USB.

—La memoria contiene los análisis de algunos de los hallazgos realizados en el interior del cráter lunar. Uno se corresponde con ADN humano, que solo puede ser de Neil o de Buzz. También hay imágenes de los restos del fuselaje en los que todavía se aprecia el emblema del Eagle.

Liz se lleva las manos al rostro y pasea por la estancia. Inquieta.

—Siento poner esta pesada carga sobre sus hombros, agente, pero estoy convencido de que la decisión que tome será más acertada que la mía.

—¿Y cuál era su papel en todo esto? ¿Por qué enviarlo a investigar a la Estación?

—Mi cometido era fracasar. Supongo que sabían que se me daba

bien hacerlo.

Liz niega con la cabeza y coge la memoria USB.

—Pues creo que se equivocaron… Necesito otra copa. ¿Quiere usted una?

John asiente. Liz sale a la cocina y John aprovecha para ponerse en pie. Quiere con todas sus fuerzas olvidarse de la misión y del USB para quedarse allí con ella y tomarse esa copa y quizá otras muchas durante varios años. Ha fantaseado con ello muchas veces, pero sabe que no es posible. Sale de la casa y se sube al Mustang.

—¡Espere, John! Se deja las tres maletas —escucha la voz de Liz por encima del sonido del motor.

John mira por el retrovisor y la ve en el dintel de la puerta. Hermosa e inaccesible. Después de estar allí arriba, en el vacío, en la superficie lunar, ya no necesita el contenido de esas maletas. Realmente nunca lo ha necesitado. En la guantera ha guardado lo suficiente para dejarse llevar por el viento sin tener que preocuparse de la calderilla. Confía en la apuesta que Liz hará con ellas, del mismo modo que confía en el destino que ella le dé al contenido de la memoria USB.

FIN

Agradecimientos

A Pablo Palazuelo, José Villanueva y Javier Payá por dedicar su tiempo a leer el manuscrito y enriquecerlo con sus observaciones y sugerencias.

Índice de contenido

1. John Loss
2. Loser
3. Liz
4. Nellis
5. Área 41
6. Steel
7. Caballo de troya
8. Ícaro
9. Flotación neutra
10. Noria
11. Ave de Roc
12. Maksim
13. EEL
14. Sigmund Reiter
15. Naoko Onishi
16. Julie Hansen
17. Anatoli Kótov
18. Alan Carson
19. Houdini
20. La cúpula
21. EVA

22. LEM
23. Alunizaje
24. Electrolizador
25. General Akim
26. Comandante Peerson
Agradecimientos